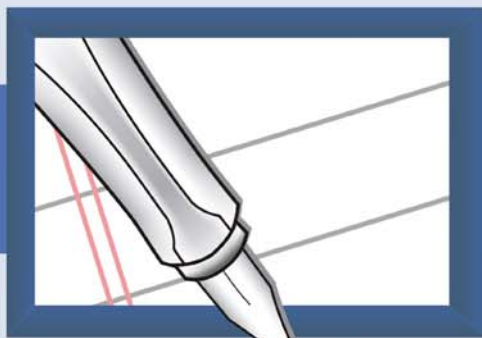




COLECCIÓN DE MATERIALES PEDAGÓGICOS

DOCUMENTACIÓN NARRATIVA
DE EXPERIENCIAS
Y
VIAJES PEDAGÓGICOS



Fascículo 8

¿Qué relatos pedagógicos publica la
Comunidad CAIE?



Proyecto CAIE
Instituto Nacional de Formación Docente
Ministerio de EDUCACIÓN,
CIENCIA y TECNOLOGÍA
de la NACIÓN ARGENTINA



**LABORATORIO DE
POLÍTICAS PÚBLICAS**
Buenos Aires

Ministerio de Educación

Ministro de Educación

Lic. Juan Carlos Tedesco

Secretaría de Educación

Prof. Alberto Estanislao Sileoni

Subsecretaría de Calidad y Equidad

Prof. Susana Montaldo

Instituto Nacional de Formación Docente

Dirección Ejecutiva

Lic. María Inés Vollmer

Área de Desarrollo Institucional

Prof. Marisa Díaz

Equipo Nacional CAIE

Lic. Elizabeth Barrios

Lic. Mariela Paesani

Prof. Nora Solari

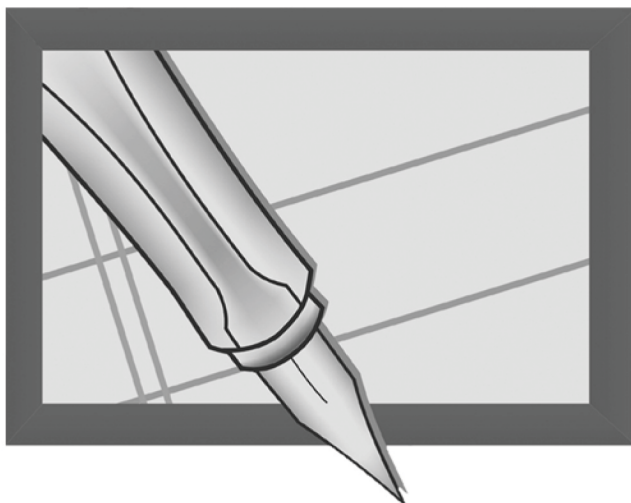
Laboratorio de Políticas Públicas -Buenos Aires-
Argentina

Dirección

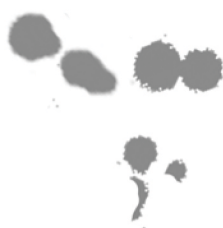
Emir Sader - Pablo Gentili

Coordinación de Áreas y Proyectos

Daniel Suárez



**DOCUMENTACIÓN NARRATIVA
DE EXPERIENCIAS
Y
VIAJES PEDAGÓGICOS**



Fascículo 8
**¿Qué relatos pedagógicos publica la
Comunidad CAIE?**



COLECCIÓN DE MATERIALES PEDAGÓGICOS

Programa Documentación Pedagógica y Memoria Docente en el Proyecto CAIE

Coordinador General

Daniel Hugo Suárez

Coordinadora Académica

Lili Ochoa De la Fuente

Coordinadora Ejecutiva

Paula Dávila

Coordinadores de Proceso

Paula Dávila

Gabriel Roizman

Cecilia Adriana Tanoni

Silvia Mónica Mateo

Marcela Marguery

Verónica Travi

Diseño Gráfico y Programación del Sitio Web

Georgina Mainini

Gestión del Proyecto

Yamila Goldenstein Jalif

Autores

Docentes narradores de la Red CAIEs/INFD

Qué relatos pedagógicos publica la comunidad CAIE? / Mariana Baquero ... [et.al.]. - 1a ed. -
Buenos Aires : Fund. Laboratorio de Políticas Públicas, 2008.
266 p. ; 29x21 cm. - (Colección de materiales pedagógicos ; 8)

ISBN 978-987-1396-12-2

1. Narrativa Argentina. I. Baquero, Mariana
CDD A863

Se permite la reproducción de este material, con expresa cita de la fuente y sus autores.

Índice general

¿Qué relatos pedagógicos publica la Comunidad CAIE?	6
Prefacio	

Relatos Pedagógicos

Ciudad Autónoma de Buenos Aires	10
Provincia de Buenos Aires	26
Provincia de Catamarca	66
Provincia de Córdoba.....	76
Provincia de Corrientes	100
Provincia de Entre Ríos	118
Provincia de Formosa	132
Provincia de Jujuy	144
Provincia de La Pampa.....	158
Provincia de La Rioja	170
Provincia de Mendoza	176
Provincia de Salta	200
Provincia de San Juan.....	222
Provincia de Santiago del Estero	236
Provincia de Tucumán.....	252

¿Qué relatos pedagógicos publica la Comunidad CAIE?

Prefacio

Es una alegría comprobar que muchos docentes de Argentina se sumaron al convite de contar, escribir y publicar historias pedagógicas junto con otros docentes. Desde principios de 2007 transitamos con variada intensidad nuestra propuesta de formación e indagación de la mano de algo más de cien coordinadores de los CAIEs y sus colectivos de docentes que siguen leyendo, escuchando y comentando los relatos pedagógicos que documentaron narrativamente. Hoy la Red de CAIEs cuenta con más de 750 relatos que muestran parte del saber pedagógico que se construye, recrea y circula por este tiempo en las instituciones educativas de muchos rincones del país: prácticas docentes, reflexiones, discusiones y sentimientos sobre el pensar y el hacer escuela en términos pedagógicos y entre colegas.

El sentido de la escritura, de la reconstrucción narrativa de experiencias pedagógicas en el Proyecto CAIE, y la valentía y la generosidad profesional demostrada al escribir y hacer escribir experiencias, al dar a leer y brindar comentarios profesionales a colegas, nos dejan al desnudo un desafío nuevo: promover la disposición pública de relatos pedagógicos. Esta publicación de la *Colección de Materiales Pedagógicos* da cuenta de este momento, uno de los más intensos y decisivos del dispositivo de trabajo compartido: *hacer público el saber docente* a través de las historias pedagógicas de los mundos en los que vive y adquiere sentido la enseñanza. Pero también, cuando los docentes toman colectivamente la palabra, muestran el saber que producen, y eso no solo nos motiva a mostrarlo sino que nos compromete a dar un paso más: para que ese saber pedagógico sea conocido, reflexionado, debatido, tensionado, reconstruido, debemos ocuparnos en *hacerlo circular*.

La narrativa es auxilio y posibilidad, nos deja ser docentes entre otros docentes, contándonos historias. Los espacios donde las prácticas de escritura se arman y desarman, sin lugar a dudas, son muchos y bien distintos. La lectura de los relatos nos permite anticipar algunos de los núcleos de sentido que ellos muestran en los textos escritos. Nombran ciertas inquietudes docentes con alumnos distintos; encuentran razones en espacios donde varias lenguas están en circulación; declaran lo inédito del saber docente y aquellos sucesos que despertaron la elección de ser maestro, profesor, educador; de qué modo el paisaje determina decisiones en torno al currículum y en las rutinas escolares, o cómo lograron armar comunidad cuando las mudanzas de la vida afectan el desempeño profesional y algunos de los sentimientos que rondan en este oficio: estímulos, frustraciones, el deber ser o cómo se procesan en la escuela ciertos sucesos de dolor, la impronta de algunos escenarios políticos y otras tantas historias de satisfacción, logros y pasión por lo que hacen, por solo comentar algunos.

Poco a poco, identificando y seleccionando experiencias pedagógicas que pudieran ser documentadas, promoviendo y orientando la escritura y la reescritura de relatos de esas experiencias por parte de colectivos docentes, comentando y animando la conversación pedagógica entre pares alrededor de esas narraciones, "editando pedagógicamente" los textos para su publicación, poniéndolos a circular por diferentes circuitos pedagógicos más o menos especializados, la Comunidad CAIE se fue constituyendo en una *red de redes de docentes*, una red pedagógica que pone en contacto a muchas otras redes que se conformaron en cada localidad, en cada región, en cada provincia. Una comunidad activa de docentes que, en diferentes puntos y localidades del país, a través de relatos y otros textos pedagógicos que dan cuenta de la propia

experiencia profesional, mediante sus reflexiones y producciones colectivas, se dispone a debatir públicamente acerca de la enseñanza escolar.

La elaboración de relatos pedagógicos exigió reescrituras por parte de los docentes narradores. Esas reescrituras provocaron uno de los momentos reflexivos más importantes del proceso de documentación narrativa de la propia experiencia: a través de la escritura de una nueva versión del relato, el docente autor revisó la experiencia, la indagó, la tornó objeto de pensamiento. Pero además, esas reescrituras, siempre personales y derivadas de la “lectura” del propio texto, se orientaron, cobijaron y dispararon colectivamente, en el encuentro con los pares, los otros docentes narradores y el coordinador CAIE del proceso.

Los colectivos de docentes narradores de experiencias constituyeron la “edición pedagógica” del relato. Sus lecturas y comentarios colaboraron en el proceso reflexivo del docente narrador; le ofrecieron matices, preguntas, observaciones, sugerencias, que podrían enriquecer sus decisiones de reescritura.

La edición de relatos pedagógicos tornó colectiva la reflexión sobre la experiencia escolar y produjo nuevos textos: los comentarios pedagógicos. También puso en funcionamiento y proveyó de textos y saber pedagógicos a las comunidades de discursos y prácticas docentes. A través de sus prácticas reflexivas y mediadas por textos, la edición pedagógica ofreció una oportunidad para el desarrollo profesional de los docentes, el intercambio de ideas y argumentos, la conversación informada entre pares.

Estos verbos que regularon un tiempo pretérito hoy se vuelven presente en esta entrega de relatos. Nuevas versiones y nuevos relatos se sumarán al corpus de narraciones pedagógicas con las que ya cuenta la Comunidad CAIEs. La circulación de los relatos de experiencias pedagógicas escritos por maestros y profesores traza itinerarios diversos en las escuelas, entre las escuelas y los docentes, entre las instituciones formadoras y los maestros y profesores que enseñan. Dibuja redes, delimita colectivos, entreteje tramas en las que los docentes y su saber profesional (reconstruido y reflexionado mediante la documentación narrativa) se vuelven protagonistas de la experiencia escolar y del debate pedagógico.

Por eso, la circulación de relatos pedagógicos contribuye a consolidar la comunidad de prácticas y discursos constituida en torno a la escuela y la enseñanza, y también colabora en profundizar la comprensión de las condiciones contextuales y locales de las prácticas docentes. Al favorecer la discusión informada y la reflexión teórica sobre la enseñanza, la circulación de los relatos puede ser pensada como una estrategia o un soporte del desarrollo profesional de los docentes, como un camino para tornar a la experiencia profesional un objeto del pensamiento, como una vía para hacer público el saber pedagógico que los docentes construyen y reconstruyen en la experiencia escolar.

El proceso de documentación, propuesto como un continuo ininterrumpido de ideas, ensayos, pruebas y selecciones, no se agota ni se detiene en esta publicación gráfica *¿Qué relatos pedagógicos publica la Comunidad CAIE?* También toma forma visible en un Portal de Relatos Pedagógicos (http://www.documentacionnarrativa.net/dn_publico) para darse a conocer a una comunidad que no sabemos a ciencia cierta, en los tiempos que corren, hasta donde llega. En este sitio recurrimos a ordenaciones de diferentes tipos para que la invitación sea, si se quiere, según las categorías convencionales del sistema educativo, u otras, vinculadas a temáticas pedagógicas que surgieron de la lectura de las propias experiencias.

Esperamos que los modos de lectura sean tan ricos como comprobamos que fueron los espacios de producción colectiva. Cada historia encierra un tesoro de esfuerzos, hallazgos de pareceres y preguntas pedagógicas con y sin respuestas.

Los estimulamos a seguir dando aquello que saben y poseen y les agradecemos la generosidad y el esfuerzo dispuesto en este Proyecto que resulta en un acto maravilloso: leer y hacer circular historias pedagógicas de este mundo que nos pertenece, la escuela y sus docentes.

Programa Documentación Pedagógica y Memoria Docente
Laboratorio de Políticas Públicas de Buenos Aires

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

● **Dar de leer**
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

● **Una experiencia singular:
ser la profesora suplente**
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

● **¿Quién me autoriza?**
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

● **La lógica con afecto entra**
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

● **Al borde del abismo**
Ciudad Autónoma de Buenos Aires



Índice

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Una experiencia singular: ser la profesora suplente.....	11
Mariana Baquero	
Dar de leer	13
Nora Capaccioli	
La lógica con afecto entra	16
Julio César Caraballo	
¿Quién me autoriza?.....	20
Mariano Conterjnic	
Al borde del abismo.....	22
Miguel Ángel Hernández	

Una experiencia singular: ser la profesora suplente

Mariana Baquero

Este relato es un intento de transmisión de la experiencia que viví al incorporarme como docente al Lenguas Vivas (Juncal) en agosto del año 2006. A pesar de la vasta experiencia que traía de trabajar como profesora de escuela secundaria, de dictar clases en la universidad pública y privada, en cursos de grado y de postgrado y hasta de ejercer como maestra en escuela primaria (incluso en séptimo grado), reemplazar a la gran profesora de matemática Norma Panzera, que ha construido parte del Spangenberg durante más de treinta años, que ha paseado su imponente figura y guiado con su cálida voz a madres e hijas, fue una tarea singular. ¿Cómo hace un suplente para poder construir lo propio con los hasta entonces alumnos de "otra"? ¿Cómo hace cuando esa "otra" es una figura amada y admirada? Uno no tiene esa voz, ni ese modo y, a veces, ni siquiera esa ideología o esa posición didáctica, pero comparte algo: esos mismos alumnos que a uno miran y esperan pero... ¿qué esperan?, ¿que se parezca a "la otra"?, o que ¿sea distinta?, tal vez hasta que no sea y seguramente que se vaya pronto y que vuelva la titular, cuanto antes. Pero y si ¿no vuelve?, sí, sí ¿si no vuelve porque se jubila o no vuelve porque no puede o no vuelve porque no quiere?

El primer choque que tuve al iniciar mi tarea de suplente de cuatro primeros años y un cuarto fue un problema inesperado al que yo le pondría el siguiente nombre: de identidad. Aún hoy cuando estoy en sala de profesores y veo alguna cara nueva y escucho: "¿Quién es?" y la respuesta siguiente: "Es la suplente de..." recuerdo mi ingreso al Lenguas Vivas ese lunes 28 de agosto del año 2006. ¿Cómo se referirían a mi persona en esta comunidad a la que yo ingresaba? Pensé en varias posibilidades: Profesora, Profe, Profesora Baquero, Profe Mariana, Mariana, Marian, Señorita, Señó, Maestra (como me han dicho alumnos colombianos), Morá (como me han llamado alumnos de una escuela primaria judía), Señora (como llamábamos mis compañeras y yo a nuestras profesoras allá por los '70). Pero no, no le emboqué; yo era sencillamente "la suplente de Panzera" para la mayoría, lo cual, no me hacía ninguna gracia; entonces me propuse algo: salir rápidamente de este problema de identidad, mi ser parecía ligado al de Norma y yo quería tener en principio un nombre propio. De ahí en más a cada momento decía, ó más bien casi gritaba MARIANA BAQUERO a todos (y si me daban tiempo: profesora de matemática, y para mis adentros: "entre otras cosas") hasta que la respuesta comenzó a venir de una manera inesperada; un día, al mes de dar clases, me llega pegadito en el borrador, en forma anónima un dibujito que hoy guardo como mi primer triunfo en el Lenguas, papelito en el cual los alumnos del indisciplinado 1ro. 2da. hicieron una caricatura de mi persona vestida de cow boy. Sí, yo estaba en una caricatura representada como una integrante del Lejano Oeste Norteamericano. Ahí me di cuenta, empezaba a ser Vaquero, que no es mi apellido, ya que el mío es con la otra "B", con la larga.

Unos días más tarde cuando me dirigía al más indisciplinado curso 1ro. 3ra. escucho a un alumno de los que no se portaban precisamente bien gritar a toda voz: ¡Baquero!, ¡Baquero!, ¡Baquero! sin parar... la verdad es que no sé si lo gritó con la V corta o la B larga; sí sé que inmediatamente busqué a Viviana, su preceptora, para pedirle un parte para escribir un apercibimiento oral por sus desaforados y desubicados gritos en la galería de la escuela, pero también sé que había ganado una batalla por lograr mi identidad, me había convertido en Baquero o Vaquero que era mucho mejor que "la suplente de..."

Otro tema a destacar era lograr dar clase con mi estilo propio. Iba con mis creencias sobre la educación, con mi proyecto y con mi propuesta didáctica pero a cada rato escuchaba algo así como un reclamo: “pero la Profesora Panzera...” tomaba distinto, escribía diferente, disponía el texto en el pizarrón de otro modo; al principio traté de adaptarme, es más, el primer mes guiada por la misma Profesora seguí fielmente sus clases escritas en cuatro hojas que me dejó en un valioso encuentro que tuvimos antes de su partida, pero el tiempo pasaba y ella no podía retornar y los alumnos debían aceptar a la auténtica Baquero, con todo su ser. La suplencia consistía en dar clase en los cuatro primeros años de la escuela y un cuarto año de la especialidad en Biología y fue precisamente en este último donde estallé. Cansada de la queja por la ausencia de la gran profesora -que a esa altura se vislumbraba que no volvería al menos por ese año-, y siendo un alumno de 4to. año mucho mayor que uno de primero, le contesté ante la expresión que Panzera hacía las cosas en forma diferente, a él y a todo el curso: ¡Ustedes no son alumnos abandonados, ustedes tienen Profesora, yo soy su Profesora, acepten la realidad: yo soy su profesora y además quiero ser su Profesora! Estaban lívidos y en ese estado les remarqué que además la transferencia se había hecho de una manera tan prolija que ni siquiera habían padecido la situación de pasar un día sin clases. Me quedé muda, nos miramos profundamente, ellos y yo, y ellos... aplaudieron. Ese alumno de 4to. año y dos más, al terminar su 5to, al año siguiente, me eligieron a mí para que les entregara su medalla de Bachiller.

A partir de ese día en que reaccioné empezaron a entender mi letra; no les llevó tanto tiempo, ya que yo comprendí la de ellos inmediatamente y conocí sus nombres y apellidos en un mes. Al fin y al cabo no eran tantos, sólo 130 a enseñar, corregir, aprobar, desaprobar, volver a tomar y hasta retar a veces, en fin, a amar a cada uno de ellos como cada docente ama. Me fue bien, la clave para mí fue que jamás me pensé como suplente. Sea cual fuera la circunstancia legal me apropié de mi puesto. Esos eran mis alumnos y yo era su profesora, su orgullosa profesora.

A partir de ese día de 4to. año, ni este curso ni primero alguno me nombraron a su Profesora Titular, hasta que un personaje especial de 1ro. 2da. me dijo con todo cuidado: “¿Profesora, usted que es nuestra Profesora actual podría contarnos como está nuestra antigua Profesora? Y yo me ocupé de contarles todo lo que sabía y se podía contar de Norma Panzera. Al año siguiente tuve el honor de coordinar el Acto del Día del Maestro, que es cuando en nuestra escuela se entregan las medallas a los Docentes Jubilados. Norma, con esfuerzo, regresó al Lenguas Vivas. Cuando entró al salón de actos la escuela en pleno la ovacionó en un aplauso unánime, largo, muy cálido. Yo traté de ser la primera en batir mis palmas pero claro, somos de las Ciencias Exactas, seres reflexivos y calculadores; por lo tanto me escondí detrás del escenario para que nadie viera las lágrimas de admiración y emoción que corrían por mis mejillas.

Docente autora: Mariana Baquero

Localidad: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Coordinadora CAIE: Dalia Guterman

ENS L.V. S. V. de Spangenberg

Dar de leer

Nora Capaccioli

A mediados de abril de 2007 tomé unas horas en la EEM N° 1 del Distrito Escolar 2.

Lengua y Literatura. Profesora suplente, nunca es sencillo. A esa altura el docente anterior y los chicos ya habían recorrido un trayecto juntos, breve por cierto pero el suficiente para comenzar a entrar en contacto. Ahora, aparecía yo y había que volver a vincularse. Se notaba que no tenían ganas. Por otro lado, el titular era un profesor y estaban contentos con esa cuestión de género. Sabemos que en Letras los hombres son pocos, en general los docentes masculinos son minoría y a los alumnos un hombre en el aula les gusta y me lo hicieron saber.

No eran muchos, apenas 12 o 13 enmarcados en el programa Deserción Cero, con lo cual como el régimen es por materias y no por años, se plantea una situación que hace que los chicos no estén siempre con los mismos compañeros en el aula, es decir, mucho no se conocen pero en los recreos están más mezclados y se relacionan un poco más.

Turno vespertino. Allí llegué, entonces, un jueves a las 20.20. Me recibieron entre bostezos hostiles y miradas despectivas, sobre todo de parte de las chicas. La complicidad femenina acá no funcionaba. Mientras los saludaba, mi mente buscaba recursos porque bastaron segundos para darme cuenta de que la clase que había planificado no iba a resultar en ese contexto.

Tercer módulo, un equivalente al clásico tercer año. Había preparado un ejercicio de coherencia y cohesión, algo divertido que me daba pie para evaluar la rapidez del grupo, actividad que llevaba en segundo lugar a un ejercicio de escritura y, finalmente, a la lectura de un cuento y su respectivo comentario.

Daniel Pennac parecía soplarme al oído¹:

"Hay que leer, hay que leer..."

Y si en lugar de exigir la lectura, ¿el profesor decidiera de repente compartir su propia dicha de leer?

¿La dicha de leer? ¿Qué es la dicha de leer?

Preguntas que suponen, en efecto, un estupendo retorno sobre uno mismo.

Y, para comenzar, la confesión de una verdad que va radicalmente contra el dogma: la mayor parte de las lecturas que nos han formado, no las hemos hecho a favor sino en contra. Hemos leído y leemos como si nos parapetáramos, como si nos negáramos, o como si nos opusiéramos. Si eso nos da aires de fugitivo, si la realidad desespera de alcanzarnos detrás del "encanto" de nuestra lectura, somos unos fugitivos ocupados en construirnos, unos evadidos a punto de nacer.

Cada lectura es un acto de resistencia. ¿De resistencia a qué? A todas las contingencias.

Todas:

Sociales

Profesionales

Psicológicas

Afectivas

Climáticas

Familiares

¹ Daniel Pennac, *Como una novela*, Anagrama, 2003, pp. 79/80.

*Domésticas
Gregarías
Patológicas
Pecuniarias
Ideológicas
Culturales
O umbilicales.
Una lectura bien llevada salva de todo, incluido uno mismo.
Y, por encima de todo, leemos contra la muerte (...)"*

Así las cosas, comencé la clase hablando de la función de la lectura en los campos de concentración, les hablé acerca de Primo Levi y su paso por el horror, y de mi propia experiencia como lectora. Hasta que medianamente interesado, un alumno me pidió que les contara un cuento. Sin dudarlo saqué de la manga el Cuento de Horror, de Marco Denevi. Todos deberíamos tener un caballito de batalla para estos casos. Lo transcribo por si alguien quiere tomar prestado el mío.

Cuento de horror¹

"La señora Smithson, de Londres -estas historias siempre ocurren entre ingleses-, resolvió matar a su marido, no por nada sino porque estaba harta de él después de cincuenta años de matrimonio. Se lo dijo:

-Tadeus, voy a matarte.

-Bromeas, Eufemia- se rió el infeliz

-¿Cuándo he bromeado yo?

-Nunca, es verdad.

-¿Por qué habría de bromear ahora y justamente en un asunto tan serio?

-¿Y cómo me matarás?- siguió riendo Tadeus Smithson.

-Todavía no lo sé. Quizás poniéndote todos los días una pequeña dosis de arsénico en la comida, quizás aflojando una pieza en el motor del automóvil. O te haré rodar por la escalera, aprovecharé cuando estés dormido para aplastarte el cráneo con un candelabro de plata, conectaré a la bañera un cable de electricidad... Ya veremos.

El señor Smithson comprendió que su mujer no bromeaba. Perdió el sueño y el apetito. Enfermó del corazón, del sistema nervioso y de la cabeza. Seis meses después falleció. Eufemia Smithson, que era una mujer piadosa, le agradeció a Dios haberla librado de ser una asesina."

Marco Denevi

Les gustó el absurdo. Esto trajo preguntas, hipótesis que entre ellos iban resolviendo, comentando. Yo los escuchaba. Todavía estaba afuera y así seguiría por un buen tiempo.

21.55. ¡Por fin el timbre!

Acordamos que los jueves, que tenían conmigo las dos últimas horas, las destinaríamos para literatura.

² Marco Denevi, *Cartas Peligrosas y Otros Cuentos*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1984.

El resto de los días transcurría en un clima de apatía, no sólo hacia la materia sino también entre ellos. Indiferencia, ni siquiera agresión.

Entre otros que pasaban más desapercibidos, estaba Teresa que sobresalía por un embarazo avanzado; Viviana, que vivía en un hogar y que la asistente social le tenía que firmar un permiso cada jueves porque venía como oyente a mi materia; Gabriela, que tejía compulsivamente al crochet aunque siguiera voluntariosamente la clase.

Hacia mayo habíamos logrado un clima de tolerancia matizado por el olor a tostados que invadía el aula, ya que les permitían comer la vianda sin salir al patio, y con los primeros fríos la estufa no solo brindaba su servicio habitual sino también el de tostadora.

Para esa época entró Horacio, un alumno nuevo para mí, pero no para ellos que inmediatamente se irritaron con su presencia. Había viajado a su provincia por razones particulares y se reintegraba en ese momento.

Marcadamente afeminado. No eran sus rasgos físicos los que hablaban de su homosexualidad sino su actitud y el manejo que tenía de su cuerpo. Se movía por el aula con la delicadeza de una libélula a punto de extinguirse.

Trabajé el tema de la aceptación del “otro” en todas las obras que íbamos leyendo, desde *Martín Fierro* a *Dr Jekyll y Mr Hyde*.

Nadie discutía la sexualidad de Horacio. Simplemente no existía, y parecía que él también sentía de esa manera porque a gatas respondía o cumplía con alguna consigna.

Llegó el momento del teatro leído y con él apareció García Lorca con sus voces femeninas. Al momento de repartir los personajes, las alumnas se mostraron bastante desganadas para leer y fue ahí cuando, para sorpresa de todos, Horacio se ofreció a representar a la novia. De más está decir que hubo risas: “no, profe, por favor, no se le ocurra”... y se me ocurrió. Le di la palabra.

Fue un momento de caos.

Comenzamos, con mucho ruido al principio, pero las aguas se fueron serenando entre risas nerviosas al ver que interpretaba al personaje maravillosamente y sin sobreactuar. Entendimos todos que no había alumna que pudiera leer esos parlamentos mejor que él. Fue el momento en que parecía patentizarse la explicación sobre “el otro” en la literatura y la vida.

La mirada sobre Horacio cambió y hubo un acercamiento entre compañeros, lo cual no es poco.

Pasó Lorca y decidimos que los jueves, hasta las vacaciones de invierno, haríamos teatro leído. Agotamos de la biblioteca la colección de teatro breve argentino de Colihue y ahora eran los mismos alumnos los que le decían que interpretara a alguno de los personajes, ya no sólo los femeninos.

Nuestro pacto de lectura estaba sellado.

¿El programa?

¡Sí! Después del receso hubo tiempo de cumplirlo (con algunos apuros) pero con menos hostilidad y más integración, después de haber exorcizado algunos fantasmas.

Docente autora: Nora Capaccioli
Localidad: Ciudad de Buenos Aires
Coordinadora CAIE: Lucin Apikian
Instituto Lenguas Vivas

La lógica con afecto entra

Julio César Caraballo

Quiero resumir mi experiencia sobre la enseñanza de las Ciencias Exactas, es decir, la aridez de la materia solamente se suaviza con la calidez de poder compartirla entre personas conectadas profundamente por el respeto, la confianza y el cariño.

El caso de Ana María es importante porque fue el primero en suceder con estas características, pero no es el único, es más, todos los años una o más personas distintas ocupan ese lugar y después de un tiempo de clase se convierten en "actores" autónomos de la materia y comienzan a poder, sin vergüenza y con simpleza, expresarse y opinar en algo que hasta ayer les era totalmente ajeno.

Primer día de clase, primera hora después de los sabidos y siempre renovados saludos de bienvenida; esto se traducía en una gran expectativa, pero a la vez en un "de nuevo todo esto". Así era el ánimo que embargaba a Ana María, una morena de dieciséis años, de ojos profundamente marrones y sonrisa dibujada a fuego. Toda esa expectación también estaba puesta en la clase siguiente, matemática, ansias mezcladas con ese sabor agrio que le daba saber positivamente que era otra oportunidad más en que confirmaría su desencanto arrastrado desde cuarto grado, cuando por primera vez tuvo que recuperar en la instancia de diciembre y después de arduos esfuerzos lo repitió nuevamente en marzo antes de comenzar las clases para quinto grado.

—Bueno, la diferencia es que este año es un profesor varón y quizás pueda divertirme con algo nuevo, no visto hasta ahora.— Así le consignaba a su compañera de la izquierda mientras que revolvió y enjugaba su chicle recién puesto para matar la ansiedad.

Antes de lo esperado, el profesor, Julio, irrumpió en el aula; portaba su traje gris claro, característico de los actos de comienzo y de cierre de año, una camisa blanca, muy blanca y corbata gris haciendo juego con sus medias y su reloj pulsera. Mirando el horizonte y a la vez haciendo una mueca de mirar a todos y cada uno de los alumnos, con un claro "buen día", rompió el impoluto silencio que de repente invadió el aula.

—Me gustaría dejar las formalidades de lado, pero hay cuestiones básicas que son impostergables. —Julio dijo esto de frente a la clase y giró para estar de cara al pizarrón donde anotó su nombre y apellido y el nombre de la asignatura.

Un murmullo invadió el recinto y entre sonrisas y caras largas se fue poblando la clase de nuevos ánimos para lo que venía.

El profesor había acumulado años de sapiencia e intuía que la mayoría de sus receptores lo iba a recibir con malas caras, malos modos y comentarios desagradables sobre la asignatura y profesores anteriores de la materia, pero sabía también que esta era una oportunidad única, que en ese instante, donde las personas se conocen está la clave para comenzar a resolver cualquier conflicto; entonces, juntó fuerzas para no decir todo aquello que le brotaba, como el "sentate bien", "no comas en clase", y todos los etc. que eran propicios a la hora de trabajar con chicos y enseñarles de todo lo que necesitan y, abrumado, inquieto y hasta un poco temeroso, se dispuso a empezar con su verdadera clase.

Tomó la silla destinada al profesor (detrás del gran escritorio), la sacó de allí y la colocó en medio del aula; pidió que en el mayor orden posible los alumnos repitieran este hecho y que lo rodearan sentados en sus propias sillas. El desorden duró muy poco porque la situación era

distinta y aparentemente había ánimo de compartir algo desde otro lugar, con otra mirada. Así quedó formada una ronda que horizontalizó la situación y que creó un clima de mayor comunicación. Julio sabía que indudablemente los lugares indican posiciones, jerarquías, derechos, y todo lo demás. Esta modificación apuntaba, entonces, al hecho de poder desarmar algo para poder construir de otro modo sin perjudicar, e incluso mejorar la llegada y el trabajo. El conocimiento, a su entender, debe hacerse en un marco de reconocimiento de la humanidad de cada uno y cuanto más cerca se está, las miradas, los gestos, son más evidentes, y el compromiso y el clima generado es mejor.

—Quiero hacerles saber que hay dos cosas que hacen que esté hoy acá frente a ustedes, la primera es que me apasiona la matemática, me moviliza, hace salir lo mejor de mi persona. La segunda es que amo profundamente mi profesión; ser docente es para mí una realización en sí y siempre voy por más. El solo hecho de ver la iluminación de los rostros de las personas que aprenden, esa sonrisa que se escapa cada vez que alguien aprende es irreplicable y sublime. Saben por referencias que soy exigente, hinchado, seguidor, pero lo que quiero, por sobre todo, es que sepan que ello se debe a que es mi idea que, aprueben o no la materia, sepan y les sirva lo que veamos aquí. Pero esto no sirve de nada sin un conocimiento como personas, primero, y como actores en matemática, después. Por ello quiero que cada uno se presente, me cuente lo que estime relevante de sí y acote su relación y su gusto o disgusto por la materia.

Uno a uno fueron presentando sus virtudes y carencias, sus afectos y defectos, sus amores y sus odios, hasta que llegó el turno de Ana María.

—Bueno, yo quiero decirle que, como persona está todo bien, lo voy a respetar y todo, pero es importante que sepa que la matemática no es lo mío. En mi familia todos nos llevamos matemática siempre y así seguramente va a seguir siendo, porque no me da la cabeza o algo así debe ser.

Julio tuvo que inspirar hondo para no contestar en aquel momento, pero por respeto a los que quedaban por hablar, se reservó el derecho a réplica para usarlo en el momento adecuado.

Cuando la lista de oradores se terminó, Julio hizo una pausa y mirando nuevamente a esa mezcla de horizonte con los alumnos presentes dijo:

—El conocimiento o no de una determinada cosa no es un defecto de fábrica, no hay, no sabemos que exista una predisposición genética a una determinada asignatura, por ello invito a todos los que hoy se pronunciaron en contra de su experiencia anterior, que se permitan una nueva posibilidad, una renovada oportunidad de mirar las mismas cosas que hasta hoy vieron con hastío con otro cristal, con otra óptica y ver si podemos armar una pareja alumno-profesor que nos permita crear algo diferente.

Hubo tiempo solamente para agregar libro de textos a utilizar, revisar un poco la mecánica de trabajo y a concluir la clase con algunos datos para la siguiente vez en que se verían, cuando el timbre los sorprendió y se disgregaron con rumbos distintos y con nuevos desafíos por delante.

Pasaron los días de clase y el devenir de la materia comenzó a fluir, en algunos más que en otros. Lo que le pareció importante a Julio era el hecho de que Ana María había acallado su disgusto y, si bien no manifestaba abiertamente su reconciliación con la materia, había indicios de que había comprensión y ganas de trabajar.

—¿Alguien tiene algo para aportar, para poder pensar este problema que se ha presentado? —dijo Julio en una de sus clases.

—Yo estuve viendo este problema que plantea el libro el sábado en casa y me parece que una posible solución sería la siguiente...

Un silencio respetuoso y hasta de admiración surgió en la clase: la que había pronunciado esa breve introducción era Ana María.

—¿Pasa algo que todos me miran? Ya se está mal...

—No, por favor continúe con su pensamiento —agregó Julio.

—Lo que pasa Any es que que vos hayas pensado una solución, y un sábado, *sorry*, pero viste que algo no me cierra —acotó Evelyn desde su banco.

—Por favor, dejemos que la alumna continúe el razonamiento —indicó Julio.

Y toda la clase asistió a una serie de conclusiones y abordajes del problema que no se podía creer. Ana María había entendido que podía arriesgarse a hacerlo y además lo había hecho bastante bien.

—El sábado no me sentía del todo bien, mamá me trajo un té y me recordó que tenía tarea. En estas condiciones no creo poder hacer mucho, le dije, pero lo hice. Si está bien debe ser un delirio por la fiebre —comentó Ana María.

—No es necesario que se excuse, tuvo ganas, la obligaron a hacer la tarea, tómelo como quiera; pero el hecho es que la hizo y está muy bien el razonamiento. Hay ajustes que hacer, pero estamos en la etapa del aprendizaje y así es, avanzamos algunos casilleros, retrocedemos otros, pero el resultado es que estamos en mejor posición dentro del tablero del conocimiento. (La situación comenzaba a modificarse, es decir, Ana María entendía el tema, y ella no quería dar el brazo a torcer en el hecho de reconocerlo).

Ana María avanzó un poco más y redondeó la idea, pero se sintió muy expuesta ante el grupo y sobre todo sintió que se acercaba peligrosamente a un hecho que ya era irreversible: estaba razonando y le gustaba, porque llegaba a resultados y podía acercarse sabiendo, aunque más no sea un poco, de eso que ella creía inalcanzable por su pensamiento.

La primera evaluación la encontró diciendo: —Es la primera vez que me saco un cinco, no es aplazo, mis viejos no lo van a poder creer; supondrán que me copié. —Cualquier cosa yo te salgo de testigo —acotó Evelyn que a esa altura ya no la denostaba y tampoco se reía de su postura; entendía la confusión y la alegría que estaba viviendo su compañera y amiga. Julio las interrumpió:

—Ana, me parece que no tenés que decir nada, seguramente tus padres te han visto estudiar y aquí están los resultados. Lo que espero es que la próxima vez festejemos la aprobación, porque el primer paso ya lo diste.

—No se lo crea, debe ser suerte de principiante, siempre las primeras evaluaciones son fáciles, es como la droga, primero te la regalan, después te la venden —contestó Ana María.

—Esperemos que cambie esa postura tuya, no me gusta que me comparen con un comerciante y menos con un vendedor de droga; lo que es importante es que superaste la hoja en blanco que era un clásico, según me contaste, y que por el esfuerzo que has puesto llegaste a una nota muy cercana a la aprobación, pero por sobre todo sabés del tema y se nota por tus intervenciones.

El silencio se apoderó de la clase y solamente se rompió por el sonar del timbre del recreo.

A partir de esta clase se sucedieron situaciones distintas que pusieron en evidencia los avances, pequeños pero seguros, de que Ana María estaba estudiando y comprendiendo los distintos temas. Sucesivas conversaciones hicieron que la niña se convenciera de que sus pro-

vocaciones para alterar la paciencia del docente no hacían mella y que éste estaba dispuesto a que ella avanzara en el conocimiento.

Ana María siguió aportando en la clase lo que pensaba, y cada vez con mayor solvencia y aplomo, con más seguridad. Esto provocó que ya no fuera asombroso el hecho de que sus notas progresivamente fueran creciendo, también sostenidamente. Su resistencia verbal fue disminuyendo en forma proporcional como aumentaba el aliento y los halagos del profesor para con sus logros.

Una mañana de primavera, cuando a partir de una pregunta de la alumna Sofía, Julio comenzó una explicación en el pizarrón, Ana María, con voz tímida, lo interrumpió y dijo:

—Sabe Julio, ahora que lo escucho, me doy cuenta que muchas de las palabras que yo uso para darle clase a Martín las reconozco en usted cuando da clase.

—Perdón, ¿quién es Martín? y ¿le da clase?, ¿de qué? —preguntó Julio, mientras dejaba la tiza en el escritorio y se acercaba lentamente hacia la niña.

—Martín es un chico de quinto grado de primaria, del colegio. Le estoy dando clase de matemática, ahora estamos repasando proporciones y es un lío y además él es un desastre. A veces me dan ganas de matarlo, por las cosas que dice y cómo resuelve los ejercicios.

—¿No será mucho, el hecho de querer matarlo? —comentó Julio.

—Sí, la verdad es que ahí es donde me acuerdo de usted y de mí, pero la verdad, no puedo entender cómo no comprende una cosa tan básica —acotó Ana María.

—Nunca hay que olvidarse del camino que recorrimos nosotros para llegar donde hemos llegado, recuerde su enojo ante la falta de comprensión, su decepción ante los reiterados fracasos y su silenciosa y sostenida construcción para llegar a comprender lo que necesitaba para este curso de la materia. Si recuerda todo eso no le será difícil ayudar a Martín a encontrar su camino para reconciliarse con las proporciones —replicó Julio.

Ana María prosiguió:

—Una de las situaciones que más me hizo acordar de usted fue el hecho de ver en la cara de Martín reflejado el entendimiento, es cierto, me daba cuenta que algo se modificaba en su sonrisa, los ojos se iluminaban de otra manera y ahí estaba, había comprendido.

—Por supuesto que esto es extraclase, aunque forma parte importante de su formación, pero si llega a necesitar algo para mejorar su llegada a Martín o siente que puedo ayudarla en algo en esta etapa, cuente conmigo —agregó Julio.

—Ya lo sé, de hecho ya conté con usted hasta ahora —replicó Ana María al profesor.

—Por sobre todo entrené la paciencia, quizás es una de las cosas que van a darte mayor capacidad de adaptación a cada circunstancia que se presente con cada chico o chica que tengas que ayudar. Y no te olvides que no importa si vos sabés mucho o si tu alumno sabe muy poco, lo importante es lo decidan y puedan construir juntos en el maravilloso desafío del entendimiento —concluyó el profesor y dándose vuelta prosiguió con la explicación que había pedido Sofía.

Docente autor: Julio César Caraballo

Localidad: Ciudad de Buenos Aires

Coordinadora CAIE: Claudia Salio

ENS N° 3

¿Quién me autoriza?

Mariano Conterjnic

Hace unos años empecé con una suplencia en un Liceo en un tercer año en la materia Educación Cívica. Antes de presentarme se acercaron muchos colegas y preceptores que trabajan en otra escuela conmigo para manifestarme (y prevenirme) que “es un curso numeroso”, “los chicos son bravos”, “empezá pisando fuerte”, “no dejes espacios vacíos porque hablan y se distraen con facilidad, no dejes que te amilanen y te pasen por arriba...”, etc. Ante tal descripción, el desafío me fascinó y pensé con qué grupo-clase me encontraría y si era pertinente tomar en cuenta estos indicadores y recomendaciones dadas, sin duda, desde la buena fe de mis compañeros.

El jueves empecé la suplencia y antes de entrar la preceptora hizo poner de pie a los alumnos para saludar, había mucho bullicio y esperé el silencio para llevar a cabo esta tarea. Algunos ni se paraban, otros hablaban entre sí, entonces sentencí que cuando estuvieran parados y en silencio, los saludaría. Situación que se logró.

A continuación empecé con el tema de la clase que era salud, con una exposición dialogada y confeccionando un cuadro sinóptico en el pizarrón, pero seguían dialogando y la participación era desordenada, por lo tanto suspendí la explicación y les propuse que levantarán la mano para participar y no hablarán entre ellos, porque lo que ocurriría es que la explicación no tendría sentido y por lo tanto cambiaríamos la dinámica de la clase.

Algunos levantaban la mano y otros seguían hablando entre sí, ante lo cual sentencí que ante dos interrupciones más suspendería la explicación y cambiaríamos la organización de la clase. Situación que ocurrió, ante lo cual dicté un trabajo práctico sobre el tema que estaba desarrollando y les propuse seguir con otro tema (el que se estaba tratando lo investigarían ellos para el próximo encuentro), que si se repetía el hecho, interrumpiría y cambiaríamos nuevamente la actividad de la clase.

La clase siguió correctamente, pero algunos hablaban y yo los miraba de forma seria (y creo, sinceramente amenazante), ante lo cual un alumno (uno de los más ruidosos y desafiantes, que cuando firmaba el libro la preceptora me dijo que tuviera cuidado con él, que era uno de los más pesaditos) levantó la mano y me pidió hacer un comentario que nada tenía que ver con el tema salud y fue el siguiente: “profesor, usted necesita demostrar con estas actitudes su autoridad ante nosotros”. En la inmediatez de la clase (paradigma ecológico) respondí: “No hay nada que demostrar, yo tengo una autoridad que emana de un poder que me otorga ser profesor y que implica con ustedes una relación desigual y asimétrica, ya que no ocupamos el mismo lugar porque yo estoy aquí para enseñarles y ustedes para aprender...” Ante tal respuesta el alumno respondió que era sólo para saber. Pregunté a todos si quedaba claro mi planteo y entonces continuamos con la clase.

La situación planteada me generó varios interrogantes para seguir pensando la experiencia: ¿Qué permitiría en la clase (ampliación de lo posible: Estanislao Antelo) y qué no y por qué? ¿Tendré que persuadirlos y seducirlos (Emilio Tenti Fanfani) para llevar a cabo la tarea? ¿Por qué requería del silencio y la atención de los alumnos? ¿A qué autoridad interna (eficacia simbólica) respondo desde el rol de profesor?

¿Mi autoridad era natural (entonces bastaba con mostrarla) o artificialmente construida para la clase (entonces necesitaba demostrarla)? ¿Los comentarios de mis colegas generaron

que empezara la clase con los tapones de punta y a la defensiva? ¿Podía evitar dicha influencia? ¿Por qué uno de los alumnos más conflictivos del curso me hacía esa pregunta y no otro? ¿Por qué cambió la dinámica con esa aclaración que implicaba desocultar el poder y darle nombre (Marta Souto) y con un comentario “desconectado” del tema que estábamos tratando? ¿A qué tipo de autoridad responden los alumnos? ¿Es asimétrica como función adulta?

¿Cómo serían las clases con la titular y su manejo del poder?

Para finalizar quisiera referirme a la diferencia entre mostrar y demostrar: la primera implica comportarse de acuerdo a un oficio, calidad o dignidad (merecer algo) y la segunda probar la verdad de algo, sin que se pueda dudar de ello, seguir un razonamiento que produce la certeza sobre una afirmación (Gran Diccionario Salvat).

Finalmente... ¿Mostré o demostré mi autoridad en la clase descripta?

Docente autor: Mariano Conterjnic

Localidad: Ciudad de Buenos Aires

Coordinador CAIE: Daniel Verde

ISP J. V. Gonzalez

Al borde del abismo

Miguel Ángel Hernández

Hace un tiempo... dictaba clases de rehabilitación cardiovascular en un Instituto Privado.

La consigna de trabajo que nos había inculcado el director del establecimiento era que retomemos la cotidianeidad del diario vivir, desarrollando en los alumnos la capacidad de volverse a incluir en la vida social, laboral y familiar a través del juego; y así lograr que cada uno de los integrantes del grupo pueda sentirse "Maradona" o simplemente volver a ser niños y jugar juegos de infancia: manchas, cabeceadas, goles, quitar pelotas a los compañeros, cantar canciones de rondas con desplazamientos, levantar y transportar objetos...

Así, fortalecíamos los grupos musculares... sin aburrimiento, con simplicidad, en un clima de camaradería y voluntad de superación, colaborando entre risas y aunados en un sentimiento de alegría y encuentro.

La relación afectiva entre los profesores y los "alumnos" se basaba en una total y absoluta confianza y entrega. Creíamos en lo que hacíamos y ellos así lo entendían, aceptaban las consignas, se esforzaban, iban desarrollando auto-confianza en su propio cuerpo y aprendían a vivir desde nuevas limitaciones pero también disfrutando redescubiertas posibilidades.

Interveníamos en la conducta motora a través de estas pautas sencillas de actuación con las que guiábamos la clase.

Si había que levantar una pelota pesada, que sirviera para poder levantar paquetes al hacer las compras en el supermercado o poder transportar una valija... dábamos pautas simples, elementos sencillos con el intento de rehabilitar en un clima de alegría.

Buscábamos transferir en forma directa cada ejercicio, actividad y juego a situaciones cotidianas que producían un aumento en la capacidad física y cambios en la esfera psicológica. Fundamentalmente logramos bajar los niveles de ansiedad y depresión permitiendo una mayor reinserción sociolaboral, con indudables efectos positivos en la escala afectiva y sexual.

Las clases que dictaba como profesor de Educación Física eran supervisadas presencialmente por el médico cardiólogo del Instituto por razones de seguridad.

Hasta hace unos años, la indicación de los médicos para aquellas personas que sufrían alguna deficiencia o habían tenido un accidente cardíaco, era la de reposo. Inclusive, la de reposo absoluto y la total prohibición a cualquier esfuerzo. Pero la cosa empezó a cambiar cuando algunos estudios mostraron una influencia positiva de los ejercicios físicos en relación al corazón.

No sólo esto era así, sino que los investigadores comenzaron a interesarse por el efecto de la actividad física luego de un accidente cardíaco, observando que la ejercitación debidamente programada y supervisada podía constituir un extraordinario valor de prevención y recuperación.

Desde el punto de vista psicológico, el trabajo con estímulos recreativos combate eficazmente la tensión psicológica producida por la vida moderna, permite compartir un ambiente social de camaradería entre personas con el mismo tipo de problemas, transmitiendo una visión positiva de la vida, y mejora el conocimiento e imagen del propio cuerpo.

Desde el punto de vista social, las personas que han sufrido infartos o han sido sometidas a cirugía cardíaca creen transformarse en inválidos. La rehabilitación mediante la actividad física, junto a otras terapéuticas, es un valioso aporte para que el alumno-paciente pueda rein-

sertarse felizmente a su vida social, laboral, cultural, recreativa y afectiva de la forma más efectiva posible.

En ese afán estaba cuando un día vino al Instituto Pedro. En ese momento tendría unos 68-70 años de edad, y se le había practicado una operación cardiovascular hacía unos 6 meses.

Lo veo entrar... alto, de contextura atlética, había sido jugador de básquetbol de división superior hasta los 30 años, pero aún conservaba su típico físico de basquetbolista...

La clase había comenzado y coincidentemente ese día estábamos trabajando con pelotas de básquet... Como profesor, estaba más pendiente de este nuevo alumno. Cada vez que se incorporaba un nuevo integrante era todo un acontecimiento para todo el grupo.

Solían cruzarse miradas y sonrisas llenas de encanto y deseo, muchos de ellas y ellos habían perdido a sus compañeras/os y parejas de años. En las clases encontraban el placer por el movimiento, el encuentro y contacto con el propio cuerpo y el cuerpo de los otros.

Pedro participaba con gran entusiasmo y alegría, pero al poco tiempo de iniciada la clase comenzó a sentirse descompuesto, mareado; se detuvo y lentamente cayó al piso mientras corríamos a socorrerlo y el médico a tomarle las pulsaciones que se habían elevado por encima de lo conveniente, por lo cual fue atendido en el consultorio del Instituto.

Ante la intensidad del episodio que acabábamos de vivir mi sensación era de pánico. Recuerdo que me temblaba desde la punta del pie hasta el último pelo de la cabeza, sentía deseos de ir al baño, las sienes me latían fuertemente, las manos y los pies se me habían mojado de sudor y así me acerqué al grupo intentando retomar la clase. Era la primera vez que me sucedía algo así en 15 años de tarea educativa en rehabilitación.

El grupo se había identificado con Pedro, el clima era de tensión, temor y tristeza general. Algunos con lágrimas en los ojos recordaban la época en que era basquetbolista de primera... Es que Pedro no era cualquier jugador, era un referente del club al que muchos de los integrantes de este grupo pertenecieron o pertenecían actualmente.

Pasada la intensidad del momento que aún hoy recuerdo lleno de emoción, comenzamos a conversar, a expresar nuestros sentimientos y emociones que en ese momento nos desbordaban.

Todos éramos Pedro: los alumnos, el director del Instituto y yo.

Sentí que me faltaban herramientas para enfrentar la situación, no solo con Pedro que ya se había restablecido bajo el cuidado y atención del médico, sino con el resto del grupo.

¿Cómo hacer para que retomen la clase con fe, alegría y confianza...? ¿Podría sobreponerme a semejante susto? ¿Qué materia deberíamos haber cursado en el Profesorado que nos ayudara en este tipo de situaciones?

Este suceso se proyectó en toda la institución. Después de Pedro, nada volvió a ser igual. Las entrevistas con los alumnos se volvieron mucho más profundas.

La comunicación entre los que llevábamos adelante las actividades también. Ahora antes de incorporar un nuevo alumno, tendríamos muchos más datos de la persona, que nos ayudarían a conocerlo más y evitar el shock con la rehabilitación y el encuentro consigo mismo.

Por ejemplo, nunca más volvería a utilizar elementos relacionados con los deportes practicados en la juventud, al menos en la primer clase... ¡Justo donde hay que enfrentarse con los límites...!

Pedro nos dejó una gran enseñanza, un cambio de paradigma: la importancia del conocimiento profundo de la persona y no solamente de su enfermedad.

Deberíamos alejarnos de una mirada súper especializada, producto de una visión unilineal y simplista, en la que el hombre se dividía en órganos para poder ser estudiado.

Pedro era un todo, el grupo era un todo y también nuestros corazones se incorporaban a esa totalidad.

Docente autor: Miguel Ángel Hernández

Localidad: Ciudad de Buenos Aires

Coordinadora CAIE: María Ángela Menéndez

Instituto de Enseñanza Superior N°2 "Mariano Acosta"

Provincia de Buenos Aires



Índice

Provincia de Buenos Aires

Así fue	27
Isabel Mansione	
Emilio, y para pensar otra vez la educación	29
Ileana Iturbide	
Con las manos en la masa.....	31
Cecilia Silvia Aguirre	
La docencia... ¿Y yo?	33
María Inés Angelinetti	
¡Oh, Carmen!	35
María del Carmen Lagar	
La primera cita	37
Viviana Basilico	
Las cosas por su nombre.....	39
Laura Patricia Piñero	
¿Y si llamo a los padres?	41
Estela Ahamendaburu	
La nadadora nada educativa	43
Lucía Lara	
Es un embole	44
Florencia Cortegoso	
Mamá está en casa	45
Rita Santone	
Jugando a creer.....	46
Beatriz Desinano	
Las decisiones grossas del maestro.....	48
Gladys Barrios	
La importancia de no llamarse José Félix	52
Silvia Noemí Carreras	
Mea culpa	55
Rosa San	
Yo, Caperucita y los átomos	57
Alejandra Fuillerat	
La irrupción de la tecnología	59
Liliana Alpern	
Grupo Escándalo.....	61
Gabriela Cocchi de Santis	
Actividades de conciencia corporal para los niños de jardines de infantes	63
Marcela Perazo	
Recuerdos de un primer día de clase.....	64
Marita Deleris	

Así fue

Isabel Mansione

Leer y escribir, dos pasiones que desde muy pequeña me gustaron y me hicieron disfrutar la vida en un mundo de olores, sabores y vivencias muy ricas y fuertes como son las de la infancia, donde el rojo huele a dulce de membrillo recién hecho por las manos caseras de la abuela o el verde a los pastos recién cortados para darles de comer a los caballitos de juguete, convertidos en los protagonistas de historias mágicas y grandilocuentes...

Pasaron unos cuantos años de vida en el transcurso de los cuales la formación académica otorgó otro estilo a la lectura y a la escritura. Ello en parte me permitió mejorar la sintaxis y la congruencia, y en parte algo se perdió... pero no para siempre... ese mundo mágico en que la palabra es casi una realización.

Y como en las historias de hadas, ocurrió un día... y por suerte sigue ocurriendo. Una ocurrencia y una posibilidad que brindó el entorno: era 1993, me formaba como psicoanalista y el I. S. F. D. N° 1 permitió llevar adelante lo que entonces fue una experiencia innovadora. Un taller para los futuros docentes de segundo año, cuando la carrera comprendía dos años y medio.

La idea central era abordar la emocionalidad circulante por dentro y por fuera del contexto de la práctica en el proceso del debut, para identificarla, nominarla y transmitirla como conocimiento en construcción. Apostamos a que en la medida que nuestros conflictos y las áreas libres de conflicto se tornan conscientes, mejoramos como personas, nos podemos hacer cargo de ellos y estamos en condiciones optimizadas para promover aprendizajes en climas de respeto hacia los sujetos en posición de desventaja.

No se trataba de una propuesta casual, devenía de una transposición desde salud a educación, transposición de aquello que estaba estudiando: los efectos sobre nuestros comportamientos de fuerzas no conscientes, propias y ajenas. Dichas fuerzas, de no mediatizarse a través del pensamiento y del lenguaje devienen en actos impulsivos, inoportunos o faltos de tacto para las relaciones interpersonales e intrapersonales.

Se buscaba brindar un servicio al espacio de la Práctica y a sus profesores, que aportase un incremento del autoconocimiento en escenarios ambiguos, exentos de certezas, y que ello fuese un valor agregado a la formación del docente.

La pasión por escribir hizo que se registrara en actas muy *sui generis* lo que iba sucediendo encuentro tras encuentro. A ello se sumó la oportunidad que llegó de manos de un proyecto compartido por Provincia y Nación, el cual permitió que nos formáramos en investigación educativa. Allí advertí que con sólo ordenar lo escrito surgiría el libro que finalmente publiqué.

No tenía conciencia entonces de que lo que fuimos analizando y escribiendo en parte se llamarían con los años "narraciones pedagógicas". El libro cuenta con las viñetas de los relatos de los futuros docentes y de docentes en ejercicio que cursaron el taller, a lo que se sumó el trabajo de análisis de esos relatos, enmarcados en un enfoque teórico para que cualquier profesor de otra disciplina pudiera usarlos.

La pasión renovada viernes tras viernes en los talleres contando lo que sucedía en las prácticas y lo que "les" sucedía, permitió y sigue permitiendo que profesores y estudiantes registren sus experiencias desde el estilo y perspectiva en que se sitúan.

Hay que atenerse a una condición: tener presente que hay un “otro” que al leer puede re-experimentar esa pasión sólo si se trata de una escritura comprensible y amena que en algún sentido recree los olores y sabores de los climas emocionales de la infancia, donde siempre huele a dulce de membrillo recién hecho por las manos de la abuela.

Docente autora: Isabel Mansione

Localidad: Avellaneda

Coordinadora CAIE: Analía Ricci

ISFD N°1

Emilio, y para pensar otra vez la educación

Ileana Iturbide

En mayo de 2006 me hago cargo de una EPB, donde tengo a cargo primer ciclo. A los pocos meses comenzamos a realizar la articulación con el Jardín 914 y conozco a Emilio, un alumno con permanencia en sala de 5, que emitía pocas palabras, realizaba movimientos torpes, muy tímido, con su mirada escondida en algún rincón.

Finalizó ese año y ya se había comenzado a trabajar con el equipo, ya que sería alumno mío. Yo pensaba: ¿Cómo hacer para enseñarle a leer y escribir? ¿Y las sumas y restas?

Millones de interrogantes se cruzaban por mi cabeza.

Marzo de 2007. Comenzaron las clases y estaba él. Con su guardapolvo blanco, y sus ojos brillando, una tímida sonrisa asomaba. Pasaban los días y Emilio, que tenía dificultades en el lenguaje y apenas lo entendían, sólo decía algunas palabras sueltas.

Yo tenía poco experiencia en primer ciclo, y menos aún en primer año. Leí todo lo que se me cruzaba sobre lecto-escritura, cálculo, Ciencias Sociales, Naturales, etc, etc...

Emilio se dispersaba y, a veces, parecía que no me escuchaba. Él estaba en su mundo, quería jugar, pintar, no quería escribir, no quería restar, y no veía la necesidad de hablar, y yo enloquecía de ansiedad.

El Equipo de Orientación Escolar Distrital comenzó a trabajar con él, de vez en cuando, y me decían: podés hacer esto o aquello.

Sí, sí, decía yo, pero la verdad era que no daba con lo que tenía que hacer para que aprendiera.

Emilio era un alumno para integrar con Educación Especial: docentes, Equipo de orientación, inspectores, todos lo teníamos claro; pero yo, ¿qué hacía?

De esta forma comencé a entender su media lengua, aprendí a detectar sus gustos, implementar estrategias que me daban a mi entender más resultado.

Por fin concretamos una reunión con Educación Especial de otro distrito para realizar la integración. Las palabras desconocidas del vocabulario específico me desconcentraron aún más. Yo lo único que sabía era que tenía que enseñar, pero diferente. Había que intentar otras formas, había que probar una y otra vez.

Los docentes de Educación Especial trataban de tranquilizarme y me decían: "No te preocupes, él aprenderá hasta donde pueda". Eso en mi cabeza me daba vueltas, como cuando también me decían "cuando quiera jugar, que juegue, con rompecabezas, loterías", y yo me preguntaba ¿Y así va a aprender? También me decían, "que ponga el día, que pase asistencia, establecer actividades de rutina", y yo seguía pensando: Y ¿así va a aprender? Aunque no estaba muy de acuerdo, desde mi desconocimiento hice todo lo que dijeron, leí todo lo que me sugerían, pero a eso, le agregué mis condimentos: tenacidad, ansiedad, miedos, ganas, amor y deber.

Emilio se integró con Educación Especial a distancia. En realidad, nunca lo conocieron, ya que siempre se me orientaba y se trabajaba conmigo y con el Equipo de Orientación Escolar Distrital en base a nuestras observaciones. Fue así que preparé juegos, organicé franelógrafos de asistencia para el día y seguí pensando junto con los que me acompañaban qué íbamos a hacer para que Emilio aprenda.

Hoy Emilio está en segundo año, escribe al dictado, le dictan sus compañeros, se comunica mucho mejor, y ¿quieren que les cuente?: Me mató cuando un día en el pizarrón me escribió "T AMO", con su rudimentaria letra imprenta mayúscula y una sonrisa de oreja a oreja que sabía lo feliz que yo me iba a poner.

Una lágrima se me escapó. Hoy seguimos trabajando juntos, seguimos aprendiendo juntos y aprendemos a ser felices pero, sobre todo, yo soy feliz porque él hoy es feliz en la escuela.

Docente autora: Ileana Iturbide

Localidad: Brandsen

Coordinadora CAIE: Natalia Valgolio

ISFD 49

Con las manos en la masa

Cecilia Silvia Aguirre

Mi nombre es Aguirre, Cecilia Silvia. Soy docente de 3er. año de la escuela primaria en el Instituto Monseñor Miguel de Andrea de la ciudad de Colón, Provincia de Buenos Aires. Tengo 38 años de edad, pero muy pocos como docente. Tuve la suerte de ser convocada para hacer un par de suplencias en el Instituto y al poco tiempo se produjo una vacante que me permitió obtener la titularización de un cargo.

Siempre me había gustado la tarea docente. Uno hace docencia en la casa con los hijos continuamente. Los ayuda en sus tareas escolares y trata de guiarlos de la mejor manera posible para que puedan afrontar esta sociedad, un tanto complicada, que los adultos nos encargamos de construir. Pero después de haber tenido la posibilidad de experimentar la tarea desde lo profesional, pude comprobar que el esfuerzo de estudiar esta carrera no había sido en vano y que sentía que era mi verdadera vocación.

Es así que día a día cuando entro al salón, miro a mis alumnos y digo: "Dios mío, son treinta almitas que dependerán estas cuatro horas de mí, ayúdame a entregarles lo mejor", y así comienzo con la tarea diaria. Si bien son muchas las experiencias que se pueden contar, porque los chicos son enriquecedores en cuanto a todo lo que tenga que ver con el proceso de enseñanza- aprendizaje, me voy a detener en contarles una que tuvo lugar este año, casualmente hace un par de semanas.

Comenzamos trabajando el texto instructivo, su formato, su estructura y la utilidad que éste tiene para poder llegar a un fin determinado. Analizando cada uno de los textos, los chicos pudieron observar con mucha claridad que las consignas a seguir eran acciones, o sea verbos, y que la mayoría de ellos estaban en modo infinitivo. A cada alumno le di como consigna subrayar con color todos los verbos que encontrara en infinitivo dentro del texto instructivo y si no se encontraba de ese modo, convertirlo. Esa tarea les permitió deducir que *serví* venía de *servir*, *ajusta* de *ajustar* etc., etc. Específicamente, consideré luego focalizar en la receta como texto instructivo para trabajar la integración de áreas, porque dicho texto así lo permite. A partir de un contenido de Lengua, pudimos trabajar Matemática. Cuando leíamos y trabajábamos las medidas de peso, Naturales, al trabajar una alimentación saludable y la comparación de las distintas recetas, donde los chicos sacaban sus conclusiones de acuerdo a los ingredientes que necesitábamos para realizar la receta. Integramos Sociales con los distintos tipos de trabajos y profesiones, ya que coincidía justamente con el día del trabajador, donde puntualizábamos los trabajos relacionados con la gastronomía (cocinero, cafetero, panadero, etc., etc.). No podíamos dejar de lado el Eje Ético y el Tecnológico, de ninguna manera. Por eso nos dispusimos a la elaboración de unos ricos tallarines como culminación de un trabajo hecho durante toda la semana. Fue fantástico. Íbamos a hacer nuestra propia receta y con nuestras propias manos, algo fascinante para los chicos y para la maestra, obviamente. Anoté los ingredientes para traer al próximo día. Dos tazas de harina, un huevo y un palito de amasar, que podía ser de escoba cortado; una rejilla para limpiar y un recipiente por si necesitábamos un poquito de agua.

Al día siguiente todos llegaron con sus materiales. Mantener el huevo sano durante la primera hora no fue fácil, en algunos momentos se sentía... plaf... y sonaba el huevo que tan prolijamente mamá había preparado en una cajita. Estaban demasiados ansiosos, así que apuré el trámite, copié la receta en el pizarrón como guía para la realización de los tallarines, ya que

no era oportuno sacar ningún cuaderno en ese momento. Como primera medida les pedí que higienizaran los bancos con una rejilla con desinfectante y que se lavaran muy bien las manos destacando en cada momento la importancia de la limpieza en la elaboración de las comidas que consumíamos como parte del cuidado de nuestra salud. Una vez terminada la desinfección sacaron los ingredientes y comenzaron haciendo una corona de harina donde en el centro debíamos romper el huevo para comenzar con la masa. Muchos de ellos jamás habían roto un huevo. Yo les decía: “despacito lo golpeamos un poquito”, pero seguíamos ansiosos y algunos tallarines llevaron algunas cascaritas. Empezaron a amasar. Las nenas ya tienen eso de cocine-ras; a los varones les costó un poquito más pero todos se defendieron de lo mejor. Además traté de que pusieran en práctica el trabajo cooperativo. Si alguien terminaba se veía comprometido a colaborar con su compañero para que tuviera el éxito que estábamos buscando: llevarnos todos a casa una bolsita de tallarines. Tocó el timbre y dejaron el bollito de masa descansando y nos fuimos al recreo.

Viendo las fotos podrían comprobar ustedes mismos el entusiasmo y la energía que ponían al trabajar, era hermoso verlos. Se lavaron nuevamente las manos y volvimos al salón. Comenzaron con el estiramiento de la masa. Sacaron el palito de amasar y ¡a estirar! (verbo en infinitivo). La seño todavía no había hablado del Eje Tecnológico y sus ventajas, tenían que cansarse un poco. Cuando las primeras masas estuvieron listas, uno de los alumnos se encargó de repartir las bolsitas y cada uno le escribió su nombre. A continuación la tecnología se hizo presente con una fabripastas de la seño que nos serviría para terminar de “estirar” y “cortar” nuestros ricos fideos. Y así comenzaron por fila a pasar por la máquina la masa. La cara de cuando veían sus tallarines cortados era de pura satisfacción. Embolsaron sus fideos y todos llevaron sus bolsitas, porque el que no había llevado ingredientes ayudó a realizar la masa o los demás compañeros le daban ingrediente que llevaron de más para que nadie quedara fuera de la experiencia (solidaridad).

Después, entre todos y con ayuda de la portera, limpiamos el salón y todo quedó en perfecto orden, siempre teniendo en cuenta y resaltando la colaboración como valor necesario para el éxito en este tipo de experiencias. Fue una experiencia enriquecedora y fantástica. Ellos aprendieron, se divertieron y elaboraron con sus propias manos lo que para muchos se convirtió en la cena de esa noche. También quería contarles que esta experiencia como otras que hemos realizado durante el año, están disponibles en mi blog:

<http://milugarenelmundocolonbsasargentina.blogspot.com/>

Esto me sirve para compartir de alguna manera, por medio de fotos y comentarios, con las familias y toda la comunidad que lo quiera visitar. Los esperamos, y ojalá esta experiencia les sirva. Sólo les puedo decir que fue muy gratificante. Saludos a todos los colegas docentes.

Docente autora: Cecilia Silvia Aguirre

Localidad: Colón

Coordinador CAIE: Carlos Ceballos

IFD N° 124

La docencia... ¿Y yo?

Reflexiones de una docente a punto de jubilarse

María Inés Angelinetti

Hace 41 años que soy docente. Recién recibida, con apenas 18 años, me desempeñaba como maestra de 6º y 7º grado de área en un colegio privado de Dolores, el Instituto Bertoni. Había egresado de la Escuela Normal llevando la bandera por mejor promedio y ya estaba trabajando porque, en aquella época, terminábamos la escuela y nos recibíamos de maestras. Pero nunca fui de las que se quedaban quietas así que, mientras daba mis primeros pasos en la enseñanza primaria, ya había empezado a cursar el profesorado de Matemática, Física y Cosmografía, en el mismo instituto privado en el que trabajaba *ad honorem*. En 1970 me recibí y al año empecé a trabajar en la Escuela Normal "Dr. Victoriano E. Montes", insigne institución local, y cinco años después empecé a trabajar en el otro edificio señero, el Colegio Nacional.

Desde entonces no me he alejado de mis funciones en ninguna de las dos instituciones educativas, salvo porque en la Escuela Normal tuve que renunciar a unas horas cátedra para asumir el cargo titular de Regente del Instituto Superior de Formación Docente Nro. 168, un puesto que –debo admitir– me cambió la vida. Sí, pero para mal. Tan sólo 21 años tenía cuando me inicié en el Colegio Nacional, iera prácticamente una adolescente cuando empecé en la Escuela Normal! Desde entonces hasta ahora, tengo el mismo mote: "soy la de Física". Puede sonar despectivo, pero juro que para mí no lo es; al contrario, me alegra. Era muy muy joven, un poco más que mis propios alumnos, cuando viví mis primeras experiencias docentes.

En todos estos años he desarrollado una mirada crítica con respecto al sistema y a mí misma. He aprendido a hacerme preguntas, porque sé muy bien que gracias a ellas, puede que halle alguna que otra respuesta. ¿Debilidades del sistema? En aquellas épocas el aprendizaje era, lo que podríamos definir como "enciclopédico": los alumnos daban la lección, les exigíamos, existían amonestaciones que –por suerte– nunca apliqué. ¿Fortalezas? Los chicos adquirían hábitos de orden y lectura; por cierto, estábamos en una época atravesada por el imperativo del orden. Comparados con lo que sucede hoy día, los alumnos eran responsables desde su crianza familiar para las tareas que el Secundario les demandaba. Tenían un amplio léxico. ¡Sabían expresarse! Según mi opinión, los alumnos de entonces volaban a la vida con una mochila interesante; me refiero a que adquirían herramientas de conducta que, seguro, les sirvieron en sucesivas carreras terciarias o universitarias o en sus trabajos posteriores.

Esa época de orden nacional finalizó y, en 1994, fuimos literalmente tirados a la provincia de Buenos Aires, que nos recibió con desgano. Lo que ellos tenían de bueno a nosotros, los "transferidos", nos fue vedado. ¿Lo malo? Sí, fue también para nosotros. Mis reflexiones en los años noventa cambiaron las respuestas, pero no las preguntas. ¿Cuáles eran las debilidades de este nuevo sistema? Da pena recordar aquella etapa de vaciamiento de contenidos, de aquel "Alcanzó", del compensar, compensar, compensar hasta que al fin, por cansancio, aprobaban. ¡Aprobaban! Eso sí, debíamos exigir cada vez menos (de ser posible) y nosotros tenemos que capacitarnos más. ¡Qué paradoja! Veo con desasosiego que, en esta ESB y Polimodal que se transforman en Secundario Básico y Superior, los chicos no saben estudiar y ni siquiera lo intentan. En su gran mayoría, su léxico es muy pobre, las familias nos los depositan en nuestras escuelas, ahora llamadas oficialmente "Media 3" y "Media 4" (pero firmes en el imaginario como "el Nacional" y "el Normal", respectivamente).

Coincido con Obiols cuando habla de “guarderías afectivas”, en eso se han convertido nuestras aulas. Si el afecto está ausente en sus propias casas, deberá ser la escuela la que contenga, brinde protección y cariño a nuestros jóvenes. ¿Afecto o límites? O ¿Afecto y límites? No, no se les puede exigir, poco y nada podemos hacer por exigirles algo. Suelen traer de sus casas mochilas mucho más pesadas que los útiles escolares. Vienen con problemas familiares, con padres que se niegan a envejecer y que se ponen a la altura de sus hijos pero que no hacen sino crearles más y más confusión en sus ya harto confusas cabezas. Les festejan absolutamente todo. ¿Y después? No saben qué hacer con ellos. La respuesta de los hijos a la frivolidad adulta no se hace esperar: a la trivialidad le contestan con abulia. La cultura del nadismo se traduce en menos libros y, con suerte, alguna que otra fotocopia. Ante dificultades que pondrían en aprietos a más de un psicólogo, la política de nuestros supervisores es que tenemos “que amarlos”. Faltan sanciones, a los adolescentes nada les importa. Sumidos en el desinterés total, consumen alcohol, fuman o se drogan y se la pasan burlándose entre ellos y de las autoridades. La ley que se impone es la del más fuerte, porque los alumnos son verdaderos Elliot Ness, “los Intocables”. En medio de esta mezcolanza me esfuerzo por hallar respuestas válidas, ¿Cuáles son las fortalezas de este sistema? En principio, se volvió al siete de promedio. Sí, diálogo hay, pero me pregunto... ¿Cuándo dejamos de dialogar? Es cierto que se valora mucho el proceso, eso de intentar más que los resultados en sí.

¡Ah! Me había olvidado que tenía que contar una anécdota. Ahí va una “anécdota de todos los tiempos”: ¿Cómo no recordar mis clases de Física, mi locura y su encanto? Es que los chicos tienen un bagaje de información de la actualidad, del crecimiento de las Ciencias Naturales, de las tecnologías. En fin, son capaces de manejar los derroteros de la técnica con tanta naturalidad que no puedo menos que quedarme boquiabierto. Y si se trata de emplear el lenguaje escolar, hablaríamos de “Intercambio y explicaciones ante las ideas previas de los alumnos y los nuevos conceptos a desarrollar”; o de “Variadas problemáticas a resolver (sic)”, algunas de los ingresos universitarios para ir familiarizándonos. ¡Cómo les cuesta usar la Matemática y llevar las ideas a la práctica del gabinete! Igual, sigue siendo un placer advertir que, con lo poco o mucho que se puede observar y experimentar, disfrutamos. ¡Y cuánto! Pienso que el tiempo ha pasado, pero que ciertos comportamientos permanecen intactos. Lo mejor para mí es cuando algún alumno continúa preguntándome, al escuchar el timbre: “¿Ya pasó la hora?” Je.

Todo pasa, todo queda. Los años transcurren y las experiencias vuelven del recuerdo, entre risas, con mis ex alumnos, ahora crecidos, con quienes a veces nos reencontramos para charlar y evocar anécdotas risueñas, aquello de la presión atmosférica o del huevo en la botella, Arquímedes; en fin, los chicos siempre recuerdan a Arquímedes. Sí, lo admito: he sido muy feliz como docente. Ellos han sido –y siguen siendo– “mis hijos” en parte; he cumplido una labor digna, gratificada con creces por tantos afectos compartidos que perduran a pesar del tiempo.

¡Gracias Señor por habérmelo permitido desde hace tanto tiempo!

Docente autora: María Inés Angelinetti

Localidad: Dolores

Coordinadora CAIE: Verónica Meo Laos

ISFD N°168

¡Oh, Carmen!

María del Carmen Lagar

En el año 2003 sale un cargo de Maestra Integradora en la Escuela Primaria de un pequeño pueblo a 50 kilómetros del mío, en medio de la Pampa Deprimida del Salado. Era la oportunidad que esperaba, pues aunque debía viajar todos los días, no había tenido hasta el momento más que pequeñas suplencias; de modo que lo tomé y conservé por tres años consecutivos.

Encontré una matrícula de doce niños, distribuidos entre 1º y 6º año, de quienes poco y nada se sabía, pues la atención anterior a mí había sido esporádica o nula.

Todo parecía poder desenvolverse según lo aprendido, sin embargo, un alumno de 5º año me puso enfrente del primer gran problema de mi carrera. Javi sufría una patología conocida como el "Mal de Asperger", una variedad de autismo caracterizada fundamentalmente por que quien la padece desarrolla un nivel intelectual superior al normal.

¿Qué sabía yo, casi recién recibida, para acompañar a este niño en su proceso de aprendizaje? De los libros, saqué información sobre la enfermedad, pues necesitaba saber cuestiones específicas; nada había aportado la escuela a su legajo, solo había allí un informe, muy completo, del Jardín de Infantes, pero habían pasado varios años...

Sus docentes me ofrecieron algunos datos sobre su comportamiento en clase, que pronto pude comprobar. Escribía largas frases sin separar las palabras, aunque totalmente coherentes y pertinentes; codificaba los resultados de cuentas y ejercicios de modo que sólo él podía saber lo que allí decía. Como tenía una extrema facilidad para resolver problemas, la maestra de matemáticas, a quien Javier apodaba " +-1", lo tenía resolviendo acertijos y descifrando más y más códigos.

Al principio nuestra relación fue algo fría, no tanto por su dificultad para abrirse, sino porque yo no sabía cómo acercarme. En el aula, Javi se mantenía sentado por intervalos cortos, siempre mirando hacia abajo pero con una especie de atención flotante que le permitía entrar a la clase cuando él lo quería. Cuando deambulaba, hablaba en voz alta y, de la misma forma, interrumpía a los otros para dar la respuesta correcta o acotar algo sobre lo que se estuviera tratando.

A mí me maravillaba que supiera todo y todo lo pudiera resolver, pero, claro, lo hacía cuando él quería y con quién él quería.

Un día, en un impulso, me dejé llevar y me puse a cantar y bailar y la música lo atrapó. Desde ese momento, nos comunicábamos de esa forma e iniciamos un trato diferente que llevó a consolidar un vínculo muy fuerte. Demasiado, tal vez.

Yo le cantaba adivinanzas que él respondía o refranes, que completaba; pero esto no alcanzaba, yo sabía que había aún mucho por trabajar. Por entonces, había hecho amistad con la maestra de Matemática, una persona a quien también le interesaba mucho el recorrido escolar de Javier; ella me propuso explicarme aquellos temas que yo no comprendía para que luego pudiera ofrecérselos a Javi en situaciones problemáticas. Es que, aquello que a él tanto le gustaba, era mi punto débil!

El automovilismo fue el recurso elegido como vehículo de los contenidos, ya que era su gran pasión. En el patio, dibujaba sobre las baldosas las pistas y le planteaba todas las situacio-

nes que podía sobre distancia, velocidad, tiempo. Él disfrutaba y resolvía, comunicándome las conclusiones como un relator de carreras.

Las posibilidades se me estaban agotando cuando Agustín, un compañero, tomó una mañana la bicicleta y se puso a dar vueltas por el patio, hasta que lo atrapó el portero. Ahí le dije que trajera la suya para comparar los resultados antes obtenidos.

"Oh, Carmen" –me decía- "usted tiene la mente volando por el espacio", cuando se daba cuenta de que yo no podía llegar a los resultados que él llegaba.

Una tarde, estábamos los dos trabajando en el fondo del salón, repasando unas preguntas que la maestra de Ciencias Sociales, a quien Javier llamaba "la historia continúa", nos había dado para preparar una clase especial. En el frente, tres chicas se defendían con una lección sobre los indígenas; cuando la docente les preguntó la diferencia entre nómades y sedentarios, ellas no supieron qué responder. Javier, sin levantar la vista ni dejar de escribir, gritó: "¡Oh, chicas! ¡Cómo no saben! Los nómades son... y los sedentarios son..." en una perorata que nunca terminaba.

A sus compañeros estos exabruptos no los conmovían, pero a mí no dejaban de asombrarme. Me acuerdo cuando un alumno de Polimodal, que funcionaba en el mismo edificio, salió una mañana de su aula, desesperado, buscando respuestas sobre las Olimpiadas de Seul. Ninguna de las docentes que estábamos en ese momento en la galería le pudimos responder pero Javier, que pasaba justo por ahí, me dijo: "¡Oh, Carmen! ¿Cómo no sabes tú?", a continuación le dio al otro chico una serie de datos. Yo, en mi ignorancia del tema, acoté: "¿Será cierto?" y él, sin mirarme me respondió: "¡Oh, Carmen!, ¿por qué no creerme?"

Tres años y medio más fue el tiempo que compartimos los chicos integrados y yo, en esa escuela de pueblo. Tres años y medio estuve viajando todos los días, saliendo a la ruta a hacer dedo de ida y de vuelta, con sol, con lluvia, con frío, sola o en grupo.

Por fin salió la oportunidad de trabajar aquí, donde vivo, y me vine.

Fue demasiado abrupta mi salida, de una tarde a la mañana siguiente, y Javi creyó que me había muerto. En realidad no lo vi más, hoy nos mandamos saludos con las docentes que siguen viajando, pero vernos, no nos vimos más.

Llevó un tiempo para que aceptara que yo aún vivía. La madre, para ayudarlo, le sugirió que me escribiese una carta. Me contaban luego que sólo se quedó tranquilo cuando pudo comparar la letra de la que le mandé en respuesta con los escritos que había en sus carpetas.

La carta la tengo pegada en la puerta del placard, me acompaña cada mañana. Todavía me sigo preguntando qué fue lo que hizo tan especial nuestro vínculo.

Docente autora: María del Carmen Lagar

Localidad: Dolores

Coordinadora CAIE: Isabel Catalina Tramontini

ISFD N° 26

La primera cita

Viviana Basilico

Con la ansiedad propia de una primera cita, estaba allí. Nerviosa, y por qué no decirlo, un poco asustada. En la puerta de entrada me detuve a ver minuciosamente cada detalle del lugar: un cartel de madera tallada se movía, aunque sus largos brazos se aferraban al árbol para sostenerlo del viento que parecía usarlo para saludarme. "Casas del Sur, Bienvenidos", leí. Si alguien me hubiera dicho dónde enseñaría, no me lo hubiera imaginado así. Seguramente, hubiese imaginado muro, rejas o alguna contención para un lugar lúgubre y con poco aire. Seguramente hubiese dibujado en mi mente algún lugar visto en alguna miniserie de Norteamérica. Tal vez, hubiese creído que me faltaría el aire, que debería memorizar una larga lista de normas o que la experiencia que adquiriré hasta ese día no me serviría para nada. Pero no fue lo que sentí. Quizás el recibimiento del viento. Quizás los grandes árboles que invitaban a entrar para disfrutar de una sombra abrasadora, en un día de calor intenso... O quizás el olor a tierra mojada. Sólo sé que con cada detalle que percibía mis nervios y mi miedo se iban desvaneciendo.

Cuando las puertas se abrieron los vi. Serían unos veinte chicos, sentados en unas mesas de madera, serios y en silencio. Cuando entré se levantaron todos al mismo tiempo. El operador me presentó y aunque ya nos habíamos visto antes, respeté en silencio su rutina. Hizo una especie de discurso de la educación y la necesidad que ellos tenían de ella. Pasaron muchos pensamientos por mi cabeza pero no me permití que ninguno ocupara un lugar relevante. Primero quería conocer, quería aprender, luego formarme una opinión. Mientras él hablaba me detuve en las caras de los chicos, las miré una a una, como tratando de encontrar en ellas respuestas para mis planes. Y llegó mi momento... traté de romper el hielo contándoles lo mucho que me gusta enseñar, y que mi deseo era que nos divirtiéramos, que pudieran opinar sobre lo que elegíamos hacer, cómo hacerlo y que tuvieran libertad de decirme qué actividades les gustaban menos que otras. Los chicos escuchaban en silencio, lo que me hizo incentivarlos a hablar. Después no los podía parar. Demandaban matemáticas, geografía, lengua, caligrafía. Me sentí insegura, no sabía si podría con tantas expectativas. E incluso pensé: ¿querrán todo eso o será la respuesta a una estructura donde es correcto demandarlo? Traté de transmitir una tranquilidad que no tenía, pero como arte de magia se instaló en el lugar.

Les conté que en los meses de diciembre, enero y parte de febrero haríamos actividades recreativas, pero que ellas también nos enseñaban cosas. Sentí que debían ver claramente lo que les enseñaba cada juego, aunque sabía que era mucho más de lo que les decía. Por eso cuando jugamos al T.E.G. implementé algunas reglas para incorporar contenidos de geografía. Debían decir en cada tiro qué país atacaba, a cuál atacaba y a qué continente pertenecía. Como el planisferio del juego tenía modificaciones, hablamos de los cambios que sufren los países políticamente y los cambios de la Tierra por la erosión. Prometí traerles un planisferio verdadero para la próxima. Negociamos reglas que facilitaron la manera de jugar, ya que éramos muchos.

Cuando estábamos terminando les pedí que evaluáramos todos juntos nuestro día de trabajo. Me sorprendió su manera de hacerlo; cómo resaltaron todo lo positivo y lo negativo del día, tanto que pensé que era muy jugoso para que se pierda. Por ello les propuse hacerlo por escrito desde el próximo encuentro. Nos despedimos, algunos me dieron un beso, otros simplemente me dijeron adiós.

Como en una primera cita, hubo nervios, incertidumbre y expectativas. Como en una primera cita, hubo enamoramientos, desengaños y proyectos. Pero lo más importante de esta reunión fue saber que habrá otros encuentros, que acunarán los mismos o, tal vez, nuevos proyectos y esperanzas, iguales o diferentes a los de la primera cita.

Docente autora: Viviana Basilico

Localidad: Esteban Echeverría

Coordinadora CAIE: Carina Alejandra Muzzi

ISFD N°35

Las cosas por su nombre

Laura Patricia Piñero

Ser profesora de Salud y Adolescencia en la actualidad, en una ciudad del Conurbano bonaerense sur, puede volverse un tanto complicado, sobre todo cuando los temas a tratar son reproducción, embarazo, métodos anticonceptivos, y ni hablar cuando debemos mencionar a los órganos reproductores... Se nos han ocurrido algunos, que van de lo gracioso a lo ridículo.

En el año 2006, trabajé en este espacio con un grupo terrible; en él había muchos varones y ellos aprovechaban cualquier cosa que se dijera para hacerse los graciosos.

Segundo trimestre: ¡había llegado el momento de abordar los temas tan temidos! Pensé, ¿qué hago? ¿qué digo? Y sobre todo ¿Cómo lo digo? Resultaba difícil.... Pegando dos láminas en el pizarrón, donde aparecían dibujados los órganos reproductores femenino y masculino comenzó aquella clase y, como no podía ser de otra manera, también las risas y los primeros comentarios no se hicieron esperar, puesto que los dibujos los había hecho yo y esto generó chistes referidos a quién había sido el modelo y cosas por el estilo. En ese momento me di vuelta y les dije: "cada órgano y cada proceso tiene un nombre específico y así los vamos a llamar."

Sin más, comencé a explicar; los chicos se miraban entre sí y me miraban como sin entender, pero no me interrumpieron, dejaron de reírse y me prestaron atención como nunca antes lo habían hecho.

Cuando pasamos al tema de los anticonceptivos, no paraban las preguntas... una tras otra. El resultado: ¡una clase espectacular! Aunque todavía no había ocurrido lo más significativo de esta historia.

Cuando finalizó la clase, casi todos se fueron al recreo, excepto un pequeño grupo de cuatro alumnas; ellas querían hacerme algunas preguntas que no se habían atrevido a formular. Les dije que la próxima seguíamos, que trajeran todas las dudas que surgieran. La verdad era que yo necesitaba un rato de distensión. Cuando se disponían a salir, Daiana volvió y me dijo: "¿usted sabía que yo repetí primer año?" "No" -le contesté- la verdad que ni me lo imaginaba", le dije, puesto que era una de las mejores alumnas del curso.

"Sí, lo que pasa es que fui mamá, sabe?", y continuó: "Yo amo a mi hija, ahora tiene cuatro meses, pero se me complica un montón, a veces no puedo venir porque no tengo con quien dejarla, me quedo hasta tarde para poder hacer las tareas, ya no puedo salir a ningún lado y recién tengo 16 años!"

Yo la escuchaba muda y entonces Daiana dio la estocada final. Me dijo que nunca antes ningún profe les había hablado como lo había hecho yo ese día y que pensaba que de haber sido así, hubiera sabido cómo cuidarse o dónde pedir información y de esta manera hubiera podido decidir cuándo ser mamá. "¿Usted me entiende, no?", finalizó.

Una sensación inexplicable me invadió en ese momento, todavía hoy cuando lo recuerdo me emociona. No dije nada, sólo la miré un instante, ella se sonrió y salió al recreo. Ese día yo aprendí una lección. No hay nada mejor que llamar a las cosas por su nombre.

Lamentablemente mi historia no termina acá, puesto que actualmente, me encuentro otra vez dando clases a ese grupo, ahora están en tercer año, son muchos menos, pero Daiana no está. Cuando pregunté por ella fue peor mi decepción, ya que yo me imaginaba que había

repetido nuevamente primer año, pero no fue así. En el 2006, con mucho esfuerzo, Daiana finalizó el ciclo y pasó a segundo año.

Llegaron entonces las vacaciones tan deseadas, pero también llegaron los conflictos familiares, la mamá de Daiana no cuidaría más a la beba. Desde ahora tendría que arreglárselas sola.

En marzo de 2007 llegó el primer día de clases en segundo año, ella lo intentó, pero no pudo seguir.

Hoy veo a sus compañeras con sus buzos de egresados, hablando de la fiesta de fin de año, de los vestidos que quieren lucir, de quién les entregará el diploma y de un posible viaje y Daiana no está y yo, que intento llamar a las cosas por su nombre, todavía no sé cuál le cabe a esta historia.

Docente autora: Laura Patricia Piñero

Localidad: Florencio Varela

Coordinadora CAIE: María Graciela Ravera

ISFD N° 54

¿Y si llamo a los padres?

Estela Ahamendaburu

Entrando a la escuela, se percibe el vacío. Sí, pocos padres andan por allí; los que van de un lado a otro, lo hacen con caras de preocupación, pensativos...

"Otra vez me llamaron. ¿Qué habrá hecho esta vez?", "Espero que me atiendan rápido para poder retirarlo o perderé el tren...", "Otra reunión y la misma perorata otra vez..."

El vacío se hacía sentir, estaba más presente que nunca.

Algunas veces hablamos de la comunidad educativa. Otras de los padres... que son un desastre, que los llamás y no vienen, que no les importa nada, que sin el apoyo de la familia no podemos, que... que... Convencida de que esto era cierto, pero a medias, porque en realidad hacíamos muy poco para que la situación fuese diferente, me quedé pensando en mis alumnos, en Matías, en Johnatan, en Oscar, en Daniel, en Lucrecia, en María... ya había pasado medio año. Seguramente se llevarían la materia si no hacían un giro de 180°, pero internamente sabía que no lo podían hacer solos y que yo no lo podía imponer; debían impulsarse ellos, y había que buscar urgente los apoyos para hacerlo, pues era el momento... más adelante sería demasiado tarde...

¿Y si llamo a los padres? Sí, eso voy a hacer... Los voy a llamar para conversar sobre el tema y pedir su colaboración... En sala de profesores, cafecito de por medio, pregunto por estos alumnos a ver cómo andaban en las otras materias y compruebo que también andaban muy flojos. Bueno, digo: "voy a citar a los padres"... algunos colegas callaron, alguno se rió, otro se mostró escéptico argumentando: "No van a venir".

Algo "desinflada" por los comentarios, dudé unos instantes, unas horas, unos días, hasta que los cité. Mandé una nota en el cuaderno de comunicados, solicitando que vinieran a la escuela el jueves a las 9.30 hs. Llegó el jueves... aviso que van a venir padres, que por favor les digan que me esperen. Las negativas estaban en algunas miradas y haciendo caso omiso fui al encuentro de mis alumnos. Cuando salí... estaban allí... sí, dos madres habían venido... me puse muy contenta; la preocupación, y por qué no el dolor, se adivinaba en sus rostros... "Ya las atiendo", dije con una sonrisa, tratando de aflojar la tensión.

Comenzamos el diálogo con la mamá de Johnatan. La sentí muy nerviosa, entonces le dije: "Mirá mamá que no te llamé para tirarte de la oreja, pasa que Johnatan no anda bien con la materia, sus notas son muy bajas, no hace el mínimo esfuerzo, es algo mal educado en sus modos hacia sus compañeros y hacia mí..." Y ella se soltó y comenzó a dar su mirada sobre la situación: que su papá no le pone límites, que quiere dejar la escuela y ni caso le hace, le dice que bueno, que deje; además se junta con Oscar que es vagancia pura... y varias cosas más... Finalmente acordamos que la familia y yo trataríamos de ser un bloque. Deberían controlar que todos los días lleve algo escrito en su carpeta y estudiar para la clase próxima, y pedirle que le diga lo estudiado, aunque ella no entendiese nada (pues el hijo en este caso había superado el nivel de escolaridad de sus padres). Le pedí por favor que se acercase a la escuela para cualquier duda, o para conversar sobre su hijo. La señora se fue agradecida.

La mamá de Matías, ni bien ingresó a la sala donde nos reunimos, tenía lágrimas en los ojos, y sin que le explique lo que estaba pasando en la escuela, comenzó a contar, como podía desde su dolor, que Matías con sus 17 años se había enamorado de una mujer que tenía 4 hijos, y ella le hablaba y le hablaba, pero nada podía detenerlo... Ahora comprendía yo por qué mis

estrategias no alcanzaban, si sabía que él era muy capaz. Acordamos pautas similares a las de la otra mamá. Y en ambos casos dejamos un canal abierto a la comunicación y al encuentro.

Internamente sentí acomodarse algunas piezas de este rompecabezas; la situación era compleja, pero por lo menos sabíamos dónde estábamos parados para hacer las jugadas con más precisión.

Llegó la clase siguiente y... ¡Oh, sorpresa!... Johnatan, que generalmente estaba "en otro canal", preguntó: "¿Qué vamos a hacer hoy?" El gozo me invadió... gradualmente las cosas cambiaron en él y a pesar de haber limitaciones bastante serias en sus aprendizajes, el esfuerzo y el empeño fueron grandes... Creo que rescato el aprendizaje para la vida que hicimos los dos, más allá de la materia. Ni les cuento que pude revertir el rechazo que me dio aquella vez que por la calle sentí un eructo enorme, y al darme vuelta era él.

¿Y Matías? Con él fue diferente... como un niño, orgulloso expresaba: "Mi vieja vino a hablar con usted", pero en su rebeldía decidió no esforzarse, faltó mucho... en su mundo afectivo del momento la escuela no encajaba demasiado, allí afuera la realidad era muy fuerte para él. Casualmente en estos días, a cuatro años de aquellas "luchas" nos cruzamos por la calle, se nota el aprecio, si bien me contó que aún adeuda tres materias, considero que por aquellos días, a partir de lo negativo, se sintió valorado. Creo rotundamente que valió la pena... y me quedo pensando que la convocatoria a los padres de adolescentes en la escuela es una asignatura pendiente.

Docente autora: Estela Ahamendaburu

Localidad: Gral. Las Heras

Coordinadora CAIE: Lucía Lara

ISFD N° 44

La nadadora nada educativa

Lucía Lara*

Sigo inquieta, sacudiendo la "nada educativa" en la secundaria superior de escuelas medias por los suelos herenses y marcospacenses. Después de mirar algunos relatos de compañeros CAIEs pensé en hacer un par de brazadas firmes hacia la parte más profunda de la oceánica nada pedagógica.

En los amaneceres pueblerinos sigue apareciendo la "nada" como el conocimiento todopoderoso, el polvito blanco "Ala" para lavacerebros.

Pero iamigos y compas queridos: no se rindan! *"¿Quién dijo que todo está perdido? Nosotros venimos a ofrecer nuestro corazón..."*. Hay que amigarnos con la Sra. "Nada". Nadie lo sabe todo y nadie sabe nada. Un aliguito de huellas despiertas y bailarinas descubrimos en todo ser humano, como dice nuestro guía Paulo Freire, si no, no habría nada que aprender. Hay que encontrarlas, provocarlas, animarlas, modelarlas, crearlas, esculpiras...

Otro juego para conocernos y de vuelta vemos a la "nadi" como artista exclusiva de la clase y de canal 11. A Cristian le tocó presentar el grupo de "Las Florcitas" y entonces a la pregunta *"¿Qué sabemos del grupo de las chicas?"* el alumno leyó: *"Durante el día no hacemos nada... no salimos con nadie... no vamos a ningún lado... no vemos nada para el futuro... no nos interesa nada..."*. Cris al terminar de leer les dice que *si les gustaba mucho el agua y las chicas responden por qué y Cristi les dice porque se ve que "se nada" todo el día y que piensan en nadar en un futuro, y qué bueno que estudien para nadadoras.*

Lauri, Andrea, Vicky y Gaby sonrieron. Se abría una posibilidad de que la "nada" cobrara sentido como "nadadoras", había una sonrisa, una posibilidad de hacer y de ser, una sugerencia, una pregunta para cada uno...

Cuando le tocó hablar a Lore, del Grupo "Barrio El Prado", también desarrolló una larga lista de "nadas". Cuando terminaron de exponer, Cris pregunta: *"¿ustedes son parientes del otro equipo? Y los del Prado contestan: "no, ¿por?" y el compañero dice: "Porque acá todos nadan, podrían formar una asociación de nadadores de la Escuela Media".*

Pablo aclaró que además de nadar a Marisa le encanta bailar y que le gusta escribir poemas de amor. Y Fernando buchoneó que es mentira que Gastón vaguea todo el día porque juega al fútbol en el potrero de su barrio. "Victoria es vecina mía y todos los días la veo poner fuerte el parlante y cantar como Shakira", aclaró Maxi. Miguel se paró de la silla y dijo: "La Colo prepara unos tereré riquísimos y me enseña a hablar en guaraní y nos reímos mucho". Surgía una "señora nada" vestida de humor, esperanza, posibilidades... historias escondidas bajo agua y otras recreadas...

Docente autora: Lucía Lara
Localidad: Gral. Las Heras
Coordinadora CAIE: Lucía Lara
ISFD N°44

* El lunes 5 de mayo, recibimos la triste noticia de la desaparición física de Lucía Lara, Coordinadora del CAIE de General Las Heras - Provincia de Buenos Aires. Los que la conocimos nos sentimos conmovidos, no sólo presencialmente sino a través de los intercambios virtuales, por su personalidad dinámica y transformadora, y nos encontramos consternados frente a algunos hechos que, como este, nos dejan sin palabras. En este texto que escribió Lucía para el proyecto CAIE, ella narra su experiencia como coordinadora, y expresa la esperanza de seguir buscando...

Es un embole

Florencia Cortegoso

Esto que voy a contar me sucedió el día miércoles 26 de septiembre del 2007, en una de mis prácticas en la ciudad de Mar del Plata.

Me tocó dar rotación y traslación de la Tierra. Yo muy emocionada con el tema empecé a investigar, armé un globo terráqueo, la luna, armé láminas... en definitiva me preparé un montón.

Para dar este tema, supongo que fui un poco ambiciosa, porque por ejemplo tenía que representar el sol, y yo no quería que cualquier cosa me haga de sol. Es más, mi pareja me dijo que llevara una linterna, y yo muy enojada le contesté: "¡no, porque la luz de la linterna es dirigida y la luz del Sol no es así!" Fue así que él con mucha paciencia me preparó su lámpara, le sacó la pantalla y hasta le puso un alargue para que yo no tuviera problemas. En el caso de la Tierra y la Luna me recorrí toda Mar del Plata para encontrar aquellos tamaños que cumplieran con mis expectativas, y para pintarlas estuve otro par de horas más.

Fue así como llegó aquel día tan esperado y codiciado. Incluso me acuerdo que llevé todas las cosas bien a la vista para que las vea mi profesora de Práctica. Pero ella no estaba y para ser sincera sentí un gran alivio pero mezclado con desilusión, ya que quería que ella notara el gran esfuerzo que yo había realizado.

En la primera hora me dediqué a preparar todo y practicar lo que debía explicar, hasta que me enteré que ya había llegado mi profesora de Práctica y por supuesto volví a ser un manojito de nervios.

Una vez que tocó el timbre, salen todos los chicos y con mi compañera de práctica comenzamos a preparar el salón: tapamos las ventanas, pusimos las mesas en un círculo, conectamos la lámpara y la colocamos en una mesa en el medio del salón con el globo terráqueo y la Luna.

Luego de terminar el recreo, entran los chicos y no pueden creer lo distinto que estaba el salón. Se ubican y yo comienzo con mi clase, hasta que en un momento determinado un niño, que va a quedar en mi memoria por siempre, llamado Gabriel, me dijo: "¡Seño, esto es un embole!". Yo lo miré paralizada y, sin saber muy bien qué hacer, le contesté: "¿te embola?". Rápidamente, y gracias a Dios, me socorrió la maestra, diciéndole que no sea irrespetuoso, y todo eso. Entonces tocó el timbre del recreo, y yo estaba que me desarmaba en llanto; debo agradecer nuevamente a la maestra y a mi compañera que me ayudaron a tranquilizarme y a sobrellevar el momento.

Una vez que toca nuevamente el timbre entran los chicos, junto con mi profesora de Práctica, y yo continúo dando mi clase, como si en la hora anterior nada hubiera pasado. Al final de la clase mi profesora de Práctica me felicitó porque notó todo el esfuerzo realizado, pero yo me fui a mi casa pensando qué tendría que haber hecho frente a tales palabras como: "seño, esto es un embole". He pensado desde aquel entonces en qué reacción podría haber utilizado en aquel momento, cómo podría hacer para que un chico como Gabriel no se embole nunca más en una de mis clases... y cómo prepararme previamente ante aquellos "emboles" que podía prevenir o que no los podría prevenir... Porque me he dado cuenta, y a pesar de haberlo estudiado (lo dicho por los pedagogos) que la práctica realmente es impredecible y podría decirse que hasta mágica, porque lo menos que uno piensa, bueno o malo, puede ocurrir...

Docente autora: Florencia Cortegoso
 Coordinadora CAIE: María Claudia Ridao
 Localidad: Gral. Pueyrredón
 ISFD N°19

Mamá está en casa

Rita Santone

La experiencia ocurre en una escuela técnica en primer año en el 2007.

Soy profesora, me encontraba dando clases en un Trayecto Técnico Profesional (TTP) cuya metodología es teórico-práctica.

Un curso reducido organizado en pequeños grupos de trabajo con una carga horaria de cuatro módulos continuados una vez por semana. Estas son condiciones suficientes para realizar un seguimiento de los alumnos, tanto en el aprendizaje como en lo actitudinal.

Conocía a cada uno de ellos. Ninguno parecía tener una dificultad en ningún aspecto.

Sin embargo, un día, en un grupo de varones, un alumno comenzó a tornarse agresivo, y ya no cumplía con las tareas solicitadas.

Entonces, decidí hablar con él. Le pregunté: "¿Qué te sucede? Ya no sos el mismo de siempre. ¿Tenés algún problema?". Me respondió: "Sí, mi mamá sale en libertad condicional. Hace cinco años que está en la cárcel, y tengo miedo que no venga".

Quedé totalmente shockeada, no sabía qué responder. De repente lo miré a los ojos y vi la tremenda angustia que tenía. La misma que sentí yo.

Finalmente le contesté:

- No te preocupes, todo va a salir bien, todo tiene solución.

En realidad estas son palabras de mi madre que siempre me han alentado.

Luego le pregunté:

- ¿Vos la veás?

Me dijo que sí, que a veces la visitaba los domingos en la cárcel. No quise preguntarle acerca del porqué su madre estaba en la cárcel.

La semana siguiente noté que se había cortado el cabello, estaba bien vestido y poniéndose al día con los contenidos de la materia. Le dije: "¿Cómo salió todo?", a lo cual me respondió emocionado: "Mi mamá está en casa".

Docente autora: Rita Santone

Localidad: J. C. Paz

Coordinadora CAIE: Andrea García

ISFD N° 36

Jugando a creer

Beatriz Desinano

Un buen día de otoño como cualquier otro, en la sala de profesores de la escuela donde trabajo como preceptora del nivel secundario, conversábamos con unas compañeras, cuando irrumpió la directora... —Chicas, chicas, el de la beca, ¿vinieron a cobrar la beca? Y entonces... no pude contener el impulso de improvisar un sencillo disfraz e ir a tocar a la puerta de la Directora para presentarme a “cobrar la beca”.

En ese mismo momento los alumnos de primer grado se encontraban en la puerta de la escuela -porque realizaban una visita a las dependencias del Establecimiento. Cuando la maestra advirtió mi presencia -con atuendos de abuela (un pañuelo y un bastón)- sólo eso bastó, para que ella dijera: —Miren, chicos, una abuela, pregúntenle cómo se llama... Toda la inquietud de los niños y mis ganas de volver al mundo niño hicieron que a partir de allí se desarrollara una historia que fue muy hermosa y con muchas enseñanzas para todos.

Les dije que mi nombre era Dolores Fuertes, haciendo alusión a un juego tradicional (inventar nombres relacionando de manera graciosa su significado). Se acercaron a saludarme y todo parecía terminar allí...

Sin embargo, la abuela se transformaría en un personaje creíble, lleno de sorpresas para los pequeños.

Durante el recreo del secundario, me vieron (en mi rol de preceptora) ya sin los accesorios de abuela, pero se acercaron a preguntarme por ella y a decirme que querían volver a verla.

Este fue el motivo por el cual se concretó la primera visita en el aula de primer grado. Para esa ocasión la abuela utilizó un tapado negro, mantilla, cartera de cuero muy viejo y gastado, una lata de dulce cosecha 1.920 como cartuchera y una agenda de yerba mate *Apipé* para tomar notas.

La abuela les contó que en realidad, su nombre no le gustaba, porque sonaba feo, a enfermedad y angustia, y que ella estaría muy feliz de llevar otro. También, que había dejado de ir a la escuela, que no sabía leer ni escribir y que ello le ocasionaba muchos problemas, como por ejemplo, no saber qué decían los carteles que están en el supermercado. Los niños pasaron al pizarrón y escribieron una lista de alimentos para que la abuela copiara... tarea que ésta realizó con gran esfuerzo. Aceptando la colaboración de algun@s voluntari@s que con sencillas indicaciones ayudaron a la abuela.

En cada visita, la abuela fue desplegando su capacidad de reflexión sobre temas de la vida cotidiana. Contando con la complicidad de la maestra, que daba cuenta de cada intervención espontánea de la abuela y/o de l@s niñ@s de la manera que sólo una maestra puede hacer, transformando una simple vivencia en una enseñanza para la vida. Por ejemplo, la maestra tomó como temas para trabajar, los siguientes:

La valoración de las cosas materiales, aprovechando como tema la cartera vieja de la abuela y la controversia de un niño con un compañero porque su mochila estaba gastada y la de él era nueva.

Los alimentos, la clasificación por su valor nutritivo, tomando en cuenta los que sirven para un abuelo.

El respeto por la opinión de los demás, a la hora de elegir, lo que se aplicó al nuevo nombre que sería por mayoría: Liliana

Colecta en grupos para conseguir material, reciclando lo que se tiene, en este caso fue de lápices para Liliana.

La consideración hacia los abuelos

En otra de las visitas, la abuela fue recibida con mucha alegría y emocionados le entregaron los lápices, un montón, todos con punta nueva y con el nombre: "Liliana". Le contaron cómo entre todos habían decidido llamarla así. También le dijeron lo que debía comer para estar bien alimentada.

Todas las semanas esperaban a la abuela, me preguntaban por ella, seguían jugando a creer que de verdad existía. En los hogares, contaban a sus padres, éstos al ver las fotos, inmediatamente me identificaban, y se escuchaban comentarios cómo: ¡pero, si es Chochi! Pero los niños "no querían saber" de quién se trataba, algo así como cuando surge el tema de los Reyes Magos, al decir de una familia.

Al llegar la primavera, el tapado resultaba algo incómodo, por eso Liliana les dijo que por un tiempo no vendría, que se iba a la montaña. Por sugerencia de la maestra, al volver el tema sería Ecología, para poder vincularlo con los contenidos curriculares.

Liliana contó el argumento de "No te vayas Pudú", pero adaptado a su viaje imaginario, como que ella había visto desde las lagunas pampeanas hasta los bosques del sur, que había estado cerca de los animales de cada región y que había sabido de la amenaza que significa el hombre para ellos.

Los niños se conmovieron tanto con el relato que, en la figura que se les entregó, algunos hasta le hicieron una casita al Pudú.

Al llegar el fin de año lectivo, terminó la historia de Liliana. Pero no fue un final a secas. Los niños fueron a llevarme un viejo árbol de navidad, decorado con tarjetas de animalitos y una carta de cada uno para Liliana, en la que le decían todo lo más lindo que les había enseñado.

Docente autora: Beatriz Desinano

Localidad: Lincoln

Coordinador CAIE: Marcelo Ferrari

ISFD N°134

Las decisiones grossas del maestro

Gladys Barrios

Luego de tratar insistentemente de encontrar el espacio para sentarnos a conversar con Mónica, para recordar y, por qué no, reflexionar un poco acerca de nosotros, de nuestra historia laboral personal, encuentro una manera de hablarle a ella y a quienes deseen hacerse de este mismo espacio, para leer algo que nos une. Cuando se dio la conversación, no me fue difícil contarle cómo es que estoy aquí, cómo fue que llegué a la escuela N°64 de Ingeniero Budge, partido de Lomas de Zamora, al sur del cordón suburbano de Buenos Aires. De inmediato me lanzo a contarle y me remito a mi historia diciendo: "Yo soy una hija del barrio"... Luego de recordar tantas anécdotas que vivimos en nuestra escuela, elijo escribir sobre una que creo fue para mí de las más significativas porque, allí, comencé a pensar en "Las elecciones grossas del maestro".

En ese entonces en la vieja escuela 64, que funcionaba en la calle Campoamor, reclamábamos a las autoridades un edificio digno para la institución, puesto que funcionábamos en un terreno vecino a la escuela N° 58 de la que fuimos anexo hasta 1993. Trabajábamos en aulas modulares¹, con paredes de plástico y fibra de vidrio, destruidas por el tiempo, soportando todo el año las peripecias del clima: calores, fríos, lluvias, tormentas e inundaciones dentro y fuera de los salones. Transcurría creo que el 3er. año en que el grupo de maestros acondicionábamos el "edificio" lijando, pintando y reparando algunos escritorios y armarios viejos que conseguimos de una donación de la gente del ferrocarril. También nos daba un resto para los pizarrones y hasta algunos juegos en el patio con la ayuda de los profesores de Educación Física, siempre buscando lo mejor para los chicos, aprovechar el reducido espacio, lograr que corran menos en el patio, alejarlos de los espacios de riesgos y demás.

"Yo soy una hija del barrio". Afortunadamente, soy maestra gracias al esfuerzo de mi madre chaqueña, que vino de sus pagos, como muchos de los papás de nuestros nenes, siendo adolescentes, casi analfabetos, con el afán de encontrar en el gran Buenos Aires, algo más que zapatos modernos y canciones de moda (1967). Entre otras memorias de la educación en mi primera infancia, recuerdo no haber ido al jardín de infantes puesto que, ya en esa época era muy difícil encontrar una vacante en el gratuito del barrio. Había uno privado que no era accesible para las familias de operarios de fábricas de jornales de 12 o 14 horas como la mía, que disponían de ese sueldo para vivir (alimentarnos, vestirnos, construir nuestra casa, viáticos y demás). En 1975, comienzo 1er. grado en la Escuela N°12, "Primera Junta de Gobierno", que estaba en el bajo², cerca del zanjón³ y de las vías del tren de Budge. Allí asistí hasta 4to. grado y cuando mi madre debió comenzar a trabajar para ayudar en casa, pasamos a la Escuela N°13 de Valentín Alsina, que tenía Jardín de Infantes para que concurriera mi hermana menor. Realicé la secundaria en el Comercial N°21 de San Cristóbal, cerca de Plaza Once, como la hicimos la mayoría de los chicos de mi edad que íbamos a escuelas próximas al recorrido del colectivo 32 (única línea que entraba y salía del barrio). Luego del intento de ingresar en Odontología y des-

¹ Aulas Modulares: Salones desarmables que se instalan circunstancialmente en forma provisoria por alguna emergencia.

² El bajo: Zona de terrenos bajos e inundables del barrio.

³ Zanjón: Curso de agua de un brazo del río Matanza que se desborda con las lluvias intensas.

cubrir que esa frialdad no era para mí, una amiga me alienta y me inscribo en el Magisterio, en el Normal de Villa Urbana. Así comienza mi historia docente ¡Qué equipo!

No era fácil ser maestros en esas condiciones, y tampoco directivo. Recuerdo que estre-
nábamos dire y vice, con las que no nos terminábamos de entender. Ellas, para su defensa,
decían estar frente a un grupo de docentes que se mandaba solo. Y... ¡Cuánta razón tenían!
Pero claro: ¡que le diéramos la razón no significaba que no le diéramos trabajo! Vista desde
nosotros todo tenía cierta lógica que hasta hoy la seguimos sintiendo los que llevamos a la 64
adentro: "Ahora, la escuela ya está armada y es lo que es, porque así la hicimos nosotros los
que la vivimos y trabajamos desde abajo para verla crecer (con todo lo que esto implica, lo
bueno y lo malo). Como no era del agrado del equipo directivo que siguiéramos decidiendo so-
bre el futuro de la escuela, silenciosamente, les enseñamos a unas mamás de cooperativa para
llegar insistentes veces al despacho de José Octavio Bordón (en ese entonces Director Gral. de
Escuelas de la Provincia de Buenos Aires).

Pasó ese año, volvimos a empezar otro. En medio de las compensaciones de febrero, la
arena y el cemento, otra vez nosotros, mudando muebles para pintar las aulas e iniciar el ciclo
lectivo en el mismo lugar. Un día, previo aviso, llegó Bordón a la escuela. Creo que sólo quería
saber qué tanto había de verdad en la realidad de lo que se decía en las cartas de los padres.
Recuerdo que era una mañana lluviosa, llegó cerca del mediodía con un pilotín azul y un para-
guas haciendo juego dando una imagen muy elegante al igual que todo su equipo: asistentes,
secretarios, guardaespaldas y vaya a saber Dios qué más. Sólo recuerdo a uno de ellos, porque
días después lo vi por televisión pronunciando un discurso sobre la educación pública en la pro-
vincia de Buenos Aires: Daniel Filmus (Ministro de Educación de la Nación). Recorrieron la es-
cuela, asombrados, y cuando ya se disponían a salir, les salimos al paso sin autorización de la
directora, que transpiraba temerosa de lo que pudiéramos decir. ¡Ni sé como iniciamos el diálo-
go: era jugarnos o jugarnos! Creo que fue la única vez que hablamos todos y sin interrumpir-
nos. Es que nunca habíamos estado en una situación límite en donde debíamos salir a ganar.
¡A ganar ese espacio digno que soñábamos para nuestros chicos! ¡Nuestros pibes! ¡Qué mo-
mento! Como se dice generalmente: "Una cosa es contarle pero otra totalmente distinta es es-
tar ahí". ¡Qué equipo!: "Dios los hace y ellos se juntan". Susana, la secretaria; Patricia, Silvia,
Elizabeth, Adriana, las maestras que se mudan "provisoriamente" de la escuela N° 58 a este
anexo⁴, sólo que resultó una espera provisoria de unos 11 años. Julieta, Fabián, Roxana Fuen-
tes y yo, que nos recibimos y decidimos trabajar juntos en esta escuela; y los profesores de
Educación Física, Roxana Rosas y Juan D'Anna. Entre tantas que alegamos, recuerdo algunas
frases que me hicieron temblar las piernas: "¿Sabe cuántos señores como usted vinieron a
nuestra escuela en época de elecciones, así, elegantes con trajes y corbatas de marca, a llenar-
nos de promesas y después de ganar se olvidaron de todo lo que nos prometieron?" O... "¡No
crea que para nosotros es fácil plantarnos a decirle esto atacándolo de esta manera, pero...
[con lágrimas en los ojos] nosotros no nos podemos abrir de esta realidad porque no venimos a
enseñar de Capital o del centro de Lomas. ¡Nosotros somos de esta realidad, nacimos en este
barrio y estamos trabajando con alumnos que conocemos! ¡Estamos enseñando a nuestros so-
brinos, a nuestros vecinitos, a los hijos de nuestros amigos, a pibes que vienen de familias e
historias como las nuestras y no vamos a aflojar aunque a ustedes los sorprenda que estos ne-

4 Anexo: Espacio anexo de una institución central (sede) que no funciona en el mismo lugar o terreno, pero pertenece a dicha institución sede original en todo.

nes aprendan Inglés a pesar de estas lamentables condiciones!". (Por mi parte no es difícil que comprendan esto: "Yo soy una hija del barrio").

En eso que el clima estaba tan cálido, por no decir "calientito", se acerca un alumno de 2do. grado, Jorge Flores, alias "El Turu". Llega a la rueda de maestros y funcionarios y mostrándonos el cuaderno, nos dice que ya terminó su tarea. Cabe mencionar que Jorge era uno de esos alumnos que reconocemos duros para el aprendizaje pero sagaz para las picardías y las destrezas. A modo de suavizar la conversación interrumpida por el nene, Bordón le sonríe y le dice: "Y vos, che... ¿Quién sos?" "Jorgito Flores, El Turu. Me dicen así porque juego al fútbol como el Turu Flores. ¿Lo tenés?" "¿Así que jugás bien al fútbol, che?" "¿Y vos? ¿Vos sos el tipo que nos va a hacer la escuela nueva?" (El funcionario se sonríe tratando de esquivarlo pero no lo logra). "Síí... y vamos a hacer una fiesta y vamos a comer torta. ¿Querés?" Jorge lo mira de arriba abajo, luego de reajo. Se acerca haciendo que éste se incline y le dice: "Mmm, vos hacé la escuela nueva que para la fiesta, cuando la estrenemos, yo le voy a decir a mi abuela que me compre de 'La Poro'⁵ una torta de cinco pesos para comer con los chicos." Por un instante, enmudecido, el funcionario miró a Jorgito igual que todos nosotros. Luego en voz alta, firme, sin titubear, llamó a un asistente. "Vení, mirá, anotá esto eh..." (Tomándolo al niño del hombro): "Escuchame Turu lo que te voy a decir: yo te voy a hacer la escuela nueva y vos le vas a decir a tu abuela que cuando inauguramos el edificio, yo voy a traer la torta, y para que festejemos con todos los chicos de la 64. ¿Está bien?" "¡Sí!", aseguró Jorgito, y volvió al salón sonriendo, dejándonos acongojados, sin palabras. Bordón y su comitiva salieron de la escuela y, con ello, una vez más nos quedamos ilusionados, a la espera de alguien que se decidiera a cumplir el sueño para nuestros chicos.

Luego de tanta espera, al año siguiente, como por arte de magia, ya teníamos escuela nueva. El día de la inauguración, en medio de funcionarios, periodistas, docentes de variada jerarquía, toda la comunidad de Ingeniero Budge y Eduardo Duhalde listo para dar su discurso, José Octavio Bordón pasó por la puerta de entrada y dijo en voz alta: "¿A dónde están las mamás que me escribieron las cartas? ¿Y las maestras que me atracaron aquella vez? ¡Que vengan y me traigan al Turu para que corte la torta!" Recuerdo que Érica Luna, la abanderada, cortó la cinta para inaugurar la apertura del edificio, y Jorgito Flores y el funcionario cortaron la gran torta que éste trajo para todos los alumnos de la escuela.

No sé si fue la constancia, no sé si fue la suerte, no sé si fue el corazón o todas las cosas juntas, pero, luego de varios días de disfrutar viendo a nuestros chicos en el nuevo edificio, comencé a sentirme de otra manera. Quizás aprendí a crecer un poquito más, a tenerme más confianza, a arriesgarme por lo que creo, o a no perder la esperanza. No podría asegurar qué fue. Pero de algo sí estoy bien segura: para nosotros la fiesta no fue completa ya que, por lo protocolar del encuentro, no nos permitieron la actuación de los alumnos que hacía más de un mes venían ensayando, ni la lectura de una carta que hicimos todos los maestros para celebrar el momento. Para ellos: "Una nunca sabe la importancia que puede tener en sus vidas, ese único instante de decisión grossa del maestro, que puede ser muy duro, pero que trasciende marcándoles un antes y un después. Para mí: "No hay placer más lindo en la vida, que sentir que alguien te necesita y que vos podés hacer algo por ese alguien para que esté feliz: un niño".

5 La Poro: Panadería y confitería más antigua del barrio desde hace aproximadamente 25, 30 años. En ese entonces, la única que preparaba tortas y/o servicios para fiestas importantes

Para mi yo maestro: “Es muy importante ser concientes de que, desde nuestra primera clase en el magisterio, seleccionamos lo que queremos aprender, porque desde el primer día, comenzamos a formar, elegir y manifestar qué postura política vamos a adoptar a la hora de enseñar”. ¡Cuántas cosas tengo que aprender y vivir todavía!

Docente autora: Gladys Barrios

Localidad: Lomas de Zamora – Ingeniero Budge

Coordinadora CAIE: Mónica Leis

ISFD N°103 de Villa Urbana

La importancia de no llamarse José Félix

Silvia Noemí Carreras

Con motivo del 75° Aniversario de la EGB N° 9 "José Félix Uriburu" que se cumplía en el año 2004, y dirigiendo esta Institución desde hace años, me pareció necesario -con motivo de las Bodas de Diamante-, poner en palabras y acto una discusión necesaria, desde hacía varias décadas, con respecto al uso y validación del nombre oficial de nuestra escuela.

Las decisiones políticas son parte de la vida de las escuelas públicas, esto no debe asustarnos ni enojarnos, ya que la educación es uno de los factores más importantes del progreso de un país, y a través de las instituciones educativas la Nación y el Estado propone el estilo de vida que quiere para el presente y para el futuro.

Por muchas décadas, las decisiones fueron exclusivamente de otros, basados en un modelo jerárquico, de arriba hacia abajo, con poca o nula participación de los actores sociales, de nosotros, los ciudadanos, los habitantes de nuestro país. En la actualidad, tenemos la posibilidad de hacer efectivo un derecho de los pueblos democráticos que es la participación, la discusión, el disenso y la toma de decisiones.

La resolución del nombre "José Félix Uriburu" fue decidida allá, por la década de 1930, por funcionarios provinciales elegidos en votaciones fraudulentas o por burócratas de segundo rango que querían quedar bien con el régimen. Considerado un militar ejemplar del Ejército Argentino, fiel defensor de los ideales más caros de la argentinidad, el lugar elegido para esta imposición fue una pequeña y promisoría escuelita de un pujante pueblo llamado San Antonio de Padua en la provincia de Buenos Aires.

Pero la sabiduría popular y la reflexión de sus maestros fue haciendo de las suyas a través del tiempo transcurrido, demostrando su disconformidad ante el nombre, a saber: No hay calendario escolar en nuestra institución que recuerde al General, ni su natalicio ni muerte, ¿festejaríamos el 16 de setiembre de 1930 cuando el Gral. Uriburu encabezó el primer golpe militar a un gobierno democrático? ¿Lo nombraríamos como cofundador de la Liga Patriótica, primer grupo civil ilegal, de perseguidores de judíos, sindicalistas y toda persona que pudiera ser vista como enemiga de la "Patria"? ¿Qué podríamos decir a nuestros alumnos acerca de uno de los líderes que inician la llamada Década Infame? En conclusión: el nombre oficial no nos representaba.

Por otra parte, directivos, docentes, cooperadores de todas las épocas, quienes amaron y amamos a esta escuela profundamente, sólo la nombramos "Escuela 9", como reza el gran cartel colocado en la esquina de Intendente Mendilice y Gaona. Sólo cuando es imprescindible formalmente o cuando lo pide la burocracia educativa utilizamos el nombre oficial de la Escuela. En conclusión: este no nos representa.

¿Qué decir de la comunidad? Generaciones de paduenses han concurrido a esta escuela, la han visto crecer; tenemos, en algunos casos la tercera generación que asiste a ella. Todos saben que la identidad de Padua tiene a su "Escuelita 9" entre sus pilares. ¡Cuántas veces me expresaron la incoherencia de su nombre, la necesidad de "hacer algo", de cambiarlo!

Un pueblo que forja con su trabajo un porvenir quiere tener símbolos en los cuales sentirse reflejados, héroes militares y civiles en quien creer. En conclusión: el nombre de la escuela no los representa. Por tanto, ante la posibilidad que nos daba el marco legal de la Dirección General de Cultura y Educación, ante la necesidad de discutir democráticamente el inicio o no

de un cambio de nombre de la Escuela, y ante la oportunidad histórica de comenzar un camino hacia la democratización de otro espacio más de nuestra sociedad, antes sólo declamado, dimos inicio al proceso de cambio.

Publicidad colocada en toda la localidad:

1929 – 2004
75 ° años - Bodas de diamante
EGB N° 9 " Gral. José Félix Uriburu" (1)
San Antonio de Padua

Comunicado a la comunidad de Padua: "Cambio de nombre de la Escuela"
Con motivo de su Aniversario, la EGB N° 9 –Int. Mendiluce (ex Lambaré) y Gaona- inicia su cambio de nombre:

El sábado 8 de mayo a las 17.00 horas se realizará una Asamblea comunitaria, abierta a toda la comunidad de San Antonio de Padua. Para más información, acérquese a la Escuela 9 donde podrá leer bibliografía al respecto y escucharemos su opinión.

La Dirección

(1). GRAL. JOSÉ FÉLIX URIBURU. Primer presidente de facto. Líder del primer golpe militar a un gobierno democrático (6 de setiembre de 1930). Este golpe inicia la llamada Década Infame.

La Asamblea Comunitaria que inició el cambio propuso tres nombres, tres claros médicos, héroes civiles de nuestra sociedad. Ellos fueron: Dr. René Favalaro, Dr. Laureano Maradona y Dr. Florencio Escardó. En una votación en la cual participaron docentes, auxiliares, padres, vecinos y alumnos de Tercer Ciclo, de la hoy la ESB n° 66, fue proclamado por mayoría el Dr. René Favalaro como el nombre que representara a nuestra escuela.

Gracias al proceso democrático iniciado en el 2004, y a la predisposición de nuestras autoridades provinciales para convalidar nuestros actos democráticos, inauguramos oficialmente la nueva etapa de nuestra escuela, donde tenemos un nombre que nos identifica socialmente y del cual podemos estar orgullosos.

En el discurso del 17 de septiembre de 2007 dije a los niños:

"Queridos alumnos, ahora sí hablaremos en nuestras aulas de un médico, de un médico argentino que nació en un barrio muy humilde, muy pobre de la ciudad de La Plata. Que igual que ustedes, cuando era un niño concurría a una escuela pública y le gustaba el fútbol.

Alumnos, hablaremos de un joven que se fue a un pueblito de La Pampa como médico de campo, para devolverle con hechos tangibles a la sociedad lo que él había recibido en la universidad pública y gratuita.

Hablaremos de un hombre tan inteligente que trabajando en Estados Unidos de América mejoró técnicas cardiovasculares para salvar muchas vidas en todas partes del mundo.

Desde ahora, los maestros podrán leer con los alumnos sus palabras, palabras de vida, de honor y de honestidad.

Los padres y los maestros podrán conversar con sus hijos sobre su vida y su muerte, un símbolo de la argentinidad: de nuestras victorias, de nuestros desencuentros, de nuestras contradicciones.

Para todos nosotros, para los niños que mañana serán hombres y mujeres de bien, desde hoy y en adelante el espíritu, la palabra y la acción del Dr. Favalaro será guía y marcará rumbos para lograr una Argentina mejor. Muchas gracias”.

Docente autora: Silvia Noemí Carreras
Localidad: Merlo – San Antonio de Padua
Coordinador CAIE: Juan Carlos Olave
ISFD N° 29

Mea culpa

Rosa San

Dice Machado en su célebre canción: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar..." y debo admitir que, en mi caso es muy cierto. Llegué a mi edad adulta transitando múltiples actividades: empleada de oficina, secretaria, ayudante de bibliotecaria, novia, esposa, madre... hasta que mis hijos empezaron a volar del nido. Sí, síndrome del "nido vacío", dicen los que saben. Angustia. Depresión. Psiquiatra. Algo tenía que hacer, ¿pero qué? Un grupo de teatro, participación para una nascente democracia, todo ayudaba, pero... no era lo mío. ¡Qué desorientación! ¿Qué podría ser lo que llenara mis expectativas, que hasta ese momento tampoco eran conscientes, sino que se filtraban a través de esa insatisfacción tan difícil de describir...?

Un paso en el camino

Era la época de los Colegios Nacionales, cuando las designaciones del personal se efectuaban por listas de postulantes en cada institución, y me anoté en el Colegio Nacional de Olavarría para el listado de preceptores. No se requería más que el título secundario, así que gestioné la inscripción en Provincia de Bs. As., porque era de Capital, y me presenté. Respetando en todo las cuestiones reglamentarias, me llamaron a cumplir una suplencia de quince días, del 15 al 30 de diciembre, sin importarles que era una señora de 40 sin experiencia en la función. Debo haberme esmerado lo suficiente, porque quedaron muy conformes, y cuando al año siguiente necesitaron, fueron dos meses de suplencia, hasta que finalmente quedé en el cargo vacante. Fue una revelación. Estar en contacto con estudiantes de las edades de mis hijos, con profesores que abrían mi mente a través de conversaciones interesantes, significó volver a encontrarme. Mariana, Marta, quedarán por siempre en mi memoria como dos personas íntegras que me ayudaron a dar este paso en mi camino.

Un ángel cayó del cielo

Quienes hayan estado alguna vez en un cargo saben que, en algún momento, se vuelve rutinario. Y el bichito de la insatisfacción volvía a picar. ¡Seis años ya! Listas de alumnos, notas, registros, libros de temas, se turnaban para estar siempre ocupada. Pero mi mente estaba desocupada. Leer siempre me gustó. Inglés, también. ¿Me anoto en algún instituto? Pero ya tengo 6to. de la Cultural, tendría que ser para conversación, ¿y dónde? Olga me comenta que en la escuela estaba Silvana, una legendaria profesora del Comercial. ¿Que por qué no le pregunto a ella? Un ángel. Me cautivó. Era profesora en el Instituto del Profesorado y me ofreció que ingresara! No podía creerlo. Pero lo intentaría, le prometí.

Nunca faltan piedras

Y, no fue fácil. Muchos trámites burocráticos, colas para la inscripción, horarios que no coincidían, pero lo peor fue cuando, luego de sortear bastante bien una a una todas las dificultades previas, llego al tan ansiado escritorio para ingresar definitivamente. La muy amable secretaria hace las preguntas de rigor hasta que oye 46 años. Levanta la vista, me perfora con odio y me dice: "NO SE PUEDE HACER INGRESO A LA DOCENCIA DESPUES DE LOS 40". Un baldazo de agua fría no podría haber sido más terrible. "Perdón, señora, nadie puede negarme el derecho a aprender. Si luego no consigo un trabajo oficial, puedo dedicarme a la enseñanza

particular, ¿no?" No sé de dónde saqué fuerzas para mascullar esas palabras, pero dieron resultado: aunque sea a regañadientes, me anotó.

Un duro camino

Si alguien intentó volver a estudiar institucionalmente luego de casi treinta años sin hacerlo, puede ponerse en mis zapatos y comprenderme. Fue duro. Mis compañeritas recién salidas del secundario y yo. Lo que a algunas les tomaba horas, a mí me llevaba días y días de estar "pegada" a la silla para poder cumplir. Y el orgullo. Y la vergüenza... Yo no podía fallar. Y sobre todo, no me podía fallar. Asistir, escuchar, estudiar, aprender, era emocionante. Dar parciales y rendir exámenes finales, no tanto. Pero luego de cuatro años, lo logré. Me sentí tan emocionada que decidí gratificarme. No en vano había cumplido los 50, mi medio siglo de vida, con el regalo de un diploma. Como mi hermano vive en Norteamérica, allí me fui, con licencia sin sueldo en el trabajo y con el aval de mi familia, por dos meses enteros. El duro camino había terminado. ¿O recién comenzaba?

Un nuevo rumbo

Las circunstancias se fueron dando. Primero, ayudante en la Facultad, donde el requisito de edad máxima no contaba. Luego, cuatro horas en el mismo Profesorado de donde había egresado. Después, un movimiento anual docente que me permitió cambiar mi cargo de preceptora por diez módulos de cátedra en Polimodal... y así fui haciendo mi camino al andar. Cuando me preguntan por qué a los 63 sigo dando clases, contesto: ¡Pero si empecé hace poco! Déjenme hacer lo que me gusta, ¡después de todo el tiempo que me tomó descubrirlo!

Docente autora: Rosa San

Localidad: Olavarría

Coordinadora CAIE: Diana Elisa Scandura

ISFD N°22

Yo, Caperucita y los átomos

Alejandra Fuillerat

Enseñar no es una tarea fácil para el docente de hoy en día, al menos así lo siento yo. Muchas veces oigo hablar y leo otras tantas sobre la gran dupla Enseñanza-Aprendizaje, como si fuera una condición *sine qua non* que estos procesos se den simultáneamente, mientras que la realidad, año tras año, en esta profesión, me va marcando lo contrario, no siempre que alguien enseña hay alguien que aprende y este es mi gran desafío cada mañana y cada tarde que emprendo mi viaje hacia las escuelas, porque amo lo que hago, lo llevo en la sangre desde que era muy pequeña.

En las Ciencias Naturales muchas veces se trabaja con conceptos muy abstractos que son difíciles de comprender, me refiero a conceptos que rondan tanto el campo de lo microscópico como de lo macroscópico, por ejemplo los átomos, las moléculas, las partículas subatómicas y su comportamiento, el espacio estelar, el año luz, por mencionar algunos, y por más que nos esforcemos con actividades y recursos muy atractivos, vemos las caritas de nuestros pibes desconcertadas y perdidas que, con sus miradas, nos dicen todo. El estar atentos a las miradas e interrogantes de nuestros alumnos es una manera de superar los obstáculos con los que nos enfrentamos a la hora de enseñar y que otro u otros aprendan.

Una mañana, en el primer año de profesorado de Nivel Inicial, culminada ya la hora en la que se había desarrollado el tema "Número Atómico y Número Másico", una de las alumnas me pregunta: —Señora, si la masa de un átomo está determinada por la cantidad de protones y neutrones que tiene el átomo, ¿por qué en la tabla periódica las masas figuran con comas?

Tengo que confesar que pensé: ¡Por fin una que se dio cuenta! Y sobre la marcha sigue diciendo: —Si un átomo tiene tres neutrones y tres protones, su masa es de seis y no de seis coma cincuenta y cinco, porque son partículas enteras ¿o no?— Por supuesto que ese comentario hizo que automáticamente muchas, y ojo que digo muchas pero no digo todas, tomaran su tabla periódica y confirmaran lo antes dicho por su compañera.

—Esa gran pregunta -contesté- la vamos a retomar el próximo encuentro ni bien comience la clase y a través de un cuento la vamos a resolver. Mañana yo voy a ser "Caperucita Roja".

Demás está decirles la cara de las chicas ante semejante y ridícula respuesta, pero no por eso dejé de ser inesperada e intrigante, que es lo que yo me proponía que fuera.

La idea de aplicar analogías y metáforas para explicar conceptos que son de difícil interpretación, por lo que anteriormente dije de lo macro y microscópico, me sirvió mucho e hizo rebrotar en mí a aquella actriz frustrada que también en algún momento de mi vida quise ser.

Al día siguiente entro a la clase de un noveno año, y luego de saludarlos comienzo la clase recordando otro interrogante planteado por un alumno de allí. Y sin ningún tipo de inhibición (lo aclaro por eso de la actriz frustrada) me metí en el personaje de Caperucita roja y con el mejor estilo que la caracteriza, me calcé la canastita imaginaria sobre mi brazo flexionado y salí a "juntar" átomos por la vida, daba gusto y mucho placer cómo toda la clase estaba expectante de cómo aquel personaje tan infantil podía resolverles el problema anteriormente planteado. Con un brazo flexionado, por la canastita, y con el otro extendido, juntando átomos y metiéndolos en la canasta, comentaba cada vez que los ponía: —¡Ohhh, un átomo de carbono —y a su vez preguntaba al grupo: —¿Cómo me di cuenta?—. Y los chicos respondían: —Será porque

pudo ver la cantidad de protones que tiene en su núcleo. —Claro —decían otros— es cierto que ese número, nos dijo el otro día, que era como el DNI de los átomos, su identificación personal [metáfora aplicada el día anterior] —y así recogí otro que pertenecía al mismo elemento pero que en mi mano parecía más pesado que el anterior, y con voz de asombro acoté: —Me habrá parecido —y seguí juntando casi sin dejar de moverme por todo el salón, hasta que nuevamente les hago saber que otra vez en mi mano había otro átomo de carbono pero que esta vez sí era, indudablemente, más pesado que el anterior.

Me quedé por unos segundos mirando al grupo en silencio, que pronto rompí, con otra pregunta: —¿Qué está ocurriendo aquí?— Las miradas se entrecruzaban, pero nadie respondía. Me meto nuevamente en el personaje de Caperucita, quien se pregunta mirando en el interior de su canasta: —¿Por qué los átomos del mismo elemento químico, no pesan lo mismo?

A partir de este interrogante, las respuestas fueron diversas, incluso, provocando entre ellos discusiones, con respuestas alternativas que conducían a nuevos interrogantes, que se fueron dilucidando a lo largo de la hora, donde las chicas pudieron hacer significativo el aprendizaje.

No es mi intención, mediante este relato, dar una clase sobre "isótopos", y describir la explicación o pormenores de conceptos propios de las Ciencias Naturales, sino poder transmitir la experiencia de una metodología de trabajo, que me dio resultados positivos a la hora de enseñar y aprender.

Cuando los caminos parecen conducir a un callejón sin salida, se impone el trabajo con las metáforas, que implica el compromiso activo de los dos hemisferios cerebrales en búsqueda de nuevas conexiones y procesamiento de información. Para ello, un cuento, me pareció apropiado ya que, si además tiene una dosis de humor, ayuda también a disminuir tensiones.

Docente autora: Alejandra Fuillerat

Localidad: Saladillo

Coordinadora CAIE: Natalia Medina

ISFD N° 16

La irrupción de la tecnología

Liliana Alpern

Esta es la historia de una escuela de doble jornada de la provincia de Buenos Aires. Estas escuelas, de las cuales hay muy pocas y sólo en algunos distritos, tienen la finalidad de reforzar los aprendizajes de niños de sectores vulnerables de la sociedad brindando herramientas tales como la informática, herramienta que, se supone, estos niños sólo encuentran en la escuela.

Es la historia también de una profesora de computación que llegó, recién recibida, a hacer su experiencia como EMATP: encargada de medios de apoyo técnico y pedagógico.

Al llegar, la directora no supo qué hacer con ella, clara señal de lo que significaba la informática para ella y el resto de los docentes. Por lo tanto, la envió a tomar mate a la biblioteca.

Para cumplir este noble propósito educativo, la provincia de Buenos Aires había equipado a la escuela con dos computadoras para dar clase (en un turno de veinte horas semanales) a ciento veinte alumnos que no tenían una en su casa.

La profesora, optimista y entusiasta, decide abandonar el mate y armar las computadoras guardadas en un depósito. Se le brinda un lugar en el hall central de la escuela al que se rodea con una mampara. Así se obtiene un pequeñísimo cubículo abierto en uno de sus lados. Y allí la aventura comienza.

Los niños, además de tener serios problemas de aprendizaje, atención, comportamiento y gran dificultad para permanecer en el aula, comienzan a desaparecer de los lugares previstos y el cubículo a inflarse hasta correr serio riesgo de desintegración. La preocupación de la EMATP se convierte en la inversa del resto del personal docente: cómo conseguir que los niños se vayan del cubículo cuando termina su turno, lo que deriva en grandes conflictos, insultos, escupitajos, golpes, etc.

Esto hace entrar en crisis al resto de los docentes que se preguntan: ¿qué hago yo con la tiza y el pizarrón cuando a los niños sólo les interesa la pantalla?

Para evaluar la experiencia piloto de la escuela de doble jornada, que se aplicaba allí desde el año anterior, se realizó una encuesta para saber cómo la veían los niños. La mayoría expresó que lo que más le interesaba era computación y que querían tener un aula para trabajar tranquilos. De esta manera, y como parte de las reformas que se hicieron durante las vacaciones de invierno para hacer un comedor próximo a la cocina, se refaccionó un cuarto, ubicado en el extremo de la escuela y que se usaba como depósito de trastos, donde se construiría el aula de informática. Durante el primer mes luego de las vacaciones esta aula se encontraba en construcción por lo cual la EMATP se dedicó a dar clase sobre la radio en las aulas de los respectivos grados.

Por fin, el aula se inaugura. La experiencia resulta fascinante: niños con serios problemas de aprendizaje muestran gran capacidad en el manejo de las computadoras. Cuando alguna maestra falta, los niños no quieren volver a su casa, especulando con que podrán quedarse en el aula de computación a pasar el día; de hecho, los mayores asumen la función de ayudar a los más pequeños con total responsabilidad.

Se hacen intentos permanentes de articular el trabajo en el gabinete con el trabajo en el aula, intento infructuoso la mayor parte de las veces: las maestras no pueden concebir la utili-

dad de dicha integración. Se utiliza el recurso como amenaza: el mal comportamiento se sanciona impidiendo la concurrencia del niño al taller de informática.

Así pasan cinco años de vicisitudes: robo de las computadoras, recuperación de algunas a través de donaciones, rotura y obsolescencia de las máquinas a las que debe responder la EMATP haciendo un curso privado de reparación de PC ya que los niños la persiguen por la escuela preguntando "¿Cuándo me toca?" Y ella sabe que esta es la única oportunidad que tienen de acercarse apenas a las posibilidades del resto de los niños.

Y en esos cinco años, a pesar de la buena relación entre los docentes, la articulación no se consigue. Queda planteada así una inquietud: ¿se estarán formando las próximas generaciones de docentes para afrontar el desafío de un mundo que ha cambiado desde lo tecnológico? ¿Se estarán formando para las nuevas lógicas de transmisión de conocimientos?

La duda es grande.

Docente autora: Liliana Alpern

Localidad: San Isidro

Coordinador CAIE: Roberto Rossenblum

ISFD N°52

Grupo Escándalo

Gabriela Cocchi de Santis

A mediados del 2004, una encuesta realizada por el C.A.I. descubrió la inquietud del alumnado del I.S.F.D.yT. N° 42, Leopoldo Marechal, de Bella Vista, respecto de las actividades culturales. El espacio solicitado se hizo tangible el 11 de noviembre de ese año, cuando la profesora Juana Iglesias, de la carrera de Lengua y Literatura, organizó, junto con un pequeño grupo de alumnos, el Primer Café Literario. La propuesta de la profesora Juanita era la de propiciar el intercambio de producciones literarias entre la comunidad educativa, en un ambiente distendido y cordial. Para lograrlo, los alumnos de primer año del Profesorado de Lengua participaron activamente, a través de la donación de masas, tortas, señaladores a modo de recuerdos, la decoración de una de las aulas y la atención al público. El café, el azúcar, las flores, los manteles y vasos fueron donados desinteresadamente por la docente. Merece especial mención el Licenciado Jorge Rodríguez, quien preparó a los alumnos, supervisó sus producciones y los aplaudió orgulloso cuando expusieron sus trabajos. La concurrencia estuvo formada por profesores y alumnos y contó con la destacada presencia de la Sra. Directora Margarita Oriola Rojas. La lectura fue tímida, al principio, pero a medida que avanzaba la hora, se iba enfatizando, al igual que el ánimo de los concurrentes que no querían levantarse de sus asientos. La velada terminó con deseos de repetir esta magnífica y sencilla reunión, en algún otro momento.

En febrero del 2005, y a partir de esta experiencia, la profesora Iglesias decidió reunir a un grupo de alumnos y ex alumnos para organizar las producciones leídas en el Café Literario e imprimirlas en una revista literaria. Ante la falta de experiencia en el tema, el grupo debió documentarse mediante el cotejo de revistas de todo tipo. También debió elegir el tipo de papel, la orientación que tendría la nueva obra, el aprender a compartir y desempeñar los distintos roles dentro de un equipo que pasó a llamarse *Escándalo*, nombre tomado de un artículo publicado por Juan Gelman en Página 12, leído durante el encuentro.

El grupo se encontró con numerosos escollos, ya que el primer obstáculo fue el tiempo del que disponían los integrantes, pues muchos cursaban materias, en forma regular. Se buscó la conveniencia de los recreos y, más adelante, la reunión en un café de San Miguel. Hubo reuniones en las cuales los profesores María Elisa Ghirlanda y Jorge Rodríguez asistieron para brindar apoyo y asesoramiento. La coordinación general de la revista y del Café estaba a cargo de la profesora Juana Iglesias. El segundo problema consistió en conseguir fondos para solventar los gastos de impresión, sumado a otros que el equipo asumió como propios. Se resolvió, entonces, buscar auspiciantes, ofreciendo montos accesibles para los espacios publicitarios. Los familiares de los integrantes del grupo brindaron gran apoyo y la coordinadora completó la suma faltante para la primera edición. Aún así, y como los gastos no se cubrían, todos donaron tiempo y dinero para ver realizado ese sueño. Se acercaba, ahora, otra instancia: la organización de un segundo Café Literario para presentar la Revista Literaria.

El entusiasmo creciente del grupo y de los participantes del primer Café contagió a gran parte de la comunidad educativa, que aguardaba expectante la fecha del próximo encuentro, que se fijó para el mes de junio. Se repartieron invitaciones a directivos y profesores; se convocó al alumnado y a la ocasión se sumaron invitados amigos, que no querían perderse ese momento. Nuevamente, se realizó la convocatoria para las lecturas y para tal fin se habilitó un cuaderno en Biblioteca. El número de inscriptos era reducido, lo cual alarmó al equipo, aunque

nadie dudó en seguir adelante con el proyecto. Pero los autores esperaron para inscribirse el mismo día del segundo Café Literario. La asistencia y el clima superaron las expectativas. Esta vez, el novísimo regente, Daniel Aiello, llevó sus felicitaciones y su apoyo, para proponer la institucionalización de este espacio, ya que los presentes, alumnos y profesores de diferentes áreas, deseaban más participación y más eventos culturales. La profesora Juanita dirigió unas palabras a la concurrencia, con la emoción que no traicionó su voz ni su contenido, al tiempo que presentaba la primera edición de la Revista Literaria *Escándalo*, que fue recibida entre aplausos y curiosidad, entusiasmo y emoción. Casi cuatro horas duró el Café, y nadie deseaba irse. Pero las puertas del profesorado se cerraban a las 22.00 hs. El tiempo, otra vez, puso el límite.

De esta manera, fue creciendo el grupo y el trabajo. Se recibieron invitaciones de la Feria del Libro Independiente, en Chacarita, para participar con un puesto y promocionar la revista. También, la Universidad de Tres de Febrero acercó su convocatoria para un encuentro artístico, en Sáenz Peña. Allí estuvo el Café Literario *Escándalo*, con su propuesta y su trabajo. Otro Café tuvo lugar, en Bella Vista, en la sede, y esta vez la música fue el eje temático de la reunión, en un patio que se llenó de amigos, de intimidad, de literatura, de arte. El Vicedirector Daniel Accinelli quiso estar allí con su banda de jazz melódico, al igual que un colega, cantor de tango, Facundo Arrieta. El regente, Daniel Aiello, cerró la velada con su Fat candombe, a todo tambor, guitarra y ritmo. Esta apertura promovió la inquietud de otros grupos y el 3 de noviembre del 2006, la profesora Evangelina Lana, coordinadora del Departamento de Lengua y Literatura, coordinó un Café Filosófico organizado por el Departamento de Filosofía, en la sede Serrano, que depende de la sede Bella Vista. El equipo de *Escándalo* no pudo faltar.

Más recientemente, el 19 de mayo de 2007, la coordinadora del Café Literario, profesora Carina Rodríguez, llevó al grupo otra invitación: el Café debía presentarse en el Salón Municipal de Exposiciones "León Gallardo", de Muñiz. Fue emocionante ver caras nuevas y caras conocidas de seguidores fieles. Pero el tiempo, que permite todo este progreso, promueve también frecuentes cambios. El equipo se renueva constantemente, por lo cual ya no es el primer *Escándalo* que dio origen a este espacio. Si bien es cierto que todos esperan la próxima edición, el problema más preocupante del equipo es el presupuesto con que se cuenta. Las donaciones son insuficientes y los auspiciantes escasean. Siempre es necesario pensar en nuevas estrategias, para que esto siga adelante. *Escándalo* es rico en entusiasmo, amor y deseos de crecer. Y espera llegar, en forma concreta, con su tradicional revista, a todos los encuentros literarios posibles, para generar en las personas esta pasión por la literatura y por el arte. Que así sea.

Docente autora: Gabriela Cocchi de Santis

Localidad: San Miguel

Coordinadora CAIE: María Rosa Rosato

ISFD N° 42 de San Miguel

Actividades de conciencia corporal para los niños de jardines de infantes

Marcela Perazo

Este proyecto surgió debido a que vi en mis alumnos el escaso conocimiento que tenían sobre sus cuerpos y sentidos, que se veía reflejado sobre todo en los dibujos.

Creo que no me detuve demasiado en los saberes previos, planifiqué sin saber qué sabían ellos. Esto me lleva a pensar cómo hubiera sido o qué actividades diferentes podría haber planteado... Muchas veces dije que es complicado hacer un proyecto que parta del interés de los niños o de una problemática, y ahora me pregunto qué pasaría si pongo en conversación algún tema con mis alumnos, si se interesan por ello, si surgen problemáticas.

Luego, en sucesivas oportunidades, propuse realizar actividades de conciencia corporal, de "sentir" cómo es la parte que trabajamos. Por ejemplo: las manos, cómo son, qué puedo hacer con ellas, sentir el calor, la textura, la tensión-relajación, transformarlas en avión, en mariposas que se trasladan a diferentes velocidades, según el ritmo de la música. Lo hicimos con las piernas, pies, brazos, tronco, cabeza, según las posibilidades que brindaba cada una de las partes.

Una vez más, compruebo qué importantes son las actividades de conciencia corporal, para que los niños puedan apropiarse de conocimientos a través de las exploraciones que realizan. Estas actividades brindan posibilidades de auto-observación, de pensamiento, de exploración, de expresión, ya que los niños pueden contar qué sintieron en cada momento.

En otra oportunidad, pedí que trajeran espejos para que observaran sus caras y entre todos comentáramos qué veíamos y cómo eran. Dejé poco tiempo para la exploración de los espejos, antes de dar las consignas. Debí haber dejado que ellos pudieran descubrirse.

Al finalizar esa actividad, propuse dibujar sus caras y di dos opciones: en una hoja con fibras o en el piso con tizas.

En la misma semana volví a retomar el tema, y esa vez les presenté placas radiográficas. Les pregunté cómo eran y ellos me iban diciendo hipótesis. Apoyé una sobre mi cara y comprobamos que era transparente. En realidad, no dejé explorar demasiado el material. ¿Por falta de tiempo? ¿Por ansiedad? Les propuse copiar lo que veíamos a través de ella. Pedí la ayuda de un niño como modelo y yo comencé a dibujar su cara. Luego se los mostré y los invité a realizarlo de a dos.

Esta fue una actividad que realicé con mis compañeras de facultad para presentar un proyecto. Me gustó mucho, me pareció tan novedosa que la planifiqué para este proyecto. Creo que me apresuré demasiado en hacerla, ya que si bien fue impactante y divertida para ellos, yo no obtuve el resultado que esperaba.

Propuse realizar, entonces, otras actividades que tenían que ver con la exploración del cuerpo, a través de los sentidos.

Día a día observé cómo sus dibujos iban completándose y cómo empleaban nuevas palabras para denominar las partes de sus cuerpos.

Docente autora: Marcela Perazo
Localidad: San Nicolás
Coordinadora CAIE: Andrea Costa
ISFD N°127

Recuerdos de un primer día de clase

Marita Deleris

1961- Escuela N° 1. Primer día de clase, primer grado inferior.

Maestra: Muy arreglada, muy pintada, uñas largas. Muy distante.

Yo: alumna muy tímida.

Nunca había entrado en una escuela, no había ido al jardín de infantes.

Nos formamos en el patio (enorme) de la escuela (antiguo edificio).

Lloraba, no quería quedarme.

Entramos al aula, nos sentamos.

La maestra pidió que cada uno de nosotros escribiera en el cuaderno su nombre.

Lo único que yo sabía escribir era MARI.

La maestra me miró con aire de superioridad y me dijo: "¿Cómo no sabes escribir tu nombre?!"

Me pidió el cuaderno y escribió con letra manuscrita, letras mayúsculas con mucho firulete.

Escribió una eme con muchas vueltas.

Escribió todo mi nombre y apellido.

Yo miré ese dibujo que no entendía y traté de copiarlo.

Estuve toda la hora, y la siguiente, tratando de dibujar mi nombre.

Borré tanto que se rompió la hoja.

Cuando terminé y me acerqué tímidamente a la maestra, miró el cuaderno y dijo "Está muy mal. Hacerlo de nuevo".

Nunca se lo mostré. Me senté y el resto de la hora traté de volver a dibujar, hasta que gracias a Dios! tocó la campana.

Había terminado el día más largo en la escuela.

En la puerta estaba mi mamá para salvarme de esa maestra malvada.

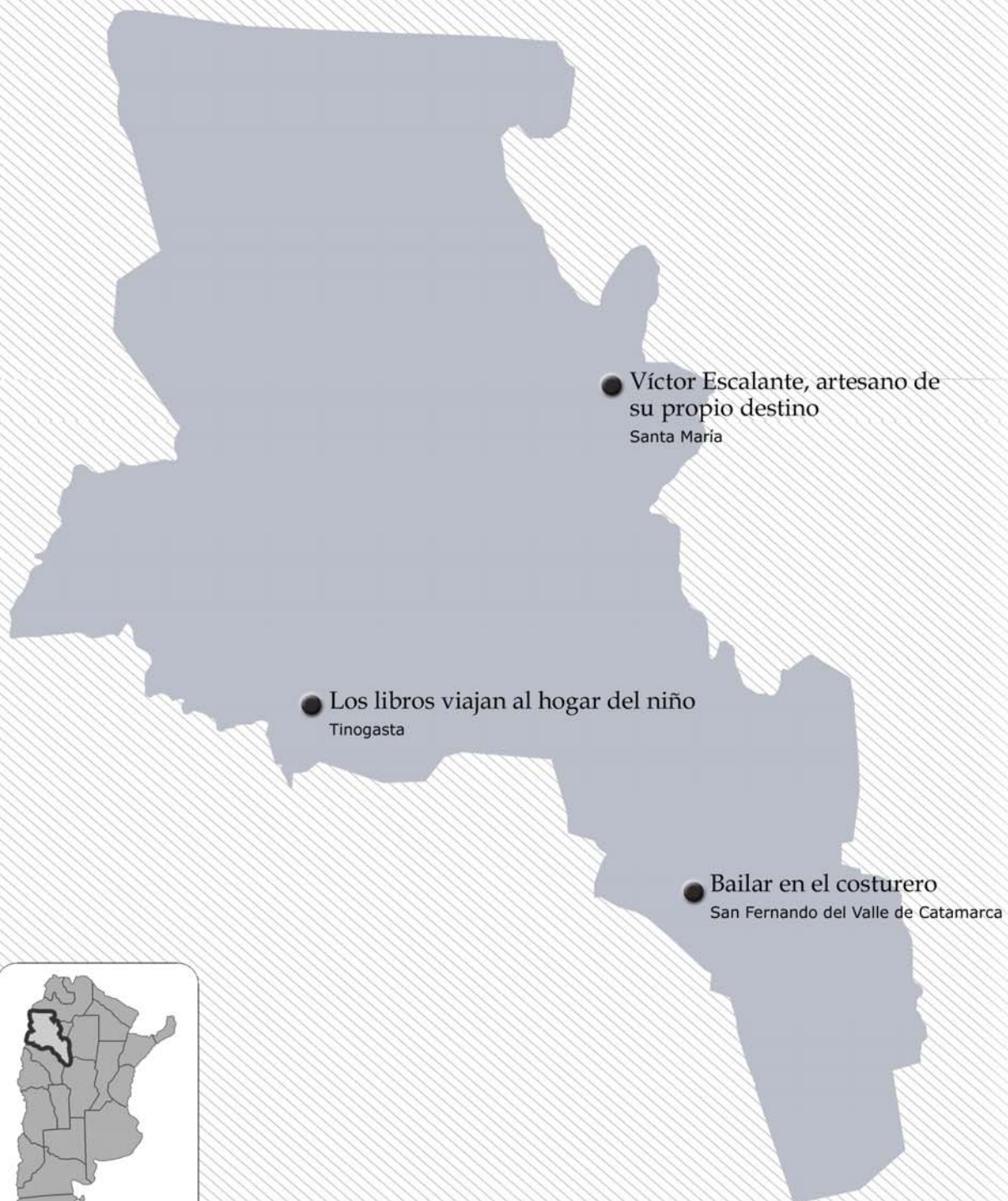
Docente autora: Marita Deleris

Localidad: 25 de Mayo

Coordinador CAIE: Ángel Serafín

ISFDyT N° 28

Provincia de Catamarca



Índice

Provincia de Catamarca

Bailar en el costurero	67
Andrea Alicia Hosne	
Víctor Escalante, artesano de su propio destino	71
Mirtha Maturano	
Los libros viajan al hogar del niño	73
Mirta Guatima de Panzerini	

Bailar en el costurero

Andrea Alicia Hosne

En marzo del 2001 llegué a San Fernando del Valle de Catamarca para radicarme. Mi amiga y colega, Silvia Búcarí, profesora de expresión y lenguaje corporal -egresada como yo del Instituto Superior de Enseñanza Artística de Buenos Aires en 1985- hacía años que había partido “al interior”, y me invitaba a seguir sus pasos. Coincidentemente, yo estaba interesada en irme por un tiempo de Buenos Aires. De hecho había tenido algunas experiencias laborales “en el interior”, breves pero contundentes, y sentía que debía profundizar en este camino.

Luego de arduas cavilaciones y debates familiares en tonos de diversa intensidad, acepté el desafío que me proponía Silvia: concursar en el Instituto Superior de Arte y Comunicación, Profesorado de Arte en Danzas y Expresión Corporal. Mientras el avión aterrizaba, me impactaron el gran silencio al bajar y las montañas tan... quietas. Sentí que me sumergía en una novela de Gabriel García Márquez o de Juan Rulfo.

El Instituto Superior de Arte y Comunicación, también llamado ISAC, fue creado en 1998, con “ímpetu innovador”, en el marco de la entonces nueva ley federal de educación. Forma profesores en lenguajes artísticos para ejercer en el nivel inicial, EGB y Polimodal, en artes visuales, música, teatro y expresión corporal-danzas. Nuestro departamento está integrado por varias colegas, además de Silvia y yo: Silvia Zerbini, Graciela Vega, Natalia Barrionuevo, que participan “gustosamente” de esta lucha. El trabajo en grupo nos permitió ampliar el horizonte de nuestra práctica profesional docente, desocultar con actitud crítica nuestras cosmovisiones particulares, y desarrollar una metodología para la investigación de los distintos aspectos que involucran la expresión corporal-danza y su didáctica, entre otras “yerbas”, que nos ocupan y preocupan.

En este contexto tan peculiar, lejano de las grandes urbes, posmoderno en más de un aspecto y premoderno en casi todos, encuentro cotidianamente nuevas respuestas, no siempre gratas; ninguna que me haga fácil la vida cotidiana. Algunos de estos descubrimientos, se supone, son los que compartiré con ustedes en esta narrativa.

Cuando entré por primera vez a la sede donde funciona el Instituto, “el hospital viejo”, mi primera sensación fue percibir el “confinamiento” al que habían sido destinados los docentes de arte, y en particular, nosotras, las de danzas y expresión corporal, confinadas al “costurero”, un lugar que se encuentra en el “patio trasero” del edificio.

Antiguamente, este edificio era el Pabellón de Maternidad del primer Hospital Provincial, actual Hospital Interzonal San Juan Bautista, fundado en 1881, que hace diez años posee nueva sede, construida según parámetros de última generación. El “hospital viejo” es una maravillosa manzana que cuenta con cinco pabellones, patios interiores y una pequeña capilla. Fue construido en tres etapas -según los estilos arquitectónicos Art Nouveau y Neoclásico Italianizante- por reconocidas figuras de nivel nacional, tales como Caravatti. Podría competir amigablemente con el Complejo Cultural Recoleta de Buenos Aires, si estuviera reciclado; hasta ahora sólo compite con Irak.

Cuando en el año 1998 se notificó al ISAC, en forma urgente, que se le otorgaba el pabellón de maternidad del “hospital viejo” y que debían cursar el ingreso formal al edificio, los directivos, los docentes y los alumnos tuvieron que -literalmente- retirar del mismo camas y

cunitas aún tendidas, material descartable recién utilizado y otros enseres del hospital, antes de poder efectivizar el tan mentado "ingreso".

A tal punto esta gesta conmovió a toda la comunidad "isaqueña", que el grupo de alumnos del entonces profesorado superior de artes visuales, llevó a cabo luego una instalación visual con elementos encontrados en ese momento. En el crematorio, ubicado en el subsuelo, se había hallado una cantidad significativa de huesitos de bebés, que fueron utilizados como insumo para armar una estructura. Con esta estructura llevaron a cabo la instalación visual, que completaron con las cunitas y con muchas velas encendidas, y que fue exhibida al público. Fue una digna escenografía para una puesta surrealista o expresionista de la leyenda del angelito (1)

En cuanto a la parte del edificio destinada desde el comienzo y hasta la fecha al Departamento de Arte en Danzas y Expresión Corporal para el dictado de los talleres, no hace falta ser Freud ni Lacan para aventurarse en una interpretación de su sentido. Fuimos destinados al "costurero". (Cuando digo "costurero" me refiero al "galpón" original que tenía el "hospital viejo" para las costureras y las máquinas de coser, en donde se confeccionaban y arreglaban sábanas, y demás piezas de blanco requeridas en la práctica diaria hospitalaria; cuando digo "galpón" me refiero a un tinglado de 4 por 12 metros, de paredes de material, techo de chapas y piso de mosaicos, con ventanas de chapa y vidrios rotos; helado en invierno, y caliente en verano, sin baños, ni vestuarios, alejado media cuadra del pabellón principal, al que se accede luego de atravesar un enorme patio con piso de tierra). (2)

El éxodo. Escenario material: entre las ruinas

En septiembre del 2004, en Catamarca se produjo un sismo de significativa magnitud. Obviamente, algunas paredes de los edificios de la manzana en cuestión se rajaron, se cayó mampostería, etc. Se plantearon entonces razones prácticas de seguridad que se convirtieron en el pasaporte directo a la Escuela de Minería, refugio temporal, en donde estuvimos casi un año y dábamos clases en los pasillos. Fue la excusa perfecta, la del temblor, para que se propusiera demoler el viejo hospital y construir un shopping. Intentaron convencernos de que nos construirían un edificio "a nuevo", y provisoriamente nos alquilarían un lugar.

Algunos docentes "se iluminaron", entre ellos, nuestra actual secretaria académica, y comenzaron una campaña de concientización. Es así que tomamos el edificio durante cuarenta días. Unos diez alumnos se instalaron a vivir allí; les llevábamos víveres, y nos constituimos en asamblea permanente; hacíamos marchas periódicas hacia la Casa de Gobierno con carteles, murgas y banderas.

El impacto en la opinión pública llegó a oídos del presidente Kirschner, quien destinó una partida de dinero para la restauración del edificio. Esta primera partida "se perdió" y hubo que esperar una segunda, para completar la actual etapa de refacción de nuestro pabellón central, recientemente inaugurada.

A pesar de los equipos de arquitectos convocados por la Secretaría de Obras Públicas: uno de Mendoza (especialistas en zonas sísmicas) y otro de Buenos Aires (especialistas en patrimonio cultural e histórico), el resto de la manzana aún no ha sido restaurado y las demás escuelas que utilizaban los otros edificios: Escuela Provincial de Teatro, Conservatorio Provincial de Música, Escuela Provincial de Artesanías, Escuela Provincial de Folklore, siguen deambulando sin sede.

El pabellón quedó muy bonito, pero no fue realizado según criterios de preservación histórica ni funcional para sus nuevos usos. (3) Sí, iacertaron en su adivinación!, nuestro querido

“costurero” no formó parte de esta primera etapa de restauración edilicia, aunque igual sigue haciéndonos el aguante. Parecemos Ariadna, armando la trama del hilo salvador, o Penélope, tejiendo y destejiendo las excusas de una espera sin fin...

Pero la supervivencia, por otra parte, como dice Silvia, al fin, se la debemos a nuestro costurero, ya que aún en su rol de víctima de avatares y peripecias, al estar alejado y en penumbras (considerando que la luz se corta a menudo y trabajamos muchas veces a la luz de las velas o con luz eléctrica muy tenue), ofició en todos estos años de “útero”, nutriéndonos con su inmunidad y colaborando con su capacidad de entretejer hilos.

En cuanto al escenario material, estamos entrando en un nuevo y reconfortante capítulo. Entre el costurero y el edificio principal se erige un pequeño edificio en ruinas, del otrora viejo hospital, al que su gente denomina “el yerbatal”, un lugar que estuvo destinado formalmente a funciones administrativas, e informalmente, a ruedas de mate que llevaban a cabo los médicos cuando se juntaban a descansar un rato y a recuperarse antes de retomar su tarea.

Allí –parece– la dirección de arquitectura escolar ha decidido –seguramente con ayuda de hilos y tramas tejidas por duendes locales a los que venimos susurrando palabras al oído durante las noches de luna llena– reciclar el edificio para que funcione el departamento de Arte en Danzas y Expresión Corporal y para el departamento de Arte en Teatro; con pisos de madera, espejos y barras. Parece incluso que el costurero también será reciclado. ¿Será posible un final feliz?

Entretanto, nosotras, continuamos tejiendo día a día la trama de esa historia, a la espera de conquistar en un futuro no muy lejano ese final feliz tan ansiado (4).

(1) Esta leyenda popular de transmisión oral relata la historia de los bebés fallecidos prematuramente a los que se los coloca sobre la mesa, se los viste de angelitos, se llena la habitación de velas y se celebra su velatorio.

(2) Una anécdota, ilustrativa por cierto, fue cuando el actual Sr. Gobernador, Ing. Eduardo Brizuela del Moral, en su primera gestión, nos donara dinero para hacer el cielorraso al costurero con el fin de aliviar, aunque sea parcialmente, las inclemencias climáticas, y los entonces presidente y vicepresidente de la co-operadora del ISAC, intentaron convencer a la rectora de que éste era un gasto superfluo, mejor darle destino más útil. Ella se negó rotundamente, argumentando que había que respetar la voluntad del gobernador.

(3) Otro dato pertinente es el relativo al concurso público que lanzó en el año 1999 el Ministerio de Educación de la Provincia, solicitando pliegos de proyectos para la restauración edilicia del viejo hospital, con el fin de armar un complejo cultural y artístico que además de albergar las instituciones educativas de educación artística, contara con museo, biblioteca, auditorio, etc. La maqueta ganadora todavía es exhibida, pero nunca fue ejecutada. Ni siquiera el equipo de profesionales autor de la misma fue convocado esta vez para esta restauración de nuestro pabellón.

(4) En el presente ciclo lectivo se destacan el proyecto de Extensión: “II Foro Regional Teatro Danza Catamarca”, septiembre de 2008, en articulación con el Instituto Nacional del Teatro, con participación de referentes de nivel nacional para la asistencia técnica y producción de obras, y el proyecto de Investigación, beca de investigación educativa obtenida por concurso por el proyecto “El Arte en la Escuela: Expre-

sión Corporal, Alcances y Prospectivas de su Implementación en el Sistema Educativo Formal en los Niveles Inicial y Primario de la Provincia de Catamarca”, otorgada y monitoreada por el Instituto Nacional de Formación Docente (INFOD), Ministerio de Educación de la Nación.

Docente autora: Andrea Alicia Hosne
Localidad: San Fernando del Valle de Catamarca
Coordinadora CAIE: Ana Carolina Maidana
Instituto Superior de Arte y Comunicación

Víctor Escalante, artesano de su propio destino

Mirtha Maturano

“Cierro los ojos y veo a Víctor escondiendo su vergüenza con el cuello de su campera y con el temor de afrontar su vida”

En el año 1992 estaba en la ciudad capital de la provincia de Catamarca, pero quería volver a trabajar en mi ciudad natal, Santa María. Me dirigí varias veces al Consejo de educación para ver si había algún cargo disponible, cuando me comunicaron que había uno, no lo pensé dos veces y en el mes de abril estaba trabajando en la Escuela Especial Nº 6, como maestra de grupo.

Tenía a mi cargo siete alumnos con diferentes discapacidades (moderadas y leves). Entre ellos estaba Víctor, con una edad cronológica de 18 años, discapacitado mental, con una escoliosis pronunciada, además no cuenta con el oído izquierdo, y presenta un problema de lenguaje acentuado. Era un alumno callado, las pocas veces que se comunicaba era para demostrar su disconformidad con su discapacidad, las veces que salía con el grupo él se aislaba de sus compañeros. Tenía una campera que no se la sacaba en ningún momento, pues levantaba el cuello de la misma y con eso disimulaba su discapacidad.

Venía con un antecedente negativo por parte de las docentes, una de ellas lo maltrataba, Víctor sufría mucho y al jubilarse ésta seguía sintiendo rechazo hacia las docentes que le sucederían.

Fueron pasando los días y de a poco me hice conocer, demostrando que estaba allí para darles a todos mis alumnos mi cariño y mi comprensión, en especial a Víctor.

En esa oportunidad, mi hermano estaba como Secretario de Cultura, tenía a su cargo artesanos que trabajaban en cerámica, telares, cimbol (planta silvestre). Le solicité si podía enviar a la Escuela a uno de ellos para que les enseñara a mis alumnos; la respuesta no se hizo esperar, entre los postulantes estaba un artesano que trabajaba en cimbol, Solano Condorí. En un primer momento dudó un poco, pues nunca había enseñado y menos aun a jóvenes con discapacidades. Le comenté que no era difícil, lo único que debería poner era un poco de amor y paciencia en la tarea y todo saldría bien y así empezó su tarea en el mes de agosto, asistiendo a la escuela tres veces a la semana. En ese momento la materia prima (cimbol) fue donada por la “Casa de la Cultura”. Fueron momentos muy gratos, pues empezó enseñando a realizar la “base”, que es un entrecruzamiento de los tallos de cimbol, y es un poco difícil porque es el inicio de cualquier artesanía.

Dentro del grupo había alumnos con discapacidades leves, y supuse que aprenderían más rápido, pero grande fue mi sorpresa cuando reparé en el interés que ponía Víctor a las explicaciones del artesano Solano Condorí.

Los primeros trabajos fueron unas hermosas paneras que ofrecimos a los negocios, de esta manera adquiriríamos dinero para comprar la materia prima que se consigue en el Departamento de Quilmes (prov. de Salta). Fueron pasando los meses y llegó el último día de clases y los alumnos expusieron los trabajos. Fue un momento muy agradable, pues Víctor se sentía satisfecho por lo que había aprendido. Solano muy emocionado agradecía porque demostró y se demostró a sí mismo que es posible enseñar a jóvenes que presentan alguna discapacidad, que

trabajando con amor, se pueden lograr muchas cosas. Le agradecí a Solano la buena voluntad y el cariño que puso para llegar a los espíritus de estos seres tan especiales.

A partir de ese momento, empecé a acompañar a Víctor a la “Casa de la Cultura” para que siga practicando esa artesanía.

En el mes de enero, advertí que ya podía dejar solo a Víctor, porque ya lo notaba seguro hasta en la forma de vestirse, me venía a buscar a mi casa con una camisa impecable sin la campera. Sin embargo, aunque fue muy duro para mí, cuando me vino a buscar les dije a mis familiares que le comunicaran que yo no estaba... esto lo hacía para permitir que Víctor pudiese emprender este camino solo. Víctor dudó un poco, hasta que tomó fuerza y se fue solo. Me quedé llorando, pero sabía que lo que estaba haciendo era lo mejor para mi alumno.

Fue pasando el tiempo y Víctor cada vez mejoraba en la práctica de los trabajos en cimbol, de la panera pasó a realizar canastos de diferentes tamaños y muchos otros objetos, cada vez más complejos. Los padres y hermanos de este joven periódicamente viajaban a la ciudad de Tucumán a trabajar en la cosecha de la caña de azúcar, esa actividad era la única que les permitía traer algo de dinero para su hogar. Pero luego Víctor empezó a enseñarles, tanto a sus padres como a sus hermanos esta hermosa artesanía, a partir de allí, en años siguientes sus padres ya no viajaban a Tucumán, pues lograron instalar un Taller en su casa. El mismo tiene un cartel en la puerta que dice “VICTOR ESCALANTE ARTESANO”.

Hoy es uno de los artesanos más prestigiosos que tiene Santa María, participa en diferentes exposiciones dentro y fuera del departamento. Su familia genera sus propios ingresos vendiendo sus artesanías (canastos con tapas de diferentes formas y tamaños, botellas forradas, paneras, etc.)

Recibió el premio “YOCAVIL”, reconocimiento que se les otorga a personas que se destacan en alguna actividad, él mismo habló ante el público, agradeciendo principalmente a sus padres y lo más emocionante para mí... a su señorita “Mita” (Mirtha). Fue un momento increíble, ver a ese joven realizado como una persona de bien.

En la actualidad trabaja ad-honorem en el Instituto “Niño de Praga” (taller para niños y jóvenes discapacitados) enseñando artesanía en cimbol a jóvenes con discapacidades leves.

Hoy siento que Víctor fue puesto en mi camino para sentirme viva y doy gracias a Dios de haber sido útil. Hay muchos “Víctor” que sólo necesitan un poco de nuestro amor, de nuestro cariño, de nuestra paciencia.

¡GRACIAS VICTOR POR EXISTIR!

“Abro los ojos y veo a Víctor tejiendo en cimbol día a día el futuro que le espera como artesano de su propio destino”

Docente autora: Mirtha Maturano

Localidad: Santa María

Coordinador CAIE: Fernando Salomón Acosta

I.E.S. Santa María

Los libros viajan al hogar del niño

Mirta Guatima de Panzerini

Cada escuela debe convertirse en centro de decisiones, de reconversión pedagógica, y ello se logrará si ésta apunta a una fuerte gestión transformadora. Este conjunto de palabras me llevaron a reflexionar sobre la problemática en el Área Lengua, y muy especialmente en el 2do. Ciclo de E.G.B. de la Escuela Nº 233 a mi cargo.

Nos reunimos docentes y Directivos y tratamos el problema, que era muy similar en los grados del nivel. Surgieron muchas ideas de “cómo” revertir esta situación. En primer lugar hablamos con los padres o tutores por barrio (donde existe la problemática) los hacemos conocer el motivo, mucha preocupación porque el niño casi no lee, escribe poco y le cuesta entender lo que el docente le leyó.

Así, acordamos realizar una especie de “Censo barrial de saberes”, en un punto, el barrio A.R.U., donde es más fuerte este problema: los chicos no leen y a los pocos que lo hacen les cuesta interpretar.

Nos distribuimos entonces de la siguiente manera: a la mañana íbamos al Barrio El Bracho y al Barrio El Paraná, sólo algunos docentes (me incluyo); por la tarde, íbamos al Barrio La Villa y al Barrio Los González.

Y ahora... venía lo peor, los docentes que son ajenos al pueblo, aquellos que no palpan de cerca la realidad; el caminar por lomadas, por caminos con subidas y bajadas (algunos arenosos con cruces de ríos), en los que se tiene que renegar con los perros del vecindario que con sus ladridos anuncian la presencia de extraños...

Así y todo los aliento a continuar, introducirse en un mundo totalmente nuevo, conocer la realidad –a veces cruel– de los chicos y chicas, alumnos de la escuela... y ahí les tiro una frase “alentadora” –¿será?– “Miren todo con los ojos del corazón”.

Después de casi tres horas de encuentro con las familias involucradas y algún mate de por medio, regresamos a analizar lo encomendado y el panorama se nos pinta con “nubarrones”. ¿Por qué? Muchos adultos no concluyeron el ciclo primario, es más, algunos papás llegaron a 2º ó 3º grado del viejo sistema (por ponerle un adorno). Les preguntamos: “¿Por qué no continuaron estudiando?” Las respuestas son: “No me gustaba la escuela”, “era faltadora”, “teníamos que trabajar” o algunos... silencio

Llegamos a la conclusión de que no había ni habría un compromiso con la escuela, en una palabra, con el aprendizaje de sus hijos, si no hacíamos algo.

Decidimos entonces armar un proyecto bien fundamentado, con acciones que a todos nos involucren (docentes, directivos, padres y alumnos), trabajar con la familia del niño y en su propia casa, en una palabra transportar la escuela al hogar de los chicos. Digo “Escuela” porque no sólo irá la maestra, sino también algunos muebles para improvisar un aula. Así surge el proyecto “Los Libros Viajan al Hogar del Niño” o de los chicos.

Llegado el día, habíamos llamado un vehículo para transportar el mobiliario, pero no podía ir a buscarnos, así que lo hicimos en el carro de un papá, tirado por burritos. ¡Ah! ¡Me estaba olvidando! Cuando llegamos a la casa del encuentro en el Barrio El Paraná, estaba el patio de tierra bien regado, barrido, algunas mesitas y sillas dispersas, esperándonos con el resto. Los chicos y las mamás (ausencia de papás) parados a la entrada aguardándonos.

¡Pude sentir en mi pecho un dolor! Pero de felicidad ¡Lograr que las mamás acompañen a sus hijos en la tarea de aprender, era “lo más”! Luego de algunas palabras motivadoras se

comenzó con la primera tarea de Lengua. Se trabajó con las coplas, dichos del lugar, adivinanzas, todo lo analizaba el alumno en forma oral, luego explicaba su contenido a la mamá; juntos ilustraban, juntos pintaban (hay fotografías de ello).

En los momentos de recreo, nos invitaban mate con tortillas, los chicos mientras tanto desayunaban; todo llevábamos de la escuela, ellos únicamente llevaban el jarro.

Fueron jornadas enriquecedoras para los chicos, los papás o mamás y para nosotros, no sólo de aprendizaje sino de convivencia. Así continuamos haciéndolo desde el 2002 hasta el 2005. Quiero decirles que en otro barrio que trabajamos, los chicos estaban más cómodos, en un Club, pero no fueron todos los papás a acompañar a los chicos, así que eso nos desmoralizó un poco. Hoy pensamos en retomarlo.

Docente autora: Mirta Guatima de Panzerini

Localidad: Tinogasta

Coordinador CAIE: Marcos Stieb

I.E.S. de Tinogasta

Provincia de Córdoba

● Un vuelo de papel de diario
Deán Funes

● Un nuevo desafío en la tarea de enseñar
Jesús María

● Candela
La Falda

● Alguien sopla
San Francisco

● Ventana abierta a la palabra

● Feos, sucios y malos
Córdoba

Viaje al hospital Emilio Vidal Aval
Una mirada diferente
Leones

● ¿Ser docente?
Río Cuarto

● Un amanecer para Ana
Laboulaye



Índice

Provincia de Córdoba

Feos, sucios y malos	77
Eunice Rebolledo	
Ventana abierta a la palabra.....	80
Carmela Viale	
Un vuelo de papel de diario	83
Mabel Adriana Caminos	
Un nuevo desafío en la tarea de enseñar	85
Susana Moyano	
Candela.....	86
Graciela Balegno	
Un amanecer para Ana	87
Silvia Micalizzi	
Viaje al hospital Emilio Vidal Aval	92
María Soledad González	
¿Ser docente?	93
Cintia Gambero	
Alguien sopla	95
María Depetris	

Feos, sucios y malos

Eunice Rebolledo

Por esos años, se solía decir de los chilenos algo así como el nombre de la película de Ettore Scola: "Feos, sucios y malos", que sirve de inspiración a este relato. Una parodia sobre los sectores marginales de la Roma italiana. Feos, porque eran morochos, "medio indios"; sucios, porque eran pobres; y malos, porque eran "ladrones y borrachos". Estos calificativos, con que se solía mirar a esos inmigrantes de la década del 70 en el sur del país, aparecían como ecos en mis oídos que me estigmatizaban adonde fuera; hasta el punto de escuchar un insulto cuando alguien me llamaba ¡Chilena!

Crecí pidiendo permiso, como si cada paso que quería dar no me correspondiese, pero también agradeciendo permanentemente una y otra oportunidad de crecer que apareciera en mi camino. Y sí, ¡claro que las aproveché! Mucho tiempo después, cuando ya era adolescente, entendí que según la Constitución Argentina también yo, o nosotros los inmigrantes teníamos derechos; así que lo del permiso mmm... ya no correspondía; ¡aunque ha sido muy difícil despojarme de esa actitud! Y el agradecimiento no he dejado de sentirlo, después de todo, "gracias a la vida que me ha dado tanto"¹... y en este querido suelo.

Quedó en mi memoria que mi madre quería anotarme en la Escuela Nº 4 que quedaba a media cuadra de mi casa, pero no fue fácil. Se resistieron un poco por mi nacionalidad y los chilenos iban a la otra que quedaba a siete cuadras, a la que asistían los chicos de una villa lindante. Finalmente accedieron. Me sentía un bicho raro, pero... me gustaba tanto aprender... y que la seño Lilí me llamara por mi nombre... y escuchar las canciones de María Elena Walsh... y cantar el "Salve Argentina Bandera..."² y... jugar en los recreos "Estaba la Catalina..."³ y... hacerme de dos grandes amigas como Claudia y Federica y... tantas, pero tantas cosas más.

Pude ir integrándome de a poco. A medida que iba perdiendo (¿¡por suerte!?) el acento que me delataba, iba logrando pasar desapercibida. Y de eso se trataba: de que nadie se diera cuenta de que era chilena.

Muchos años después, me tocó estar como la seño Lilí frente a un grado. Era un cuarto grado y recuerdo que la Seño que me pasaba a los chicos me dijo:

—Responden bien, son buenitos. ¡Ah! Y... tenés unos bolivianitos, ¿viste? Sí, pobrecitos, tenés que decirles que se bañen, ¡vienen con una muuugre!

Era raro que en esa escuela se inscribieran chicos de esa nacionalidad.

Ya el primer día de clase, noté como, por momentos, los dos hermanitos que se sentaban juntos encarnaban esa actitud que yo conocía tan bien: la de pedir permiso o estar "de prestado". Y en otros momentos, se atrincheraban para defenderse de esas palabrotas que se sienten como "chasquido de látigo" y se dicen los chicos cuando quieren herirse: —¡Bolita sucio! ¡Bolita cu...!

Pero se defendían, estos dos juntos no dejaban pasar nada.

Recuerdo que en un recreo intervine y les pregunté a los otros chicos si les gustaba que por vivir en el asentamiento les dijeran "negros villeros". Uno de ellos, con una mezcla de des-

¹ Primer verso de una canción de Violeta Parra.

² Primer verso de una canción de Leopoldo Corretjer que se canta en algunos actos escolares.

³ Juego de palmas tradicional en las escuelas argentinas.

parpajo, asombro e impotencia me contestó: —Y sí, nos dicen —detrás de lo que leí un ¿todavía no te diste cuenta lo feo que es?

—¿Y a ustedes les gusta?—. Se miraron entre ellos con nerviosismo casi queriéndose reír y ante mi insistencia respondieron que no. Entonces, aunque la situación era incómoda para todos, seguí con la provocación preguntándoles por qué no les gustaba. Se encogieron de hombros, quedaron en silencio, lo que me dio lugar para decir: —A Sami y a María tampoco les gusta que les digan bolitas...

Me inundó un sentimiento de insatisfacción y casi enojo conmigo misma. Sentí que me había pasado de la raya. Era un abuso de poder, porque lo de “negro villero” había sonado muy fuerte, quizás como el mismo latigazo que, instantes antes, habían propinado los chicos a sus compañeros bolivianos. Creo que la intención era hacerlos pensar algo así como “lo mismo que te duele a vos o a ustedes, les duele a ellos (o me dolió a mí)” pero me pareció que simplemente había tocado una herida.

Me pregunté y me sigo preguntando qué queda después de estas intervenciones que solemos hacer los docentes, qué sentido y qué poder tienen las palabras que salen de nuestra boca, o cuan violentas o desubicadas pueden ser cuando se trata de enfrentarnos con conflictos que devienen de prejuicios que trascienden las palabras, que se traducen en prácticas sociales que nos separan, en espacios que se cierran, en oportunidades que no se brindan ¿Cómo hacer para que, al menos en la escuela, empecemos a vernos de otra manera? ¿Qué podría ayudarnos?

Pensé unos días y sin tener mucha claridad y algo de intuición se me ocurrió plantear un camino a partir del conocimiento, porque si algo había experimentado en mi propia historia era que el prejuicio solía asentarse en el desconocimiento. Y sigo creyendo que en los prejuicios que nos separan hay mucho de temor. Temor a lo extraño, a lo desconocido, a ser invadido; temor sostenido por imaginarios que se construyen de sucesos particulares que se generalizan y muchas veces circulan a modo de preventivos: “Ojo, que estos son...” o “Estos para lo único que sirven es para...”. Después de todo, ¿qué sabían los chicos de los bolivianos? ¿Qué sabemos de los que son diferentes a nosotros?

Por eso, la apuesta fue a lo que debe ser la principal función de la escuela: trabajar con el conocimiento. Recuerdo que tenía que dar los aborígenes del centro del país, contenido de cuarto grado, y decidí partir de la conquista española, lo que implicaba salirme un poco de “lo que debía desarrollar”. De este modo, podría introducirme en la cultura incaica. Quería acercarme, como quien no quiere la cosa, a las raíces culturales de Samuel y María. Creo que en un principio me movilizaba la necesidad de que su identidad tuviera un lugar, que pudieran compartir algo de ella y que no tuvieran que esconderla. Y los chicos podrían a su vez conocer y quizás valorar de otra manera a sus compañeros.

Contaba a mi favor que el tema de la conquista suele ser un tema atrapante para los chicos, y con un mapa y algunas enciclopedias con evidencias arqueológicas, pregunta va y pregunta viene, nos fuimos metiendo en las llamadas culturas precolombinas. Esto implicó aproximarme desde la enseñanza al concepto de cultura, y ayudarlos a percibir desde los documentos arqueológicos, indicios que podrían estar marcando diferencias y similitudes entre los diferentes grupos que habitaban América. Intencionalmente me metí más en la cultura incaica y al observar las ruinas arqueológicas leímos y conversamos sobre su desarrollo cultural. Así llegamos al tema de la lengua y al hacer referencia a la que había predominado en la cultura incaica, el quechua, Samuel, que estaba muy compenetrado en el tema, reaccionó y dijo para sorpresa de todos sus compañeros: —Yo hablo quechua—. Me acuerdo que fue como un acto

involuntario que le salió, y que intentó esconder enseguida cuando todos sus compañeros se dieron vuelta a mirarlo, mientras yo decía: —¿En serio, Sami? —también un tanto sorprendida por la espontaneidad de la reacción. Intentó esconder su cabeza entre sus brazos apoyados sobre el pupitre, mientras su hermana que era más grande, para no quedar atrás, dijo, con cierta resignación, que también ella hablaba pero no tan bien como su hermano. Y a mí me dio pie.

—Así que hablan la lengua de la cultura incaica. ¿Qué tal, eh?

Los chicos se alborotaron y comenzaron a pedirles que dijeran algo. Al principio, no se animaban, pero al final, aflojaron ante tanta insistencia y así, todos intentamos repetir un saludo en quechua que nos resultaba bastante difícil por la pronunciación de los sonidos. A partir de este momento comenzamos a conversar sobre cómo habían aprendido el idioma, dónde y cuándo lo hablaban. Y nos fuimos introduciendo en la actual Bolivia, hasta hablar de por qué ese gran territorio que pertenecía a la cultura incaica se dividió y se conformaron distintos países; por qué Bolivia se llamaba Bolivia, quién había sido Bolívar, su relación con San Martín y sus sueños para América. Conversamos sobre costumbres, comidas, música. A propósito, María trajo un cassette hermosísimo de música andina que escuchamos en clase. Y así fue que por más de una semana dedicamos un tiempito a asomarnos a la cultura de Bolivia, a la de Sami y María quienes se veían recontentos en ese rol temporario de “protagonistas”, mostrando lo que de alguna manera constituía su identidad.

Me pregunto a la distancia qué habrá quedado en los chicos de esta experiencia. No tengo certezas pero creo que ayudó a un mejor acercamiento. Por lo menos, no recuerdo haber intervenido más por asuntos como el que movilizaron esta estrategia de intervención desde la enseñanza. ¿Pero alcanzará con esto para ver a “los otros” con otros ojos? ¿Y ellos, cómo nos verán a nosotros? ¿Cómo construirán sus miradas las familias de estos niños en la vida cotidiana? ¿Qué prejuicios mutuos se irán realimentando en los intercambios laborales de esta sociedad regida por valores del mercado que se alejan bastante de la solidaridad y la búsqueda del bien común? Pero ¿Son sólo los inmigrantes los excluidos, los discriminados, los culturalmente negados? ¿Y qué sobre los aborígenes de nuestro propio país desplazados a las ciudades, cuyos hijos se incorporan en nuestras escuelas y ocupan sus bancos vistiendo un guardapolvo blanco que los iguala? ¿Los iguala el guardapolvo?

¿Qué nos iguala y qué nos diferencia? En todo caso el respeto a la diversidad que conforma el discurso político-educativo quizás tenga que hacer también un lugar concreto desde el currículo para trabajar sobre las diferentes culturas que portan nuestros alumnos, y de este modo encontrar pistas que nos ayuden a acercarnos más y mejor para hacer de este entorno, que por las circunstancias de la historia nos toca compartir, un lugar más justo, solidario y que-rible para todos.

Docente autora: Eunice Rebolledo

Localidad: Ciudad de Córdoba

Coordinadora CAIE: Jorgelina Marozzi

IFD: "Simón Bolívar"

Ventana abierta a la palabra

Carmela Viale

Hace muchos años que soy maestra de Lengua. Y no lo digo pensando en el tiempo que hace que dicto la materia, sino pensando en quién soy.

Por extraño que parezca, nunca pensé en ser maestra. Mi precoz título a los dieciocho años fue producto de una serie de circunstancias, más que de una decisión. Quizás por eso fui la maestra particular de todo el mundo, pero no ejercí hasta hace tres años; dos de los cuales he sido docente de Lengua del segundo ciclo.

Encontrarme con la realidad de las aulas fue un choque y un desafío. Me topé con una realidad inconcebible para mis nociones acerca de lo que debía ser un alumno estándar de segundo ciclo: no era solamente que los chicos no hicieran las tareas, o no estudiaran. Los chicos no comprendían de qué les estábamos hablando ni yo, ni mis compañeras de las áreas de matemática y ciencias. Y cuando les pedía que escribieran... ¿cómo expresar mi estupor? Una serie de palabras sin demasiada conexión ni sentido, ¿entendían de qué se trataba eso de escribir?

Mi primera reacción fue pensar: "A estos chicos no les han explicado bien, si les explico mejor, seguro salen adelante". Y echando mano de mi larga experiencia como maestra particular, me dispuse con toda el alma a "explicarles mejor" a mis chicos.

No digo que haya sido un absoluto fracaso, algunos chicos efectivamente "entendieron mejor", y fueron capaces de resolver la sarta de ejercicios mecánicos con los que los atiborramos en clases. Pero, ¿entendían mejor? Poder reconocer un sustantivo, o separar un sujeto de un predicado, ¿les permitía expresarse mejor por medio de la palabra? Definitivamente no. El conocimiento adquirido se había vuelto un propósito en sí mismo: saber reconocer un sustantivo para poder hacer el ejercicio en la escuela, hoy, el día de la prueba, y por no mucho tiempo más. Y para nada más.

En ese punto debí detenerme a reflexionar y preguntarme ¿para qué enseñamos lengua en la escuela? Y la única respuesta lógica que se me ocurrió es: para que los chicos aprendan a expresarse mejor, para que puedan decir lo que quieren decir de la manera más clara y exacta posible. Y para que logren descifrar y comprender con precisión la infinidad de mensajes hablados y escritos que nos rodean. Lo que cada uno haga después con eso, es otro tema: habrá quienes se enamoren de las palabras y busquen hacer una profesión de ello, habrá quienes nunca más separen un sujeto de un predicado; pero, si logramos que se apropien del sentido de la lengua, todos contarán con mayores y mejores herramientas para interactuar con su entorno.

En el momento en que me encontraba reflexionando sobre todo esto, fortuitamente cayó en mis manos un pequeño librito escrito por una docente [1], el cual recopilaba textos poéticos y actividades para trabajar en el aula. Me pareció interesante curiosearlo y, como hago siempre que tomo un libro, comencé por mirar sus tapas y contratapas; lo abrí en cualquier parte; vi poemas y actividades; y me dispuse a leer el prólogo. Así, por encima, como hacemos cuando estamos hojeando un libro.

Luego del prólogo, seguía el primer poema. Leí el título: "Arruina ilusiones"... Arruina ilusiones... ¿Por qué me sonaba de algún lado? Lo miré con más atención... Al final del poema, el autor: Carmela... "¡Soy yo! ¡Ese poema lo escribí yo a los doce años!"

Para qué decirlo, el libro me atrapó. Escribí ese poema cuando asistía a un taller de derechos humanos para niños y adolescentes al comienzo de la democracia. Y recordé todo el

trabajo realizado en las horas en que, sin estar del todo conscientes de lo que hacíamos, un grupo de profesores nos alentaban a expresarnos por escrito, como un juego.

Si yo había podido hacerlo, ¿por qué mis alumnos no podrían?

Decididamente la propuesta me interesó.

En la escuela surgió la posibilidad de dedicar el último trimestre del año a trabajar con los chicos en una especie de taller literario. Y el trabajo comenzó.

Entusiasmada por el estilo de trabajo del libro, se me ocurrió trabajar con los chicos de 6º a partir de unos textos de Eduardo Galeano: "Ventana sobre una mujer (I) y (II)"[2]. Los leímos y analizamos. Conversamos acerca de las "ventanas" como miradas sobre las cosas, del estilo particular de escritura de Galeano, y les propuse escribir ventanas sobre diversos temas que iban surgiendo.

Desde el primer instante la experiencia fue increíble. Quizás porque hablábamos de ventanas, y desde la ventana del aula se veía afuera un día nublado y gris, muy acorde al texto que habíamos leído, o simplemente porque el lenguaje de Galeano les llegó al corazón. No lo sé, pero no me cabe duda que los chicos se inspiraron, abrieron sus almas, y se pusieron a escribir. Estos son algunos de los trabajos de ese primer día:

Ventana sobre el enojo – Pablo Mugas y Mariano Heredia –

En mi casa hay mucho olor, yo vivo solo.

Nunca hago nada y no tengo ganas de hacer nada.

Nunca me visto bien, no soy muy lindo, no atraigo a ninguna chica.

Y por eso me enojo.

Ventana sobre la tristeza – Federico Brizuela y Kevin Robledo -

Por qué no ayudan a los que necesitan.

Por qué no limpian los terrenos.

Por qué no ayudan a las escuelas,
que hacen falta cosas.

Por qué no ayudan a los desnutridos y
a los pobres.

Por qué no miran a los necesitados.

Una sorpresa. Los chicos no sólo podían escribir cuando le encontraban sentido a lo que hacían, también podían hacerlo bien, con creatividad, con su emoción, con sus ideas, con sus palabras. A diferencia de otros intentos de que los chicos produjeran textos (del estilo de: inventá una historia, indicá los personajes principales, el conflicto, bla-bla-bla... ¿para qué repetirlos acá? Todos los docentes sabemos de qué estoy hablando), esa vez sus escritos tenían algo de sí mismos, algo más genuino que una simple tarea escolar.

Como el resultado me entusiasmó tanto, continuamos a lo largo de las semanas: yo proponiendo "ventanas" y los chicos escribiendo. A medida que el tiempo fue pasando, los chicos fueron escribiendo más y más ventanas y pensamientos propios, surgidos simplemente de

un disparador. Cada trabajo era comentado, revisado, y corregido si era necesario. Al finalizar el trimestre, cada uno de ellos contaba con una carpetita con sus trabajos.

La experiencia fue sorprendente y enriquecedora: a partir de ella descubrí que tanto el acto de leer como el de escribir adquirirían sentido para los chicos, ese sentido que le daba valor a la enseñanza de la lengua. Y no era que los chicos no supieran escribir desde antes, si no más bien, que no les había propuesto realizar una actividad que los involucrara con el lenguaje para que dejara de ser una materia del colegio, y se volviera un medio de expresión al cual tuvieran acceso, y que incluso pudiera ser disfrutable.

Este trabajo y este descubrimiento son recientes. Casi contemporáneos al momento en el que escribo estas palabras. Pero siento que han representado un antes y un después en el modo de concebir mi actividad profesional. Tengo la cabeza llena de ideas respecto a la manera en que me gustaría encarar el trabajo el próximo año. Creo haber abierto una puerta que nos conducirá, a mí y a mis chicos, hacia un lugar en el cual vamos a poder ir encontrando juntos la razón de la materia que aprendemos. Puedo hablar mil horas de las actividades que realizamos, de lo que pienso que se puede hacer, y de lo mucho que creo que se puede lograr con esta nueva perspectiva. Pero prefiero dejarlos simplemente con una de las ventanas escrita por uno de los alumnos como trabajo final:

Ventana sobre el tiempo - Issac Mora –

El día que empezamos a armar Ventanas, todos los chicos pensamos que esto no nos iba a gustar porque no lo entendíamos.

El día que la seño nos leyó la Ventana de Eduardo Galeano, la seño nos preguntaba qué habíamos entendido, porque la idea de ella era que nosotros en este trimestre nos dedicáramos a eso.

Ahora todos los chicos tenemos nuestra carpeta de Ventanas, que nos costó aprender a escribir. Hay veces que los chicos escriben Ventanas que pareciera que son profesionales. Hay veces que me gustaría escribir toda la vida Ventanas o textos.

Cuando la seño leyó la Ventana que Eduardo Galeano había escrito, yo por dentro mío pensaba que ojalá en el futuro yo llegue a escribir como él.

[1] *¡Pido la palabra! Animación a la lectura y escritura de textos poéticos.* Virginia Rozza. Mala-saña Ediciones. Córdoba, octubre de 2006.

[2] *Para quien no los haya leído, ambos textos hablan sobre la mujer, uno desde la plenitud del amor, y otro desde la angustia del abandono y la pérdida del amor.*

Docente autora: Carmela Viale

Localidad: Ciudad de Córdoba

Coordinadora CAIE: Claudia Beatriz Baca

Instituto Superior Carlos A. Leguizamón

Un vuelo de papel de diario

Mabel Adriana Caminos

Escuela rural. Sección múltiple desde nivel inicial hasta 5° grado de primaria. Integración de áreas. Amanecía, y sin querer, miré el asiento trasero de mi auto. Sí, allí estaban los diarios viejos que no debía olvidar. El camino se consumió como todos los días y la escuela se divisó sola y presente. Los alumnos, dispuestos después de desayunar e izar la bandera al son de la canción que ellos elegían para homenajearla, ingresaron risueños al aula.

Como siempre en el trayecto, se dieron conversaciones espontáneas con los alumnos que recogía en el camino, en ese tramo del tiempo y del espacio tratando de acercarnos en sentires y experiencias vividas en el hogar, siempre con mi atenta escucha a los niños en su incesante necesidad de decir lo que les inunda el pensamiento. Estos niños que no son "alumnos", palabra que viene del latín y que significa "sin luz", sino luceros que se debe aprender a percibir y personas con sus propias vivencias y sus particulares expectativas. Son niños con potencialidades que se deben despertar a diario y, por ello, aunque muchos pueden decir "aprenden lento", yo digo aprenden mucho de su lugar de origen, de su espacio cercano, de lo que se arraiga en sus familias. Traen ese saber hacer y vienen inundados de práctica, por ello la teoría les resulta un mundo extraño al que les cuesta ingresar. Sin duda este bagaje no es en vano y está demasiado impregnado en ellos como para no tenerlo en cuenta, es así que cada propuesta pedagógica los debe atrapar en una serie de acciones donde se aprenda de los hechos, de las actividades concretas, de lo percibido.

Una, dos o tres hojas de diario hacían una especie de puente antes de atravesar la puerta. —¿Qué es, señó...? —decían algunos.

—¡Un puente, un puente! —respondían otros.

—¡Un techo...! ¡Un cielo...! ¡La sombra de un árbol! —se apuraban por expresar otros y agachados iban y venían por debajo de las hojas de diario.

Sin interrumpir sus descubrimientos les pedí que se ubicaran en el lugar y les di un fibron con el que debían escribir cada una de las palabras dichas al ingreso: techo, sombra, cielo, campana, árbol, noche... Y surgieron muchas más; ellos preguntaron si podían escribirlas y lo hicieron llenando un afiche doble. Esto les sirvió cuando fueron a sus cuadernos y carpetas para clasificar sustantivos o establecer correspondencias, según el grado o nivel en el que estuvieran. Felices, al verlas plasmadas en la hoja, concluyeron sus tareas; eran sus propias ideas, sus propias grafías, del comienzo hasta el final.

Sin mucho íterin, tomamos un periódico completo y contamos sus hojas y sus páginas, llegando a diversos números. Uno de los alumnos sugirió que faltaban páginas... Y hablamos de secciones y suplementos. Dejé fluir conocimientos previos y aportes de los niños que expresaban y corregían entre ellos. Luego, preparamos un esquema vacío que ellos debieron rellenar con sus preguntas creadas; los niños indicaron algunas: ¿Cuántas hojas tiene el diario completo? ¿Por qué los domingos tienen más hojas? ¿Cuántas hojas tiene cada sección, y todas juntas? ¿Cuántos puentes haríamos con un diario completo?... Cada cuestión se plasmó en sus cuadernos, transformada en situación problemática. Usaron gráficos, esquemas y trozos de diario pegados para ilustrar.

Ya hacia al final de la jornada, sentados en el piso y cada niño con una hoja doble de periódico en la mano, les propuse cerrar los ojos y hacer ruido con esa hoja. Lo escuchamos y

describimos el sonido: como lluvia, como trueno, parece agua, viento, resbaladita, barro...; ahora lo ponemos como sombrero, nos acostamos y nos tapamos con él, lo cubrimos con nuestro cuerpo, somos pájaros, nos abrigamos con él, nos envolvemos la mano para regalarla, nos escondemos detrás de él, le hacemos dos huequitos para mirar...

Disfrutaron de ese vuelo del pensamiento y de la imaginación. Así fue el inicio para trabajar el concepto de la libertad de opinión, de la libre expresión, estimulamos la creatividad y usamos estos elementos para la producción escrita y oral. Se trabajó en el espacio del aula, pero ocupando también el salón de usos múltiples, el patio y el pasillo de entrada. Fue una experiencia de un día de trabajo que se extendió a toda la semana como incentivo para otras clases y contenidos que sin duda nacían de las necesidades e intereses de los niños. Fue el punto de partida para narrar historias de una riqueza inmensa, donde los niños puedan ver más allá de lo visible y sorprenderse con todo lo que pueden sacar de adentro cuando aprenden a imaginar sin miedo.

Docente autora: Mabel Caminos

Localidad: Deán Funes

Coordinadora CAIE: Myriam Casal

Escuela Normal Superior "Juan Bautista Alberdi"

Un nuevo desafío en la tarea de enseñar

Susana Moyano

El encuentro era predecible, llegó ese día y más allá de que conocía a Sergio ("Checho"), el niño integrado con Síndrome de Down, y quiénes eran sus padres, sentí mucho miedo a este desafío; sobre todo porque mi responsabilidad era prepararlo en Matemática, para su encuentro con la sociedad.

Sabiendo que era un niño estimulado desde el hogar desde temprano, y con habilidades y competencias en la lecto-escritura, mayor era el desafío en pensar qué herramientas le podía proveer desde la matemática y que le sirvieran para desempeñarse dentro de nuestra cotidianidad.

Así fue que comencé a trabajar con el sistema monetario, le proporcioné los billetes de curso que llegaban a través de unas golosinas, y así iniciamos nuestra tarea de usarlos en situaciones problemáticas sencillas donde debía operar con sumas y restas o tener que elegir con qué billetes compraría tal o cual producto.

Él conocía los billetes, le costaba mucho realizar canjes, como por ejemplo distintas formas de formar cinco pesos, pero sí sabía qué era más caro o más barato. Entonces planteábamos problemas para ir a comprar y ver qué nos convenía y cómo podíamos pagarlo con los billetes y monedas de que disponíamos. Pero a Checho le gustaba comprar varias cosas y que cuando pagaba le dieran el vuelto, entonces aprovechábamos para ejercitar operaciones de sumas y restas.

Se sintió cómodo y yo también, hoy puede ir al kiosco de la escuela y comprar sus golosinas conociendo el valor de la moneda o billete que lleva.

Sergio tiene una docente que lo acompaña fuera de horario escolar, es la misma que va a la escuela 2 horas semanales, que nos sugiere un plan de trabajo para hacer con Sergio, después de conocer los contenidos curriculares que van a desarrollarse.

Personalmente, siento que Sergio ha descubierto un nuevo mundo, el de los números, operaciones que puede ver a diario en su familia, en la escuela, en la calle.

Él no se da cuenta de los logros alcanzados, no alcanzó a dimensionar la importancia, aunque a veces puede expresarlo con "hoy en el taller de carpintería usé la regla", logro de este año debido a que su motricidad fina es muy "torpe" o no estaba trabajada.

Le encanta que lo estimulen con notas y es capaz de compartir sus aprendizajes con sus compañeros proponiendo por ejemplo: el enunciado de un problema sencillo, enunciado en el que siempre aparecía el nombre de alguno de sus compañeros, y también de miembros de su familia, y sus compañeros lo escuchan con atención y lo estimulan a seguir progresando con expresiones como "bien, Checho" o un ruidoso aplauso.

Mayor era mi compromiso (presión) porque es el hijo de una compañera docente de otro centro educativo, que reconoció el esfuerzo y los logros de Sergio, pero expresó que su objetivo es que estuviera integrado en una escuela y que se le proporcionaran algunas herramientas para moverse solo.

Docente autora: Susana Moyano
Localidad: Jesús María
Coordinadora CAIE: Mónica Silvia Pacchiotti
IFD: Zarela M. de Toledo

Candela

Graciela Balegno

Tenía doce años, uno más que los otros niños de la clase, pero parecía más grande de lo que realmente era. Estaba sentada en el primer banco, porque hablaba muy escasamente y no se atrevía a hacer preguntas; por lo tanto decidí que se sentara junto a mi escritorio para tratar de aprovechar esas oportunidades en las que con su voz sonora, poco pulida y casi tosca, se acercaba a mí para contarme algo.

Candela miraba; miraba con esos carboncitos rasgados y grandes que se destacaban entre facciones ovaladas y tez marrón chocolate. Casi nunca hacía sus tareas ni completaba los trabajos en clase. Prefería mirar por la ventana, buscando vaya a saber qué. No quería participar en los grupos de trabajo, no se integraba con los compañeros; por otra parte, ellos ya no le prestaban útiles pues sabían que al final nunca eran préstamos y con ella siempre terminaban a los gritos. La cuestión era tratar de convencerla para que hiciera algo y para que ella sintiera que podía hacer algo.

Un día, Candela trajo para mostrarme unos aros y una pulsera que había armado. Las cuentas de acrílico me parecieron hermosamente combinadas, y se lo dije; una pequeña luz brilló. En varias oportunidades volvió a traerme sus artesanías.

Casi a fin de año, vino su madre a la escuela para hablar de su hija, porque ella no sabía qué hacer, además Candela no era igual a sus hermanos. Entonces, le expliqué que cada niño es diferente porque cada persona lo es; tenemos nuestras individualidades, nuestros propios pensamientos. Después, a modo de comentario le dije lo lindas que me habían parecido las piezas realizadas por su hija; a lo mejor, su futuro era el de artesana... La señora me miró perpleja, y además dijo: —Pero... si Candela no puede—. Mientras ella seguía hablando yo pensaba en sus palabras: —¿Cómo que no puede?

—¡Ah! Entonces, si usted cree, le voy a comprar para que arme cositas. ¡Mire usted esta chica! ¿Pero lo hace bien?

Le volví a afirmar que sí.

Candela nunca más mostró nada de sus producciones. Cuando le pregunté por qué había dejado de traerme sus trabajos para que los viera, me miró fijo y exclamó levantando los hombros: —¿Para qué? Si total, a quién le van a gustar, dice mi mamá.

Docente autora: Graciela Balegno

Localidad: La Falda

Coordinadora CAIE: María Paula Chianelli

Escuela Normal Superior "Arturo Capdevila"

Un amanecer para Ana

Silvia Micalizzi

Hablar de Ana me resulta muy difícil. ¿Qué digo de ella y de lo que sucedió con ella y lo que me sucedió a mí a partir de mi encuentro con ella? ¿Cómo hago para contar todas esas cosas sin extenderme demasiado pero sin omitir detalles, sin que se malinterprete o se pierda parte del significado luminoso de esa experiencia?

La primera vez que me dirigí a ella -lo hice en castellano, por ser el primer día de clases- le pregunté sencillamente: "¿Cuál es tu nombre?" Como no contestó, pensé: "No me ha escuchado", y repetí la pregunta: "Querida, ¿cómo te llamás?"

Su reiterado silencio me impacientó de una manera extraña; en sus ojos había esa misma mirada muda que emparenta a los verdaderos inocentes con los fatigados animales de carga. Endulzando la voz intenté por tercera vez "Yo me llamo Silvia ¿Querés decirme tu nombre?"

La respuesta me llenó de una perplejidad desolada. Porque el silencio *es también* una respuesta. Y ese silencio, incomprensible para mí, se cernió sobre nosotras como una noche sin estrellas.

En la oscuridad

Ese día volví camino a mi casa pensando en la tamaña timidez que, según mi parecer, aquejaba a la niña. "Quizás necesita más tiempo para adaptarse. Lo mejor va a ser dejarla en paz hasta que ella misma quiera expresarse.", me dije. Más incrédula que optimista cerré mi diálogo mental concluyendo: "No puede llevarle tanto". Cruzé el umbral, ya estaba en casa.

Al cabo de unas clases me enteré. Una de las psicopedagogas de la escuela me dijo en la puerta del aula: "Tengo que hablar con vos por Ana Gómez. ¿Tenés un minuto?" "Cómo no", dije al cerrar la puerta del aula atrás de mí: "Soy toda oídos. ¿Hay problemas en la familia?" (Tengo ese raro prejuicio de que la mayoría de los problemas de aprendizaje tienen su raíz allí, en la familia).

"Sí", me contestó, "pero esos no son los más graves. Acá te dejo si querés leer el informe del gabinete y los de los especialistas que la atendieron durante la primaria. Tiene retraso mental severo. Y para empeorar las cosas los padres no lo asumen. Estamos sin apoyo. No se sabe qué va a pasar con ella."

"¿Pero cómo...?" Adivinándome el pensamiento terminó la frase "¿...llegó acá? No sé... Fue un error. No podemos sacarla tan fácilmente. Por ahora se tiene que quedar acá. Pero vos no te preocupes por ella, no se puede hacer nada..."

Sin dar crédito a mis oídos, atónita, alcancé a balbucear: "Pero ¿qué hago con ella mientras tanto?" Yéndose por la galería, me gritó sobre su hombro "Nada... hacé lo que puedas..." Y bajó las escaleras.

Noche cerrada

Lejos de tranquilizarme, esa respuesta me llenó de ansiedad. ¿Qué significaba "hacer lo que pueda"? Tenía que tratarla... ¿de qué manera? ¿Tenía que intentar integrarla o dejarla tranquila? De todos modos, ¿qué podía hacer yo? El primer paso debía ser, según mi sentido común, actuar lo más naturalmente posible. Pero lo cierto es que no tenía la menor idea de cómo

actuar con naturalidad frente a una situación que me tocaba por primera vez. Antes había enseñado a alumnos con “capacidades diferentes”; pero esas eran diferencias físicas, no intelectuales.

Ignorante, reaccioné, instintivamente entonces, optando por “no molestarla”, es decir, no esperar de ella absolutamente nada: ni aprendizajes, ni integración grupal, ni evolución personal. Simplemente daba mi clase como si Ana no estuviese allí, como si no existiera.

Esta situación pasó de parecerme extraña al principio, a resultarme incómoda luego, a finalmente tornárseme tremendamente violenta; con mayor fuerza en cada clase, porque Ana, movida no sé por qué misterioso impulso, no dejaba de esforzarse por copiar las actividades del pizarrón y de contestarlas, a su manera al menos, a ciegas y, por supuesto, siempre mal.

A ciegas nos hallábamos las dos. Las dos hacíamos “lo que podíamos” sin tener la más mínima noción de lo que estábamos haciendo. Las dos teníamos escasas perspectivas de lograr algo aparte de dejar que el tiempo transcurriese. Y peor que todo aquello era el resultante sentimiento de frustración y soledad en ambas.

Aunque puedo jurar que mi soledad era muy distinta a la de ella. Se sentaba en uno de los primeros bancos, y si bien las hileras estaban organizadas de dos en dos, ese banco a su derecha rara vez estaba ocupado por alguien en vez de sus propias cosas. A pesar de que la prohibición de permanecer en el aula durante el recreo es política que se aplica a la generalidad de los alumnos, una vez me enteré por qué las preceptoras eran más rigurosas con ella: en la soledad de los recreos Ana robaba dinero de las mochilas de sus compañeros y compañeras. ¿Para hacer qué? Para comprarles golosinas en el kiosco de la escuela y ofrecérselas a aquellas y aquellos mismos, a cambio de que aceptasen ser sus amigos y amigas. En definitiva, la de Ana era una soledad devastadora y cruel, porque era como la de un cautivo enjaulado en medio de una fiesta de carnaval, porque no tenía ningún significado.

Fueron su soledad absurda y su constancia ciega, ese mismo copiar signos sin sentido, clase a clase, hasta que tocase el timbre salvador, lo que me hizo cambiar de postura. Frente a la injusticia de nuestra situación decidí probar, experimentar, guiada solamente por mi intuición y mi sentido común, a tientas, ciega en la oscuridad.

Luciérnagas

Como ya expliqué antes, no tenía aportes de profesionales expertos para encarar la situación. Comencé entonces por devanar mis neuronas en un monólogo interior más o menos así: “Muy bien. Ana tiene retraso mental. La palabra retrasada significaría que se quedó atrás en el tiempo, por lo que tengo que imaginaria como si fuese más pequeña. ¿Pero cuán pequeña? Los informes decían severo, ¿eso qué significa exactamente? ¿Significa que no puede hacer nada de nada...” No; si fuese así, calculo que hubiesen usado la palabra absoluto. Por otro lado, “retraso absoluto” ¿existe? Por pura lógica se me ocurre que no; si alguien está retrasado, aunque tarde, al menos ya está dentro del tiempo, lo absoluto le negaría inclusive la posibilidad de la tardanza. Entonces “nada de nada” no puede ser, es un imposible. Algo puede hacer, ¿pero qué exactamente? ¡¿Y en otro idioma?! Pero a ver... El calificativo era “severo”, ¿significa que debe haberse quedado severamente atrás en el tiempo? Si es así, se me ocurre que son como muchos años. En un momento mi imaginación se puso a jugar y me representó a Ana vestida con volados, y moños blancos en la cabeza, sentadita en la estación de trenes, sin haberse enterado de que hace años que en nuestro país los trenes de pasajeros no existen más. “Llega requetetarde”, me dije y con eso cerré mi monólogo, situándola en mi mente en una edad cog-

nitiva no mayor a los cinco o seis años. Esta fue la primera medida que mi pobre sentido común me dictó.

Empecé entonces a ofrecerle actividades propias a dicha edad; pero sólo actividades de reconocimiento, realizables sobre el pupitre; es decir que, por razones humanas (una persona no se puede dividir en el tiempo y el espacio para atender a personas o grupos de personas tan absolutamente distintos en sus características y necesidades, a pesar de que eso se espere muchas veces de los docentes), descarté las canciones y narraciones orales, las rimas, las dramatizaciones y las actividades de movimiento físico, etc. Y por supuesto descarté aquellas actividades de producción espontánea y/o creativa, por considerarlas totalmente fuera de su alcance.

Las clases estaban organizadas de la siguiente manera:

Entregaba a Ana un grupo de tarjetas que contenían el vocabulario (o parte del mismo) correspondiente al esquema temático de la unidad o clase (el mismo para todo el grupo de alumnos). Cada tarjeta (del tamaño de una hoja A4 aproximadamente) contenía una palabra escrita en inglés con su respectiva ilustración al dorso. De esta manera, si el eje temático para los alumnos de la clase era “animales”, y la actividad propuesta era la lectura de un texto descriptivo sobre la vida de distintos animales, Ana recibía un grupo de ocho o diez tarjetas con los nombres de animales como la de arriba.

A continuación, entregaba a la niña el mismo número de tarjetas (mucho más pequeñas, que pudiese manejar cómodamente sobre su banco) a las que les faltaba ya sea la palabra o la ilustración. La primera tarea de Ana consistía en completar sus tarjetas pequeñas copiando de las grandes aquello que estuviese faltando.

Una vez que ya había realizado esta primera actividad (que además tenía como fin la fabricación de material didáctico que ella pudiese utilizar posteriormente para estudiar en su casa) pasaba a realizar otras tareas, siempre de reconocimiento, y siempre recurriendo a “los machetes” que acababa de confeccionar.

Cuando ya estaba completa y corregida una de estas actividades, le entregaba una nueva para hacer, y así sucesivamente hasta terminar la hora de clase.

Primeros albores

Nuestros primeros logros relevantes fueron no sólo la correcta realización de tareas cognitivas como las de los ejemplos anteriores, sino también, y mucho más significativamente, el cambio actitudinal de Ana. De su acérrima timidez y mutismo pasó a levantar la mano para llamarme y consultarme cada vez que tenía una duda o terminaba la actividad (tan tímidamente que prácticamente debía pegar mi oído a su boca para lograr escucharla).

El sentimiento de satisfacción de Ana era fácil de reconocer: brillaba en su cara.

A medida que transcurría el tiempo se animaba cada vez más a pedirme ayuda, y realizaba con mayor rapidez aquellas actividades que ya le resultaban familiares.

Sin embargo, y lamentablemente, este sistema solitario acentuaba aún más su aislamiento del resto, ya que no le permitía integrarse con sus compañeros –gran ironía si se considera que el primer objetivo de la enseñanza de idiomas es la comunicación e integración de las personas.

De todos modos, dadas las circunstancias, este era un fracaso menor. Un problema que se fue acrecentando a medida que Ana ganaba confianza con su aprendizaje era el aumento de su dependencia hacia mí como docente: cada vez me llamaba con mayor frecuencia, cada vez necesitaba más de mi elogio para continuar. Y desafortunadamente, el tiempo que yo podía dedicarle a ella era un tiempo robado a sus compañeros, quienes por lo general se indisciplina-

ban si yo me demoraba más de tres minutos con ella. A pesar de los pequeños rayos de luz en su mente, Ana continuaba encerrada en su soledad dentro del aula.

Estoy convencida de que fue por estas mismas cosas que el gran entusiasmo inicial de la niña se fue diluyendo en una gradual y amenazadora desmotivación: dejó de completar las tareas de “deberes” y comenzó a olvidar sus tarjetas-machete (que eran su único material didáctico de referencia y apoyo).

Pero no todo tenía por qué ser sólo sombras. Fue esta misma circunstancia la que nos permitió a ambas realizar un maravilloso descubrimiento. Una de esas clases Ana no había traído las tarjetas, porque las había olvidado o perdido. No por ello iba yo a redimirla de la tarea que tenía planificada para ella, por lo que la insté a realizarla como pudiese. Se tomó bastante tiempo en llamarme para que la corrigiera. Cuando me incliné sobre su cuaderno la sorpresa me nubló con lágrimas la vista: con mínimos errores de ortografía, Ana había escrito correctamente en inglés las respuestas a los ejercicios, recurriendo únicamente a la ayuda de su propia memoria. Por primera vez podía yo pensar que un aprendizaje real y efectivo había sucedido.

Y esta vez su rostro estaba radiante.

Amanece que no es poco

La impotencia que me producía no poder dedicarme más tiempo y de mejor manera a satisfacer las necesidades de Ana me llevó, entre otras cosas, a comentarlo repetidamente entre mis alumnas del profesorado de nivel terciario en el que trabajo. Tantas veces narré la misma historia que una de ellas, Graciana, se ofreció a colaborar conmigo. Inmediatamente me encargué de que se hiciesen los trámites legales correspondientes entre ambas instituciones y al poco tiempo Graciana comenzó a trabajar conmigo dentro del aula en calidad de alumna pasante.

Traté de influenciarla o predisponerla en la menor medida posible; prefería que ella misma conociese a Ana, como así también que tuviese la mayor autonomía con respecto a la adecuación de tareas. Por este motivo me limité a comentarle (mejor dicho a recordarle) que Ana era una niña tímida y que dependía mucho del apoyo de sus docentes, y que las actividades que habíamos realizado eran siempre del tipo de reconocimiento. Habiéndole mostrado previamente unos ejemplos de actividades y habiéndola presentado a su nueva alumna, Graciana se puso a trabajar.

Esto me permitió dedicarme casi por completo al resto de los alumnos (quienes, no ha de olvidarse, también tenían sus propias necesidades y carencias). La conducta general de la clase mejoró notablemente, ya que no había “distracciones” que me impidiesen monitorear la disciplina del grupo. Sólo noté que, imperceptiblemente, en estas nuevas clases debía elevar cada vez un poco más el volumen de mi voz. ¿Por qué, si los chicos se estaban portando mejor? En una de esas pausas silenciosas que milagrosamente suelen acaecer en el aula me di cuenta: Graciana, cuyo timbre de voz no es de los más bajos, hablaba. Hablaba con Ana, pero en inglés.

A pleno sol

En absoluto me parece una inmodestia hablar de éxito. Para empezar, quienes trabajaron arduamente para que yo pueda usar esta palabra aquí fueron Ana y Graciana. Y en segundo lugar, el éxito del que voy a hablar merece ser nombrado y celebrado con todas sus letras: É X I T O.

Tomando en cuenta lo breve que fue el contacto entre Ana y Graciana (ya que esta última se incorporó al trabajo entrado ya el segundo semestre) y sumando otros tantos meses de

tiempo perdido, es un verdadero éxito que aquella alumna que al principio “no existía” en el aula, terminase el último día de clases dictándole correctísimamente y en voz alta a sus compañeros que “ocho” en inglés se dice, “eit” y se escribe “eight”. ¡Ana había aprendido!

Era fantástico. Gracias a la dedicación exclusiva y alentadora de Graciana, Ana, “ese caso perdido”, había aprendido muchísimo más que lo que cualquiera de las tres pudiese haber soñado jamás en el más dulce de los sueños durante aquellas noches oscuras. Ana no sólo era capaz de reconocer vocabulario, sino que además era capaz de producirlo correctamente (de manera oral y escrita); y no sólo eso, también había logrado interpretar y escribir pequeños textos (como cartas, por ejemplo). Ana aprobó genuinamente la materia con la calificación mínima correspondiente (cosa que muchos de sus compañeros no pudieron lograr): un seis, que según mis parámetros vale por un diez. Pero todos estos datos son sólo el corolario de su mayor triunfo. Ana –y he aquí su logro más importante y relevante para su vida– ganó confianza en sí misma, autonomía, y autoestima. Sólo alguien que se siente seguro de sí y que respeta su propia opinión es capaz de decir ante todos: “Yo sé la respuesta, y la respuesta es ésta”.

Por mi parte, es muy difícil resumir en unas líneas (más) de qué maneras Ana me enriqueció a mí. También yo gané en conocimientos, sobre mi profesión en sí tanto como acerca de mí misma (yo podía hacer más de lo que imaginaba). Ana me iluminó llenándome de esperanza.

A Ana no volví a verla. Finalmente dejó la escuela. Pero cada vez que recuerdo su cara radiante me pregunto ¿cómo sería la vida de Ana (y la de tantos otros niños como ella), si todos aquellos involucrados en el proceso de enseñanza (padres, docentes, especialistas, autoridades y Estado) nos comprometiésemos para que la inserción de niños “con capacidades diferentes” en la escuela común, y la consecuente “democratización de la educación” sean verdaderas y efectivas y no sólo un lema vacío del discurso educativo? Y vuelvo a insistir ¿cómo serían esas vidas?

Docente autora: Silvia Micalizzi

Localidad: Laboulaye

Coordinadora CAIE: Silvia Arpellino

I.E.S. Eduardo Lefebvre

Viaje al hospital Emilio Vidal Aval

María Soledad González

Hace un par de años, con alumnos de 5to. año de la especialidad Humanidades y un grupo de docentes, llevamos a cabo el proyecto: "Una mirada diferente". Este tiene como objetivos principales ahondar en problemáticas de salud, salud mental, creación de neuropsiquiátricos, finalidad de los mismos y asistencia del Estado, en el cual participan diferentes materias como: Problemática Social II, Psicología, Práctica de la Intervención Social II, Taller de Comunicación Social II, entre otras.

Este proyecto nació de la inquietud de un grupo de adolescentes, por conocer otras realidades y mundos a los que muchas veces se les da la espalda o se prejuzga por desconocimiento. Es así como nos propusimos viajar a la ciudad de Oliva (prov. de Córdoba) y visitar el neuropsiquiátrico "Dr. Emilio Vidal Abal"... Y bueno, como no es un viaje "convencional", muchos colegas empezaron a preguntarse si era necesario llevar a los jóvenes "a ese lugar"; "es una experiencia muy fuerte, y realmente ¿vale la pena enfrentarlos a eso?"; "¿es la decadencia del ser humano!"...

Ante todas estas preguntas y comentarios muchas veces desmedidos, teníamos dos caminos, no hacerlo más y dejar en cierta medida conforme a aquellos que no creían necesaria y valiosa la experiencia, o mirar hacia delante, convencidos de que esta era una "gran experiencia de vida".

Llevamos varios años realizando este viaje, que nos demanda a nosotros los profes y a los alumnos una gran cantidad de horas de estudio, a la reflexión, a la crítica y a la colecta de alimentos, productos de higiene personal, ropa y calzado que realizan nuestros jóvenes por nuestra ciudad, con el objetivo de "llevarles algo", aparte de su incondicional presencia.

Una vez en el lugar, se entrega al Director del hospital lo recaudado en la colecta y luego nos disponemos a recorrer el lugar, observar, hablar con los pacientes, ponerse a tomar mate con ellos y hasta jugar a las cartas o simplemente hacerles compañía y ser testigos de inmensos silencios, tristezas y soledades que inundan el lugar. Es conmovedor ver a nuestros alumnos, que muchas veces se muestran en el aula desinteresados, fríos, sin ganas de estudiar, rotulados como aquellos que nada les pasa, o que son irrespetuosos y molestos, colaborar, escuchar, interesarse, emocionarse con las experiencias de vida de los pacientes, y sentirse movidos por situaciones que creían tan lejanas a ellos. Y nosotros los profes, ¡cómo no vamos a apostar por este viaje! cuando notamos en ellos un cambio de actitud y visión del otro diferente, cuando logramos despertar el sentimiento de solidaridad, colaboración, compromiso, respeto, escucha atenta, que tanto se han ido perdiendo en estos tiempos de individualismo salvaje.

...Y sí, no es un viaje de placer, es un viaje de valores, que a nosotros y a nuestros jóvenes nos deja con la sensación de la tarea cumplida y de haber logrado aunque sea por un día quitar del rostro de los pacientes esa mirada tan triste y desoladora.

Docente autora: María Soledad González

Localidad: Leones

Coordinadora CAIE: Ariana María González

Escuela Superior de Comercio y Bachillerato Anexo

¿Ser docente?

Cintia Gambero

Mi decisión de ser docente de niños tardó casi cinco años, sí, cinco años fue lo que me llevó darme cuenta que mi vocación era la docencia, ser aquella encargada de transmitir, llevar, acercar determinados conocimientos a personas pequeñas, determinados saberes que en un futuro les sirvieran para poder transitar en un contexto social determinado, poder interactuar en el mismo, conociendo, buscando, investigando, aceptando, rechazando, negociando, criticando cuando sea necesario siendo una persona autónoma, crítica, reflexiva de lo que sabe, de lo que adquirirá y del pensar ajeno.

Yo sabía que lo que quería era enseñar a otros determinados conocimientos, pero no para que sólo los supieran y allí terminara todo. Mi deseo era que aquellos conocimientos adquiridos les pudieran servir en un futuro, los pudieran aplicar al interactuar con los demás.

Comencé el profesorado en Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, pensando que al recibirme y al realizar la transposición didáctica a mis alumnos adolescentes, al enseñarles los derechos, las normas, ciertas declaraciones, podían cambiar el mundo. Sí, su mundo desde el lugar en donde se encontraban. Pero me di cuenta de que a veces enseñaría cosas que en la teoría decían una cosa y que la práctica demostraba lo contrario. Un ejemplo, explicarles que las personas tienen derechos a... y que en la realidad los mismos se encuentran restringidos.

Me di cuenta de que desde ese lugar mucho no podía hacer, que tendría que enfrentar ante un grupo de alumnos adolescentes que escucharían, pero también preguntarían, que exigirían determinadas explicaciones de cómo poder cambiar ese mundo y yo no sabía qué hacer. Allí llegó mi frustración, pero también apareció realmente mi vocación, ser la seño de pequeños que recién están conociendo el mundo, a los cuales podré marcar el camino o mejor dicho podré mostrarles el punto de partida, darles algunas pautas, guías para que ellos solos puedan de a poco tomar esos conocimientos como suyos e interactuar en el mundo en que viven. Les enseñaré que hay mucho por aprender, que el conocimiento no es único, verdadero. Que en ellos está el no aceptar todo lo que se les enseñe y muestre, que aprendan a ser reflexivos, críticos y de a poco vayan buscando su independencia.

Ya comencé a transitar ese camino: el ser docente, porque estoy formándome, estuve observando la realidad escolar en mi primer año. En segundo año ¡qué lindo! ya esa observación se transformó en experiencia, fui la seño por poco tiempo, estuve en el aula, con los niños, la maestra, me acerqué más a lo que en el futuro tendría que hacer. ¡Qué miedo! ¡Qué alegría! ¡Qué incertidumbre!

Hoy ya estoy al final del recorrido de mi camino, falta muy poco para que ese gran sueño se convierta en realidad. Estoy por comenzar mi residencia, ¡parece mentira!, sí, parece mentira, tanto tiempo esperando y hoy ha llegado el momento. Ya no tengo miedo, incertidumbre, curiosidad, alegría; sino que son muchos los miedos, las incertidumbres, las curiosidades y las alegrías internas que pasan por todo mi ser.

Hoy me di cuenta que aquel juego de señorita deja de serlo para convertirse en una gran actividad a desempeñar, en la cual tendré que poner mucho empeño, utilizar la razón pero también mi corazón, capacitarme, porque la decisión que tomé: "el ser docente", no es cualquier cosa. Dependerá de mí el futuro de esos niños, en cuanto a los conocimientos que reciban, y cómo los reciban les marcará su futuro.

Hoy tengo un camino difícil pero hermoso por recorrer que al final llegó y estoy segura de que tengo mucho por dar y por aprender.

Docente autora: Cintia Gambero

Localidad: Río Cuarto

Coordinadora CAIE: Silvia Capriccio

Normal Superior J. J. de Urquiza

Alguien sopla¹

María Depetris

“Hacer es ser” afirmó J. P. Sartre. “Hagamos”, creo que lo dijo Aye (adolescente de camiseta celeste desprendida y corta falda gris: respetuosa del uniforme), fue una palabra casi mágica, un yo plural en acción. “Dale, estaría bueno”, agregaron otros. Los miré durante unos instantes en una especie de paneo cinematográfico y vi varios rostros en actitud de interés, a los que se iban sumando otros. “Estaría bueno hacer como que votamos”, agregaron; “y sí...”, confirmé, “podríamos simular las elecciones municipales”. Esto ocurrió exactamente el 3 de octubre de 2007. Las elecciones eran el 14. Por mi cabeza pasaron los tiempos escolares: era miércoles, el viernes sólo se hacía la maratón de lectura, el miércoles había taller docente, el jueves yo tenía cambio de actividad, viernes no por..., quedaban lunes y martes (día que no tengo clases). Les dije: “no tenemos tiempo” y ellos protestaron “¿cómo que no? ... al final cuando queremos...”.

Decidimos hacer las elecciones el martes. Y nos organizamos. Votarían todos los alumnos del turno tarde. El DNI se reemplazaría por la libreta que posee cada estudiante. Un grupo, durante el fin de semana saldría a buscar votos a cada uno de los siete locales partidarios. Ahí nomás pidieron las listas de sus compañeros y empezaron a confeccionar los padrones, divididos en varones y mujeres. Se instalarían cuatro mesas con sus respectivas urnas. Sorteamos los presidentes de mesa. También seleccionamos los fiscales, según sus inclinaciones políticas. Desde ese día y hasta el acto electoral se ocuparían de la logística: comunicar a sus compañeros todo lo relacionado con las elecciones, colocar carteles informativos. Confieso que no les tenía ni así de confianza.

En la vida las cosas fluyen y confluyen, por eso es que no sé cómo contar esto que me sucede con los chicos del 4º turno tarde de la Escuela Ravetti, en estos días de octubre.

Alguien sopla y enciende pequeñas alianzas como chispas

La parte que viene podría titularla “de cómo uno la pega de entrada”. En julio o agosto, no recuerdo bien, estando en la sala de profes en un recreo, escuché a mis compañeras del Dpto. de Lengua que estaban organizando la Maratón de lectura. Yo soy profe de Historia y Ética, pero me gusta la lectura y lo artístico... y les dije que si me necesitaban para algo... entonces me ofrecieron leerles a los chicos. Podría ser “un cuento de fútbol...algo que les interese”, propusieron. ¡Ufa ¿fútbol?! No tengo ni idea, pensé. Y ahí quedó... Una mañana de domingo, mate por medio, relajada, me puse a leer cosas apiladas de días o tiempo atrás. Entre tanto material le llega el turno a una revista para docentes: “El Monitor”. La hojeo y aparece ante mí un cuento titulado “Tito nunca más”, ¿cómo decidí leerlo? Tito es el sobrenombre de mi hijo menor, “nunca más”, una expresión cargada de significado y su autor, Mempo Giardinelli, me gusta. Lo leí. Lo disfruté. Lo sufrí. Lo lloré. Tito, un joven jugador de Chaco For Ever, acababa de ser vendido a Boca Juniors, cuando recibe la citación para ir a Malvinas. Una esquirla en la pierna derecha le quebró el fémur y lo dejó tendido. Al día siguiente lo encontraron vivo, pero le

¹ Primer verso de “Operación Nocturna”, de Olga Orozco.

cortaron la pierna. Nunca más volvería a jugar al fútbol. Su regreso al Chaco y su vida perdida por goleada. Más o menos de eso se trataba. El cuento me emocionó. Me apasionó. De repente caigo en la cuenta iera de fútbol! Ja ja, eso es lo de menos. Mezclaba historia reciente, micro y macro, la guerra y sus secuelas. Nosotros, los que no fuimos y los que volvieron. ¡Decididamente éste era el cuento para la maratón! Y llegó el 5 de octubre. Los viernes no tengo clases pero me aparecí: "¡hola chicos!". "¿Qué... nos viene a dar historia?". "No, vengo a leer un cuento con ustedes". Y me apasioné con ellos. Y nos conjugamos en la historia y todos fuimos Tito y todos pensamos nunca más. Y a la salida: "Eh profe! ¿me puede sacar fotocopias del cuento?". Y yo pensando y yo sintiendo. Compartir el cuento nos conectó de otra manera.

Alguien sopla. ¿Quién? El aliento viene de distintos lugares y gargantas.

Me olvidé de comentar algo fundamental. Estoy hablando de un grupo de alumnos a los que "nada les interesa, que son un desastre, casi ninguno aprueba, nada les importa,...bla bla bla..." Palabras de la mayoría de los profes, en las que me incluyo... o incluía. Nada es absoluto. Nada es permanente. Nada es siempre. Estamos educando en la incertidumbre. Esa expresión la vengo escuchando desde los '90 en todas las capacitaciones que tomamos, pero seguimos pensando en esos alumnos ideales de 40 años atrás o más aún. Esto es autocrítica. Probablemente debamos corrernos de nuestro lugar tradicional, intercambiar con el otro, profes y alumnos sin perder su lugar pero en una relación horizontal. Pensar los encuentros en las aulas como situaciones de aprendizaje inacabadas, impredecibles y permeables.

Alguien sopla y convoca a los poderes sin nombre

Y llegó el día de la elección. Y yo a la hora fijada. Me esperaban ansiosos (hasta me retaron, porque según ellos, me demoré). Estaban los cuartos oscuros preparados, las urnas, las mesas, todo. Empezamos. Un grupo ofició de periodistas y se encargaron de las encuestas a boca de urna. Luego el escrutinio. Completaron planillas. En el patio cubierto se colocaron los resultados. Ganó el candidato que cinco días después fue electo intendente. Me emocioné. Me apasioné. Ellos me pidieron hacerlo. Una vez más aprendí. Les agradecí. Cuánto en tan poco tiempo, en menos de una semana soplaron, animaron ese fueguito que anda por ahí y nos contagiamos. Me di cuenta nuevamente que esta sigue siendo una profesión apasionante. Pensé en tantos momentos de satisfacción que viví a lo largo de mis veinticuatro años de profe.

Alguien sopla... y sacude muros de cenizas

Algunos sostienen que Sócrates dijo "ser es hacer", yo no aseguro que lo haya dicho, los chicos de 4º menos aún (ni sabrán de su existencia, la que es muy discutida), pero posiblemente esta "banda de desinteresados" hizo porque son. Fueron protagonistas en la acción de construir conocimiento. Y yo ahí, sin imposiciones, simplemente generando la posibilidad de tomar de esas actividades escolares, que plantean el hoy y lo inmediato, algo que les permita trascender. Estas dos actividades no estaban planificadas y me obligaron a la reflexión. Debemos replantearnos lo que enseñamos, el cómo, dejar lugar a las reinvencciones permanentes y estar

atentos a las grietas, a los espacios que nos permiten este juego dialéctico del ser sujeto-objeto, de flexibilizar roles y status, de quebrar esa estructura rígida del que enseña y el que aprende.

Siempre buscamos recetas en esta difícil tarea de educar. Y atenta a esa necesidad me dirijo a mis compañeros docentes para decirles que sigan ésta al pie de la letra, que les acabo de dar porque es “tan exacto como 2 y dos son tres”, como cantó un tal Charly García. Hoy a los chicos les llevo la propuesta de leer, escribir y dibujar sobre algún derecho y con todo armar un libro. Un libro hecho por ellos. ¡Qué bueno! Eso creo yo. ¿A ellos les interesará? No sé. Tal vez deba encontrar en la incertidumbre el placer de este oficio.

Docente autora: María Depetris

Localidad: San Francisco

Coordinadora CAIE: María Carolina Viotti

Esc. Normal Superior Dr. Nicolás Avellaneda

Provincia de Corrientes



Índice

Provincia de Corrientes

Lo que puede lograr una maestra	101
Araceli Biancardi	
Valió la pena intentarlo	103
María de los Milagros Delfino	
Que tus ojos se posen un instante en los míos	105
María Griselda Kennedy	
Mi primer día de clase.....	108
Graciela Esther Matto	
Saquen una hoja	111
Nydia Aballay	
Una clase de historia	114
Susana Maculia	

Lo que puede lograr una maestra

Araceli Biancardi

La experiencia que narraré ocurrió en una escuelita rural, hace casi 15 años, cuando realicé mi primera suplencia que duró 10 meses, pero que aún hoy vive en mis recuerdos.

La escuelita era humilde pero muy pintoresca. Los docentes del lugar tenían, en su mayoría, larga trayectoria en sus cargos y también en esa institución. Por eso, comenzar mi labor allí fue como integrarme a una gran familia. Aquella escuela de campo... rincón un tanto olvidado por la mano del hombre y por el sello impersonal de los avances tecnológicos que muchas veces invaden el tiempo y el espacio de los alumnos de hoy, quienes fraccionan sus intereses entre el saber y los programas de TV, fragmentando a menudo su propia personalidad y creándose identidades imaginarias para "concretarse" en la agitada realidad virtual...

Los primeros días fueron de descubrimiento: el paisaje, las costumbres y los rasgos más salientes de la forma de ser y de manifestarse de la gente de la zona. Los niños de ese, "mi" 2º grado, generaban un ambiente de paz en el aula. Cada uno de ellos emanaba una simpleza, una belleza interior en sus miradas entre curiosas y anhelantes; esperaban la dedicación y entrega diaria de saberes, de amor... Sí, porque ellos se mostraban en cuerpo y alma, se abrían a cada gesto, a cada palabra, a cada propuesta de la seño que, jornada a jornada, intentaba entregarles lo mejor. Todo era valioso para esos inocentes: un libro de cuentos, preciada puerta que los transportaba al mundo de la fantasía; un cuaderno forrado con dibujos, una joya de belleza incomparable; una caja de lápices de colores, la llave a una catarata de obras de arte.

En ese grupo de aquel 2º había un pequeñín especial llamado Juancito que me llenaba de ternura porque tenía en su mirada un brillo singular, era muy inteligente; él prestaba mucha atención a todas mis indicaciones, a mis palabras, a mis modales. Siempre tenía una observación para hacerme, o una inquietud que provocaban mi asombro. Lo acertado y profundo de sus acotaciones reflejaba la vivacidad y el ingenio de aquel "alumnito de campo". Aquellos niños de esa escuela rural, en especial mi Juancito, mantenían intacta su simpleza, su espontaneidad, esa mirada cálida que decía tantas cosas al translucirse el brillo de sus ojitos asombrados... Pero aquel niño era único, tan simple, pero tan rico espiritualmente que yo lo sentía como un tesoro, al cual debía cuidar y pulir, junto a los demás.

Una vez llevé, para esos cuerpitos tiernos de rostros sonrojados que se mostraban tan anhelantes de conocer y de recibir, un puñado de ilusiones... una caja con libros de cuentos, muchos de ellos tradicionales, con personajes de la fantasía, clásicos infantiles que había recibido como donación. Antes de abrir la caja y enseñarles su contenido, les pregunté: ¿Qué es para ustedes un libro? Hubo un instante de silencio, como si cada uno estuviese tratando de imaginar, de darle forma a su respuesta, pero les costaba mucho expresarse. Hasta que Juancito dijo: —Seño, los libros son regalos que nos hacen los escritores. Y luego continuó: —Es como si ellos nos pusieran en las manos un pasaje para poder viajar a otro tiempo, a otros lugares, conocer personajes de verdad o de fantasía... Y se quedó en silencio, observándome, pues creo que era tal la satisfacción y el placer que me producía escucharlo, que seguramente él percibía ese deleite en mi mirada. Luego de un par de comentarios más, armamos entre todos el rincón de lectura, en el que cada viernes nos reuníamos y cada niño elegía un libro para leer... sólo leer por placer, por elección. Pero Juancito había pedido el permiso especial de llevar el libro elegido, "El Principito", para poder avanzar en la lectura del mismo. Fue así como él iba leyendo página

tras página, construyendo significados, interpretando frases a las cuales les otorgaba un toque de su propia mirada de la vida y la realidad. Entonces, les propuse una manera de poder disfrutar y enriquecernos todos de esa belleza interior que Juancito poseía y que ese mágico libro había logrado despertar en todo su esplendor. Cada lunes, luego del viernes de lectura, Juancito escribía tres frases de las páginas que había leído; los otros niños, trabajando en pequeños grupos, elegían una de esas frases, comentaban qué significado tenía para ellos, qué aspecto de su vida, de su realidad sentían que se reflejaba o se relacionaba. Luego realizábamos un ejercicio de intercambio de las reflexiones que constituía un aporte invaluable a su expresión oral. Realmente la articulación de este texto bajo la mirada y la lectura que hacía Juancito constituyó un desafío. Creo que fue mi primer paso hacia el trabajo con la literatura infantil, enfocada desde la estética de la recepción. Esto me ayudó a entender lo importante que es conocer las distintas perspectivas con las que se puede leer, construyendo significados, expresando sentimientos; incluso llegué a descubrir la capacidad que todos tenemos, en especial nuestros niños, de imaginar, de pensar formas diferentes de la realidad.

Al finalizar ese año, comprendí que mi apertura y flexibilidad posibilitaron que ese rincón de lectura se transformara en el espacio esperado por todos, en el que nos olvidábamos de que estábamos en la escuela, donde no escuchábamos el bullicio exterior de las clases de Educación Física, donde íbamos hoja a hoja, lectura a lectura formando y afianzando nuestra pequeña comunidad de lectores, con el entusiasmo que Juancito nos transmitió a todos con su particular y enriquecedora interpretación de "El Principito".

Días atrás, en un concurso literario que se organizó en la biblioteca municipal y del cual participamos varias instituciones de diferentes niveles, escuché la lectura y la exposición de un alumno del profesorado de lengua que contó de una manera muy conmovedora cómo su único y leal libro de cabecera, "El Principito", cambió su destino abriéndole las puertas del alma para conocerse a sí mismo, y las del mundo, enseñándole lo maravilloso del universo en sí. Mi asombro fue grande al darme cuenta que se trataba de él y al escucharlo decir que había recibido ese libro de la mano de la seño más buena y dulce que había tenido una vez, en 2º grado en su escuela rural. Me acerqué a Juancito convertido en un adulto, me reconoció, nos abrazamos y nos expresamos lo mucho y especial que cada uno había sido en la vida y el recuerdo del otro.

Esta anécdota me marcó, pues me hizo descubrir cuánto y cómo podemos ayudar a crecer a los niños que están en nuestras manos, lo importante que somos a la hora de darles el material, la guía, la compañía que los ayude a descubrir y valorar todo lo que guardan dentro suyo, y a poder crecer espiritualmente de la mano del saber.

Docente autora: Araceli Biancardi

Localidad: Bella Vista

Coordinadora CAIE: Stella Mary Candelaria Torres

Instituto de Formación Docente Bella Vista

Valió la pena intentarlo

María de los Milagros Delfino

Debido a las características propias de mi personalidad, como así también a la fuerte creencia que fui desarrollando durante mis años de estudio, por mucho tiempo creí firmemente que para enseñar a niños pequeños era una condición imprescindible poseer cualidades “especiales”, tales como habilidad para cantar y bailar, gracia en los movimientos, y hasta dotes actorales, entre otras. Con esa fuerte convicción inicié mi carrera docente, segura de que sólo era apta para trabajar con niños mayores y, por sobre todo, con adolescentes y adultos. ¡Cuánto más grandes mejor! era la frase que repetía ante la posibilidad de una nueva oferta laboral.

No pudiendo ser de otra manera, me dediqué por varios años a enseñar a niños mayores, adolescentes y adultos. Sin embargo, y por esas grandes casualidades que se nos presentan de tanto en tanto, un día fui citada por las autoridades del colegio donde trabajaba para que me hiciera cargo de un primer grado. La frase “¡No podés decir que NO!” que constantemente repetía la directora, retumbaba en mi cabeza. La señorita había renunciado y era necesario que me hiciera cargo casi de inmediato -agregaba con determinación. Mi reacción fue de gran asombro y pánico. Nunca, ni en mis épocas de practicante, había enseñado a niños tan pequeños. Durante los años del Profesorado había estudiado sobre cómo enseñar una lengua extranjera a niños, no obstante mi preparación no me parecía suficiente como para afrontar tarea semejante. Sentía que todo lo que sabía era meramente teórico y mi falta de experiencia era una gran desventaja que me jugaba en contra. Pero la decisión debía ser tomada, y era entonces el momento de animarme... o dejarlo todo.

Un número sinfín de interrogantes mezclado con un gran temor a lo desconocido me obligaron a informarme a través de experiencias de otras colegas, a leer sobre metodología, conocer los contenidos propios del nivel. Decoré el salón, preparé el material necesario para trabajar: posters coloridos, calendarios ilustrados, un friso donde resplandecían los nombres de los flamantes alumnos... Lista para el gran desafío, los primeros días se sucedieron colmados de sorpresas, y también de dificultades. El período de adaptación -a pesar de las lágrimas que muchos de los chicos derramaban al implorar que sus padres no los dejen- creo que fue más difícil para mí que para ellos. Ya ni el recreo era igual que en años anteriores, más frecuentes y más cortos ¡y también a cargo del cuidado de los chicos! Muchas veces planifiqué mis clases pensando hasta en el mínimo detalle para atraer la atención de mis alumnos por más de cinco minutos. No obstante, y a pesar de mi esmero, fui interrumpida innumerables veces por comentarios espontáneos, como por ejemplo, “Miss, ayer te vi en el súper con tu papá” (refiriéndose a mi marido) o “Miss, ¡hoy te peinaste!” (haciendo alusión a mi paso por la peluquería), justo en el momento en que la explicación requería el más alto grado de concentración.

Varios meses pasaron, y a pesar de mi inexperiencia, empecé a sentir que no era necesario poseer cualidades especiales o extraordinarias para enseñarles a estos pequeños chicos. Trabajábamos tres horas por día (horario vespertino y doble jornada) en un ambiente de armonía, espontaneidad y respeto (con algunas excepciones por rencillas y por muchos casos de niños con problemas severos de conducta). Sus progresos en la adquisición de una lengua extranjera y el afecto que me prodigaban diariamente me demostraban que yo también podía, y lo estaba haciendo bastante bien. Tres años a cargo de un primer grado me permitieron aprender cosas que jamás hubiera pensado sucedían dentro y fuera de un salón de clases. Recolecté experiencias y anécdotas inolvidables, y por sobre todo aprendí que los prejuicios no son válidos a

la hora de enfrentarse a nuevos desafíos. En esta difícil tarea de educar a otros, todo se puede con paciencia, estudio, voluntad y compromiso.

Docente autora: María de los Milagros Delfino

Localidad: Corrientes

Coordinadora CAIE: Mariana Sottile

Instituto Superior "J. Contte"

Que tus ojos se posen un instante en los míos

María Griselda Kennedy

Visitar la Escuela Nº 26 para Niños Ciegos y Disminuidos Visuales, fue un gran impacto en mi vida personal y profesional. Hasta ese momento no conocía el trabajo que mis colegas docentes del Instituto Nº 1 realizaban con niños ciegos.

La experiencia que voy a relatar comienza cuando empecé a desempeñarme en un cargo de gestión hasta el momento para mí nuevo. La institución en la que trabajo es formadora de docentes en el área de Ciencias Sociales y en el área de Educación Especial: Ciegos y disminuidos visuales, Sordos e hipo-acúsicos, y Retraso cognitivo.

El interés que me motivaba era el de conocer cómo realizaban la práctica los residentes de las carreras con niños ciegos... Entonces decidí dar mi primer paso, contacté a la profesora de Residencia y Práctica Docente. Se llamaba Graciela. Al escucharme, Graciela se entusiasmó con mi propuesta de visitarlos y rápidamente accedió a recibirme en el aula en la escuela Nº 26.

El lunes posterior a nuestra charla, a las 3 de tarde, a pesar del sofocante calor que invadía las calles de la ciudad, tomé mi cámara de fotos, pensaba que debería retratar mi presencia en el lugar... ¿o será que tal vez, en el fondo... sentía que algo nuevo me esperaba? Tenía muchas expectativas de lo que podía suceder en la escuela. Sin más vueltas partí.

La Señorita Graciela

—Chicos, acá viene la Señorita Griselda —les dice—Ella enseña Geografía, justo el tema que estamos dando, capaz que le podemos preguntar algunas cosas. ¿Qué les parece? — Insiste y los chicos responden: —Sí. Hola, señor. ¿Viniste a vernos? —dice uno de ellos. Yo respondo en voz baja: —Sí. Hola chicos ¿cómo están?

—Bien —contestan sonrientes.

Me ubico entre los chicos. Sofía, la alumna residente, empieza la clase. Toma entre sus manos un mapa realizado en braille de la provincia de Corrientes, cada departamento y accidente geográfico están hechos con una textura diferente, algunas partes son de seda, otras están hechas en tela de hilo, y otras en tela de algodón. Los chicos comienzan a tocarlo, y en forma oral empiezan a explicar la información que contiene el mapa.

Uno de ellos después de tocar el mapa dice: —Acá está la laguna más grande, se llama Laguna Luna, las otras son un poco más chiquitas, como la Laguna Iberá.

Quedo asombrada, es difícil imaginar la tarea de los docentes para trabajar con los niños los conceptos espaciales, ellos no sólo los comprenden perfectamente sino que los aplican y los tienen muy incorporados.

—Sabés, Griselda —dice Sofía— estamos trabajando el tema de la Reserva Iberá. Yo les conté a los chicos que esta Reserva es la acumulación de agua dulce más importante de la Argentina, y está en nuestra provincia y por eso y por otras cosas más tenemos que cuidarla mucho, defender a los animales y a las plantas que viven ahí...

Entonces, Sofía les pregunta: —Chicos: ¿qué animales y plantas viven en el Iberá? — Los chicos comienzan a nombrar a muchos animales y plantas como si hubiesen estado allí, como si los hubiesen "visto".

Es impresionante la creatividad que tienen los docentes y residentes, todos los elementos disponibles son válidos a la hora de enseñar las cuestiones ambientales.

Mi asombro es tal, que me quedo sin palabras... le pregunto a Sofía: —¿estuvieron en Iberá ustedes? —No —contesta sonriente—... aunque queremos ir. Entonces les digo: —Yo conozco a un guardaparques que les puede venir a contar cómo viven allí los animales y cómo se los cuida, ¿les gustaría? —Sí —responden todos al mismo tiempo.

No salgo de mi asombro. En mi interior, pienso que a partir de ese momento me siento involucrada con un grupo al que acabo de conocer.

Walter el guardaparques y su visita a la escuela

Walter Drews es un guarda-parques provincial, hace mucho tiempo vive en Colonia Carlos Pellegrini, un pueblito muy pequeño que está al borde de la Laguna Iberá, zona de Reserva Natural Provincial. Allí se protege el ambiente de esteros, lagunas, embalsados y bañados, y también a las comunidades locales que viven dentro de la Reserva.

Me contacto con él, e inmediatamente accede a visitar la escuela, pero me dice:

—¿Cómo hago yo para explicarle a estos niños lo que hay en la reserva y lo que hacemos ahí? Le explico que las maestras son especialistas en trabajar los contenidos y adaptarlos a las capacidades diferentes. Sin dudarlo, entonces, ponemos una fecha y acordamos nuestro encuentro.

Al fin llega el día de la visita a la escuela, partimos hacia el encuentro. Un poco nervioso, Walter insiste: —No sé si estoy preparado...

Percibo en Walter su ansiedad y su asombro, tal vez porque sus visitas a las escuelas siempre “mostraron sus vivencias en Iberá” trabajando desde las imágenes, desde las fotos, desde los mapas, pero... esto... sí que sería muy diferente. Era realmente un desafío, implicaba ver mas allá y vivenciar desde todos los sentidos su vida en los Esteros del Iberá.

Para darle un poco de ánimo, le cuento mi experiencia y le digo: —Vos dejate llevar, vas a ver qué increíble que es el trabajo que hacen los docentes y los residentes que acompañan al grupo. Él me mira y dice: —Bueno, nos ponemos en las manos de Dios...

Tanto a Walter como a mí nos cuesta comprender cuánto de “especial” es enseñar a los niños ciegos. No fuimos preparados para lo diverso. Tal vez sin quererlo y sin buscarlo, esta experiencia se convierta en una verdadera oportunidad para los dos. Siento desde lo más profundo una dicha por estar ahí y aprender de todos ellos...

Entramos a la escuela, nos recibe Graciela y las alumnas residentes, nos dan la bienvenida y rápidamente nos llevan al aula. Ella comenta en voz baja: —Los chicos están ansiosos de conocerte, Walter. Él la mira y no deja de asombrarse.

Sin que ella les diga que yo acompañaba a Walter, los chicos reconocen mi presencia allí: —Hola Señor Griselda —dicen.

—¿Viste? —me dice Graciela— ya te conocen y saben que estás aquí.

Es difícil de expresar todos mis sentimientos en ese momento. Más allá del asombro, una sensación de compromiso me invade. Quiero poder compartir todo lo que puedo con los chicos y con sus docentes, pero por sobre todo, quiero vivenciar sus enseñanzas cotidianas. Deseo darles mi experiencia desde el saber, pero lo que más me motiva en ese instante, es aprender a ver como ellos ven.

Walter me mira... se queda inmóvil, sin palabras... y comienza la clase...

—Chicos —dice Graciela— acá esta Walter, ¿se acuerdan que les conté que vendría a visitarnos?— Los chicos responden que sí.

Entonces Walter se sienta en el medio de ellos y comienza su relato, las maestras sacan los mapas de la Reserva hechos en braille, le muestran también los contornos de animales y plantas de la zona hechos en el mismo lenguaje... después traen un yacaré y una nutria embalsamados, frutos de árboles, hojas de plantas, todo el material sirve de apoyo para la clase... los chicos palpan los elementos que tienen a su alcance, van explicando y reconociendo sus características... las maestras refuerzan estos contenidos ayudadas por el guardaparque...

Una experiencia sin desperdicios

Walter no deja de asombrarse del conocimiento que tienen los chicos y tímidamente los felicita por su compromiso y también por todo lo que conocen de los Esteros del Iberá... no tiene palabras.

Los chicos empiezan a preguntarle cómo es su vida en la reserva, entonces, un poco más relajado, les cuenta varias anécdotas:

—¿Saben, chicos? —les dice— tenemos una mascota allí, es un gato montés.

Los niños están muy enganchados con el relato. Él también les cuenta lo que se siente cuando es de noche... cuando sólo hay silencio y el sonido de los animales que salen a buscar su alimento.

—Dale, contanos, Walter— dicen ellos y siguen con las anécdotas.

Luego uno de ellos, dice desafiante: —Yo, cuando vaya, me voy a meter a la laguna... aunque... pensándolo bien, me conviene pasear por el sendero que nos decís vos, Walter, ese que está lleno de monos ¡Los monos están bien alto! ¡No nos pueden agarrar! Y además yo sé que su pelo parece estar siempre como despeinado. ¿Es así, no?

Walter dice: —Así es...

Otra vez me asombro, los niños entienden y perciben qué cosas están abajo y cuáles no, hasta pueden “ver” el aspecto de un mono... pero... ¿cómo logran esto? Nuevamente me viene a la mente el trabajo silencioso de estos docentes y de los residentes de Práctica. Es increíble... es increíble...

Siento, en ese momento, que nuestra permanencia en la escuela valió la pena...

A la salida de nuestro encuentro, Walter me dice: —Nunca me pasó esto, es la primera vez que me emociono de esta forma en una charla, a pesar de haberla dado para todos los públicos y a gran cantidad de personas. Los docentes hacen un trabajo excelente —se queda por un momento atónito— esta experiencia no tiene desperdicio—. Y con voz baja pero firme sólo alcanza a decir: —Ojalá que todos aprendamos de estos chicos y de sus maestros, del trabajo comprometido que hacen y de su entusiasmo por aprender el verdadero valor de lo que nos rodea.

Ojalá que tus ojos se posen un instante en los míos... para poder sentir lo que nos rodea de la misma manera como lo sentís vos.

Docente autora: María Griselda Kennedy

Localidad: Corrientes

Coordinador CAIE: Julio Fernando Simonit

Instituto de Formación Docente Nº 1

Mi primer día de clase

Graciela Esther Matto

Antes de escribir la historia que deseo relatar, creo conveniente contarles algo sobre mis experiencias de trabajo anteriores.

Muy joven, en la localidad en la que vivo (un pueblo que en aquel entonces era muy pequeño) ingresé como administrativa en una institución bancaria. En el pueblo, los únicos estudios superiores eran el Profesorado para la Enseñanza Primaria y el Profesorado para la Enseñanza Preescolar; yo opté por seguir este último. Me recibí pero no ejercí nunca.

Pasaron los años y el Banco fue intervenido por el Banco Central y a los dos años se decretó la quiebra de la Institución. Viendo lo que se venía en ese tiempo de intervención, lo aproveché y me recibí de Profesora para la Enseñanza Primaria.

Al quebrar el Banco, conseguí llevar contabilidades de negocios importantes en la localidad.

Llegaron épocas económicas nefastas para nuestro país, épocas desastrosas para el comercio mediano. En esa hecatombe financiera cayeron los negocios donde trabajaba.

Esas circunstancias hicieron que me viera obligada a irme de la ciudad y de la provincia a trabajar (en Corrientes existía una cláusula por la que el docente Pre- Primario podía titularizarse hasta los 38 años y el maestro de grado hasta los 40). Ese año yo cumplía los 38 años y tenía una familia que mantener. Así que elegí Formosa como mi destino, que tenía convenios con la provincia de Corrientes que me permitirían regresar una vez que me hiciera titular.

Allá fui, me inscribí, y la pregunta que guió mi selección de cargo fue: ¿Dónde se gana más? Me lo dijeron y me lo señalaron en el mapa; pero de Formosa yo conocía lo que decían los libros de texto, jamás había sentido en carne propia el clima: estaciones secas, vientos calcinantes donde el polvillo que vuela no permite ver a un metro. Elegí el cargo. ¿Dónde fui?, al departamento de Ramón Lista, más arriba de Ingeniero Juárez. En el mapa, la última mención que aparece es Palmar Largo; bien, de allí, más o menos 40 o 50 km más arriba de la comunidad Wichi de San Martín. Tardé en llegar desde Formosa Capital más de dos días. El destartallado colectivo en que viajaba se introducía más y más en un paisaje desértico, terroso, de montes achaparrados, erizados de vinales¹ y de cactus gigantes, donde las chozas eran cada vez más precarias y perdidas en esa inmensidad desértica. Me designaron a cargo de Primer Grado (1º Año, ahora).

Me olvidaba de contarles que la Comunidad era una de las pocas que quedaban en la que el 100% de sus habitantes eran Wichi. Los maestros vivían a 27 km de ahí, en "El Potrillo", en ese entonces, también sin agua ni luz eléctrica, pero era el "Centro Comercial, Educacional y Sanitario" del lugar. El Cacique a quien recuerdo con afecto, y el maestro a cargo de la Dirección de la escuela, buscaron un lugar donde yo pudiera vivir. El lugar encontrado en ese momento fue la morada de los chivos del cacique. Así que después del desalojo caprino, tomé la vivienda... ¡Imaginen, aún no me había bajado de los tacos altos! Y no sólo me bajé de los ta-

¹ El vinal es un árbol con espinas de más de 30 cm llamadas "espina corona", haciendo alusión a la corona de Cristo.

cos, sino que tomé en mano litros y litros de desinfectante y el olor fue desapareciendo o me acostumbré a él. A los seis meses no sentía ningún olor desagradable.

Vuelvo atrás y comienzo el verdadero relato. Yo sabía que los niños (no recuerdo bien si eran veinticinco o veintiséis) no habían tenido contacto con otros maestros con anterioridad, pues en la comunidad no había jardín de Infantes.

Bien... siempre dije que la buena presencia es importante, por eso, ese día, recuerdo que me pinté los labios con un color un poco subido (era casi "rojo pasión"), tacos y el pelo bien recogido (había invasión de piojos). El guardapolvo que estrenaba estaba inmaculado. Ingresé al aula. Allí estaban ansiosos y en silencio, me presenté, les dije: —Mi nombre es Graciela y este año vamos a aprender muchas cosas juntos, vamos a divertirnos, etc., etc. Me maravillé, 26 pares de ojitos brillantes me observaban con la mayor atención, y en el más absoluto de los silencios miraban mis gestos. Creo que ni el mejor de los oradores podría haber contado con semejante atención.

Todo fue ideal hasta que dije: —Abran los cuadernos —todos seguían mirándome como esperando que continuase hablando. Repetí: —Abran los cuadernos.

Recién entonces reaccioné e hice lo que nos enseñan las viejas películas del Oeste norteamericano, y les dije: —Cuaderno... abrir —acompañando mis palabras con la acción de abrir un cuaderno. Volví a repetir esta acción varias veces con mi recién inventado idioma aborigen: —Cuaderno abrir.

Por supuesto que no entendieron y más de uno se tapó la boquita para reírse (son muy vergonzosos). Recién entonces el MEMA (Maestro Especial en Modalidad Aborigen), llamado Jesús, entró en acción y sin moverse del lugar donde estaba (atrás del salón) les dijo en Wichi a los niños que abrieran los cuadernos.

Antes de continuar el relato, debo decir que si bien soy católica, creo que jamás invoqué tanto el nombre del hijo de Dios como en esos dos años que transcurrieron a partir de ese día.

Seguramente se preguntarán qué hice para que me entendieran, qué hice para poder enseñar a leer y escribir, sumar y restar. Yo les digo ¡qué no hice! Gracias a Dios, yo era maestra jardinera, por ello podía llegar más a los niños pequeños con estrategias que tenían mucho de lúdico. Así que sacaba de la galera todos los recursos que recordaba; las clases eran totalmente lúdicas. Jugábamos dentro y fuera del aula, los organicé en grupos por color para realizar diferentes juegos. También utilicé el olvidado método de las palabras generadoras; las escalas eran reales, las hacíamos en el patio; para trabajar nociones de cantidad, el suceso era en el monte, recolectando cosas (utilicé la antiquísima teoría conjuntista); además de todos los recursos que la naturaleza me brindaba.

Al terminar el año de ese primer grado, los niños estaban muy avanzados con respecto a otras escuelas. Pedí al director me permitiese seguir trabajando con el mismo grupo al año siguiente y al finalizar el segundo año los niños ya leían, escribían oraciones más o menos complejas y hablaban un castellano rudimentario. Y su maestra estaba "chocha" con ellos, además podía entender algo de un idioma jamás imaginado.

En esta zona se procura que la "segunda lengua" aprendida por los niños sea la castellana o española. Y se procede como lo hacen los profesores de Inglés en las escuelas de habla castellana bilingües. No estaba permitido hablar en Wichi a los niños y esto hacía que los es-

fuerzos por entender al otro fuesen mayores, y también la necesidad de la adquisición del idioma castellano para poder hablar con la seño, con el director.

¿Qué aprendí?... muchísimas cosas. Ese primer día de clase significó que todo lo que aparentemente es fácil, a veces, esconde desafíos y responsabilidades gigantescas; y que las empresas que se presentan como insalvables o muy difíciles son las que más regocijo nos darán porque allí veremos el fruto de los esfuerzos que realizamos para llevarlas adelante.

Docente autora: Graciela Esther Matto

Localidad: Esquina

Coordinador CAIE: Clisio R. Darío Ramírez Ávalos

ISFD "Dr. J. A. Ferreira"

Saquen una hoja

Nydia Aballay

Soy docente del área de las Humanidades, entiéndase Filosofía y, dentro de ésta, de las disciplinas filosóficas tales como Metafísica, Estética, Gnoseología. (Quizá para el que lea este relato “ya” le resulte “aburrido” o poco interesante desde el vamos).

Inicié mi actividad docente como Bedel del Instituto San Fernando Rey en la ciudad de Resistencia (Chaco), luego comencé a ejercer como profesora de Filosofía en la localidad de Ibarreta (Formosa), en el colegio de Nivel Medio (único entonces en el pueblo), hace dos décadas atrás.

Hoy ejerzo en el Nivel Terciario, en el Instituto Superior Goya, en la carrera del “Profesorado de Filosofía”. La carrera dura cuatro años y el título los habilita para la enseñanza de la Filosofía en el Tercer ciclo de la EGB y en el nivel Polimodal.

Puntualizaré mi relato en torno a la problemática de la evaluación, al tan estudiado proceso de evaluación, con sus variadas instancias y funciones. Y partiendo de la teoría, quiero hacer hincapié en la práctica áulica y en las concepciones subyacentes en la misma.

Todo lo que vivencié en el aula, todo lo que observé de mi actuación personal y auto-evalué, lo hice desde mi propia mirada, parcial, subjetiva, limitada, escueta... quizá en parte, parecida a la que ustedes también vivieron.

Concebía a la evaluación fundamentalmente con una función calificadora y en instancia final (de trimestre, de unidad, de año).

Consideraba que si los alumnos contaban con el material de estudio y las clases en las cuales se trabajó sobre ellos, sólo les restaba estudiar para el examen. Claro, que no tenía en cuenta la posibilidad del error, de la incomprensión propia del proceso de aprendizaje. Suponía que si entendieron los temas en clase, podían establecer en las evaluaciones las relaciones, comparaciones, y aplicaciones necesarias.

¿Qué entendía? Subconscientemente pensaba que la evaluación tenía que ser sorprendente, totalmente nueva, algo así como ii“la” evaluación....!! Con las mejores intenciones, por supuesto.

¿Qué resultados obtuve? No tanto como decía Mafalda un “derrame de ceros” sino un “derrame” de desaprobados, y el porcentaje de aprobados era aproximadamente de un 30%.

Las soluciones o resoluciones a la problemática de la evaluación creo que se suscitaron cuando las escuelas comenzaron a aplicar la reforma educativa (década del 90), y a sugerirnos que implementemos “modelos” de evaluación; estrategias de enseñanza innovadoras; estrategias cognitivas y metacognitivas...

Y ¡cómo costó...!! Y todavía cuesta cambiar actitudes... Claro, porque la actitud consta de componentes varios, no sólo lo cognitivo, sino también lo afectivo y lo conductual. Uno puede conocer los beneficios de “lo metacognitivo”, pero si no está convencido de que de esa manera se “ayudará al alumno” para que controle su proceso de aprendizaje, entonces no actuará en consecuencia. En este caso, el saber por el saber mismo, no alcanza, es necesario ponerse en marcha y actuar.

Todavía estoy en la etapa de transición hacia lo nuevo, que ya vengo atravesándola desde mi formación académica en la universidad, como a un “puente” bastante largo, pero con la esperanza de avizorar el final, la meta, la luz de la salida (de la caverna de Platón).

Ejerciendo en el profesorado de Filosofía me encontré en las aulas con una minoría de alumnos rebeldes (ante las nuevas metodologías de enseñanza) y críticos (ante los contenidos y las estrategias); la mayoría se mostraba y aún se muestra pasivo, conformista, extremadamente receptivo. Y en muchos de ellos la realidad los confronta a las disyuntivas: ¿estudio o trabajo?, ¿"mantengo" (financieramente) a mi familia o estudio?; ¿sigo estudiando Filosofía (aunque me cueste, porque tengo dificultades en lecto-escritura) o busco un trabajo?

El dilema que se me presentó a mí fue: ¿sigo fomentando el conformismo o les propongo un cambio de actitud?; ¿sigo enseñando de la misma manera (que quizás era la que generaba las actitudes negativas en los alumnos) o cambio mi forma de enseñar y de evaluar (me actualizo y renuevo)?

Para que mis alumnos logren mejores resultados en el proceso de aprendizaje, tuve (necesariamente) que mejorar las estrategias de enseñanza, usando "disparadores" u organizadores previos (para usar el lenguaje técnico), seleccionando textos cortos de los filósofos, elaborando diálogos hipotéticos entre filósofos, relacionando cada tema filosófico con la realidad de los alumnos, propiciando la participación activa y la comunicación dialógica, etc.

Hoy, las evaluaciones que tomo en el nivel terciario, ya no son sorprendentes, misteriosas y netamente conceptuales, sino que me permiten un mayor acercamiento a los alumnos, ejercitando previamente los "simulacros" de evaluaciones, evaluaciones a "libro abierto", evaluaciones domiciliarias con defensa oral, trabajos prácticos grupales, evaluación de desempeño de parejas pedagógicas, evaluación mediante mapas conceptuales, etc.

Justamente por evaluar de manera integral, solicito (posteriormente a la corrección de cada examen escrito) que los alumnos se ejerciten en producciones escritas y orales, que participen activamente, y que, fundamentalmente, estudien... Ah, y que usen el diccionario en cada clase (aclaro que esto último forma parte de una decisión institucional).

En las evaluaciones hago constar el puntaje de cada ítem, los criterios de evaluación y el porcentaje que se evaluará en relación con la información y la aplicación de los conocimientos, siendo éste de 70 a 30 o de 80 a 20 respectivamente (depende de los cursos).

Los resultados obtenidos son halagüeños y creo que tienen que ver con cambios de actitudes tanto mías (como docente) como de los alumnos en la clase, aceptando y asumiendo los nuevos paradigmas de evaluación (cualitativa y crítica), el modelo interlocutivo de comunicación, la pedagogía basada en procesos, y el hecho de que ambos somos protagonistas, ellos (los alumnos) del proceso de aprendizaje y yo del proceso de enseñanza. Somos co-responsables de que se lleven a cabo logrando más satisfacciones que frustraciones.

Haciendo honor a la verdad, debo reconocer que se siguen presentando obstáculos en el camino, ya sea porque los alumnos no alcanzan a leer comprensivamente todo el material solicitado, porque carecen de estrategias para organizar el material bibliográfico (cuadros, mapas, redes conceptuales, uso del diccionario, etc.), porque carecen de tiempo para una dedicación más estricta.

Los obstáculos que se me presentan cotidianamente en parte podrán ser salvados con las herramientas necesarias y básicas (propias de la tarea docente), con trabajo en equipo (compartiendo experiencias) y con el tiempo y el espacio para reflexionar acerca de nuestras prácticas.

Creo que si cada uno ocupa el lugar que le corresponde de acuerdo a su rol... Cada uno cumple con su responsabilidad (personal y profesional) dentro de la organización escolar en la que participa, y los alumnos aportan: esmero, dedicación, responsabilidad y reflexión (su parte...), nuestros relatos tendrán un final feliz (y no nos escaparemos de la realidad).

Reflexión Final:

Sabemos que una clase no puede ser estrictamente previsible, también se fundamenta en los paradigmas de la incertidumbre, de las contingencias y de las contradicciones (¿y las tautologías dónde están?). Como en la vida misma, en la vida áulica no todo es “color de rosa”, ni recorreremos un camino lineal, sino que también se dan altibajos y caminos sinuosos (a veces casi intransitables). Pero si esperamos un mejor tiempo, y nos preparamos en la espera (nos capacitamos y actualizamos), ese mejor tiempo lo viviremos ahora, en este momento.

Porque los extremos son malos (como dice Aristóteles, algunos hábitos son viciosos por exceso y otros por defecto), no busquemos una evaluación tan rigurosa ni tan permisiva. El pensamiento flexible nos permitirá ser críticos y eficientes, y si a la prudencia la acompaña el sentido común o “buen consejo” (según el estagirita), mucho mejor.

Docente autora: Nydia Aballay

Localidad: Goya

Coordinadora CAIE: Laura Inés Vicentín

Instituto Superior Goya

Una clase de historia

Susana Maculia

Realizo mi actividad docente en tres niveles educativos. Trabajo con niños de EGB 1 y 2, en una escuela secundaria con EGB 3, y mi actividad también continúa a la noche con alumnos en una escuela secundaria para adultos. Me gustan mucho las Ciencias Sociales, de hecho las materias que dicto en las escuelas secundarias son: Formación Ética y Ciudadana, Geografía e Historia. Siempre, cuando llego en el programa a la Edad Moderna, ese tiempo de grandes cambios en Europa, mis ganas de dar clases aumentan aun más. Es que tiene tanto que ver con nuestros orígenes y tan olvidados estamos de ellos, que trato de que mis clases sean claras y entretenidas para que den buenos resultados en cuanto a su interpelación. Además, sé muy bien que la mayoría tiene ciertos desencantos con la Historia, es por eso que trato que todo en la hora sea agradable.

En la escuela secundaria de educación para adultos, en una de las últimas clases de la Edad Moderna, luego de haber pasado por los caminos culturales, políticos, económicos, científicos, llega el turno de explicar los descubrimientos de la época. Cuando comienzo mi clase diciéndoles que hoy veríamos el proyecto de Cristóbal Colón, una alumna de aproximadamente 45 años me responde: ¡Cómo es eso, a Colón lo estudiamos en la primaria, o cuando hacíamos actos escolares! Sin entender mucho su reclamo, le explico que durante esa época y como necesidad de encontrar nuevas rutas para llegar a la India, debido a que los turcos les habían cortado el paso, Colón presenta su proyecto sobre la redondez de la Tierra y finalmente descubre América creyendo haber llegado a la India. Siempre me detengo a explicar esto de la usurpación de nuestro territorio indígena, y entre tantas cosas, la imposición de una lengua extraña a nuestro original Guaraní. Así estuve hablando al respecto durante varios minutos, hasta que finalmente toca el timbre y finaliza la clase sin evaluarla.

Ya en la clase siguiente (tres días después) reanudamos con un repaso de lo visto anteriormente. Grande fue mi sorpresa cuando cada uno de ellos me comentaba todo como si les hubiese encomendado la tarea de estudiar. Les digo entonces, que estas cosas pasan cuando los alumnos se ven interesados en el tema. Se levanta, entonces, aquella alumna que me había cuestionado el por qué teníamos que ver de nuevo a Colón, y me dice: "¡Profe hoy tengo que agradecerle! ¡Como dicen los chicos, me cayó la ficha! ¡Recién ahora entiendo por qué el Guaraní es nuestra lengua de origen! ¡Ahora entiendo cómo y por qué se descubrió América! Además, yo pensé que los actos de la escuela los hacían las maestras sólo para cumplir con los directivos, yo no le daba ningún valor!"

Me detengo entonces a pensar, cuántas veces se destina el tiempo a Matemática o Lengua, sin pensar que los actos escolares y la historia de nuestros orígenes representados en el 25 de mayo, 9 de julio, 12 de octubre, han tenido como objeto apuntalar el proceso de construcción del Estado Argentino y fortalecer la identidad nacional. Sin darnos cuenta organizamos actos que parecen escenas de teatro sin detenernos a reflexionar sobre los sucesos acontecidos, que son los que realmente importan.

Me detuve a hablar de las impresiones que esto me causa, pero el asunto era muy extenso. Preferí dejarlo reposar y mostrárselo a Eva, la protagonista de mi historia, para que me cuente cuáles fueron sus emociones, además de las que me expresó en su momento... ¡No se imaginan con qué sorpresa me encontré!

A la semana llamo a Eva, le pido que acerque una silla a mi escritorio y le doy mis reflexiones. Lee detenidamente y me cuenta que después de lo que pasó se animaba a contar muchas cosas que antes no podía hacer, porque no entendía bien eso de ser indígena, de ser Guaraní. Me cuenta que sus padres y abuelos son originarios de una isla de los Esteros del Iberá. Ella vivió ahí hasta que sus padres decidieron venir al pueblo para que sus hijos concurrieran a la escuela. "Cuando usted nos caracterizaba a los indígenas con la cara bien redonda, de estatura baja, pies grandes (nunca se calzaban) parece que veía en fotos a mi familia, ellos son indígenas, ¿sabe? No hablaban el castellano. Todos hablábamos en Guaraní. Las camas las preparaban con algunos cueros y no tenían para taparse. Estando ya en Mercedes, una vez no había nada para desayunar (café o té), mi madre me dijo que trajera las cáscaras de naranja que tenía colgadas en el orcón¹, las puso dentro del mortero y cuando estuvo bien triturado, nos sirvió con agua caliente y azúcar. ¡Eso era nuestro café en las islas!", me dijo. "Una vez trajimos a Mercedes a una prima mía que estaba muy enferma, la llevamos al médico. Él no pudo hacer nada porque se le escapó. Ella me decía 'Me toca todo'l doctor, y me da mucho miedo!'. El otro problema era cuando escuchaba el ruido del auto, ella desaparecía. La encontrábamos luego debajo de mi cama. Cuando lográbamos sentarla en el auto, se prendía fuerte a la butaca y temblaba. Al poco tiempo la acompañé de vuelta a la Isla; y fue en esa oportunidad cuando ella me reprochó en su cerrado guaraní: 'Ahora soy yo la que se ríe', esa vez era yo la que temblaba y me prendía fuerte al asiento de la canoa, ella disfrutaba del traslado.

Allí, en la Isla, no había control policial. Mi mamá cuenta que mi abuelo salía a sentarse en rueda con ellos a tomar mate, y una vez estando así, en presencia de sus hijos, a mi abuelo le clavaron un puñal en la espalda. Sin justicia y sin reclamos lo llevaron en canoa al cementerio que tienen cerca de Concepción. Nunca vino la policía, no se hicieron trámites, ni nada de eso. Después de ese acontecimiento tan trágico, a mi abuela se le murieron dos hijos, víctimas de una rara enfermedad. Luego de esos hechos, ella jamás volvió a ser la de antes, al levantarse, vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, se sentaba en la puerta del rancho y se pasaba el día mirando lejos. Así pasó el resto de su vida, hasta que murió a los 84 años. Siempre pienso, en esta época yo la hubiese podido curar, hay tantos psicólogos, médicos, que podrían ayudarla. Mamá siempre se acuerda de un sobrino suyo que vivía en una isla enfrente. Él quedo huérfano desde muy chico y no tenía hermanos. Su rancho había sido arrastrado por el viento, entonces él nunca más tuvo una casa. Lo único que tenía era su canoa. Comía pescados crudos, se vestía con especies de chiripás y cuando el tiempo estaba feo, daba vueltas su canoa en la costa, a manera de techo y con eso se cubría. Él nunca hablaba con nadie, parecía un animalito. Hoy todo eso cambió, el que compró esas tierras mandó a hacer para ellos casitas de dos aguas con puertas y ventanas que les cuesta todavía ocupar. Ahora ya tienen camas y colchones también. ¿Vio, profe? No sabía que nuestra raza fue tan importante, que fuimos los primeros habitantes, creí que de eso no se hablaba... y hoy estoy aquí contando todo esto".

¹ Tronco de madera dura sobre el que se sustenta el techo de una vivienda en el campo de la zona.

Me quedé perpleja, escuchando todo con mucho cuidado. No sé si a ustedes les pasará lo mismo, esto de quedarse sorprendida. Es una historia más pero diferente y autóctona... me pareció bien compartirla. No sé si escucharé otra vez otra historia de indios, no de ilustrados, sino de carne y hueso. Gracias por permitirme expresarme.

Docente autora: Susana Maculia

Localidad: Mercedes

Coordinadora CAIE: Mercedes Alicia González

Instituto de Formación Docente de Mercedes

Provincia de Entre Ríos



Índice

Provincia de Entre Ríos

Huellas.....	119
Analía Gloria Molina	
La docente que aprendió de los alumnos	121
Marina Garate	
Échele verde... señorita	123
Amalia Doello	
Inglés en el medio del campo	125
Tito Borghello	
El mundo de Walter.....	127
Leonardo Alfredo Muñoz	
Hace algunos años en una escuela de islas... ..	129
María Teresita Olivares	

Huellas

Analía Gloria Molina

Finales de los ochenta, diciembre, acto de colación, emoción, alegría, metas logradas y palabras del Director Nacional de Educación Física: *Para hacer patria hay que poblar la Patagonia*. Una sonrisa se dibujó en el rostro del novel docente, ése era uno de sus posibles caminos en una Argentina incierta y donde de eso no se hablaba.

Con un bolso grande, tan grande que era difícil cargar, marchó luego de ahorrar el dinero del trabajo en la colonia de vacaciones. Partió a Chubut, exactamente a Comodoro Rivadavia, orgulloso del camino elegido, dispuesto a "hacer patria".

Ese SUR era de un clima hostil pero lleno de orgullosos y también oportunistas argentinos que llegaban a hacer la diferencia. Pero con lo que se encontraban era con *la diferencia*.

El profesor se inscribió y comenzó a trabajar en esa escuelita, allá arriba en el "Chenque", cerro que es paisaje e historia del lugar, donde las casitas parecían colgadas. Esa escuela que cuando el viento venía fuerte, uno tenía que esperar que pasara la ráfaga, clavando talones y poniendo la espalda al viento y a la tierra, la escuela de los "Chilotes," los hijos de los chilenos que trabajaban en la boca de los pozos petroleros, los que hacían el trabajo sucio. Un barrio de las que se iban a "parir" a Chile por patriotas, de los que no hacía tanto eran los enemigos, sólo unos años antes cuando, por muy poco, no hubo guerra.

Escuela de chicos rudos, orgullosos de sus orígenes, escuela de maestros fuertes, curtidos por el clima y orgullosos de sus alumnos, nadie era de *acá*, todos eran de... otra provincia, otro país, otro clima, otro lugar en definitiva.

Nadie lo había preparado para lo que tendría que aprender y enseñar: a evacuar la escuela por la guerra de Malvinas, a empapelar ventanas, acopiar agua y alimentos, a escuchar por radio las claves de alarma. Por primera vez sintió el fervor de la Patria en el canto diario de la marcha de Malvinas. El cielo se llenó de aviones y ruidos desconocidos; las calles se poblaron de metal y verde, las sirenas de las alarmas; el temor.

En la escuelita del Chenque, los maestros no podían explicar lo que estaba pasando. Esa situación instaló una mirada hacia lo nuestro: los símbolos patrios todo el tiempo presentes, las canciones que escuchaban, los juegos y deportes que practicaban. Como una necesidad de volver a los orígenes, quizá es lo que los llevó a pensar esa propuesta: comenzaron a ver la cantidad de alumnos que tenían nombres y apellidos de los pobladores originales, Tehuelches y Mapuches. Así fue que se propuso trabajar en todas las áreas el origen de los mismos, la historia de las tribus, reconstruir en ese momento tan particular las historias, los significados, recuperar el orgullo de un nombre con pasado.

Hace muchísimo tiempo, le parece, lo percibe o lo recuerda hoy desde las caritas sonrientes que contaban su ascendencia, sangre de esa tierra, nombres que de repente tenían "valor" por su significado, costumbres y juegos que aparecían como de esta "época" pero que tenían mucho que ver con otra.

Así, entre ensayos de evacuaciones, enseñando a salir rapidito de la escuela y echarse cuerpo a tierra en un lugar seguro, contando el tiempo no para ganar una carrera sino por si había que ganarle a las bombas, cada vez que había una alarma, aprendió que los Mapuches jugaban un juego muy parecido al *hockey* aunque no lo conocieran, y que la terminación de un nombre o apellido decía si alguien era de un pueblo nativo.

Se le confunden los nombres, algunas historias, las caras de algunos maestros, pero lo que no se olvida son los rasgos y las expresiones de esas caras curtidas por el frío y el viento, que orgullosamente contaban la historia de sus antepasados.

Docente autora: Analía Gloria Molina

Localidad: Concordia

Coordinadora CAIE: Silvia Grieco

Profesorado de Ciencias Sociales

La docente que aprendió de los alumnos

Marina Garate

Con mi título de Maestra rural recién recibida, y habiendo participado en un concurso de adjudicación de cargos, marché a la zona rural de Colonia donde había optado por un cargo de "maestra jardinera" en un jardín de infantes recién creado. Era una escuela de zona ARU (Alejada del Radio Urbano), que pertenecía a un plan de escuelas núcleo: en la escuela designada núcleo, se agrupaban todos los niños de las escuelas satélites, y también aquellos niños de las zonas aledañas que no estaban inscriptos en ninguna escuela satélite, pero que vivían en la zona y a los que se les dificultaba la llegada a alguna de aquellas.

Ya mi llegada a la escuela fue problemática: el director al recibirme manifestó: "¿Y a vos te mandan para Jardín? ¡Yo pretendía una maestra especial para el cargo!" Y dicho esto dio media vuelta y se internó en recónditos espacios desconocidos por mí en la escuela.

Con la guía de mis colegas docentes fui conociendo la realidad de la institución y mis obligaciones como "Maestra Jardinera Itinerante", conocí también al chofer de la camioneta que todos los días me llevaría de recorrida por los intrincados caminos de la colonia y él me instruyó en algunos conocimientos de la zona: el lugar donde el camino se bifurcaba para llegar a la ranchada de Don "V"... "Porque ahí hay gurises para hacer dulce", de las casuarinas para el norte se llega a la "7" por el "Camino del medio", así todos los días conocía más información vivida que si hubiera leído un año de mapas.

Esos viajes eran el tiempo de mayor aprendizaje para mí y para los niños que por primera vez, algunos, viajaban en un vehículo. Para mí porque tuve que aprender un lenguaje nuevo: el de los niños del campo, un lenguaje parco, de palabras habladas por la mitad y llenas de regionalismos y "lugarismos", el lenguaje de la familia que "va poco al pueblo", y solo en ocasión de anotarlos en el juzgado, documentos de los "gurises" o para controles en el hospital.

"¡Ñorita! ¡Ñorita! Viá dir a bostia'"; yo miraba al niño, sin comprender lo que decía, aquel repetía, yo seguía sin comprender, llamaba a una compañera que hacía años trabajaba en la escuela, que traducía lo que el niño manifestaba: "Te está pidiendo para ir al baño". Traducción: en el vocabulario del niño, la bosta excremento de animales se trasladaba al ser humano sin solución de continuidad, era lo vivido, lo vivenciado por él en su entorno próximo.

Así, fuimos construyendo un proceso de enseñanza aprendizaje continuo y mutuo, yo iba del pueblo, de la ciudad, y a veces preguntaba a los niños cosas que les causaban risa, el nombre de algún árbol, de algún lugar, "¡La ñorita es pueblera!" exclamaban mientras me miraban con los ojazos llenos de sorpresa.

Ellos vivían en el campo, convivían con la naturaleza, intuían cuando iba a llover, el cambio de las estaciones, despegaban la helada de los alambrados y sabían cuando los animales iban a parir. Yo les mostraba cosas nuevas; para ellos, un inodoro era un artefacto fascinante, lavarse las manos para ir a tomar la leche o almorzar, un asombro.

Por ese entonces, a mi hija mayor, que tenía la misma edad que mis alumnos en ese momento, le habían regalado una casita armable de plástico duro, con una familia a la que hemos denominado "tipo": un padre, una madre, tres hijitos. Obviamente mi felicidad (ingenua de mí) fue completa: ¡Podría llevarla a la escuela para enseñar a mis alumnos!, ¡triste conclusión! Llevé al aula la casita, ante el asombro de los niños comencé el armado. Paredes, jardín,

habitaciones, todo en su lugar, como en una casa tipo de ciudad. Los niños iban de asombro a sorpresa, después comprendí por qué. Después de explicarles la función de cada dependencia: cocina, baño, comedor..., luego pedí a los niños que dibujen su casa acorde al modelo prefabricado que yo había llevado, el resultado fue..., bueno, inesperado. Los dibujos reflejaban la realidad de los niños: un cuadradito del cual salía humo por la puerta era la cocina; ese cuadradito se unía a otro por un caminito, era la habitación donde dormían todos los habitantes de la casa; otro caminito llevaba a un pequeño cuadrado, era el baño, el excusado; y así se iban anexando rectángulos y cuadritos unidos por caminitos rodeados de pasto. De la sorpresa pasé a la comprensión, mis conocimientos didácticos y teóricos tenían que modificarse, adaptarse a otra realidad, a otras realidades, por supuesto que los niños debían ampliar sus horizontes conociendo otras realidades; pero para mí como docente, todo mi bagaje de estructuras didácticas tenía que transformarse, reacomodarse a esa realidad, y si en otras oportunidades la carrera docente me afectaba a otras realidades, me correspondía adaptar ese bagaje.

En realidad comprendí que, sencillamente, la carrera docente no nos prepara para una única realidad, para un único alumno situado en ese tiempo y ese espacio, nuestras estructuras mentales deben mutar, continuamente, nuestro bagaje de conocimientos teóricos y prácticos se debe ampliar, al adaptarse a un alumno que vivencia diferentes realidades, períodos históricos y tiempos diferentes.

Docente autora: Marina Garate

Localidad: Federal

Coordinadora CAIE: Claudia Vera

Profesorado para la Enseñanza Primaria "Luis Arienti"

Échele verde... señorita

Amalia Doello

Es innegable que, a lo largo de 25 años de docencia, innumerables situaciones y circunstancias fueron dándose como producto de esta vocación que, según dicen mis vecinas, traje desde la cuna y que aún corre por mis venas. Porque está claro que quien elija el camino del enseñar y del aprender es realmente porque tiene el don y la vocación del servicio. La docencia es "una misión" amorosa por excelencia porque si no fuera por el amor que derrama un docente frente a los alumnos, sería imposible que el proceso se cumpliera: los amo primero, después les enseño.

Y es así como con el título bajo el brazo y el guardapolvo (el "de verdad" como dijera mi padre) llegó el primer llamado a ejercer la docencia, en el lugar menos esperado pero igualmente aceptado porque yo era "maestra" y tener trabajo significaba mejorar la calidad de vida y, por supuesto, la idea de la indecencia económica significaba mucho para mí y mis padres.

En Paranacito, estrené mi pasión por el aula, en agosto de 1974. Quiero contarles, como anécdota alemana, que fue mi mamá la que me llevó hasta la escuela Nº 43, me entregó formalmente y aunque parezca risueño e inverosímil, no dejó de averiguar todo. Así fue como quedé instalada en 2do. grado B.

El grupo estaba conformado por personitas cuyas edades oscilaban entre los 7 y los 13 años: ¿diversidad? No, eso es lenguaje moderno y digo lenguaje porque, aunque se pretendía llamar a las cosas con un vocabulario pomposo, estruendoso, modernoso, siempre, siempre y siempre el aula fue un desafío... desde siempre; y pensar que en ese 2º B todos los chicos recibían atención acorde a sus múltiples! necesidades.

Entre los alumnos estaba Enrique. Aún hoy, recuerdo su grata fisonomía y su adorable presencia. Dueño de una picardía criolla, un sentido ajustado y concreto de la justicia; sus juicios de valoración eran los típicos de alguien que ha vivido lo suficiente a pesar de que él tenía sólo 10 años. Y me parece estar viéndolo caminar por el muelle de la escuela, donde amarraban las lanchas El negro Jatuf o don Rafael Chamissi. Con habilidad y destreza Enrique era el primero en saltar el muelle y allí abría la marcha del grupo numeroso que venía en lancha desde "adentro de las islas".

Pero en 2º B también estaba Oscar. Creo que por entonces tenía 12 o 13 años; la antítesis de Enrique. Su cuerpo grande, robusto, de movimientos lentos, de grandes ojos negros, se mostraba tímido, generoso. Nunca supe por qué mi objetivo centró toda la atención en él. Quiero creer que ese era, precisamente, el desafío que tenía como maestra del aula, de mi aula: lograr que Oscar desarrollara sus potencialidades para la lecto-escritura.

Como protocolo pedagógico, nos exigían la evaluación de Lengua en forma semanal, aunque lloviera o hubiera inundaciones, y los viernes había "dictado". Hago hincapié en ese vocablo porque en él radica el nudo de mi relato.

Llegaba el día viernes y los chicos religiosamente sacaban el "cuaderno de pruebas", los que lo tenían; yo les facilitaba una hojita a los que no. Allí, además de colorear el nombre y la fecha en medio de la hoja, escribían "Dictado". Oscar, después de librar batalla con su bendita fiaca y habiéndose tomado todo el tiempo y más aún, me mostraba el encabezamiento que había escrito: "Ditado". Tenía yo por costumbre corregir con lápiz para facilitar la autocorrección y además para brindar una segunda oportunidad (creo que todos la merecemos). Por supuesto

que Enrique expresaba todo tipo de adjetivos, mientras tanto: —¡Eh! che... delen q'es la hora p'al comedor, q' manga e'burros...! Yo permanecía sentada junto a Oscar, le deletreaba la palabra, la escribía grandota en la pizarra, le pasaba color a las letras "ct", pero siempre lo mismo. Oscar, con sus dislalias/dislexias/u otros, no escribía correctamente y mi lápiz llenaba el renglón de "dictado" para tratar de ayudarlo.

Un viernes, en que parece que Enrique no estaba de humor para escuchar mi perorata, se adelantó y gritó lo que en su parecer era lo que había que hacer para finalizar la situación con su compañero Oscar. Se paró frente a mí y, con ademanes casi gauchescos, dijo sin que le temblara la voz: —¡Échele verde nomás, señorita! —considerando que mi lapicera verde, quizás, lograría el efecto que la humildad del lápiz no había logrado.

Enrique me dio la lección Nº 1: cuando la práctica pedagógica no resulta es porque el camino elegido no es el correcto, revisemos y siempre evaluemos nuestro accionar.

A Oscar le tocó darme la lección Nº 2: el alumno real, el que está sentado en nuestras aulas, no se parece en nada al que describían los libros que estudiamos. Por suerte, esa mirada va cambiando de a poco y a los futuros docentes se los prepara para la diversidad.

A Enrique y a Oscar (esos son sus verdaderos nombres) los llevo en mi corazón y, por supuesto, a ese 2º B que fue la primera generación de alumnos con la que inicié la docencia. Enrique aprobó con todos los contenidos. Oscar, con adaptaciones curriculares, antes se decía de otra manera pero ya ni me acuerdo, sé que era una expresión un poco más dura.

La próxima vez que nos encontremos, les contaré cuál fue el primer regalo del Día del Maestro que recibí.

Docente autora: Amalia Doello

Localidad: Gualaguaychú

Coordinadora CAIE: Estela Beatriz Vaena

IFD: María Inés Elizalde

Inglés en el medio del campo

Tito Borghello

En el año 1999 (2000) me desempeñaba como profesor de tecnología en una escuela rural ubicada a unos 65 Km. al noreste de la ciudad de La Paz. Recién se implementaba la EGB 3 Rural, una modalidad que permite a los jóvenes que se encuentran alejados de los centros urbanos culminar lo que, hasta aquel momento, era la educación obligatoria.

Esta escuela, como tantas otras, se había transformado en lo que se daba en llamar escuela núcleo, porque ella, además de absorber sus propios alumnos que habían finalizado la EGB 1 y 2, recibía a aquellos que lo habían hecho en otras escuelas ubicadas hasta en un radio de 10 kilómetros.

El dictado de clases era totalmente irregular. La escuela no estaba acondicionada para recibir tantos alumnos, las instalaciones eran insuficientes en todos los ámbitos: los baños, el comedor, y ni hablar de las aulas y su equipamiento. Muchos alumnos recibían sus clases sentados alrededor de largos tablonos montados sobre caballetes. Los libros recibidos desde el Ministerio de Educación "para equipar la biblioteca" se pudrían humedecidos en cajas apiladas en el entrepiso que formaba el techo del baño con el de la escuela, porque si se desembalaba para su uso no había lugar donde dejarlos.

Los libros que iban destinados a los alumnos eran entregados a estos, pero muchos, por sus condiciones de vida, terminaban destruyéndolos.

Los chicos recorrían enormes distancias a caballo, en bicicleta, a pie, o por medio de los vehículos que el gobierno había contratado a tal fin. Los tan anunciados "caminos de la producción" de los años 90 nunca fueron realidad y muy pronto los adjudicatarios de estos servicios desistieron al romperse sus herramientas de trabajo y terminarse las partidas destinadas al pago en concepto de traslado. De nuevo al caballo o a la bicicleta. Las lluvias, los fríos inviernos o el sofocante calor de las siestas de principio y fin del año lectivo acababan con el escaso espíritu estudiantil y con los libros.

Digo escaso espíritu porque no estaba encarnada en aquella población la idea de educación como inversión para un futuro más promisorio. Los padres, por un lado, decían a menudo que no querían para sus hijos un destino igual al que ellos habían afrontado como pequeños chacareros o peones de campo, por otro los obligaban a faltar a la escuela para que hicieran alguna changa, ayudaran en el desmonte, en el horno de carbón o de ladrillo, etc.

Yo, para llegar a la escuela debía hacer 65 km de ida y de vuelta "a dedo". Eso implicaba destinar todo un día dos veces por semana para dictar 4 horas cátedras de Tecnología, un área totalmente nueva; recientemente incorporada al currículo educativo. Requería de mucho estudio y esfuerzo para marcar la diferencia con aquellos otros docentes que por la "reubicación" desde cátedras desaparecidas continuaban enseñando mecanografía por Informática o punto cruz en Tecnología.

La campana me indica que ha llegado el turno de dictar mi clase. En la puerta del aula de 8º año, el mismo espacio que 40 minutos antes oficiaba de comedor, me cruzo con la profesora de Inglés que se retiraba. Al ingresar, encuentro un tremendo desorden, alumnos parados vociferando, gesticulando, enfurecidos. Mi sorpresa es grande porque, por lo general, los alumnos de escuelas rurales son apacibles, cordiales y respetuosos de la figura del maestro, hasta casi podría decirse, inocentes. Antes de que pudiera intentar un saludo me gritan a coro la pre-

¿Qué relatos pedagógicos publica la Comunidad CAIE?

gunta: "Profe, puede decirnos ¿para qué diablos nos sirve inglés, aquí en el medio del monte?". Debo hacer notar que "diablos" es el sinónimo más adecuado que encuentro ahora para reemplazar el término que literalmente usaron los chicos.

Acostumbrados estamos los docentes a que siempre ante un tema o unidad didáctica determinada los alumnos preguntaban para qué pueda servirles. No siempre tenemos la respuesta, y en ese momento menos, nunca me había pasado que me cuestionaran una cátedra ajena a mi especialidad.

Traté de calmarlos, la ansiedad era grande, o mejor dicho, la bronca. Jamás pregunté qué era lo que había pasado en esos 40 minutos anteriores a mi clase. Buscaba en mi mente desesperadamente cómo responder. No quería decirles que no sabía, porque sabía que inglés iba a serles de gran utilidad, y decir solamente esto no bastaría, necesitaba algo más, y urgente.

El temario que estaba desarrollando en mis clases inmediatas anteriores se relacionaba con la transmisión de movimiento por medio de engranajes, poleas y correas, etc. Pensé que quizás allí estaba la respuesta. Les dije que saliéramos al patio. "¿Y no nos va a decir para qué sirve inglés, o acaso usted tampoco sabe para qué puede servirnos en medio del campo?" era más o menos el tenor de los reproches que continuaban mientras caminábamos en dirección a la torre que eleva el tanque de agua ubicado justo al final de la galería. "Destapen el bombeador", dije dirigiéndome a dos de los alumnos. La tapa era un gran tacho de hojalata hecho justo a medida que cubría tanto el bombeador como el motor que lo impulsaba. "Alguien que lea, por favor", y señalé la chapita de las especificaciones técnicas que estaba adherida a un costado del motor. Dos o tres se acercaron, más de lo estrictamente necesario para leer el texto impreso. Y se acercaron más todavía, y después de un breve lapso uno de ellos se retiró bruscamente. "¡No entiendo nada!", dijo casi gritando. "Power switch on/off", leyó otro entre otras cosas, preguntando de inmediato "¿y eso qué es?"

"Eso es inglés en medio del monte", respondí.

Docente autor: Tito Borghello

Localidad: La Paz

Coordinador CAIE: Gustavo Daniel Núñez

ISFD Nº 715

El mundo de Walter

Leonardo Alfredo Muñoz

Esta experiencia la viví en mi escuela, "mi escuela", como si tuviéramos comprado el lugar donde nos tocó encontrarnos con nuestros alumnos, compañeros de trabajo, porteros, cocinero, director, y todo lo que forma parte de ese pequeño gran mundo.

Mi escuela, la "205 Provincia de Entre Ríos" o ex J. B. Alberdi es una pequeña escuela rural ubicada en estación Durazno, lugar de casas desparramadas, gente que se cuenta entre 200 y 250, pueblo sin plaza y casi sin vida desde que el ferrocarril pasó a ser sólo un recuerdo.

Esta es la historia de un alumno llamado Walter, un alumno que no sabía "casi" nada, pero ese "casi" fue lo que necesito para dar un ejemplo inesperado.

Walter era la preocupación de todos, era el alumno que no estudiaba, que no atendía, que no comprendía, que no hacía las tareas... y tantos otros innumerables "no".

Siempre nos escuchábamos diciendo: –Pobre Walter, no le da la cabeza. –Si sigue así va a repetir –Le cuesta muchísimo y no pone nada de sí. Sólo se hablaba de Walter como un caso perdido, alguien que sólo ocupaba un banco, tenía un plato en el comedor y también las peores notas de la escuela.

En verdad, en mis clases de Informática, nunca ocasionó un problema, era un chico tranquilo que casi no hablaba, no respondía, no participaba y sólo esbozaba una sonrisa cuando sus compañeros lo cargaban por su gran cabeza o su robusto cuerpo.

Como caso perdido, en las Jornadas Institucionales, sólo se mencionaba lo de siempre:

–Pobre Walter...

Walter volvía a su casa, a trabajar con su padre en el campo, esa era su vida, su identidad, que enmascaraba todas las mañanas con el guardapolvo blanco.

Pero entonces cómo hacer para que ese guardapolvo, corto de mangas, no fuera un peso y que no representara sólo una máscara para él. ¿Cómo lograría eso?, quizás haciendo balancear sus dos vidas, la de su casa, con sus costumbres de campo, bombacha, sombrero y de a caballo, y la otra, la del guardapolvo blanco y la rutina de la pesada obligación.

Uno de esos días en los que volvíamos, recorriendo 60 Km, hacia el lugar donde vivo, mirando por la ventanilla del auto en el que viajábamos, el campo y su inmensidad, ese campo al que Walter veía de otra forma, con otros ojos, casi diría con amor, sonreí... había encontrado la respuesta.

En la siguiente clase, dividí en grupos el curso, las cuatro chicas en el primero, dos varones, en el segundo y ¿quién formaría parte del tercer grupo? ... Walter, solo Walter. Pude percibir las miradas, con un poco de asombro y hasta alguna sonrisa irónica por parte de sus compañeros. Y sí, todos pensábamos lo mismo, Walter nada podía hacer, y solo, menos aún.

Encomendé un pequeño trabajo de investigación, para las chicas, sobre programas de TV, artistas y música. Al segundo grupo o sea a los dos chicos, un trabajo de deportes, mundiales y olimpiadas.

En su lugar, Walter miraba atento y quizás temeroso de lo que le tocaría realizar, ahora era su turno.

Miré por última vez a sus compañeros, deseaba que rieran irónicamente, confiaba en que sería la última vez que lo hicieran.

—Walter, este es tu trabajo, tomá nota por favor —le dije con la voz firme, como si él fuera el mejor alumno de la clase, y su tarea sería la de mayor responsabilidad.

Sin entrar en detalles, su tarea consistiría en investigar (sólo una forma de decir, porque creo que casi todo lo sacaría de su propio conocimiento y experiencia). Debía traer: pelajes de caballos, razas bovinas, precio de quintales de distintos cereales, tiempos de cosecha, cantidad de crías y litros de leche que dan las vacas. Walter tomaba apuntes y noté que sus ojos tenían un pequeño brillo, pues estaba siendo "cocinado en su propia salsa".

Una semana después llegaría la hora de la verdad, y Walter no me defraudó y tampoco me sorprendió; en una hoja, en ambas caras, estaba absolutamente todo lo que yo había pedido. Su trabajo era el más completo, y mi satisfacción fue sentir que sus compañeros miraron a Walter con respeto, sólo el podía lograr un informe tan detallado y casi sin costarle nada de tiempo. Me di cuenta que había apostado al "número menos ganador" y no me había equivocado.

Sólo faltaba transcribir el trabajo a la computadora. De las tres máquinas que teníamos, destiné una exclusivamente para Walter, que entre "picotazo" y "picotazo", comenzó a pasar a Word todo su trabajo.

En esa pequeña escuela, la sala de computación se compartía con la Dirección, así que el Director, que estaba al tanto de lo que debía hacer Walter, observaba con detenimiento y en un momento, hizo un gesto de aprobación; en ese instante sentí que tenía sentido estar en esa escuela, que la vida me había puesto en el lugar correcto, que valía la pena hacer lo que hacía, enseñar, porque Walter nos había dado una lección y había demostrado que podía cambiar un poco su historia.

Cada persona tiene su valor, a veces sólo debemos detenernos y observar más profundamente, e intentar sacar de nuestros alumnos, lo mejor, porque en ese intento, también sacaremos lo mejor de nosotros, los docentes.

En mi viaje de vuelta observaba el campo y pensaba que cada uno de nosotros vive en su propio mundo y casi nunca intentamos descubrir el de los demás, pero esta vez fue diferente, Walter me había dejado descubrir el suyo, "gracias".

Docente autor: Leonardo Alfredo Muñoz

Localidad: Rosario del Tala

Coordinador CAIE: Leonardo Alfredo Muñoz

Colegio de Nivel Medio y Superior "Dr. Julio Ossola"

Hace algunos años en una escuela de islas...

María Teresita Olivares

La historia que voy a relatar sucedió hace algunos años, cuando trabajaba en una escuela de islas del departamento Victoria, en mis inicios como maestra rural. Los niños que asistían a la escuela eran hijos de isleños, de escasos recursos, quienes la mayor parte del año acompañaban a sus padres en las tareas de la pesca y dedicaban muy poco tiempo a estudiar, por lo que su rendimiento era menos de lo esperado.

Lo central de mi relato está vinculado al área de lengua; en ese momento participábamos en un programa provincial para aprender a leer. El proyecto estaba encaminado. Luego de que los niños terminaban con éxito la lectura de un libro, se los recompensaba permitiéndoles llevarse libros y revistas a su hogar durante el fin de semana. La idea era que esto les proporcionaría un refuerzo adicional al aprendizaje.

Un viernes, antes de que la lancha pasara a buscarlos por la escuela, Micaela se retiró aferrada a un libro. Ante mi pregunta: "¿Qué llevas ahí, Micaela?", la niña respondió: "quiero leerlo"... Llamó mi atención porque se trataba de un libro que para sus avances y logros no representaba un refuerzo, por el contrario, era una obra básica, aquella que usamos para dar los primeros pasos, pero no cuestioné más por temor a coartar la motivación que llevó a la niña a elegir ese libro para el fin de semana; total el lunes lo restituiría como hacían los demás niños al volver al salón de clases.

El lunes, Micaela no devolvió el libro. Un día tras otro, o bien decía que se había olvidado o se mostraba indiferente, sin presentar excusa alguna. Yo sabía que este no era el comportamiento de Micaela, porque ella era una niña algo tímida, pero muy aplicada. Algo andaba mal. Pasaron dos semanas y el libro no aparecía.

Un día, la mamá de Micaela, una jovencita casi adolescente llegó a la escuela cargando un niño de apenas meses y otro que traía casi arrastrando. Se presentó y me pidió hablar conmigo fuera de la escuela sobre el libro de lectura. Sacó de una bolsita el libro que Micaela había llevado hacía algunas semanas y me comentó que Micaela no era la responsable de la devolución del libro. Era ella la que tenía la culpa. Me di cuenta que a la mamá de Micaela le costaba explicar los motivos por los que había tardado en devolver el material escolar. Las primeras palabras de la madre salieron con algo de dificultad, luego tomó más confianza porque traté de tranquilizarla hablándole de los avances de la niña y del buen comportamiento que manifestaba en la escuela. Luego, ella se distendió y expresó lo sucedido: "Cuando Micaela vino a casa y me contó que estaba aprendiendo a leer, no le creí. Nadie sabe leer en mi familia. Mi mamá y mi papá no saben leer, mis hermanos tampoco. ¡Y yo no sé leer! Cuando nació Micaela yo había empezado a asistir a un centro de alfabetización pero tuve que abandonarlo pronto. Cuando Micaela trajo ese libro a casa y me leyó, le pregunté: '¿Cómo aprendiste a hacer eso?' Ella me respondió: 'Es fácil, mami. Si querés te enseño...' Yo no le creí, pero muy adentro mío sabía que tenía que intentarlo..."

La razón por la que Micaela no devolvió a tiempo el libro fue porque yo no podía dejar pasar la oportunidad: Tenía que averiguar si podía aprender a leer igual que mi hija"

En ese instante, abrió el libro y me dijo: "¿Puedo leerle?" Allí junto al pozo de la escuela, a la que asistía su hija, esta joven madre comenzó a leer el libro, al tiempo que corrían ininterrumpidamente las lágrimas por sus mejillas. En ese momento, tan intenso para mí, no pude

contener mis lágrimas. Quien en ese instante nos hubiera visto, hubiera pensado que se trataba de algo trágico. La madre de Micaela continuó explicándome que con la ayuda del libro, al que sujetaba fuertemente contra su pecho, ella había aprendido a leer!

Para mí como educadora representó un momento sublime, sagrado, no había palabras para expresarlo. Con el correr de los años me di cuenta que la satisfacción vivenciada en ese momento no tenía comparación con otras satisfacciones vividas posteriormente. Me asombré porque me sentía envuelta por este resultado inesperado, involuntario del programa de lectura. Servía como confirmación de lo que había estado pensando respecto de la enseñanza, de que muchas cosas maravillosas suceden por accidente, o por ironía de la vida.

Docente autora: María Teresita Olivares

Localidad: Victoria

Coordinador: Javier Alberto Ramón Bonzzi

IFD: Escuela Normal Superior Osvaldo Magnasco

Provincia de Formosa



Índice

Provincia de Formosa

La batalla naval	133
Gloria Peterson	
La valija viaja en bicicleta	134
Claudia Jara	
Estoy en el baile, vamos a bailar	136
Mónica Martínez	
Floricienta se acomoda	138
Sonia Srvín	
Caminando juntos en el aprender a pensar	140
Olga Quevedo	

La batalla naval

Gloria Peterson

Relataré un hecho como experiencia pedagógica -que más bien diría humana y tierna- que como docentes no debemos despreciar, sino sentirnos regocijados por vivenciar una vez más lo significativo del aprendizaje.

Este año lectivo me jubilo, si Dios quiere, pero como un reto más del destino, me toca por alumno un niño sordo mudo, Rubén, y muy especial por su bondad, voluntad, capacidad, alegría, etc. Que también asiste a la escuela Especial para estudiar el lenguaje de señas y, contagiados todos por Rubén, nos dispusimos a comunicarnos con él y aprender el lenguaje de gestos. En cada momento libre, los niños y yo practicamos, una y otra vez, cada letra del abecedario, números, palabras y, casi sin darnos cuenta, ya logramos cierto dominio.

Pasando a otro tema, diría que Rubén es un niño más entre todos, con el que logramos perfecta empatía.

Hace pocos días estudiábamos en Matemática un tema, y para ejercitación comenzamos a jugar a "La batalla naval", que consiste en derribar barcos anotados en un tablero de doble entrada, uno de números y otro de letras. Participan dos niños: uno, anota en el pizarrón (de espalda a la clase), el otro dicta los puntos en que cree está el buque (de espalda al pizarrón), y así comenzó la lucha de dos bandos contrarios. Prácticamente empataban los dos equipos, ya que entre más desaciertos, a veces se lograba derribar un barco y el público estallaba en un grito de felicidad. Era ardua la tarea de adivinar la posición justa.

Como participantes definitorios de la disputa pasan al pizarrón Chamorrito y Armando, que hacían los disparos. Cuán grande fue la algarabía cuando Armando, con puntería olímpica, logra derribar en sólo tres tiros (3b; 1a; 5c) los buques, y pasan a convertirse en campeones.

Mi sorpresa era tan grande que sólo atiné a felicitarlo, ya que nunca le saqué el ojo de encima por las dudas quisiera espiar el pizarrón. Pero el chico jamás pestañeó, ni hizo ningún gesto impertinente, además la clase estaba expectante y muda, o serían descalificados.

Pero como a todos nos quedó la sensación de que el juego terminó pronto y el equipo contrario fue rápidamente aniquilado, decidimos darles otra oportunidad a los perdedores.

De nuevo Armando, con un disparo certero derriba un barco. Yo no cabía en mi asombro, como incrédula de las casualidades, observo el salón por si en una de esas había un espejo o algo que reflejaba el tablero; pero no, me preguntaba a mí misma cómo adivina, o es que tiene ojos en la nuca, o tal vez tenga poderes extraordinarios, sin dejar de mirarlo por las dudas en algún acto reflejo daba vuelta la cabeza para ver el pizarrón.

Los niños de la clase permanecían tiesos. Cuando Armando dicta la posición del último buque una niña de la clase dice: —Señora, Raúl le está dictando [el niño de atrás]

—Pero ino! —le digo— ¡si Raúl no abrió la boca!

Y ella me responde: —¡Con el lenguaje de señas!

No me imagino en los años que llevo como docente un hecho tan grato como este, ya que más allá de la sana picardía, se puso en práctica el aprendizaje del "Lenguaje de Señas" en un hecho lúdico pero de gran significado: la astucia y la solidaridad ganaron.

Docente autora: Gloria Peterson

Localidad: Clorinda

Coordinadora CAIE: Natalia Noemí Mayans

Instituto de Formación Docente Don Cristóbal Aguirre

La valija viaja en bicicleta

Claudia Jara

Era un día viernes del mes de abril, 7.30 hs, con el sol golpeando fuerte y el viento Norte que despeinaba mi hermoso y superplanchado carré. Estaba impecable -bueno, es un decir, lo mejor que podía estar, ya que mi querido uniforme de maestra jardinera de tantos años atrás, estaba en plena batalla con mi prominente estómago actual, al punto que había llegado a reforzar cada uno de los botones ante cualquier eventualidad.

Tenía todo preparado: los cuentos super-leídos, elementos caracterizadores, títeres y muchos, muchísimos libros, de diversas temáticas, formatos (había conseguido unos tan pequeños que tenía que tomarlos con los dedos en pinza), tiempos: muchos actuales y otros más viejitos (tesoros que José, mi papá, me había regalado cuando era una niña diminuta a la que llamaban "pulguita"). Y todo dentro de la VALIJA, objeto de culto prestado por Ady, querida compañera con la que compartimos sueños y realidades.

El proyecto surgió a partir del interés y la necesidad demostrada para con la escucha de textos literarios por los pequeños que asisten al Jardín de Infantes N°8, lugar donde presto servicios. Todo comenzó como un juego, las "chicas", mis colegas del jardín... una mañana me pregunta Claudia, "¿por qué no les contás un cuento a los chicos de la sala de cinco?, de esos que vos relatás tan lindo", "bueno", le dije, "a mi juego me llamaron".

Y bueno, así un día incorporé títeres, otro día les traje un libro troquelado que había guardado muy celosamente a los pequeños, los viernes ya se había institucionalizado que la señora Claudia, nos traía de regalo una historia diferente. Los chicos felices y mis colegas ni les cuento.

Tanto fue el entusiasmo y la buena recepción de la propuesta, que colegas de otros jardines se habían enterado y me preguntaron si no tenía ganas de ir a su jardín un día cualquiera a narrarles alguna historia a los pequeños. Cómo negarme a esta propuesta. No, imposible.

Y así charlando con uno y con otros se fue gestando esta idea que al comienzo parecía muy loca pero a la vez divertida.

Me acerqué a las autoridades del Nivel y les comenté mi inquietud ante la demanda de mis colegas. Después de muchas idas y venidas, conformamos una red interorganismos entre la Dirección de Educación Inicial, quienes aportaban los recursos humanos (docentes con cambio de tarea que les guste narrar), y la Subsecretaría de Cultura de la Provincia -quienes aportaban los recursos financieros y logísticos.

Así, de esta manera, nació el proyecto "LA VALIJA VIAJERA", que llegaría a todas las Instituciones de Educación Inicial de la ciudad capital. Al terminar el proyecto, visitamos catorce escuelas de jardín de infantes y ocho jardines de infantes nucleados, con 232 secciones de cuatro y cinco años, con diez docentes que recorrían las salas de jardín -sin percibir ninguna retribución económica- en grupos de dos docentes con sus valijas y recursos didácticos. Si bien esta experiencia didáctica fue diseñada en algún momento quizás de locura o no tanto, sin lugar a dudas fue enriquecida a partir del aporte de todos los actores involucrados, esencialmente de las colegas jardineras, con quienes interactuamos conociendo a los grupos de niños o niñas y la participación comprometida de ellas en las Planillas de Informe y sugerencias que completaban cada vez que asistíamos a un jardín.

La VALIJA merece ser escrita así, con mayúsculas, por su tamaño -1,40 m-, por su capellada: cuero lustrado y recién pintado, por sus años -más de 40, era del abuelo de Ady- y,

especialmente, por su cerradura: era un verdadero arte el poder abrirla, muchos lo habían intentado en vano.

Aquel día saqué la reluciente valija y dejándola a un costado le dije: —¡Quedate aquí y no te muevas!— Mientras, retiré mi motocicleta roja y, luego de subir, tomé la VALIJA para colocarla en el manubrio cuando escuché un ruido extraño, más bien como una queja, a la que no di mayor importancia; y de nuevo le hablé, mejor dicho le advertí: -¡Portate bien y quedate quietita, que vamos a llegar a destino sin problemas!

El destino ese día era el Anexo de la Escuela de Jardín de Infantes N° 4, en el Barrio Illia (desde mi casa unos 4 km) y hacía allí emprendimos viaje.

Doscientos metros hicimos cuando -justo frente al Mercado Frutihortícola, lugar y hora donde se concentran los trabajadores minifundistas que comercializan sus mercaderías)- la VALIJA, que había despertado el interés de esos hombres, hizo ¡CRASH! Y se quedó colgando de un lado, los hombres continuaron mirándome con mayor interés; yo -cual bella dama- les dije: —No pasa nada, ya la arreglo—. Cuando termino de hablar, ¡CRAASH! (basta, en su idioma) la VALIJA tirada en el medio de la gran avenida, y aquella cerradura inviolable cediendo cual plástico barato, dejando desparramados mis preciados tesoros y yo, quieta, rígida, inmóvil, arriba de mi motocicleta. Corrieron los hombres prestos a ayudarme, tratando de juntar todas las cosas y haciendo comentarios entre ellos, algunos esbozaban sonrisas hasta que -sin poder ocultarlo más- uno de ellos muerto de risa me dice: —¡Seño, esto pasó porque nosotros queríamos saber qué llevaba usted adentro de esta valija! ¡Santiago había dicho que parecía que había un muertito!

Ya repuesta del susto, rodeada de varios trabajadores a un costado del Mercado, y con Santiago -un joven de apenas unos trece años- con una pinza y alambre fino restaurando la manija rota se dio la oportunidad de que les contara el objetivo de la VALIJA VIAJERA: yo, una maestra jardinera con 22 años de servicio, y con cambio de funciones (tareas administrativas) estaba cumpliendo un sueño: ir a los jardines de infantes para seguir en contacto con los niños y niñas, narrando y leyendo cuentos e historias, mitos, leyendas, acercándolos a la literatura, teniendo como premisa fundamental la revalorización de la narración en voz alta para generar en ellos el placer de escuchar e imaginar mundos enunciados; nada más ni nada menos: brindar amor. Me despedí de ellos con la promesa de volver un día para narrarles algunas historias que seguro escucharían con mucho entusiasmo.

Hasta que por fin llegué a destino: la escuela del Barrio Illia. Los chicos ya me estaban esperando ansiosos, entusiasmados y atentos. En el salón multiuso del Jardín sentados, todos los pequeños, al verme no entendían nada, y ¿eso? ¿Qué hay ahí?, con una consigna de silencio, logré mi objetivo, y comenzó la función, yo sentía que estaba haciendo magia cada vez que les relataba una historia o les mostraba los diferentes portadores de textos.

Lo sucedido en este primer viaje es sólo una pequeña muestra de todos los sucesos: extraños algunos, divertidos -o no tanto- otros, que me gustaría compartir con ustedes, como aquella vez, cuando mis compañeras también lograron abrir la cerradura inviolable y llenaron la VALIJA con bloques de madera... hecho que descubrí frente a un centenar de profesionales en el Primer Congreso de Cultura Provincial. ¡Se imaginan mi cara con todos los colores del arco iris!

Docente autora: Claudia Jara

Localidad: Formosa

Coordinadora CAIE: Liliana Ramírez

Escuela Normal Superior "República del Paraguay"

Estoy en el baile, vamos a bailar

Mónica Martínez

Mi nombre es Mónica y soy docente de primaria diurna. Hace un par de meses atrás me ofrecieron una suplencia para trabajar en la escuela nocturna de adultos. Acepté sin dudarlo, cuando me comunicaron en ese momento saltaba de alegría ¡por fin una suplencia! Después, cuando lo pensé en frío, no me gustó mucho la idea porque donde tenía que ir no era un lugar muy agradable, quedaba en las afueras de la ciudad y ese barrio tiene “mala fama”. ¡En qué lío me metí! Tengo que ir de 18:30 a 21 hs. ¿Cómo será? y un montón de interrogantes. Lo peor de todo es que me venían ideas negativas. Ya me estaba arrepintiéndome. En ese momento me dije: “estoy en el baile, vamos a bailar”. Cuando llego a la escuela, me recibe la Directora (muy amablemente y con muy buena onda), me presenta, y me dice —Te hago una propuesta, tengo dos suplencias: una, ya la sabés, y la otra es en la cárcel—. Me quedé muda unos segundos y le contesté: —La cárcel. La Directora me miró sorprendida (supongo que porque era mi primera vez en Adultos), una colega que se encontraba allí me gritó: —¿iVos estás loca!!? —Sí —le contesté— prefiero esta, antes que la otra.

En ese momento salimos la directora y yo, rumbo a mi nuevo lugar de trabajo. Llegamos a ese gran portón y nos atendió un policía, entramos (a pesar de que era invierno, ese lugar era mucho más frío aún); a los pocos minutos bajaron “los chicos”, como los llamaba yo. Yo venía con muchos problemas, con muchos cuestionamientos, sin estímulos en mis prácticas pedagógicas. La verdad que la presión y la crítica por parte de los directivos frustró muchas de mis utopías educativas, quitándome el disfrute y la tenacidad con la que me desempeñaba. Pasé mis 60 días de suplencia como los más maravillosos de mi vida docente, eso que tengo 16 años en esta profesión, he sido maestra jardinera, enseñé a niños aborígenes, trabajé en escuelas públicas y privadas. Por supuesto que todo siempre me dejó algo positivo, cariños, tristezas, alegrías. Pero esto me superó, esta experiencia nueva para mí, porque jamás había trabajado con adultos. Más de una vez me dijeron: “¿Cómo podés dar clase ahí? ¡Yo jamás trabajaría en ese lugar! ¡Estás loca!” Muchas veces me quedaba en silencio, o les decía: —Es el mismo trabajo que realizás en el aula ¿Sabés qué? Son seres humanos igual que vos y que yo.

Volví a recuperar mi vocación, la dedicación y la pasión que había perdido. Asumí un compromiso y me sirvió para darme cuenta de que alrededor mío había adultos que me necesitaban, que no sabían leer ni escribir y que estaban allí pagando algún error que habían cometido. Tuve la alegría de presenciar la libertad de tres chicos. Cada tarde preparaba mis clases e iba con mi mejor sonrisa, y mi mayor paciencia, porque me impacientaba la cantidad de desconocimiento y la forma en que les costaba aprender. Buscaba siempre palabras de aliento, trabajaba con los contenidos, con sus autoestimas, les mostraba caminos nuevos, los escuchaba, les cumplía, los entusiasmaba y los convencía de que ellos pueden. Me fascinaba ese interés, tal vez el doble por aprender cada día más, por cambiar, por iniciar su nueva vida.

Me tocó festejar la semana de la Educación para Adultos, preparamos juegos de mesa y participamos todos. Tenía dos sensaciones encontradas: por un lado, me sentía feliz porque sentía que lo que les enseñaba quedaba pero, por otro lado, sentía una tremenda tristeza porque mi suplencia terminaba, hasta que llegó el día que tuve que comunicarles que no iría más. Decidí entonces, el último día, darles una sorpresa: llevé empanadas y gaseosas para compartir

con ellos. Pero la sorpresa me la di yo: cada uno me había preparado un obsequio (esos de los que ellos hacen con papel y material descartable) y empezaron a bajar. Necesitaban hablar conmigo y contarme por qué razón ellos estaban allí, la mayoría estaba por homicidio. En ese momento traté de buscar palabras de aliento, pero no las encontraba. Yo, la que nunca se me cae el libro, la que siempre tiene algo que decir, tomé aire y sólo los escuché. Guardé mis emociones y sentí unas profundas ganas de llorar, una gran impotencia y me acordé de Diego el de Gran Hermano, lo que había dicho: —Los pobres no podemos pagar abogados y estamos acá, hasta que alguien mire nuestros papeles y haga justicia.

En ese momento sonó el silbato, me desprendí de ellos con un fuerte apretón de manos y de parte de ellos un “¡gracias, señora! por escucharnos y por enseñarnos, porque nadie quiere venir aquí. ¡Gracias!” Y con un pedido de fuerzas, de que fuera a visitarlos y no me olvidara de ellos.

Cómo olvidarme de los chicos de primer ciclo, de Cristóbal el charlatán, el más inteligente; de Alejandro al que le costaba escribir; de Isaías, Martín y Pedro, los más tímidos que casi no hablaban pero sí preguntaban; de Palomo el de la mirada tenebrosa. Me ponía nerviosa su mirada, hasta que un día me dijo: “No me mire a los ojos, señora, soy muy tímido, me pongo nervioso y me sale una sonrisa rara”, esa sonrisa que a veces asustaba (con esto logré solucionar mi problema). Los de segundo ciclo, Bernardino que siempre quería saber más: “¿Entendés?” “Más o menos, pero sé”. Lino y sus bendiciones de todas las noches; y los de tercer ciclo, el mejor para mí, el genio de las matemáticas: Jorge; los chistes de Don Verón; la amabilidad de Hugo; la inocencia de Zacarías y los continuos pedidos de Don Salas.

Esa noche salí casi corriendo, llegué a la esquina y rompí en llanto. De vez en cuando regreso, les llevo obsequios y vuelvo con la felicidad de que uno a uno van saliendo en libertad. Lo que más me llamaba la atención es que no faltaban ningún día a clases, notaba el entusiasmo que tenían. Se lo conté a mi madre y ella dijo: “Es que se sienten bien con vos y ahí están en libertad”. Pensé: qué ironía. Pero tenía razón: a pesar de estar presos, esas 2 horas ellos “estaban en libertad”.

Docente autora: Mónica Martínez

Localidad: Las Lomitas

Coordinadora CAIE: María Alejandra Armagnague

ISFD Gral. J. F. Quiroga

Floricienta se acomoda

Sonia Srvín

En el ciclo lectivo 2006 nos dan una buena noticia, la remodelación de nuestra escuela que es la Escuela N° 98 ubicada en el barrio Itatí de la ciudad de Pirané, provincia de Formosa, con una matrícula de 800 alumnos.

La buena noticia venía acompañada de una mala noticia: ¿Dónde comenzaríamos el ciclo lectivo?

Fue así que, en febrero, empezamos a trabajar en un galpón con muy pocas comodidades, donde las separaciones de las aulas estaban hechas con medias sombras y en cada sector estaban dos secciones, hasta tres secciones por sector; la cocina se encontraba al fondo pasando por un precario patio y solamente existían dos patios. No fue fácil el comienzo para ninguno de los docentes de esta escuela.

El primer mes fue de adaptación al ambiente; es por eso que surgieron algunos problemas, entre ellos, los alumnos nuevos que asistían por primera vez, los de primer año.

Todos los años al inicio del ciclo los alumnitos de primer año se presentaban a la institución con su maestra jardinera; este año no pudo ser y solamente fueron recibidos por la maestra de grado y ubicados en un sector donde debían trabajar. No se realizó tampoco el paseo por la institución ni la presentación de los otros maestros, ni de los maestros especiales. Es importante aclarar que por el lugar donde funcionaba la escuela y el poco espacio que había no existía el recreo.

En la segunda semana de clases, cuando la maestra del primer año "B" presenta licencia por enfermedad, queda a cargo del grupo la maestra del primero "C". Pasaron los días, y dicha maestra se tuvo que retirar del establecimiento dejando a cargo a la maestra de manualidades.

Siendo la hora del almuerzo, la maestra de manualidades los lleva al patio para formar y pasar al comedor. Como todavía no se terminaba de servir tuvieron que esperar; dicha espera no fue corta, es ahí cuando aparece Mariana, alumna del primer año "B" de seis años de edad, con el pelo recogido con una gomita que, de adorno, tenía un girasol que le tapaba casi toda la cabeza, preguntando:

—¿Seño, vos sabés por qué no viene mi maestra?

La maestra de manualidades, con la dulzura y la paciencia que la caracteriza, respondió:

—La seño Maria está enferma, por eso no viene a la escuela.

Era tanta la curiosidad de Mariana que insistió:

— ¿Qué tiene mi maestra? ¿De qué está enferma?

Nuevamente con voz apacible a pesar del murmullo de los chicos que salían a formar, la seño de manualidades le responde:

—No sabemos qué tiene pero cuando venga le vamos a preguntar isí!

En ese momento sale de la cocina el maestro de huerta que estaba conmigo sirviendo el almuerzo a informarle que el primer año podía pasar al comedor; cuando Mariana lo vio le dijo:

—Este vago de m..... que no sirve para nada debe saber qué tiene mi maestra...

Fue tal el asombro que se quedó sorprendido e inmediatamente la maestra de manualidades le llamó la atención por el trato hacia el colega, explicándole que se trataba del maestro de huerta. Mientras desde la cocina escucho lo sucedido y salgo diciéndole que es una falta de respeto y le explico las normas y valores para una mejor convivencia en la escuela. Mariana,

por supuesto, puso cara de no entender lo que le estaban diciendo y no tardó mucho en contestar:

—¿Y vos quién sos? Ni maestra sos, porque no usás guardapolvo.

Rápida fue la reacción de los alumnos de otros grados explicándole a gritos que era la señorita de gimnasia, como así también de los otros maestros especiales que fueron presentándose uno a uno.

A la semana entrante, más precisamente el lunes, al primer año le tocaba tener la primera clase de gimnasia donde Marianita, con perfil bajo y dándose cuenta de que se había equivocado la semana anterior, participó activamente de la clase y desde ese día Mariana entra al establecimiento con su acostumbrada flor en su cabellera y saluda primero a todos los maestros especiales que la apodaron La Floricienta.

Pasaron varias semanas y Mariana ya estaba adaptada a las normas de la escuela; ella sabía quiénes eran las demás maestras y los grados correspondientes a cada una de ellas, dónde formar para ingresar, saludar a la bandera, es decir las actividades de todos los días en la institución. Un día la maestra le da la noticia de que iban a tener folklore y el que quería participar de la peña escolar debía anotarse. A Mariana le interesó el tema pero no había dicho nada y pidió permiso para ir al baño con una compañera; pero no era al baño donde iba sino a buscar a la maestra de gimnasia que estaba en el patio con la maestra de manualidades. Cuando la vio me preguntó:

—¿Seño, usted va a enseñar folklore?

—No, Mariana —respondí.

—¿Quién entonces? —preguntó Mariana.

—El señor Diego, el señor que está parado cerca del portón.

Diego estaba en ese momento recostado en el portón conversando con el maestro de huerta; Mariana lo miró de arriba abajo y acercándose, me dice al oído:

—¡Yo no voy a bailar con ese!, porque tiene arito.

La maestra de gimnasia le respondió:

— ¡Y qué tiene si tiene arito!

Mariana respondió —¡Ese es medio rarito! Yo no voy a bailar con él.

Entre las dos maestras le explicaron a Mariana y le hicieron entender que no era como ella pensaba, y con el tiempo también se fue adaptando al maestro de folklore y a esta familia numerosa que es la escuela, porque ella trae sus normas y visiones de la convivencia diferente en su hogar.

A veces los docentes queremos inculcar el respeto y los valores en los niños; para eso necesitamos empezar por respetarlos en sus tiempos y en sus espacios. Para ello es necesario tomarnos un tiempo para salir de nuestras actividades y conocerlos, escucharlos, porque nosotros los grandes también aprendemos todos los días cosas de los más pequeños.

Docente autora: Sonia Srvín

Localidad: Pirané

Coordinadora CAIE: Rosa Edith Almirón

Instituto Superior de Formación Docente Pirané

Caminando juntos en el aprender a pensar

Olga Quevedo

Creo que sentarme a reflexionar sobre mi práctica docente me cuesta un montón.

En este momento reviven los rostros de cada uno de estos niños y niñas con los que comparto a diario.

Un momento agradable que recuerdo hoy es cuando iniciamos 1er. año, entre el material leído por mí estaban los de Emilia Ferreiro; Ana María Kauffman; el libro *Con ojos de maestro*, de Tonucci; experiencias de maestros trabajando; *Vivir amar, y aprender*, de Leo Buscaglia; *Constructivismo y educación*, de Carretero; y apuntes, recortes, etc., de cómo se construyen los aprendizajes de los números, de la lectoescritura desde este nuevo modelo pedagógico-didáctico.

Así es que desde el primer día los niños y padres supieron que yo estaba aprendiendo al igual que ellos.

En esto de aprender juntos armamos los rincones en el aula: el del negocio, el de las plantas, el de los libros.

Escribíamos en el piso, en el pizarrón, en hojas para máquinas y siempre utilizando el juego como estrategia de aprendizaje. Un día estábamos jugando al veo-veo con los nombres y se me ocurre escribir "Coca" (como bebida que les agrada a los chicos) a ver si leían. Mi sorpresa fue cuando Sergio me dice: —Yo digo veo-veo...

—Bueno —le respondo con mucha expectativa, y él escribe: "caca"

—A ver ¿quién me ayuda a leer? —digo. La que acude es Patricia: —Ahí dice caca, maestra.

—¡Ah! Sí —dice Roli, corriendo al rincón del negocio, y vuelve con una lata de Coca en la mano, se para en el centro de la ronda y la muestra al resto de los chicos diciendo: —Miren, miren, la C con la O dice CO, la C con la A dice CA, y si ponemos dos veces dice CACA. A partir de ahí todos escribieron CACA, en el pizarrón, en el piso, en las mesitas, con letras de goma, con letras de cartulinas, con tizas de distintos colores. La mayor sorpresa fue que la regente ese día había decidido honrarnos con su presencia en el aula, justo cuando toda el aula estaba impregnada de las producciones de los alumnos con CACA.

Creo que ellos sintieron mucho placer al descubrir que ellos solos podían escribir y comenzaron a producir ejemplos: COLA, CULO. Entonces me decidí a encauzar el aprendizaje a partir del cuento *De dónde venimos*, con el propósito de que los niños empleen el vocabulario específico y mejoren el lenguaje.

También con estos alumnos compartí la pérdida de dos seres que significan mucho para mí: mi abuela y mi tío, los únicos dos de la familia venidos de Polonia, que me alentaban siempre entre mate amargo y caramelos.

Cuando a mí me sucedió esto, falté; cuando volví, ellos estaban al tanto de lo sucedido. Primero me miraban, después Claudio me preguntó: —¿Vos le querías a tu abuela?

Es ahí donde me decidí a compartir mi dolor, sólo con ellos. Escuchamos "La Oma", les conté qué significaba la letra de la canción para mí, les narré la historia de mi abuela. En el planisferio señalamos el recorrido que hizo, charlamos sobre sus costumbres, comparamos con las de sus abuelos, les narré los cuentos que mi abuela me contaba a mí, cuando yo era niña

como ellos. Realizaron producciones escritas sobre ellos (cuentos), graficaron; al verme los ojos empañados, ellos también sentían lo mismo. Creo que fue una de las clases más lindas y provechosas, donde aprendimos que debemos acompañar y respetar a las personas mayores, los viejitos, no avergonzarnos de ellos y atenderlos mientras viven.

¡Gracias chicos por sentir lo que yo siento!

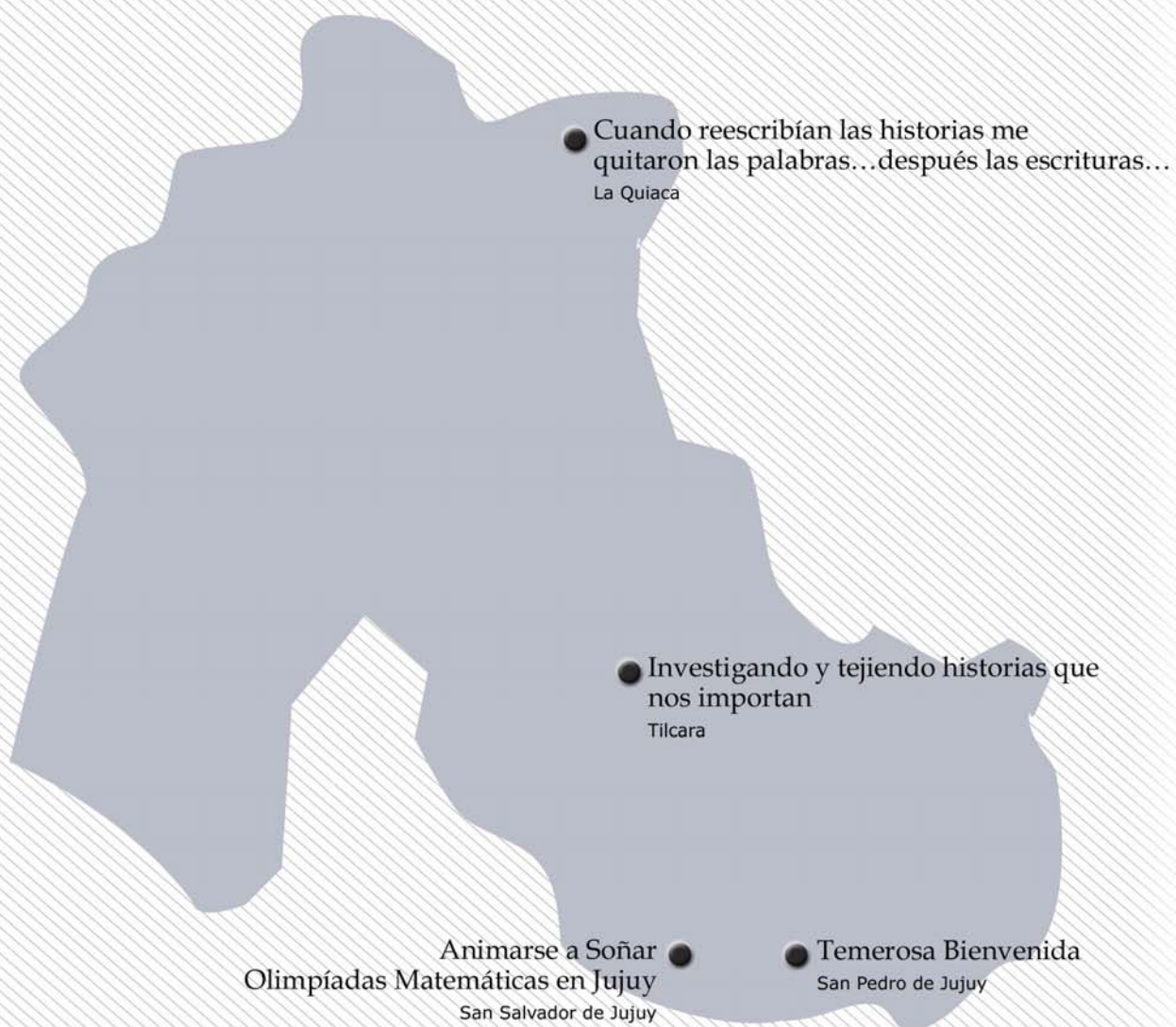
Docente autora: Olga Quevedo

Localidad: Ibarreta

Coordinadora CAIE: Edith Eva Cancino

ISFD Ibarreta

Provincia de Jujuy



Índice

Provincia de Jujuy

Cuando reescribían las historias me quitaron las palabras... después las escrituras... ..	145
René Osvaldo Bejarano	
Temerosa Bienvenida	148
Maria Arminda Cruz	
Animarse a soñar.....	150
Mercedes Ocampo	
Investigando y tejiendo historias que nos importan.....	153
Lucila Bugallo	

Cuando reescribían las historias me quitaron las palabras... después las escrituras...

René Osvaldo Bejarano

Hace mucho tiempo, allá por el año 2003, después de regresar de vacaciones, todavía quedaba el olor a humedad de las últimas lluvias del verano. Las tres plantas de olmos que había en la escuela albergaban a los pájaros y se cubrían con copiosas hojas. Era un año distinto a los anteriores, el granizo no había destruido las esperanzas de los árboles. El sol calentaba la tierra y secaba los últimos charcos de agua. Aquí, en la Puna Jujeña, de día aparece el rebozo de los pobres y de noche el aire frío carcome a los humildes.

Era por abril, cuando hace calor, cuando las pajas encañan y los campos pierden su flor. Un día, en una Reunión Institucional, hablábamos con los colegas de otras Áreas Curriculares de que una de las dificultades de nuestros alumnos era la "Comprensión y Producción de textos".

Todos nos preguntábamos cómo íbamos a abordar un tema tan complejo desde algunas áreas curriculares como Matemática, Lengua, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales, entre otras.

La discusión era muy *hot*. Algunos decían que era un problema de la primaria, algo así como que los maestros tenían la culpa; otros decían que debíamos trabajar con las técnicas de estudio desde el séptimo hasta el noveno año. Había docentes que decían que a los profesores de lengua les correspondía trabajar con la lectura y con la escritura.

Después de hartas discusiones llegamos a la conclusión, aunque algunos no estaban convencidos totalmente, de que teníamos que trabajar con la aplicación de las técnicas de estudio sobre los textos expositivos de cada espacio curricular –en forma gradual y según jerarquización de las operaciones simples y complejas.

A partir de este problema, los docentes de las Áreas implicadas elaboramos el proyecto denominado "Proyecto Institucional de Retención Escolar" (PIRE) para los séptimos, octavos y novenos años.

De esta manera, nosotros los docentes de lengua, no conformes con este acuerdo, decidimos incluir la escritura y reescritura de Relatos Orales en el Subproyecto de Lengua.

Pasaron unos días y les presento la propuesta de los relatos a los chicos. Mi abuela y mi padre me habían contado muchos relatos. Así que yo sabía muchos de ellos. Empiezo a contarles a mis alumnos el relato del remisero, el de la viuda sin cabeza, el de los duendes de tiraxi, y muchos otros.

Los chicos hacían un silencio absoluto, a aquel que hacía ruido le recriminaban –tal vez para que hiciera silencio. De pronto los chicos empiezan a levantar las manos. Yo les hacía seña para que esperaran a que yo terminase de contar. Me di cuenta de que yo mismo estaba entusiasmado contando mis relatos.

Cuando callé, algunos alumnos contaban dos o tres relatos que les habían sucedido a sus abuelos, a sus padres o a sus tíos. A todos nos empezó a dar miedo. Los alumnos y yo nos empezamos a preguntar sobre los misterios que encerraban los relatos y sobre las cosas misteriosas que ocurrían en la Puna silenciosa.

Así terminaba de contar uno y seguía otro. Y así todos contaron sus relatos; otros daban su opinión sobre las apariciones de esos seres –duendes, diablos.

Esa fue una de las clases en las que mis alumnos me quitaron la palabra. Ellos relataban, ellos opinaban, ellos pedían la palabra, ellos construían las historias, las repetían, las corregían y daban diferentes versiones.

Yo me preguntaba si tenía derecho a imponer mis textos literarios escritos a aquellos chicos que tenían su propia literatura oral, su propia manera de contarla y sus propias creencias sobre los hechos que se narraban.

Y entonces ¿cómo era eso de que no “comprendían” y que no “producían” textos?

Yo ahí me di cuenta de que no conocía a mis alumnos. Si ellos me contaban o nos contaban a todos las historias era porque ellos sí comprendían y sí producían. No me cabía la menor duda.

Pero mi pregunta era: ¿Cómo hacer para pasar de esta comprensión y producción oral a la comprensión y producción escrita?

De hecho eso ya estaba determinado. La intención inicial era escribir y reescribir relatos orales. Pero aquí, la práctica o el hecho de contar oralmente me llevaba a plantearme la importancia de la narración y la significación que tendría el acto de contar en las culturas con predominio de la oralidad.

Desde lo curricular se dio algo inesperado, no era intención trabajar la oralidad pero los alumnos la pusieron en práctica, con su lenguaje, con sus maneras de contar.

En las actividades del proyecto teníamos planificada la búsqueda de los informantes, la grabación, la transcripción literal y la reescritura de los relatos orales. Para esta última actividad habíamos acordado trabajar la coherencia, la cohesión, la informatividad, la puntuación, la concordancia, la ortografía, el uso de las mayúsculas y de los tiempos verbales.

Sin embargo, algunos alumnos no necesitaban buscar informantes porque ellos mismos eran los portadores de esa literatura oral: de los relatos. Ellos eran portadores de esa literatura folclórica y anónima. Por eso ellos me quitaron las palabras. Ellos me estaban enseñando sus saberes, sus creencias, sus valores, su cultura.

Por eso, no nos quedó otra que empezar a escribir. Yo les decía que estaba aprendiendo mucho de ellos y que sería bueno que los escribiéramos porque algunos decían que sus abuelos sabían muchos cuentos y que ya habían muerto, y que sus historias se fueron con ellos a la tumba.

Aunque esto estaba previsto en el proyecto, la iniciativa de escribir surgió de los alumnos. Así que, después de hartarnos con las narraciones de relatos, nos pusimos a escribir. Hicimos una primera escritura, luego seleccionamos las producciones que tenían mayores problemas de escritura y las transcribimos en afiches. Luego las reescribimos en forma colectiva.

Recuerdo que por esa época yo tenía tres años en la docencia y estaba segurísimo de que, si yo me llevaba los trabajos a casa para corregirlos, no iban a tener ningún efecto positivo para mejorar la escritura de mis alumnos. La reflexión colectiva e individual sobre la escritura era el instrumento fundamental para superar el problema planteado. También estaba seguro de que la memorización de las reglas ortográficas y la repetición de palabras “mal escritas” –entre comillas- no eran estrategias adecuadas para cambiar una situación tan compleja. Era necesario trabajar de otra manera.

En el año 1999, cuando cursaba Didáctica de la Lengua y Práctica y Residencia, nuestra profesora nos hablaba de un principio básico que consistía en trabajar cualquier contenido curricular desde el texto. Nos decía: “hay que partir de lo macro hacia lo micro siempre”.

Desde ese principio me resistía a trabajar la escritura con palabras sueltas y aisladas.

Ahora que recuerdo, a fines de la década del `90 estaba “de moda” –yo creo que desde fines del `60 y principio del `70- el estudio del texto o la Lingüística textual. Algunos docentes la interpretaban bien, otros la comprendían muy mal. Se leía el texto pero se seguía trabajando desde un enfoque estructuralista.

De esta manera, reescribimos como diez relatos en forma colectiva y en los afiches. Empezamos por leer –en tono de oralidad- el relato en cuestión. Después separábamos los párrafos en unidades informativas (como por ejemplo, un criterio era separar en situación inicial, complicación y resolución) y algunos de estos en otros párrafos. Luego leíamos y releíamos los párrafos para segmentar en oraciones y poner los signos de puntuación hasta que el párrafo y oración quedaran comprensibles y legibles. Al mismo tiempo, revisábamos el uso de los grafemas, el léxico, la sintaxis. Así hacíamos con todos los párrafos del relato.

Lo importante de esto fue que en las primeras correcciones y adecuaciones de los textos yo los guiaba. Luego ellos corregían y revisaban sus propios relatos.

Por eso decía, al principio, que no sólo me quitaron las palabras sino también las escrituras. Yo ya no era el que escribía o reescribía, ellos lo hacían por su cuenta. Me llamaban a sus pupitres para preguntarme sobre algunas dudas.

Sin embargo, yo no creía haber superado el problema porque después de un Trabajo Práctico Evaluativo de reescritura los alumnos tenían muchos problemas y me preguntaban mucho más que cuando empezamos a escribir los relatos. Y yo me preguntaba si era escaso el tiempo de revisión o si debía trabajar con otras informaciones ortográficas sobre la escritura (o no tan directamente con la revisión y la reescritura de textos, tal vez).

Pero, ahora que leí otros materiales teóricos, me doy cuenta de que era un profe idealista, que quería cambiar las cosas de un día para otro. En estos últimos años de experiencia docente pude ver las cosas de otra manera. La escritura es un invento del hombre al que le llevó miles de años aprenderla; y nosotros queremos que los alumnos escriban bien, cuando el propio docente tiene dificultades o dudas en el momento de escritura.

Yo creo que el trabajo con los relatos orales fue una hermosa experiencia dentro de mi carrera docente, porque aprendí a construir mi propia didáctica. Yo creo que abordé todos los contenidos curriculares de los diferentes bloques del Área de Lengua: la oralidad, la escritura, la reflexión sobre los hechos del lenguaje y la literatura. Pero, además de los procedimientos y actitudes logrados en los alumnos respecto a la escritura, ellos me enseñaron a “SER DOCENTE”, me enseñaron a que las teorías no lo explican todo, que ellos eran portadores de saberes y que yo estaba ahí, en la puna helada, ventosa y fría, para APRENDER. Y aquí estoy APRENDIENDO.

Docente autor: René Osvaldo Bejarano

Localidad: Abra Pampa - La Quiaca

Coordinadora CAIE: María del Valle Garay

I.F.D.C. Nº 1 ex E.N. Gendarmería Nacional – Anexo La Quiaca

Temerosa Bienvenida

Maria Arminda Cruz

Cuando me designaron Personal Único, con destino a la escuela N° 55 de Agua Chica, departamento de Cochínoca, pensé llegar a un hermoso pueblo puneño. En ese año, 1976, los trenes del ferrocarril Belgrano cumplían un recorrido casi normal. Con uno que otro atraso arribé a Abra Pampa a las diecinueve horas. Joven e impulsiva, seguí las instrucciones recibidas en Jujuy. Inmediatamente encontré una camioneta de alquiler y le dije: "Por favor me lleva a Agua Chica", como si dijera al taxista "lléveme a la plaza". Una vez iniciado el viaje contemplé el Huancar, tan largo, arenoso y silencioso. Imaginé la bienvenida de los pueblerinos. ¡No sabía qué decirles! Me llamó la atención la tosquedad del chofer, no era mudo pero contestaba con monosílabos. Había bancos de arena en el camino, posiblemente traídos por las pasadas lluvias de verano. El hombre, pala en mano, se bajaba, cortaba tola, cubría la huella y así podía avanzar. Empezó a oscurecer. No me gustó mucho el desfile de cardones. Levantaban sus brazos al cielo ¿Qué implorarían? Mi imaginación les puso sombreros y ahora eran personas que saludaban al pasar. Me sentía una reina ¡Era la nueva maestra! Mi ocasional acompañante me dijo: "Pronto llegaremos. La dejaré cerca, no pasaré por el río seco porque es 'mal trecho'."

Arribamos como a las nueve y media, sólo veía sombras pero igual me sentía feliz. El hombre me ayudó a descargar la cama, colchón, los libros, otras cosas, y le dije: "Me voy, se viene la noche y el Huancar es peligroso". La noche era estrellada y fría. Valiente como me sentía busqué las puertas de la escuela. Eran cuatro, herméticamente cerradas. Entonces se me ocurrió gritar: "¿hay alguien aquí? ¡Vengan! ¡Soy la nueva maestra!". Me sobresalté un poco, los quietos sombreroños me contestaban con voz ronca y ventosa: "¡Haay aalguien aqui! ¡iveeengangan soy la nueva maaestraa!" Eco, pensé, es sólo un eco; miré las estrellas, tanteé la escuela. Era sólo una sombra grotesca, sin una rendija de luz, ni cómo refugiarme en ella. A cien metros vi una casita y allí me dirigí apresuradamente gritando a todo pulmón: "¡señora, señor, por favor, abran la puerta! ¡soy la nueva maestra! ¡Ya llegué!". Por supuesto, sólo el eco me respondía. Tras tropezar con unas piedras, llegué y golpeé la puerta: tum, tum, tum. Nadie me contestó, la puerta era pequeña como la de los siete enanitos, tenía un palo por dentro, metí la mano. Debía abrirla, necesitaba cobijarme; abrí la puerta, traspasé el umbral; soy baja de estatura y tuve que agacharme, eso nos da la idea de la extraña dimensión de la vivienda. Avancé un paso y encendí un fósforo. La visión fue tan espantosa que retrocedí asustada, sentí que el corazón me salía del pecho: Un horrible cajón para muertos crujió al recibir el golpe del viento. Escuché mil carcajadas de horror, se me cortó el aliento, di un alarido de terror. Salí corriendo y gritando: "¡Socorro! ¡Vengan por favor! ¡Soy la nueva maestra!". Caí al suelo, nadie respondió a mi llamado. Me puse de rodillas, miré al cielo y en cada estrellita imaginé a Dios, a Jesús y a la Virgen, recé y recé con todo fervor hasta que me calmé. Regresé lentamente, no tenía ni siquiera una linterna.

Llegué a la escuela, busqué una pared cerca del mástil, hasta que allí arrastré el colchón y me acomodé como pude. El viento me azotaba entera y las lágrimas me bañaban el rostro, me tapé con todo lo que encontré y pensé: Vengo de la ciudad de San Pedro de Jujuy, no debo dejarme vencer por el miedo; mis 18 años me hacían fuerte. Me dije: todo tiene una explicación. Estoy en la Puna y es natural el silencio, no hay nadie, ni siquiera gente, estoy sola. Cuando el cansancio y las mociones parecían adormecerme con un tranquilizador sueño, sentí un

tropel como de los cuarenta ladrones. Amodorrada, dije: Es mi imaginación, debo dormir. Pero el tropel sonaba tan real que me sobresalté, no vi a nadie. Era un ruido espantoso. ¡Como de cuarenta cascos que caminaban por encima de la escuela, en el techo! Era algo inhumano, ¡iatroz!, me lastimaba el oído. Ahí venció el miedo, flaquearon mis fuerzas, la demencia me invadió el alma, el eco repitió mis alaridos de locura, la noche me envolvió en sus sombras, mi mente vagó en el vacío; yo fui la nada en ese gran infinito, ya no sentía nada.

Así me encontró el amanecer: morada, los ojos saltones, desviados, desorbitados. Así me encontró doña Gregaria, quien pronto me atendió, hizo fuego, me trajo las llaves de la escuela y me dijo: "No pude venir anoche, pues vivo a 3 km de aquí". Esta vez la muda era yo, parecía todo tan irreal... Sentí la voz de un hombre, era don Anastasio, que mirándome me decía: "Señorita ¿Qué le pasa? Parece asustada, va a dejar su alma aquí. Por favor hable". Le contesté: "anoche escuché un tropel, que pisaba el techo de la escuela pero no vi a nadie". Don Anastasio me contestó: "Todas las noches escuchará el tropel, pero no son hombres sino vicuñas y llamas que como son tan ariscas, sólo vienen de noche a tomar agua en esta aguada. Por eso se hizo la escuela aquí, es el único ojito de agua en la zona; yo la acompañaré esta noche y verá, son hermosas... ah, también vienen los burritos, ya los vera usted". Ya calmada visité la pequeña escuela con la luz del sol, y así fueron mis primeros pasos por una escuela del norte argentino. De esta forma se hace docencia en cualquier parte de mi querido país.

Docente autora: Maria Arminda Cruz
Localidad: Agua Chica - San Pedro de Jujuy
Coordinador CAIE: Juan Carlos Sandoval
I.F.D.C. Nº 9 Ex E.N.S. "José de San Martín"

Animarse a soñar Olimpiadas Matemáticas en Jujuy

Mercedes Ocampo

Siento la docencia como lo más fuerte que vive en mí, después de los míos. De chica disfrutaba sobremanera el juego de la maestra... cuando terminaba el secundario un profesor nos habló sobre el futuro y nos dijo que nos animáramos a soñar y a concretar nuestros proyectos... Sentirme dueña de mi vida me emocionaba, la sola idea de poder elegir mi camino me hacía temblar; de esta manera maduré mi idea de ser docente.

Descubrí que mis mejores posibilidades estaban en la matemática y me dedico a enseñarla desde hace muchos años, en particular me dedico a lo que más cuesta de la matemática: la resolución de problemas.

En mis inicios de docencia conocí la Olimpiada Matemática y me propuse hacer que alumnos jujeños pudieran estar entre los mejores del país. Parecía algo inalcanzable, muchos colegas compartieron la idea; elaboramos sin darnos cuenta un ambicioso proyecto que fuimos concretando día a día. Primero trabajamos en cada colegio, hasta que comprendimos cómo entrenar; a la vez estudiamos muchos temas de matemáticas y, con frecuencia, nos reunimos a pensar algún problema difícil que individualmente no podríamos resolver.

Todo el trabajo de la Olimpiada Matemática es *ad honorem*, se realiza en tiempo extra, no tiene reconocimiento de puntaje y (a veces) no se nos justifican las inasistencias. Muchos nos ven como idealistas, o locos por la matemática. Esto no nos molesta.

Aprendí de mis errores y de la producción de mis alumnos. En efecto, recuerdo una anécdota entrenando alumnos de mi colegio; siempre resolvía los problemas minuciosamente antes de dárselos a los chicos. Había uno que planteé por un camino complicado, su respuesta era 108, y no sabía cómo guiar su resolución a alumnos de primer año secundario. Este problema no estaba en la lista de situaciones que pensaba plantear, pero en un momento dado me quedé sin enunciados y tuve que hacerlo.

El problema decía: "Dos atletas salen simultáneamente del mismo lugar y recorren durante una hora una pista en sentidos opuestos. El primero da una vuelta en 60 segundos, el segundo lo hace en 75 segundos. ¿Cuántas veces se cruzan durante la hora de práctica?"

Una alumna (Lorena) hizo una división: $3600/75 = 48$, y una suma: $60 + 48 = 108$. Y, tímidamente, me preguntó: "¿108, profe?"

Envuelta en intriga le pregunté cómo lo había resuelto. Me dijo: "Mire, profe, como me molestaba la idea de que ambos se muevan en sentido contrario y a distintas velocidades, decidí dejar uno quieto y mover al otro. Total, lo que me pide el problema es contar las veces que se cruzan. Es fácil. Uno da 60 vueltas, el otro 48. Después sumé, ¿está bien?"

Le contesté "SÍ, MUY BIEN", mientras por dentro me desarmaba de la emoción. Estaba ante una genialidad: un razonamiento original y, a la vez, riguroso, que puede hacer una chica de 12 años que no tiene la estructura o lógica de pensamiento que tenemos los grandes. Ella manejó el espacio y el tiempo con total libertad, situación que los adultos generalmente no hacemos; en mi caso había resuelto ese problema desde la lógica de la física.

Aún hoy me sigo conmoviendo ante la creatividad y la frescura con que los alumnos resuelven los problemas. He vivido muchísimos episodios como el de Lorena. Debo reconocer que

he aprendido más de los alumnos que de los libros que estudié y de los cursos a los que asistí (que no fueron pocos).

Así, la construcción de las Olimpiadas iba siendo un hecho. En el cuarto año de labor, una alumna de mi colegio (Laurita) llegó a clasificar para el Certamen Nacional. Todo un logro pedagógico. Entendía cómo era el trabajo de entrenar alumnos, pero el nivel de competencia alcanzado no me satisfacía. Yo sentía que esto era un primer paso. Pese a haber puesto lo mejor, nos faltaba mucho roce de competencia.

Tres años después (1997) asumí la conducción y organización de la Olimpiada Matemática en la provincia de Jujuy, gracias al apoyo y acompañamiento de muchos profesores jóvenes todos (no hablo de edad, sino de mentalidad). La actividad se extendió a todo el territorio de la provincia. Al frente de cada localidad participante había un docente que (como yo) trabajaba por hacer crecer académicamente a su grupo de alumnos.

Los problemas se presentaron cuando hubo que atender los viajes de los chicos sin recursos económicos ni ayuda oficial. Se hicieron rifas, lotos... La prensa nos ayudó muchísimo: en ocasiones presionamos a diversos funcionarios para que nos asistan. En esa época, siempre ganamos estas pulseadas, aunque algunas veces vivimos malos momentos.

En efecto, el camino de concretar este sueño no fue siempre un camino de rosas. O, en todo caso, las espinas de esas rosas también lastiman.

En octubre de 1998, tres alumnos primarios estaban clasificados para rendir el Certamen Nacional a realizarse en Mar del Plata. Organicé el viaje. La Secretaría de Educación dio la orden a la Dirección de Transporte para que me diera los pasajes. Fui a buscarlos y tras la negativa de los empleados, hablé con el Director (hoy un personaje corrupto del escenario político jujeño). Me negó los boletos. Insistí, le hablé de la Olimpiada. Nos levantamos la voz. Me gritó enojado: "Profesora, a mí no me interesa la cultura". Callé, lo miré indignada, levanté mis cosas y –cuando estaba saliendo–, me dijo: "Tome, profesora, ahí tiene los boletos", mientras arrojaba sobre el escritorio los pasajes. Yo, con un nudo en la garganta y vergüenza ajena, los levanté. Los alumnos esperaban afuera los resultados de mi gestión, no podía desilusionarlos, ni tirar por la borda todo un año de trabajo y esfuerzos, de horas soñadas.

Los pasajes eran para un colectivo de última categoría (sin aire acondicionado, ni baño, ni servicio alguno. Para hacer un viaje de 30 horas). No importaba. Viajamos igual. En Mar del Plata nos fue excelente y trajimos para Jujuy, por primera vez, una Mención Nacional en Olimpiadas Matemáticas.

¿Saben? Nunca conté este episodio, creo que hoy sale con las broncas intactas. No lo hice porque en esos momentos hubiera desanimado a muchos y no ayudaba a construir nada. Hoy lo hago en este contexto de la Narrativa, porque se busca aquí el lado positivo de las experiencias pedagógicas. Porque se busca construir, no destruir.

En los años siguientes, la participación de los chicos de Jujuy creció en cantidad y calidad, se obtuvieron los mejores premios tanto del nivel secundario, como del nivel primario. Se organizaron tres Olimpiadas Provinciales con el apoyo de diversos comercios y algunos funcionarios.

Desde los inicios algunos alumnos obtuvieron distinciones a nivel nacional e internacional. En noviembre de 2001, diez años después de iniciado este proyecto, una jujeña fue campeona nacional en el primer nivel de la Olimpiada Matemática y otros dos alumnos recibieron menciones nacionales en el primer y tercer nivel. También disfrutamos de Menciones internacionales en 2002 y 2003. Fue el fruto del trabajo desinteresado de mucha gente. ¡Fue hermoso!

Muchos son los actores del sistema educativo que me acompañaron y acompañan. La principal fue María Luisa, una colega jubilada. Nos entendimos siempre, entre nosotras nos decimos las cosas con total libertad. La lealtad y el respeto entre nosotras me permitieron ser la cabeza visible de todo esto, minimizando todo margen de error.

Otros docentes son los responsables en cada zona de la provincia y en otro nivel de responsabilidad se encuentran los encargados en cada establecimiento educativo. Nos manejamos con una reunión anual en la que se organiza el trabajo y, durante el año, nos comunicamos por correos electrónicos o por teléfono. Informamos a los directivos sobre los avances de sus alumnos, cuidando las relaciones interpersonales e institucionales.

El grupo de docentes tiene variantes de un año a otro. Los directivos son también promotores activos de nuestras acciones. A veces, aparecen algunos padres que nos apoyan. Hay dos medios de difusión que nos ayudan siempre y suelen aparecer periodistas que se hacen eco de nuestra labor.

Pero no todo es como deseamos. También hay "piedras en el camino". En mi opinión, la falta de autoestima social es una de las mayores dificultades para hacer de la Olimpiada Matemática algo valioso para la educación. Hay mucha gente que cree que no se puede sobresalir, que tenemos un techo de capacidad intelectual (no sé por qué) y espera ver pronto el final trágico de la Olimpiada Matemática en Jujuy.

Otra dificultad, no menor, es la no inserción de la Olimpiada Matemática en la estructura del sistema educativo. Esto produce un fuerte desgaste en la labor de docentes y alumnos. La buena voluntad y el entusiasmo permiten realizar muchas acciones, pero no se puede construir sólo con ello.

Este año hice un paso al costado en la Organización de la Olimpiada Matemática en Jujuy. Felizmente, aparecieron tres docentes que asumieron seguir con el trabajo, seguir con lo sembrado hasta ahora. Ellos saben que soy incondicional para ayudarlos y acompañarlos.

Tras dieciséis años de andar por los caminos de esta actividad, puedo ver lo recorrido; me gustaría dedicar mi tiempo a la Didáctica de la Matemática, porque aprendí mucho de mis alumnos, de la forma libre de abordar los problemas, de la originalidad con que buscan caminos de resolución... Pienso que esta genialidad de los alumnos debería estudiarse y sistematizarse en una metodología, y ser enseñada para desarrollar al máximo las capacidades de los chicos.

En lo relacionado a la docencia en general, pienso que vale la pena embarcarse en proyectos y concretarlos con un plan de trabajo y convicción. Así uno puede ver los malos momentos como "piedras del costado del camino", nada más. Y nadie ni nada puede quitarnos la satisfacción de haber hecho algo (aunque sea un poquito) por la educación.

Docente autora: Mercedes Ocampo

Localidad: San Salvador de Jujuy

Coordinadora CAIE: Nilda del Valle Lozano

Instituto Superior de Formación Docente N° 5

Investigando y tejiendo historias que nos importan

Lucila Bugallo

En nuestras vidas de docentes existen muchas experiencias pedagógicas, y algunas de ellas son muy significativas para cada uno de nosotros. Pedagógicas de por sí porque es a la educación a lo que nos dedicamos, buena o mala pedagogía pero pedagogía al fin. Significativas lo pueden ser por variados motivos: porque nos emocionaron, porque logramos eso que nos habíamos propuesto, porque ocurrió algo terrible o muy lindo, o también porque comenzó un proceso en el que empezamos a comprender algo; este último es mi caso. La experiencia que yo quiero relatar es la que vengo viviendo desde hace ya tres años y que modificó mi modo de pensar y organizar uno de los espacios curriculares de los que estoy a cargo en el IFD N° 2 de la provincia de Jujuy, en la localización Tilcara. El espacio es Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales, que se “encuentra” ubicado en cuarto año del profesorado de Historia.

Al intentar pensar una experiencia, es decir una única experiencia, se me hizo difícil poder desligarla de esta secuencia; por eso es que intentaré relatar tres momentos, como cuentas de un collar que voy armando, y que tienen su coherencia juntas, ya que todas me modificaron y me enseñaron. Tienen estas experiencias un aspecto en común: se trató de trabajar de uno u otro modo con los alumnos y alumnas sobre la historia de la zona (historia local o regional, dependiendo cómo definamos a la región y a lo local).

¿Por qué me resulta significativo? ¿Lo es para mí o para los estudiantes? Pienso que lo es para todos y todas por diferentes razones. Son significativas fundamentalmente porque fueron experiencias que permitieron a los cursantes trabajar su propia identidad, la historia de sus familias y por ende de ellos mismos, ubicarse en la “historia” como protagonistas. Fueron experiencias importantes de aprendizaje para mí: al trabajar de manera indirecta temas de la historia local y regional comenzó a gestarse este trabajo identitario, los y las estudiantes iban “encontrándose” en esa historia y entonces el enseñar, el trabajo curricular toma otro sentido, o simplemente toma sentido.

Comenzaré por relatar el primer paso. En el 2006 decidí ya no proponer a los alumnos que decidieran un tema para abordar sus ejercicios de investigación, sino elegir un tema general yo misma, dentro del cual los estudiantes pueden elegir algunos sub-temas o problemas que abordar; esto a fines de trabajar de manera más organizada los contenidos. Además, decidí que se trataría desde entonces de ejercicios de investigación en historia y ya no en otras ciencias sociales. Ese año el tema general que elegí fue el de los intercambios en la región andina jujeña. Organicé entonces un viaje de estudio a la localidad de Abra Pampa (zona del altiplano), donde se realiza una feria de intercambio para la Pascua, que es de larga data. Los estudiantes estaban muy entusiasmados con este proyecto del viaje y algunos de ellos colaboraron averiguando precios y contratando el transporte (ambas localidades distan 130 km). El trabajo en la feria estaba pautado; en clase trabajamos sobre las técnicas de observación y de entrevistas breves, debían pensar preguntas para formular a la gente con la que pudiesen entablar conversaciones; estaban divididos en parejas de trabajo y cada pareja abordaría un sub-tema de la feria, tanto desde el punto de vista económico como de la vida social. Trabajamos durante dos días seguidos en la feria; teníamos algunas citas para encontrarnos todos en tal o cual lugar y comentar los avances, aciertos y dificultades; el primer día por la noche, cada pareja relató lo

vivido durante el día; estos relatos llevaron cuatro horas de comentarios, entre chistes y reflexiones sobre las técnicas de investigación, sus posibilidades y dificultades.

Antes del viaje, pero sobre todo durante la experiencia y luego de ella, los y las alumnas comenzaron a hablar de sus familias; que su abuela tal cosa, que su papá tal otra, que su mamá también le había explicado que esto era de tal o cual modo, que su abuelo le había contado tal otra cosa. Posteriormente al viaje, siguió otra etapa del trabajo: debían realizar entrevistas en profundidad o conversacionales a alguna persona que viviese en la Quebrada de Humahuaca (donde ellos viven y donde se encuentra el IFD) y que hubiese participado en alguna feria o en viajes de intercambio. Uno de los alumnos decidió ir a entrevistar a una abuela que vive en la zona; resultó que esa abuela era la abuela de otro de los alumnos, quien entonces también fue a entrevistar a su abuela. El otro le había “ganado de mano”, había pensado primero en su abuela. Ella había resultado ser una experta en ese tema, en ese aspecto de la historia regional. Surgieron con estas entrevistas muchas historias de familia. Cada vez más alumnos y alumnas decidían entrevistar a su abuela, a su mamá o a su papá. Otros entrevistaban a pobladores y vecinos de la zona, los ubicaban como conocedores del tema, personas que tenían experiencias importantes en relación con lo que estábamos investigando.

Me interesa detenerme y reflexionar en por qué ese alumno “le ganó de mano” al otro con su abuela, quien constituiría lo que llamamos en metodología “una informante clave”. Esto no lo dicen los alumnos, esto lo pienso yo. Es difícil desde la historia que se enseña, desde la historia que se propuso contar un relato nacional, pensar que nuestra abuela –en especial cuando nuestra abuela es indígena– tiene algo que decir sobre la historia, tiene algo para *contarnos* que forme parte de la historia. ¿Quién sabe la historia? Será en los libros... ¿Dónde se legitima la historia? ¿Será en la escuela...? Subrayé con bastardilla el verbo *contar* porque justamente en esta zona los abuelos cuentan, cuentan cuentos, los abuelos no cuentan “la” historia, cuentan historias. Esta historia, la de esta abuela, entonces entró en la historia de la mano de su nieto.

A partir de allí me dije: yo quiero trabajar con este tipo de investigación, una metodología que además de representar un espacio curricular más, que cada estudiante debe cursar y quiere aprobar, le permita hacerse algunas preguntas sobre la historia, esa disciplina que enseñarán algún día en las escuelas. Que les permita en definitiva re-pensar la historia de sus familias y de la región que es la suya. Es ambicioso, lo sé. La educación es de por sí un proyecto ambicioso.

El trabajo de cada uno de los alumnos desemboca en la presentación de un informe final, el que debe complementarse con una propuesta áulica; es decir, les pido que a partir de lo que han investigado durante el ejercicio, desarrollen una propuesta para enseñar ese conocimiento a alumnos de nivel medio y que su propuesta incluya igualmente una instancia de investigación para esos estudiantes del secundario.

Este es el punto de partida del segundo momento de la secuencia o experiencia. Les propuse a los estudiantes realizar un taller de historia regional en una escuela rural albergue en la región puneña; esto ya no formaba parte del espacio curricular, sino que se llevaría a cabo con quienes quisieran hacerlo en el segundo cuatrimestre. Se trataba de un segundo viaje de estudio, pero en este caso ya no a estudiar isino a enseñar! Enseñar y aprender, ya que sabemos que uno al enseñar aprende, pero la experiencia es aún más movilizadora cuando todavía no se ha estado frente a alumnos. Este era el caso de seis de los siete participantes de este nuevo desafío, de los cuales sólo uno había cursado el espacio de práctica y residencia. Implicó mucha organización y compromiso por parte de todo el grupo. Una de las actividades programadas para el taller consistía en salir por el poblado a conversar con alguno de los abuelos o

abuelas del lugar; para esa actividad teníamos unos cartones grandes de colores, con una pequeña guía de preguntas, que los alumnos de EGB leían antes de salir cada uno con el tutor de su grupo –uno de nosotros- a visitar al abuelo/a que le había tocado. Volvieron los grupos con sus notas, trayendo noticias sobre las ferias y los trueques, sobre lo que les habían contado los pobladores (muchos de ellos sus propias familias). Los mayores dijeron cosas importantes, los alumnos las comentaron en la clase. Por ejemplo, una señora les dijo a los alumnos que antes la gente iba a la feria pero ahora ya no van, les contó:

“Se cambiaba charqui, queso, carne, coipas, sal, chalona; también frazadas, mantas y chalinás. Se cambiaba con frutas, maíz de distintas clases, con ropero y cama. Venía gente de Bolivia, del Valle y de la Quebrada. Ahora a las ferias se va en colectivo y antes yo sabía que iban en burro. El camino ha cambiado, antes andábamos en burro y ahora en camioneta. Antes era bueno el cambio, porque así sobrevivíamos y ahora ya hay plata, todo es plata, años se manejaba el cambio y ahora el billete.”

Este testimonio oral nos permitiría en la escuela trabajar muchos contenidos de geografía, de economía, de historia. Permitiría especialmente no “naturalizar” las coyunturas y momentos históricos que nos tocan vivir, no pensar por ejemplo que el modelo económico dominante en la actualidad fue siempre el principal en cada sociedad.

Pero también le ocurrió a un grupo que la abuela que les tocó visitar, contestó: “¿Qué tengo yo para contar...? Yo no sé nada”. Me pareció que era duro para los adolescentes esta respuesta, y nos dirigimos a visitar a una señora más joven, que junto a una vecina que se encontraba en su casa, fueron contestando las preguntas. El problema es que muchas veces los abuelos no están preparados para que vayan de la escuela a preguntarles sobre temas que se supone enseñan en la escuela, como por ejemplo historia; ¿no se les dijo acaso durante años y años que era en la escuela donde se aprendía, que ellos no sabían, que eran analfabetos...? Esto lo conversamos con los jóvenes; tampoco era cuestión de que encima se quedaran con la idea de que la abuela ino había querido ayudarlos con la tarea! Esto también lo hablo con mis alumnos del profesorado, sobre la importancia de valorar lo que el otro tiene para contarnos, darle confianza de que lo que nos dice es importante para nosotros y que tiene mucho para enseñarnos. Esto forma parte de la técnica de entrevista conversacional, pero sobre todo se incluye en una formación en respeto y sentido ético.

Este segundo momento de la experiencia fue el resultado de la articulación con uno de los maestros de la escuela rural que nos recibió; me había expresado él su interés por trabajar con la historia de la zona y entonces fue cuando le propuse ir con mis alumnos. Luego de la experiencia, tanto él como otro docente, expresaron que los talleres por nosotros realizados, les servían para pensar en otras metodologías de trabajo con los alumnos de EGB; habían notado que las actividades que les propusimos a los jóvenes les habían permitido o motivado a expresarse oralmente, y consideraban que era éste un punto de debilidad que necesitaban trabajar.

Al año siguiente, 2007, organicé otra actividad igualmente relacionada con la metodología de la investigación en ciencias sociales, especialmente con la historia, pero de índole completamente diferente. Ante la propuesta del personal del Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy de comenzar a catalogar el archivo municipal de la ciudad de Humahuaca, les propuse a alumnos que hubiesen cursado el espacio curricular de Metodología implicarse en este proyecto a través del cual serían capacitados. A la catalogación del archivo en sí, se le agregó una segunda actividad: realizar el relevamiento de un archivo familiar de esa ciudad. Este podía consistir en documentos escritos pero también en fotografías; debían, por otra parte, realizar una ficha con algunos datos del dueño o dueña de esos documentos. Los participantes habían cursa-

do mi espacio en diferentes años, es decir que habían trabajado sobre diversos temas. De golpe pude escuchar durante el coloquio final de la capacitación, cómo ellos estaban formados para prestarle atención a datos y fuentes de diversa índole; que el tener ante sus ojos un documento escrito no les hacía desmerecer en absoluto las fuentes de tipo oral. Solos, muchos de ellos, habían ido contrastando y articulando fuentes. Los documentos que catalogaban en el archivo les hablaban de una cierta época y realidad de su ciudad de Humahuaca; querían conocerla mejor, y entonces se dirigían a la gente para preguntar y aprender.

Entender que a la gente común, y especialmente indígena, durante mucho tiempo se la dejó afuera de la "historia" es un punto importante en esta experiencia pedagógica; sus historias no estaban en los manuales que usaban sus hijos en la escuela, era una historia donde ellos brillaban por su ausencia. Y en definitiva cuando digo ellos: son los abuelos, los vecinos, pero son también mis propios alumnos. Por eso pienso que este modo de trabajar puede resultar "reparador" para todos, entrevistado y entrevistador. Para la docente también: me posibilita pensar y sentir que quizás mi trabajo tenga un sentido.

Relacionado con esta experiencia que vengo viviendo, hace unos pocos días, luego de finalizar el dictado del módulo "Historia Regional" del postítulo en Interculturalidad y Bilingüismo del IFDC N° 1 (Provincia de Jujuy), estábamos con la otra docente y con uno de los alumnos –un docente también con varios años de experiencia– y a mi pregunta de cómo le había resultado esta materia contestó, ante mi sorpresa: "Es como si nos hubiesen devuelto algo. Era como estar afuera de la historia". Escribo ante mi sorpresa, ya que no había pensado o sospechado que el sentimiento estaba tan vivo, que estaba resultando una verdadera necesidad. Definitivamente, no hay identidad sin historia. Y no hay identidad sin memoria. La cuestión es el lugar donde las memorias divergentes son legitimadas: ese lugar resulta ser casi siempre la escuela.

Docente autora: Lucila Bugallo

Localidad: Tilcara - Humahuaca

Coordinadora CAIE: Ada Elida Caliba

Instituto de Formación Docente N°2

Provincia de La Pampa



Índice

Provincia de La Pampa

Conectándonos	159
Celia Eberhardt	
Chinga y su historia	161
Natalia Costilla	
El dueño de la pelota	163
Filgueiro Lima	
Sobre los usos alternativos de la palta	167
Lautaro Pagnutti	

Conectándonos

Celia Eberhardt

Agosto de 2000. Taller de Expresión Infantil Piruetas. Un día difícil, de esos que uno quiere se borren de la memoria. Mis niños ¿Qué pasa con ellos? Llantos caprichosos, patadas furiosas, falta de atención, falta de respeto, falta... ¿Falta de qué?

Me siento a hablar con los papás y encuentro respuestas tales como...

"Son los dibujitos que mira". "Ahora cuando llegue a casa le cuento a su papá". "Y... todo el día con la niñera", etc. etc. etc. ¿Desinterés? ¿Falta de compromiso? ¿Justificación?

Algo tengo que hacer para revertir esta situación. Creo que debo trabajar desde lo primero, lo más cercano a mis niños, sus familias.

Pero cómo hacerlo, si a una reunión concurren menos de la mitad, me imagino si los invito a jugar, a charlar con mate en mano.

Algo se me va a ocurrir, así el "mote" de creativa ya me lo dieron junto con el Título!

¡Lo importante! No improvisar, así! Escuchar, indagar, conocer, comprometerse y trabajar.

Y así comencé... con notas decoradas en los cuadernos de comunicaciones que decían: ¿Qué significa mi nombre? ¿Quiénes participaron en su elección? ¿En mi familia, alguien se llama igual?

Sorpresa tuve al día siguiente cuando vi que aparte del niño con el cuaderno lleno con la consigna pedida, venía mamá, abuela y algún hermano, completando datos que pudieran faltar.

Mi cara cambió, vi que las familias apagaron el televisor, se demoraron un ratito en llegar más tarde a su trabajo y se juntaron todos en familia a trabajar.

Sí, a trabajar dijeron cuando leyeron... "Los invito a confeccionar en sus hogares una bandera representativa de su familia con material a elección".

Se imaginan los comentarios en la puerta ¡¡¡! Esos fueron: "vos, señorita, siempre con esas ideas"; "yo no sé, así que no lo hago"; "mi hermana me va a ayudar, ella es maestra y sabe"... etc.

Digo ¿habré hecho mal en pedirles hacer una bandera? ¡Ah no!... a mí con sus comentarios no me van a desmoralizar.

Llegó el día de las banderas... ¡Cuál más linda, más original, más grande!

Algunas tenían brillos; otras, papeles todavía pegoteados, telas, había pintadas, algunas de gran tamaño, otras pequeñas. Había algo en común que tenían todas. Era el AMOR con que estaban realizadas y eso se notaba. Estuvieron expuestas varios días en la sala. Por allí desfilaron las familias orgullosas de sus creaciones.

Cuando pasan estas cosas digo ¡qué linda la profesión que elegí!

También surgió "Mi diario" para que pudieran valorar la escritura, la lectura como forma de aprender, comunicarse, deleitarse y recordar.

Este diario confeccionado por los niños tenía diferentes secciones, como reportajes a padres, a un personaje de la comunidad, noticias del entorno como nacimiento de un hermano y cumpleaños del mes, recomendaciones ecológicas y sanitarias, creaciones de cuentos y otras...

El mismo fue distribuido entre las distintas familias del Taller y algunos negocios cercanos al mismo.

Los logros en las salas comenzaron a ser notorios. Ya no se notaban tanto los moretones, los gritos comenzaron a ser melodías y el desinterés pasó a ser sofocación.

Pero, seguimos insistiendo con Taller para Padres, con puestas en común sobre temas de interés, como “hasta cuándo el chupete” o “la llegada de un hermanito”.

También llegó “el baúl de los recuerdos” donde mamaderas, el primer osito y algún cordón umbilical comenzó a asomar.

Viajaron cassettes para que las familias grabaran canciones que luego escuchábamos con los niños riéndonos de algún que otro cantor.

Con Talleres de cocina y alguna mamá ayudante comenzamos a engordar, y escuchando el cuento de alguna abuela nos empezamos a asombrar.

Creo que este trabajo nunca termina, los niños cambian, las familias se reinventan, la tecnología nos envuelve.

Conectándonos podemos revertir cualquier situación. ¿Nos conectamos?

Docente autora: Celia Eberhardt

Localidad: Gral. Acha

Coordinadora CAIE: Miriam Álvarez

Escuela Normal de Gral. Acha

Chinga y su historia

Natalia Costilla

"Descubriendo intereses perdidos..." Un día en una escuela de una pequeña localidad, en nuestra querida provincia, llegué para desempeñar mi labor. Soy una docente suplente que hace algunos años vengo recorriendo muchas escuelas pampeanas. No es un lamento, sino una gran cosecha de experiencias variadas y gente diversa que nunca podré olvidar. Ser suplente sólo representa para mí una condición de revista, y no me siento "hoy" en distintas condiciones que mis colegas con más años.

La historia que quiero contarles sucedió hace unos años atrás cuando fui designada para atender un grupo de adolescentes. El grupo era pequeño, esto favoreció que todos pudiéramos conocernos rápidamente. Sabemos que la etapa que viven no es sencilla... Inmersos en la desorientación propia de la edad, sus primeras salidas nocturnas, los encuentros con sus pares de otras localidades con más accesibilidad que ellos para tener diversiones nocturnas. Al comienzo, mi llegada fue pura exploración. Poco a poco se fue nutriendo hasta llegar a una equilibrada y fructífera relación. Tenía que trabajar con ellos el área de Lengua y Literatura. El escepticismo de sus rostros me indicaba que debía plantear mi área de manera diferente a la que ellos conocían; y así lo hice.

Un alumno del grupo llamó mi atención. José era muy alegre. Por momentos se tornaba molesto para la clase. Por otra parte, era el centro de diversión, además de ser muy buen compañero. Físicamente José era robusto, piel morena, cabello oscuro siempre desordenado, y por sobre todo unos ojitos negros saltarines que lo hacían más pícaro. Hasta aquí no hay nada sorprendente, pero por sus características no tenía un desenvolvimiento escolar muy satisfactorio. Expresiones como: ¡Uh!... ¿leer esto?, ¿Para qué quiero yo aprender esto? Personalmente empecé a reflexionar sobre cómo continuar con él. Comencé a indagar por diferentes caminos, pero lo que primero decidí fue prestar atención a todas las palabras que pronunciaba mientras estábamos juntos. No solamente lo que me decía a mí, sino a sus compañeros o al resto de los chicos de otros años durante los recreos. Así comencé a comprender alguna de sus actitudes, y descubrí que era la misma mirada de él hacia la escuela. Su familia era humilde y vivía en la zona rural, en medio del monte. Sus padres eran analfabetos; por lo tanto el sueño de ellos era que alguno de sus hijos estudiara. Su hermano mayor trabajaba en el campo, y también tenía hermanitos menores que él. Comencé a escucharlo y advertí que a José también le gustaba mucho el campo y quería trabajar para tener su propio dinero, igual que su hermano mayor. Esto me dio una idea. En la hermosa biblioteca que tiene la escuela siempre realizaba mi selección de obras literarias para trabajar. A veces les sugería yo y otras ellos mismos elegían obras para leer. Luego hacíamos trabajos prácticos de las mismas.

Un día seleccioné obras de autores pampeanos. Quería sugerirle lecturas ambientadas en aquello que José conocía. A partir de allí, él siempre me pedía relatos: "... cómo esos, señora"; "como los del otro día..." Así fue como José comenzó a volcarse con gusto a las actividades propuestas de trabajo en el área. Ese año diseñamos juntos, todo el grupo de noveno, un proyecto de producción de textos. Sobre fin de año abordábamos temáticas relacionadas con el teatro. Entre todos surgió la idea de elaborar una obra teatral de tinte cómico para la fiesta de fin de curso. Fiesta muy esperada y de mucha importancia para la localidad. Allí, por supuesto, José participó con entusiasmo, porque realizamos una obra con características bien nuestras. José, con su perfil movedizo e inquieto, actuó motivado, comunicando lo que mejor sabía: la

¿Qué relatos pedagógicos publica la Comunidad CAIE?

vida en la zona rural pampeana. Ese día, en esa fiesta, José se sintió muy bien. Todo el grupo resaltaba su brillante actuación, y recibió muchas felicitaciones de la gente.

Finalmente, debo decir que yo me sentí feliz, fascinada por ese mágico encuentro. Aunque también algo acongojada porque tenía la sensación de que ese día quizá sería el último en que compartiéramos tan lindas experiencias. José debía rendir muchas materias ese año, y seguramente no lo haría... Pasaron los años y en nuestra memoria como en las fotografías aún queda el grato recuerdo de la magnífica actuación de José.

Docente autora: Natalia Costilla

Localidad: Macachín

Coordinadora CAIE: Natalia Lorena Rodríguez

Instituto de Formación Docente de Macachín

El dueño de la pelota

Filgueiro Lima

Poco sabía yo que lo que iba a vivenciar en aquella alejada región tendría connotaciones tan trascendentales para mi vida. Lejos estaba yo de imaginar, tan sólo por un instante, que aquel viaje en la frontera inicial de mi profesión me llevaría a recorrer caminos inhóspitos de tierra roja, sombras eternas, personajes místicos y sonrisas perdidas en la espesura de la selva; de niños que juegan y ríen sin saber que sus sonrisas estarían siempre en mi recuerdo acompañándome por el resto de mi vida. Llegué a Misiones con el club donde estudié, acompañado de compañeros y del más ferviente deseo de experimentar lo que los libros nos contaban; el viaje fue largo y tedioso y con muchas ansias; sabíamos a qué íbamos pero no qué nos deparaba el viaje. La profesora que nos acompañaba nos dijo: —Este grupo va a estar a 25 kilómetros de San Ignacio, en la Escuela N° 125; planifiquen con tiempo las actividades, los recursos, el tiempo disponible, etc.

Los preparativos para el viaje fueron pocos, ni nos imaginábamos lo que nos esperaba, noches de cielo brillante tal lentejuelas de bailarina, tan estrelladas que ni en sueños de mil y una noches podrían ser reflejadas; tierra de soñadores como Horacio Quiroga; tierra mística como el mítico personaje del Pombero, peligroso como el yagareté, que me despertaría en medio de la noche; tierra de sangre como la derramada por los guerreros guaraníes para mantener su independencia del yugo español.

Una vez en Misiones fuimos a San Ignacio, un pueblo chico que vive principalmente de la cosecha de sus tabacaleras y yerbatales; tiene sus ruinas, las famosas ruinas de San Ignacio: una gigantesca obra hecha por los jesuitas en el siglo XVII, sujetos evangelizadores enviados por los reyes de España. Su obra consistía en convertir a los indios; en su afán varios perdieron su vida, los guaraníes eran básicamente guerreros, el dejar las armas a un lado no estaba dentro de sus costumbres ancestrales. Los jesuitas ofrecían casa y comida a cambio de Dios y monogamia, eso es lo que más recuerdo. A las 17 horas nos subimos en un camión de la municipalidad y hacia allí partimos: a la Escuela N° 125. Nuestro grupo estaba integrado por cinco miembros cada uno con sus propias ideas y deseos de llevar a cabo la tarea programada, un poco más de media hora después de haber partido llegamos a una bifurcación de caminos y doblamos hacia la derecha, haciéndose más angosto por la espesura de la selva, 2 kilómetros más y a nuestra izquierda se abría un claro donde se erigía la Escuela. Por un lado se encontraba el edificio viejo, de madera con una enorme galería que la circundaba, maderas y vigas enmohecidas por el clima húmedo del lugar y el paso del tiempo, este era desde sus comienzos hasta hace poco tiempo el edificio donde se dictaban las clases. A pocos metros, el nuevo edificio con varias aulas, comedor, pequeño salón de actos, cocina y baños! como corresponde. Más allá, toda de tierra colorada, la canchita donde conocería mañana al dueño de la pelota.

Nos bajamos del camión, los compañeros que estaban arriba nos tiraron las mochilas y allí quedamos solos frente a este gran desafío. Un bocinazo y el camión se fue, se acercaron hacia nosotros dos señoritas maestras de impecables guardapolvos blancos, ni me imaginaba que hacía dos meses estaban esperando nuestra llegada, el guardapolvo lo habían lavado y planchado para la ocasión. Las dos señoritas se acercaron a saludar y a ayudar con los bolsos y la ropa y víveres que habíamos juntado durante seis meses para ayudar a la escuelita, a los pocos segundos salió el resto de la comunidad de la escuela integrada por otras tres maestras, el portero o encargado y su señora que además era la cocinera del establecimiento. Cuando

terminamos de acomodarnos ya era la tardecita, nos sentamos en el alar de la vieja escuela a tomar unos mates y degustar unas tortas fritas cocinadas para la ocasión. Nos preguntaron de todo, así nos dimos cuenta de cómo era la vida en estas escuelas olvidadas de nuestro país, donde muchos maestros, lejos de las comodidades de la ciudad, ponen su esfuerzo para que miles de niños aprendan; hay que tener temple de maestro y ojos de niño para estar allí, no es una vida fácil de ninguna manera, la soledad puede hacer que uno pierda la cabeza y hasta roce el filo de la locura. Un amigo dijo: —Qué espíritu—. Yo contesté: —Es vocación—. La noche cayó y el cielo se fue encendiendo de un rojo atardecer hasta un infinito oscuro encendido de luces como hogueras lejanas en la cúpula celestial. Llegó la hora de la cena, luego charlas y en medio de ellas ruidos extraños que nunca habíamos escuchado. Ludueña, el portero, nos explicó cada uno de los sonidos simplemente mirando la espesura y diciendo: —Mono, pájaro, ranas, yaguarreté.

Eran realmente muchos, el viaje había sido largo y sin embargo el sueño no nos abrazaba, el ansia, la sorpresa nos excitaba y así como así nos fue abrazando de a poco y mañana será un gran día.

Anticipación había dicho la profesora así que nos levantamos temprano, preparamos el desayuno, y allí nos enteramos que para la gran mayoría de los chicos era la primera comida luego de una larga jornada de trabajo después de la escuela, pero eso no era lo peor: no todos recibían el desayuno y, paso a explicar, la escuela tiene comedor. Para poder asistir al comedor los chicos tienen que tener un hermano escolarizado, las familias tienen al menos cinco hijos, otras hasta doce, uno va a la escuela y recibe el desayuno y la educación, y a eso de las 13 horas el almuerzo con sus hermanos de hasta doce años, que vienen a tomar quizás el único alimento del día.

Allí venía un grupete de niños y, en medio, al que todos festejaban, un chico gordito rechoncho, descalzo y con la pelota debajo del brazo, ese me di cuenta era el dueño de la pelota. Se acercó enseguidita nomás, nos vino a saludar y a contar que la pelota se la había traído el tío que vivía en Buenos Aires, dijo: —¿Podemos jugar un partidito con los chicos?

Y allí se armó el partido; entre polvo rojizo y gritos se jugaba el partidazo. Estos días que nosotros íbamos a estar en la escuela íbamos a ser los organizadores de todas las actividades desde las ocho hasta las dieciocho horas. Los alumnos venían a la escuela como podían, de a caballo, en burros, otros caminaban muchos kilómetros para llegar, todos solitos o acompañados por un hermano mayor, todos eran puntuales; para ellos nuestra estadía era una fiesta como cuatro días de juegos, eran sus vacaciones.

Lo que más me sorprendió de los chicos no era su color de ojos en su gran mayoría celestes y azules, ni qué hablar de que todos eran rubios. Ante tanta desolación que a mí me parecía una amargura, era para ellos su alegría, la alegría de ir a la escuela, de aprender, de tener otras cosas para hacer en lugar de trabajar. Llegó la hora del almuerzo, un guiso con mandioca. Los asistentes a esta hora se habían cuadruplicado, invitamos a muchos a quedarse después del almuerzo pero tenían que trabajar, debían volver a la cosecha. Los juegos continuaron todo el día, el dueño de la pelota no se despegaba de mi lado, a la noche me enteraría por qué: el asunto es que no era el tío el que se había ido a Buenos Aires, él vivía con su papá, cuando era chiquito su mamá murió, y el papá se los dio para que lo cuiden sus hermanas.

Tarde por la noche nos acostamos a descansar y lo que pensábamos que sería una noche de sueño reparador se convirtió en una noche de vigilia, escuchamos ruidos y apareció Ludueña escopeta en mano, y sigilosamente nos alertó de la presencia de una yaguarreté que buscaba hacerse de alguna gallina, se fue y al rato un disparo y un rugido que hicieron estrépito en

la noche. Regresó para tranquilizarnos... que todo estaba en orden, disparó sólo para ahuyentar su presencia. Realmente no descansamos, estuvimos medio alertas. Llegó la mañana, el desayuno, los mates y también la sorpresa: el dueño de la pelota nos había traído pastelitos, que habían cocinado sus tías. Allí, entre mates, hablé por primera vez con él, un poco motivado por su historia, la que me atraía en forma singular debido a su crudeza, la situación de muchos chicos trabajadores y el momento en particular de mi vida en el que me encontraba. Me contó sobre la escuela y su pasión por el fútbol, el dueño de la pelota tenía 11 años, era rubiecito, de ojos azules, medio regordete, entrador, como que estaba un paso más adelante que sus compañeritos; su pasión por el fútbol era además su meta, dijo que algún día se iba a ir a Buenos Aires a jugar en Boca, el club de sus amores.

Quién sabe, tal vez su sueño se haga realidad algún día. Hablamos y aprendí mucho de la vida en aquel lugar, pronto llegaron algunos chicos, y se fue a jugar. Otro día más de juegos y sonrisas; como detalle especial del día recuerdo que hubo una disputa por la pelota que fue atendida por una de las maestras. El dueño de la pelota además era el árbitro y el juez de línea del encuentro, ese era el privilegio de ser el dueño de la única pelota de cuero *Adidas* de toda la escuela. Así que había que estar de buenas con él, si no, no jugabas con esa pelota que picaba de solo mirarla.

A la tardecita se nos antojó a los profesores caminar unos siete u ocho kilómetros siguiendo el camino angosto a fin de ir a una despensa cercana a buscar una cervecita. —¡Ni locos! —grito Ludueña. Pocas palabras podrían describir la cara de sorpresa de nosotros. —Bueno Don, acompáñenos —le propusimos. —¡Ni pienso salir, estoy muy cansado! —nos contesto Ludueña. A lo que una maestra le replica: —¿No será que le tenés miedo al Pombero vos, che? —Baaah —contesta Ludueña. —¿Pombero? —dije. —Sí, sí —acotó la maestra— el Pombero; Ludueña cree que anda por esta zona del monte.

En realidad ni sabíamos de qué nos hablaban y debíamos saber de qué estaban hablando. Sólo por curiosidad, pregunté: —Perdón ¿Qué es el Pombero?— Nos explicaron que era un enanito como un duende que andaba en el monte silbando y que si te descuidabas su silbido te hipnotizaba, hacía que te llevara profundo en el bosque, que el Pombero era un enano perverso y malvado, que preñaba a las niñas que se internaban solas en el monte, y muchas cosas más que no hacían otra cosa que adornar más su misticismo. La curiosidad mató al gato: —¡Perfecto! —dijo una de mis compañeras— ¡Entonces vamos!

Ludueña nos acompañó, no dejó de quejarse de tener que caminar catorce kilómetros por una cerveza, y encima él no tomaba. La verdad que con el calor que hacía y el día de trabajo cansador, una fue poco. Para no regresar, la noche siguiente llevamos de regreso un cajón, el que quedó en devolver Ludueña. Ya de regreso, nos preparamos para ir a la cama, a dormir un rato, hacía mucho calor, nos fuimos a dormir con los colchones afuera, al alar, por una parte del techo se podía ver el cielo estrellado.

Dios se acuerda hasta de los chicos en estos lugares que parecen tan lejanos a nuestra realidad, les da alegría y esperanzas, entre pensamientos vagos me fui durmiendo. En el juego de pelota se produjo otra pelea, el hecho es que hacerle un gol al dueño de la pelota puede costar una expulsión, como castigo ejemplar. Muchos deseaban que se pinchara la bendita pelota, pero eso no pasaría, no había espinas y además la pelota era demasiado nueva. La solución sería entonces oficiar de árbitro; saqué de mi mochila las tarjetas roja y amarilla, que aún poseo, y lo primero que hice fue emparejar las cosas, armé los equipos nuevamente, ya que del lado del dueño de la pelota estaban los que mejor jugaban, por supuesto, además del dueño era el D. T.

Allí se reveló: —¡No, con mi pelota si no juegan no me van a venir a desarmar el equipo! Inmediatamente saqué la tarjeta roja. Lo envié al banco a que refresque sus ideas, mientras todos jugaban con su pelota. Ya hablaría con él. Más tarde lo invité a jugar. Así terminó el partido, con todos jugando. Luego del partido, lo llamé para patear unos tiritos al arco, como una forma de acercarme, ya que estaba ofendido, y le dije que pateaba bien, que era bueno y esas cosas, para que se me amigue de a poco, luego de una charla reflexiva ya era la hora. Los chicos se iban.

Al otro día no trajo la pelota, como que nos castigaba, pero no importaba, no íbamos a jugar al fútbol, habíamos preparado la despedida, muchos juegos grupales, torta para todos, hamburguesas, como en la Capital. El dueño de la pelota se mostró esquivo y a mis acercamientos, como al de las maestras, repetía: “por fin se van estos profesores así traigo mi pelota”, pero pensaba yo: ojalá se le pinche, así no trata mal a sus pares, despectivamente y con aires de mandón, la verdad era un fastidio para sus compañeros. La mayoría que lo soportaba tasaba a bajo precio su propia estima y, sometida a sus caprichos, sólo se conformaba con poco.

Lope de Vega inmortalizó la protesta de los mansos y oprimidos en su obra de historia y leyenda llamada *Fuenteovejuna*, donde se muestra que a veces el derecho y la razón de los rebeldes es superior a la soberbia caprichosa de los mandones. En el campito de la vida siempre existe un dueño de la pelota, en todas las escuelas del país existe un dueño de la pelota, sería lindo que la pelota se reparta mejor. Cuando esa tarde nos pasó a buscar el camión, el Intendente de San Ignacio envió una bolsa llena de pelotas.

Docente autor: Filgueiro Lima

Localidad: Santa Rosa

Coordinadora CAIE: Alicia Susana Francia

IFD de la Escuela Normal Superior “Julio A. Roca”

Sobre los usos alternativos de la palta

Lautaro Pagnutti

Recuerdo cómo en una ocasión aprendí los usos alternativos de la palta. Este vegetal de exterior rugoso que se asemeja a la cría aún por nacer de algún ya extinguido gigante jurásico y que alegremente engalana nuestra mesa, puede convenir a otras utilidades menos culinarias. Miro hacia atrás y evoco ese momento. El pibe muy molesto y hostil portaba, seguramente, un conflicto mayúsculo. Jonathan, si mal no recuerdo, era su nombre. Ese día realmente se las traía todas encima. Ante el requerimiento de una simple tarea, me chantó, tajante: —Yo no voy a hacer nada—. Frente a tanta convicción, tuve que afirmarme: —Sí que vas a hacer —lo desafié. —No, se equivoca —espetó en términos mucho menos académicos de los que aquí recuerdo. —Entonces salí afuera...—ordené ya enojado. Y saltó nomás de la silla con el típico movimiento de hombros que en buen criollo se traduce como “qué me importa”. Viendo que esa partida la perdía, arriesgué cuando el “desacatao” alcanzaba la puerta: —Pero además voy a llamar a tu mamá...

El golpe lo afectó. No pudo disimularlo. Quizás por eso puso un ladrillo más en su tozuda agresividad: —Mi vieja no va a venir para esto, dijo acentuando ese “esto” con expresividad literaria, casi con la fuerza poética del encono personificado. Aproveché a tomar aire y le expliqué que si la convocatoria afectaba a su madre, él iba a ser el responsable; que seguramente ella estaba muy atareada, y que se diera cuenta en qué tipo de complicaciones la arrastraba sólo por una conducta un tanto caprichosa y bla, bla, bla. Pero sus gestos y comentarios lejos de aplacarse fueron adquiriendo un claro *in crescendo* de voluntad guerrera.

Ya para esto, el ambiente del aula fue mutando su atmósfera de estudiantina por algo parecido a esos galpones de apuestas clandestinas. Si bien faltaban el humo, el alcohol y la malicia del cuchillo, el clima se asemejaba a esas historias magistralmente narradas por Dashiell Hammett en *Cosecha Roja*. Los chicos esbozaban las risillas entre pícaras y socarronas; las niñas se removían inquietas y nerviosas. De reojo, observaba esos rictus torcidos en semisonrisas que interrogaban hasta dónde iba a llegar el joven Jonathan; todo soezmente condimentado por los típicos corrillos y iuhhhh! que alentaban las ínfulas del fulano. Ante la presión y ya cara a cara, con mucha bronca apelé al chico de barrio que llevo encima y le solté groseramente: — Pero ¿a quién te comiste vos?, ¿quién te pensás que sos?...

Ante tamaña pedagogía de callejón, y como quien quiere dejar sentado que no va a aflojar, me arrojó aquel mazazo: —Y qué...cuando se inventó la pólvora se acabaron los guapos...— Esta vez el golpe lo acusé yo; nunca había escuchado algo tan sórdido para el ambiente educativo. Sólo pude atinar a decir: —¿Qué?, ¿me estás amenazando...?

No recuerdo con qué frase esquiva —pero sin menguar el tono hostil— plantó una retirada. Yo, por primera y única vez en mi vida, hice firmar un acta de compromiso. Por suerte la institución donde trabajaba era pionera en eso de transformar las reaccionarias y moralizantes “amonestaciones” en un intento de democratizar y madurar responsabilidades. Sin embargo, el hecho en sí me violentó más a mí que a él. Apelar a los papelillos correctivos era como perder algo, como un pedazo de inocencia, como un hiato bien atado de convicciones, como una filosofía quebrantada... El caso es que, pasado el trance, veo a Jonathan en el recreo charlando con dos amigos de otro curso. Yo, a la vez, era profesor de esos alumnos que eran —¿cómo decirlo?— difíciles, por usar uno de esos eufemismos escolarizantes.

Terminada mi jornada me retiraba a casa reflexionando sobre todo lo que había pasado ese día. En esos tiempos vivía en La Plata y viajaba desde esta ciudad a Berazategui en tren. Las cuadras que me separaban de la estación de Berazategui a la Media 7 (en el pionerísimo barrio San Francisco de Villa España) las completaba en bicicleta. Caminando con la bici por el andén me crucé con los dos alumnos que habían estado hablando con Jonathan en el recreo. Qué curioso -recuerdo que pensé- nunca los había visto por acá... Pero bueno, tampoco era algo tan extraordinario. Al momento de subir al vagón trasero –el típico reducto de quienes saben viajar por ese medio portando bicicletas– y cuando me encontraba en el menester de acomodarla sobre la pared metálica, percibí una extraña presencia. ¿Cómo contarlo cuando dura más decirlo que vivirlo? Digamos que fue algo así como un barbero invisible y volador, que con intenciones de arrancarme el bigote, trazó cual saeta una línea dinámica para terminar estrellándose en aquella pared metálica, por encima de mi bicicleta. El estruendo fue tan imponente que la gente gritó y se arrojó al suelo, como si de pronto ese vagón suburbano extrapolara un fragor desde Kosovo a este lugar del globo. Yo, atribulado, no salía del asombro; miraba ese verdor literalmente destrozado. Cuando me sobrepuse a la sorpresa, miré en derredor para ver si apreciaba esas pícaras carillas que había cruzado en el andén. Justo el tren hizo sonar su pitazo estridente y la máquina comenzó su chirriante trajín. Nunca pude verlos. Nunca pude comprobar mis sospechas, pero ese día Jonathan y sus compinches me enseñaron de forma muy didáctica los usos alternativos de la palta.

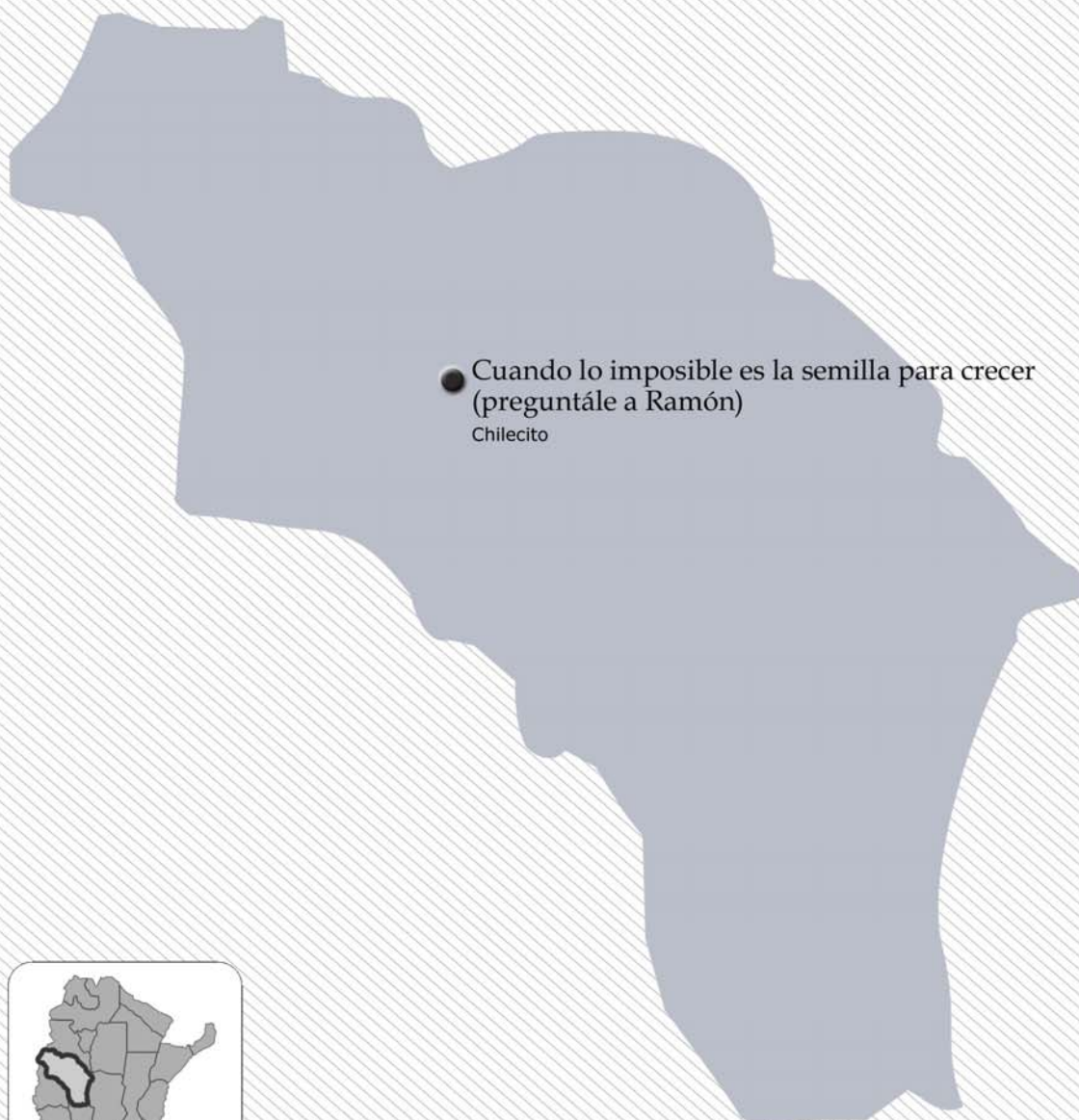
Docente autor: Lautaro Pagnutti

Localidad: Santa Rosa

Coordinadora CAIE: Mónica Lilian Marsal

Centro Regional de Educación Artística

Provincia de La Rioja



Índice

Provincia de La Rioja

Cuando lo imposible es la semilla para crecer (preguntále a Ramón)	171
Marcelo Miguel	

Cuando lo imposible es la semilla para crecer (preguntále a Ramón)

Marcelo Miguel

Casi todos los años se me escurre una frase del alma: "Claro, vos no conociste a Ramón..." Hoy, dieciocho años después, y desde mi nueva tierra, La Rioja, mi visión de lo que pasó sigue estando presente en mi retina y en algún rincón del corazón.

Transitaba el '89 en un 2° año del Bachillerato Comercial en Villa Río Icho Cruz, turno vespertino. Mi nombre: Marcelo Miguel (Marcelo para los alumnos), docente de Mecanografía. Como todos los años lidiábamos con las pocas máquinas que teníamos: una Continental de los años '40, una Remington (de la misma fábrica de los rifles) que ya luchaba con el tiempo antes de la segunda guerra mundial, un par de Olivetti Lexicom 80, que para nosotros eran la "tecnología de punta". Yo cargaba siempre con mi Olivetti Lettera portátil de la cual no me separaba nunca, era mi herramienta, mi extensión del brazo, la usaba para enseñar mecanografía.

En nuestra aula húmeda y penumbrosa nos desenvolvíamos mis alumnos y yo. Algunos llegaban tarde, si el frío o la lluvia retrasaban el paso de sus caballos cansados y viejos, pero fieles a sus dueños. Desde que bajaban de la montura, un propósito se les instalaba en la mirada, ellos presentían que con esfuerzo y con tesón podían llegar a ser "alguien", y "la secundaria" era la puerta a un futuro diferente. Yo trabajaba para mostrarles caminos que, con esfuerzo, tenían que construir para cumplir con sus deseos. Hoy rememoro, y tengo sensaciones que no han cambiado: cierro los ojos, siento sus voces y percibo sus sentimientos, e inevitablemente no puedo más que asociar aquello vivido con nuevas situaciones de desasosiego, de desamparo o de lucha que viven mis alumnos aquí en Famatina.

Distancias de hoy, distancias de ayer; vuelvo en el tiempo y recuerdo que la mayoría de los estudiantes no conocía más allá del horizonte serrano, a pesar de la cercanía de Carlos Paz y de Córdoba. La diversidad en las características de los alumnos era notable: madres mayores, madres jóvenes, púberes y un grupo de trabajadores de un amplio rango de edad lo constituían.

La máquina, en este caso la de escribir, configuraba una llave para acceder a un trabajo administrativo, sea en una oficina, en un comercio o una empresa de la zona, posibilidad que según ellos les permitiría ascender un escalón más en el contexto social.

Entre todos esos rostros se encontraba el de Ramón, un morocho alto, agradable, de condición humilde, que se destacaba por su autoestima y posicionamiento ante las cosas simples pero importantes de la vida. Había una particularidad que diferenciaba a Ramón del resto, le faltaban ambos antebrazos, sus extremidades terminaban en irregulares muñones.

Al observar esta característica de Ramón el primer día de clase, mis pensamientos y la realidad se confrontaron, entonces sentí algo que me acompañaría por un buen tiempo: una punzada de impotencia. ¿Cómo podía enseñarle a Ramón Mecanografía si le faltaban las manos?

Fue pasando lentamente pero de manera ineludible el tiempo, y yo cada semana volvía a 2° año a trabajar con mis alumnos. Les había enseñado la escritura a máquina sin mirar el teclado, mediante el Sistema Braille, así que en esta primera etapa nos abocábamos a identificar y estudiar la ubicación de cada letra, número y signo en el teclado, para luego comenzar lentamente a escribir. Busqué en mi mente entre innumerables perspectivas didácticas desempolvadas de libros de autores de escritorio y no encontraba un resquicio que me permitiera acercarme a una acción pedagógica concreta que sirviera para Ramón.

Fue entonces que comencé a aplicar algunas estrategias. Los agrupé de a tres: cada uno estudiaba el teclado, las particularidades de las máquinas y la función de sus partes y algunos aspectos relacionados con los hábitos y cuidados. Obtuve algunos pequeños resultados ya que Ramón, sin demostrar demasiado, parecía interesado. Entré en crisis desde el momento en que los alumnos comenzaron a escribir sobre las máquinas. Me preguntaba cómo iba a solucionar el problema.

Ramón, con disimulo, observaba cómo sus compañeros poco a poco aprendían a escribir mecánicamente; su rostro no traslucía dolor, más bien emanaba de él una energía que yo traducía como desafío, que se le instalaba como un brillo especial en sus ojos.

Esta situación precipitó que tomase la decisión de hablar frontalmente con Ramón y entonces le dije directa pero torpemente: "Ramón, ¿qué vamos a hacer?" Me miró con sus profundos ojos negros y con una suave sonrisa contestó simplemente: "No sé, profe".

A continuación me relató sus andanzas por el sistema educativo y los escollos que había tenido que transitar; me habló con el corazón cuando se refirió a la maestra que le había sacado el lápiz del pie (que lo hacía sentir ridículo) y se lo había colocado entre los codos para enseñarle con infinita paciencia y dulzura cómo garabatear y escribir sobre un papel. Yo lo escuchaba con admiración.

Tenía que buscar una solución. Le propuse diseñar una especie de "garfio" recto para cada brazo, atado con tiras de cuero como pequeños cintos, para que de esta manera pudiese golpe a golpe escribir a máquina. Recuerdo su rostro resplandeciente ante la posibilidad de superar un nuevo escollo en su vida. Fui a Córdoba a un comercio de Ortopedia, y le planteé al técnico el diseño y el desafío de fabricar tal artilugio. Pero pasó el tiempo galopando por los pasillos y las aulas de la escuela y no hubo respuesta: el técnico "no acusaba recibo".

Un día en pleno otoño, mirando por la ventana de la escuela un atardecer ventoso, giré mi cabeza y mis ojos se encontraron con Ramón. Tenía mi pequeña Olivetti entre sus breves brazos, la que había sacado con esfuerzo del estuche y colocado sobre su mesa con precisión de relojero. Nunca olvido ese instante. Tomó como un ave blanca una hoja virgen y, con la templanza de sus ojos, la colocó no con poca dificultad en la máquina, para empezar con torpeza pero con decisión a golpear con sus muñones un grupo de teclas que se arracimaban por escribir. Se aceleró mi corazón y tuve que aguantar una lágrima de alegría, Ramón volvía a mostrar su actitud, su fiereza. Había dado el primer paso. Con mi orientación y con la ayuda fiel de sus compañeros de grupo, Ramón comenzó a avanzar, lentamente pero con tesón, y luego de varias clases, con una puntería inexplicable, trató como con dulzura cada tecla que, obedeciendo a su mandato, escribía las primeras palabras de su triunfo; poco a poco venció nuevamente a la naturaleza y se catapultó como un avezado y prolijo mecanógrafo.

Yo conocí a Ramón, y él me dio algo que quizás nadie me pudo enseñar tan claramente, "que todo es posible", que sólo se debe intentar y perseverar sin claudicar. Como dicen los versos de Almafuerte: "No te des por vencido, ni aún vencido/ ten el tesón del clavo enmohecido/ que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo". A mí, me sedimentó la experiencia, y hoy creo más aún que la valoración de las potencialidades de los alumnos por parte de los docentes es primordial para que, a partir de esto y sus diferencias particulares, cada estudiante construya su conocimiento, acompañado por la orientación de sus pares y la del docente. Desde ese día, cuando yo o mis alumnos riojanos nos enfrentamos a un: "no puedo", "es difícil", "nunca lo voy a lograr", me acuerdo de Ramón, y se me entibia el corazón docente, y repito sin dudar: "¡Claro, vos no conociste a Ramón...!"

P.D.: A Ramón a veces lo visito y sigue en la lucha. Es buscado ahora por su habilidad como colocador de cerámicos. En mi último encuentro me dijo: "¡Profe, tengo otra changuita! ¡Me llamaron de una granja de pollos!". Cierro los ojos y lo veo acomodando, metódico y prolijo, cientos de docenas de huevos en las planas, con una sonrisa abierta, esperando un nuevo desafío. Ramón nunca deja de sorprenderme...

Docente autor: Marcelo Miguel

Localidad: Chilecito

Coordinador CAIE: Edgar Ricardo Pintos

Instituto Prof. Alberto G. Caverio

Provincia de Mendoza

Matías me tiró de la manga y me preguntó:
"Seño, ¿yo soy el resto?"

Mendoza

Lo molesto, ¿tiene cambio?

Godoy Cruz

Profe... ¡Usted lo ha cambiado todo!

General San Martín

Callar... esperar...

El valor pedagógico del silencio

Tunuyán

Uno conserva lo que no amarra

Bardas Blancas, Malargüe - San Rafael



Índice

Provincia de Mendoza

Uno conserva lo que no amarra.....	177
Verónica Álvarez	
Profe... ¡Usted lo ha cambiado todo!.....	187
Silvia Guarise	
Lo molesto, ¿tiene cambio?	189
Eduardo Mantovani	
Matías me tiró de la manga y me preguntó: “Seño, ¿yo soy el resto?”	194
María Beatriz Carrizo	
Callar... esperar... ..	197
Sara Leticia Molina	

Uno conserva lo que no amarra

Verónica Álvarez

Mi nombre es Verónica Álvarez, soy Licenciada en Comunicación Social, estudiante del Profesorado de Grado en Comunicación Social, en la Universidad Nacional de Cuyo. Desde los 18 años que doy clases, empecé en la educación no formal, en barrios del Gran Mendoza, trabajando mancomunadamente con diferentes OSC, dando talleres de comunicación popular en comedores infantiles y escuelas primarias. Las prácticas profesionales las realicé en el PROAME, programa que estaba subsidiado por el B.I.D. para financiar proyectos de organizaciones que trabajaban con niños y adolescentes en riesgo; este programa dependía, a su vez, de la Dirección de Minoridad de la Provincia. Fue a fines del año 2001... Si bien ya habíamos concluido el trabajo que debíamos realizar, con mi compañera queríamos hacer una gran puesta en común con las organizaciones participantes del PROAME. La reunión estaba programada para el 21 de diciembre a las 9 hs. en el salón de la Fundación Ecuménica. Pero, a las 8 de la mañana del 21 de diciembre, nos llama la trabajadora social que monitoreaba nuestras prácticas. Temerosa y con un tono de duelo, me dijo: "Chicas, se suspende la reunión, es peligroso juntarnos". Con mucha bronca, pero respetuosamente, le respondí que si bien había estado de sitio en el país, sólo existía inconveniente en el caso de que las personas se reunieran en lo que en ese momento era el foco de conflicto: los super o hipermercados; que no iba a ir la policía a suspender la reunión y a llevarnos en un camión celular. Me dijo que eso lo sabía, pero ella prefería suspenderla, y cortó. Eso, más las imágenes de la Plaza de Mayo, que las miraba sentada en el piso de mi casa, llorando de impotencia, me hicieron ver en ese momento algo así como el Aleph, como el cuento de Borges. "La clave es la educación", me dije.

Me surgió la necesidad de participar de algún modo de este proceso social básico, que bajo mi humilde punto de vista, es fundamental para que estas cosas no vuelvan a pasar; un pueblo ignorante es más fácil de avasallar, ya sea con violencia física o simbólica. En el año 2003 comencé a trabajar en educación formal, mi máxima aspiración es un magister en comunicación y educación, pero me interesaba, me interesa, antes de eso, conocer desde adentro los diferentes niveles del sistema secundario y de diversa naturaleza. Empecé en un colegio estatal, luego en un estatal marginal, para pasar a un privado. La modalidad albergue era algo pendiente. Cuando se daban los llamados, no coincidía con mis posibilidades de transporte, etc. Hasta que un fin de semana, una amiga me comentó que se llamaba a concurso por unas horas en una escuela albergue de Malargüe, en Orientación Social. Antes de concursar, averigüé quiénes tenían competencia para el cargo, y ahí supe que los trabajadores sociales, y empecé a buscar cuál era la tarea específica del orientador. Encontré data en sitios de México y España, y algo de Argentina. Y me di cuenta qué es lo que los comunicadores hacemos en comunicación organizacional, trabajar con los diversos grupos que componen una organización, para fortalecer los flujos de comunicación en todos sus niveles: interno, interorganizacional, y externo. En una escuela, demanda mayor labor en el grupo de los alumnos, para detectar potenciales causas de deserción y/o repitencia, por lo tanto, el trabajo es mancomunado con los padres. Igual concurrí a informarme cuando se hizo el primer llamado.

Concurse en cuarto llamado, y hasta el día de hoy me lo pregunto, no sé por qué lo hice. Con el no auestas, pero teniendo en cuenta lo que siempre me dice mi abuela, "no hay peor trámite que el que no se hace", fui al llamado. Para mi sorpresa, el director me llama a mi

casa para decirme si quería las horas. Me explicó que sólo había colectivo 2 veces a la semana, que había que hacer dedo, que sólo contaban con el teléfono semipúblico del pueblo, etc. Cuando dejé de hablar con él, me aterró: ¿Qué hice?, me preguntaba una y mil veces pero, a la vez, era una realidad tan desconocida para mí, que me generaba una intriga más grande que el miedo. La escuela está ubicada en el distrito de Río Grande, en la localidad Bardas Blancas, Ruta Nacional 40, a unos 67 km de la ciudad de Malargüe. En una región que es montañosa, y a 1400 metros SNM. Viven ahí aproximadamente 150 personas, hay un Centro de Salud, el Destacamento Policial, la oficina de Registro Civil (que funciona sólo cuando la "civilera", como le dicen los chicos, puede estar por la zona), y hay 3 hosterías que brindan servicios de alojamiento a viajeros que circulan por la ruta nacional 40. Es una zona de inviernos rigurosos, la temperatura promedio oscila entre los -15° y 5° C. El viento es permanente durante casi todo el año, con ráfagas fortísimas, o brisa, pero está siempre presente.

Cuando me enteré de todas estas características del lugar, me hicieron elaborar ciertos prejuicios acerca de cómo debía encarar el trabajo: seguramente me encontraría con chicos ensimismados, con cierta desconfianza hacia alguien nuevo, por lo que pensé actividades de presentación para los diferentes cursos, y que no tuviesen demasiada duración. También imaginé que durante mi primer período de clases, empezar a conocer el plantel docente iba a llevar tiempo. Las entrevistas personales tanto para los docentes como para los chicos, tenía pensado desarrollarlas en los meses de setiembre y octubre.

Debía hacerme presente el 17 de agosto, pero como el colectivo salía muy temprano a Bardas, hice noche en Malargüe: por supuesto, no dormí. Esperando el colectivo en la Terminal, pregunté a una señora dónde sacar el pasaje a Bardas; me indicó: "Ahí, donde está la chica". La "chica" estaba delante del kiosco (del único kiosco-bar con que cuenta la Terminal de este departamento) detrás de un mostrador. Me dirigí hacia la oficina "móvil", y saqué mi pasaje. Al volver a mi lugar, la señora me preguntó: "¿Vas a la escuela de Bardas? ¿Sos maestra?" "Sí, voy a la escuela, pero a la secundaria". A partir de ahí charlamos hasta que el colectivo llegó. Debo decir que encontrarme con esta mujer me tranquilizó un poco, ella me comentó que en Bardas hacía mucho frío y corría viento permanentemente... "Y los tábanos m'hijita... já, te llevan en andas..." Llegó el colectivo: el típico ómnibus de los documentales en blanco y negro que muestran el origen del invento argentino... sólo que tenía colores... de manchas de óxido.

Me acerco a la señora, que a esa altura sabía que era Agente Sanitario en la zona, y le pregunto dónde se cargaban los bolsos... me mira, se ríe socarronamente y me dice: "No m'hijita, acá nos acomodamos como podemos, y agradezcamos que no llueve, que si no, nos llovemos más adentro que afuera"... Efectivamente, nos acomodamos como pudimos: cajas con mercadería, bolsos, bolsas de harina, de maíz, cajitas con mercadería, bolsos, gente. Sí, así, en ese orden. La gente sentada; los bolsos, prolijamente acomodados entre la parte trasera del asiento del chofer y el primer par de asientos, y en la hilera final de asientos.

Me fui al fondo, acomodé el bolso detrás de mí, sentía desconfianza. Me senté al lado de una chica que había escuchado mi conversación con la otra señora: "Así que es la primera vez que vas a Bardas". Entre sorprendida y desconfiada le respondí que sí "¿Y por qué te sentaste al fondo?", me preguntó. No dije nada, pero se ve que mi cara lo dijo todo. "Ya te vas a dar cuenta por qué", me dijo, y nos pusimos a charlar del clima, las características del colectivo, etc. Me comentó que estudiaba enfermería, como su madre, y que viajaba a visitar a su abuela que vivía en El Alambrado, más allá de Bardas. Y se ofreció a indicarme dónde debía bajarme para ir a la escuela. El colectivo emprendió su marcha, y el viento helado empezó a colarse por la ventanilla, que no cerraba bien, pero nadie iba a insistir en cerrarla porque estaba muy trizada.

“Que suerte que no llueve”, me dije. Antes de llegar al cementerio, el colectivo se llenó, y desde 4 asientos antes de llegar al fondo, el pasillo se transformó en baulera improvisada: más cajas, bolsos, y bolsas. No lo podía creer, pero lo que más me llamó la atención no fue tanto la sensación de ser una baulera vidriada con gente, sino la armonía en que se desarrollaba todo: nadie empujaba o insultaba al chofer, ni se ofuscaba porque le movían el bolso. Mientras observaba la escena de cómo el pasillo se acortaba cada vez más, y pensaba: ¡¿Cómo bajo?! La chica me miró y me dijo: “¿Viste por qué te tenés que sentar más adelante cuando vas a una de las primeras paradas?” “Sí, entiendo”, le dije, y me sonreí. ¿Qué más podía hacer a esa altura?

Saliendo de la ciudad de Malargüe, el chofer resolvió que la gente que iba a Bardas se trasladara a una *traffic*. Me angustié porque perdía a mi compañera de asiento, y cómo iba a saber dónde bajarme. Mientras “desenterraba” mi bolso de entre cajas y bolsos, tuve la misma sensación que cuando vas a una oficina de cualquier repartición pública, “alguien sabrá decirme cómo dar con el lugar indicado, sólo se requiere paciencia.” La chica me dijo: “Mirá, ese señor yo sé que es profesor, seguro va a la escuela secundaria”. Le agradecí mientras, sin pedir ayuda, alguien me tomó el bolso y comenzó a pasarlo hacia adelante, para que pudiera atravesar el pasillo y hacer el trasbordo más rápido. Pude localizar la parada sin problemas. Al bajarme, bajaron también el profesor (quien me había ayudado a trasladar mi bolso del colectivo a la *traffic*) y otra chica que también era docente de la escuela secundaria. Comenzamos a caminar, ellos apenas unos pasos delante de mí. Como para romper el hielo, pregunté: “¿Ustedes van a la escuela?” “Sí, ¿vos también?”, me respondió ella. “Te ayudamos con el bolso”, me dijo él (mi bolso era enorme pues como me habían dicho que hacía tanto frío, me había llevado casi todo el ropero de invierno, y eso que iba sólo por cinco días).

Nos presentamos, y así fue como conocí a Raúl, Ingeniero Agrónomo, y María del Mar, Técnica Superior en Comunicación Social, y nos fuimos por la calle principal de Bardas, hacia la escuela que se veía a lo alto y a medida que nos íbamos acercando se hacía más pesado porque la calle era más empinada. Primero pasé al albergue, María del Mar iba indicándome los lugares. Al ver a uno de los chicos me dijo en voz baja: “Acá se dan dos besos al saludar”. Observé cómo lo hacía ella, y luego el chico, si bien me miró algo tímido, me saludó. Dejé mi bolso en el albergue, ahí Marimar me explicó que se compartía el espacio del albergue con las alumnas, porque al ser un edificio compartido con la escuela primaria del lugar, las maestras no dejaban (no dejan) la llave del dormitorio que correspondería para las profesoras. Por cuestión simbólica más que funcional, con los armarios que contienen los casilleros destinados a las alumnas, se había hecho una división alumnas-profesoras. División que se tiene que realizar al principio de cada período, pues a la escuela primaria no le es útil, por lo que la desarmen.

Cuando entré a la escuela, me llamó la atención el multiuso de la galería: entre la puerta de emergencia y una de las puertas de entrada a la escuela, hay un pasillo de unos 2 metros aproximadamente; ahí, cerrada la puerta de emergencia, funciona la secretaría. Frente a esta, había unos bancos donde estaban los preceptores; al costado, debajo de una cartelera, 2 bancos improvisaban la sala de profesores; en el medio de la galería una mesa de ping pong. Marimar me presentó a Cecilia, la Coordinadora, y me dijo: “Te dejo en buenas manos”. Nos sentamos en la “sala de profesores”, comenzamos a hablar. En realidad, yo preguntaba: mi miedo, mi ansiedad por lo nuevo y desconocido, no me dejaron ver que le estuve haciendo preguntas por casi 2 horas. Durante el almuerzo, esperando mi turno para servirme la sopa (los profesores se sirven al final, ya que la prioridad son los chicos), unas alumnitas me preguntaron: “Profe, ¿usted qué nos va a dar?” Y ese fue el pie para que me presentaran delante de toda la escuela.

Después del almuerzo, el preceptor me avisó que los de 2º de Polimodal estaban libres, y me pidió si podía estar con ellos. Me indicó el curso, abrí la puerta, despacio, ya que no escuchaba el típico bullicio de hora libre (al menos para mí era típico). Estaban sentados en grupo, algunos escribiendo, otros dictando tareas. "Permiso", dije. Estaba cada uno en su lugar terminando la tarea que un profe les había dejado. Una vez que estuve dentro del curso hubo un silencio que, admito, me dio algo de temor. Me volví a presentar, les escribí mi nombre en el pizarrón y les pregunté uno a uno el nombre y la edad. Ya no recuerdo por qué, la charla fluyó a tal punto, que me comenzaron a contar las diferencias que tenían con una profesora, quien los había ofendido: "Le dijo al Daniel, profe ¡al Daniel!, que la escuela no era un hotel, que se venía a estudiar!" Daniel es el gigante más tierno que he conocido, un metro ochenta con voz grave, pero suave, de caminar lento, siempre sonriendo, y muy aplicado a las tareas, y como dicen ellos, más bueno que el pan. En ese momento, sonriendo, Daniel me dijo: "Pasa que ella no entiende el ritmo de uno, profe, yo estaba mirando al pizarrón pero estaba tratando de acordarme la fórmula que nos había dado, no era que estaba sin pensar". Y la "conversa" siguió hasta que la campana la interrumpió. Esa campana, también, hizo estallar la imagen de chicos ermitaños que yo tenía hasta ese momento.

Al concluir la jornada, después de arriar la bandera, el preceptor anunció que había taller de lectura. La Coordinadora ya me había comentado cómo se trabajaba transversalmente la lecto-comprensión y se reforzaba con ese espacio. Lo que no me había comentado era la dinámica. Las filas se rompieron armoniosamente, y fueron a buscar cada uno una silla, y luego armaron una especie de círculo que se resistía a serlo, más bien era un óvalo, dado que la mesa de ping pong ocupa una buena parte de la galería. El Preceptor, el Director y la Coordinadora se mantuvieron parados, detrás de los chicos, a un costado, la única que tomaba nota era la Coordinadora. Y en este rincón... los profesores, sólo los que no se habían ido al albergue; también estaban la secretaria y la preceptora, quienes continuaban con su labor. Me senté en una banca que está incrustada a la pared, entre el óvalo que habían armado los chicos, y el resto de los docentes. Escuché las lecturas, las interpretaciones y las devoluciones que eventualmente les hacía la Coordinadora. Percibí muchos nervios que se notaban en la voz, o en el temblor al sostener el libro, algunos más tímidos que otros, pero todos, en las interpretaciones, se limitaban a usar las palabras textuales del autor, e incluso a veces releían una parte, escuché escasas palabras de ellos. Aunque, a pesar de eso, la mayoría leía voluntariamente. Leyeron aproximadamente 8 chicos, luego, el óvalo se rompió armoniosamente.

Durante los siguientes días me limité a observar, sabía también que estaba siendo observada tanto por alumnos como por los profesores. También yo observaba a ambos. Comencé haciendo las entrevistas a los docentes, primero con los preceptores, luego, en una hora libre comencé con los chicos. Hasta que uno de los cursos tenía hora libre porque no había llegado la profesora; pregunté si existía un aula vacía para poder aprovechar el tiempo y avanzar en las entrevistas. La secretaria se sonrió y me dijo: "Lo que ves es lo que hay". Y lo que hay son: 5 aulas (de las cuales una es devenida en aula, ya que era una especie de casa de algún maestro), la galería (que como ya dije es multifunción), los baños, un depósito y la Dirección. Me sugirió que comenzara las entrevistas en la Dirección, pues el Director se había ido a una reunión y el lugar iba a estar libre. Como era agosto, y afuera corría tanto viento y hacía mucho frío, me pareció acertada la sugerencia.

Llegó el Director, y más tarde la profesora (con un retraso de unos 40 minutos aproximadamente); fui a hablar con ella, le pregunté si desarrollaba tema nuevo, me dijo que para ella era el primer período también, y primera clase, que sólo era presentación y revisaría las

carpetas por lo que no había problema en que terminara la entrevista con ese alumno. Continué en la Dirección. Abruptamente, el Director interrumpió diciéndome que la profesora había llegado, le expliqué que yo había hablado con ella pero, golpeando nerviosamente unos papeles sobre el escritorio, poniéndose colorado, sin mirarme a los ojos, me dijo: “No me importa, acá las horas de clases son las horas de clases, y no se interrumpen por nada, ¿eh? por nada”. Sin decir nada, salí del lugar, le pedí disculpas al alumno, y le dije que después continuaríamos.

Al otro día, llegó el padre Ramón, confesó a la mayoría de los chicos durante las horas de clase; salían de a uno, y como el padre tenía que hacer, la misa se hizo en la escuela, a las 17 hs, ocupando parte de la jornada de clase. Ahí entendí dos cosas: que los milagros existen, y que si quería entrevistar a toda la escuela debía trabajar a contra turno. Si había horas libres, las entrevistas las tendría que hacer afuera, al viento, buscando el sol. El primero en encuestar a contraturno fue Diego, un chico de 8º. Fue uno de los primeros en encuestar porque fue el que el Director, el preceptor y algunas profesoras me habían dicho que era quien más problemas generaba.

Diego entró al curso, que eventualmente oficiaría de “gabinete”. Entró trémulo, vestido todo de negro, remeras mangas cortas, pantalones anchos, con cadenas colgando, muñequera negra en la mano izquierda. Me dio la sensación de estar frente a alguien que nada tenía que ver con el lugar. Lo saludé, se sentó frente a mí, y comenzó a temblar, sus manos transpiraban, se las refregaba constantemente, una gota de sudor descendió lentamente por su sien. Traté de tranquilizarlo, le aclaré que lo que iba a preguntarle era confidencial, que la entrevista era para conocerlo, para saber su punto de vista sobre algunas cosas de la escuela, saber si él consideraba si había algo que mejorar o cambiar en la escuela. Me dio su nombre completo, su edad, en qué año estaba. Le pregunté si el primario lo había hecho en esa escuela, me dijo que no, que él venía de un pueblo de Neuquén, que su abuela lo había traído.

Luego de las preguntas intro de cualquier encuesta que busca medir variables socio-económicas, le pregunté si se sentía a gusto en la escuela. Él seguía transpirando, refregando sus manos despacio pero fuertemente. Me dijo que ahora se había acostumbrado (era agosto), pero que al principio le costó mucho, que las primeras noches no había podido dormir, porque le había tocado la parte de arriba de la cucheta, y por el viento, que producía un zumbido en la ventanas. “A mí me ha pasado lo mismo, Diego”, le dije: “Llevo aquí tres días y la verdad tampoco he podido dormir, tampoco me gusta la parte de arriba de la cucheta, pero no había más lugar cuando llegué”. Se sorprendió, dejó de refregarse las manos, y me sonrió. “Ya va ver que se va a acostumbrar, señó”, me dijo. “¿Faltaría mucho para eso?”, le pregunté. Volvió a sonreír, esta vez con más ganas. “Seguro que no, aquí el viento es feo, pero la gente es muy linda”; en tono de confesión le dije: “Ahora lo que he hecho, es no ponerme cerca de la ventana para escuchar menos el silbido del viento”. Se sonrió con más ganas y me dijo: “¡Yo hice lo mismo!”

Luego de esta pequeña puesta en común de cómo había sido el proceso de adaptación de cada uno a la escuela, Diego se tranquilizó, y comenzó a contarme por qué su abuela lo había enviado a una escuela albergue tan lejos de su casa, por qué vivía con la abuela, por qué usaba el negro, y yo descubrí otro brillo en su mirada, y en mí supe que los nudos en el estómago no son perceptibles cuando están para las otras personas, pero sí cuando se distienden y desaparecen. Yo sabía que esa entrevista era crucial para las venideras, ya que seguramente él sería el centro de preguntas del resto de sus compañeros por ser el primer alumno entrevistado de manera completa, de toda la escuela, y eso podía ser una puerta que se abre, o una fortaleza imposible de franquear. Diego se despidió con un “Gracias, señó”, y llegó la hora de la cena. Afortunadamente, fue una puerta que se abrió.

Al otro día, antes de izar la bandera, se acercó un grupito de chicas a preguntarme cuándo las iba a entrevistar a ellas. Fue así como entrevisté a todos los alumnos, sin forzar nada, y conociéndolos poco a poco a ellos, y por medio de ellos y sus representaciones, a sus costumbres. Así fue también cómo percibí problemáticas tales como baja autoestima, carencia afectiva, falta de la internalización del trabajo en grupo, diferencias marcadas de género, y desconocimiento de derechos. Por todo esto, me di cuenta de que la clave era el taller de lectura, porque era un espacio donde se podía trabajar con otros tiempos, y donde los chicos y chicas se sintieran sin la presión de ser evaluados, y generar un ámbito donde se sintieran más cómodos para poder expresarse. También donde los docentes podíamos mostrarnos de otro modo, plantear temáticas de un modo más ameno para reflexionar sobre ellas. Me parecía que era la opción para hacerlos ver que ellos tenían palabras propias y lo que había que hacer era fomentar la internalización de la dinámica de grupo, usando estrategias lúdicas respaldando así el trabajo realizado hasta el momento por el taller de lectura que ya existía.

Me reuní durante la franquicia con Cecilia, la Coordinadora, y le comenté la idea: formar grupos inter cursos para trabajar la integración ya que, según de la zona de donde venían, a muchos chicos a veces les hacían chistes de mal gusto. Grupos de no más de 10 chicos aproximadamente, donde en el taller de lectura, cada uno leería un cuento, luego, haríamos la puesta en común de lo que cada uno había leído. Entre todos elegirían uno, que trabajaríamos abordándolo desde lo superficial hasta lo más profundo, y ellos luego de reflexionar sobre el tema del cuento, modificarían la historia en una canción, una dramatización, dibujos o afiches, para compartir la reflexión frente a toda la escuela.

Cecilia tuvo toda la predisposición de escuchar mis propuestas de variaciones, e inclusive, tuvo la grandeza de escuchar mis sugerencias respecto a cómo estaban llevando el taller hasta entonces: le dije que ellos no se sentaban junto a los chicos, que tratara de retener más datos y anotar menos, porque de afuera no se veía como un taller de lectura, sino más bien como una instancia más de evaluación, y si ya les costaba leer, esa actitud potenciaba ese temor a leer y expresarse en público. Al regresar a clases se realizaron talleres como se venía haciendo, y Cecilia, el Director y el preceptor tuvieron en cuenta mis sugerencias. A mitad del período, comenzamos a trabajar con las variaciones. Para eso, repartimos estratégicamente tarjetas de colores para armar grupos bien variados. Lo hicimos 10 minutos antes de un recreo en la mañana; en el recreo, nadie fue a la mesa de ping pong o afuera hasta no desambiguar la intriga de saber con quién le había tocado estar en el taller de lectura. Una vez conformados los grupos, citamos para las 19:30 hs al grupo celeste.

Era una prueba para nosotras: de la impresión que se llevara ese grupo, dependía la impresión que se transmitiría al resto de la escuela, sumándoles ingredientes a su estilo, por supuesto. En el mismo grupo teníamos, por ejemplo, a Juan, simple y transparente como su nombre, alumno del último año, escolta, quien se prendía en cuanto propuesta artística se le hiciera. Juan también era el representante (el primero que tuvo la escuela) del Consejo Estudiantil. Sabíamos que Juan nos iba a ayudar a realizar la dinámica en el primer taller de lectura y reflexión, y de hecho así fue. Pero también estaba la Coky... iqué decirles! Están las personas que se quejan... y la Coky...

La primera clase del taller superó mis expectativas, como lo dije anteriormente, sabíamos con la otra profe que esa primera clase era crucial para el desarrollo del taller. Esa tarde, 19:30 hs llegaron todos puntuales al aula! (los mendocinos tenemos esa característica: poner horarios para llegar entre 5' y 15' más tarde). Más allá de que el taller era obligatorio, como estaba después de la hora de recreación, era esperable que tuviéramos que salir a buscar a

quienes tenían que venir al taller. Evidentemente, la intriga pudo más que el fútbol, la tele y el mate. Explicamos nuevamente la dinámica del taller. Si bien estábamos sentados en ronda, cada uno estaba sentado como más cómodo se sentía. Leyeron todos individualmente, en silencio. Luego, cada uno expresó el tema, y cómo transcurría la historia. Y ahí percibí un tibio primer avance: las ideas las expresaban mejor, y algunos de los compañeros del grupo se atrevieron a preguntar sobre la historia que acababa de relatar el compañero o la compañera. Hicimos un listado en el pizarrón con los temas de los cuentos leídos. Entre todos eligieron uno, algunos por el planteo de la historia, otros, por la potencialidad artística que tenía. Los 40 minutos se pasaron volando. Por supuesto, a la que no le agradó ni la dinámica, ni el cuento, y menos la opción de la obra de teatro, fue a la Coky.

Los chicos salieron del aula a las 20:15 aproximadamente, y se dirigieron al albergue a higienizarse rápido ya que a las 21 hs cenan. Nos quedamos con Cecilia haciendo una puesta en común y ajustando detalles para el otro día. Al subir al albergue (está unos metros más arriba que la estructura de la escuela; entre un edificio y otro habrá unos 15 metros aproximadamente), la cena estaba por servirse, la mayoría de los chicos bañados. Esta vez no estaban acomodados para esperar la confirmación de que pasaran a servirse. Estaban alrededor de la Coky escuchándola atentamente... sentí un escalofrío, pero avancé con paso firme hacia los dormitorios. Igual me interceptaron dos varones y una nena al grito de "¡Profe, Profe!" Me volví, y Maria del Valle fue la voz de la duda colectiva de los que aún no participaban del taller: "Profe ¿es verdad lo que dice la Coky? ¡¿Que el taller ahora no tiene ni un brillo?!". Y respondí con una pregunta hacia la Coky: "¿Por qué decís eso, Coky?" y ella, apoyada contra la pared, muy relajada de hombros, me miró con sus ojos enormes, y me dijo "Baaah que, si es verdá, no tiene ni un brillo eso, yo no voy hacer naá", y la voz del preceptor interrumpió la conversación: "Chicas, a servirse".

La cena transcurrió entre cucharadas de sopa y toda clase de preguntas acerca de la nueva modalidad del taller. Al menos, había mucha intriga, y eso, en este caso, yo lo interpretaba como un motor, no como un obstáculo. Al otro día, continuamos con el taller. El cuento elegido para trabajar se llamaba "El perfecto": se trataba de un hombre obsesionado por el orden, al punto de olvidarse de vivir. La historia transcurría en distintos escenarios, pero lo que más graficaba al personaje era su trabajo en una oficina. Cuando muere, su tumba queda torcida. Las reflexiones, si bien las guiábamos con preguntas disparadoras al principio, empezaron a arrojar ideas más que interesantes. Como por ejemplo, que no servía ordenar cosas si uno no estaba en "orden" con lo que sentía, que a veces, las personas están tan solas, que con sus actitudes hacia los demás aumentan su soledad.

Pero aquí me quiero detener un ratito: también en este grupito estaba Érica: una nena bien morruda, de ojos achinados, carácter fuerte, de tez blanca, con pómulos rojos que reflejaban el paso del aire de montaña por su piel. Érica, hasta ese momento, había sido muy esquivada conmigo. Y por algunos momentos, soberbia. Hasta ese momento ella no había dicho nada. De repente, entre medio del bullicio de las ideas de cómo construir a los personajes, con su voz ronca dijo cómo debía ser la secretaria del señor perfecto para que el resto de los chicos pudieran interpretar lo obsesivo que era con el orden. Describió al personaje como alguien totalmente opuesto al personaje central. "Muy buena idea, Eri", le dije, y apunté en el pizarrón su idea, preguntándole si estaba bien cómo la había escrito, sin darme vuelta. Cuando lo hice, me dijo, "Sí, profe, así", y percibí que su tono y su actitud eran (afortunadamente) muy distintos. Fue increíble cómo cambió su actitud a partir de ahí, durante ese encuentro, y en adelante, para conmigo. Eso fue otro avance de los primeros encuentros del taller de lectura y reflexión.

La primera puesta en escena de lo trabajado en el renovado taller de lectura fue muy fructífera para los chicos, pero ellos, previendo su público, cambiaron la espacialidad de la historia para que al resto de los chicos les fuera más fácil la llegada de la reflexión, y ubicaron la acción en una escuela. Los chicos entendieron el mensaje: todo punto extremo es malo, ni excesivo orden, ni caos para poder vivir y disfrutar la vida. Los grandes, algunos, se ofendieron, porque pensaron que los chicos se estaban burlando de ellos. Lamentable. Eso me dio información acerca del clima institucional de la escuela. A los chicos, les generó algo de temor a la hora de elegir los cuentos, ya que ellos no habían tenido ningún tipo de mala intención en hacer esa historia, y sentían que les podía pasar con cualquier otra historia, que los grandes que ellos tenían como referencia durante el período de clase, se ofendieran con ellos. Eso, admito, nos jugó en contra. Afortunadamente, supimos salir adelante armoniosamente.

El resto de los encuentros se dieron de manera casi natural, como si siempre se hubiese trabajado así. Los “pequeños milagros” de cada encuentro eran bárbaros: Lucy, una chica muy, pero muy tímida, sumamente aplicada, quien había tenido que dejar la escuela un año por razones de salud, quien somatizaba cada vez que se ponía nerviosa y la preceptora la tenía que llevar a la sala porque se le subía la presión, se animó a actuar: hizo de pulpera. Ella misma se encargó de armar el personaje: cómo vestiría, como iría peinada, qué hacía mientras la acción se desarrollaba lejos del mostrador. Increíble. Otro caso para destacar fue el de Jesy, una nena de mofletes hermosos, ojitos chiquitos, vocecita chillona, a quien le cuesta muchísimo asimilar, pero se esfuerza inconmensurablemente, levantándose bien temprano para irse a estudiar al baño con la luz solar, o en su cama, con linterna. Por su personalidad, Jesy era blanco de chistes machistas de parte de sus compañeros varones. En el taller nunca pensamos que se animara a actuar. Lo hizo, no fue cualquier personaje el que eligió hacer: fue la dama por la que los otros personajes se tenían que pelear para bailar con ella. No lo podíamos creer. Diego, el chico que les conté más atrás, en el anterior taller, sólo se había animado a leer un cuento muy corto, después de infinidad de intervenciones para convencerlo de que leyera delante del resto de la escuela. Él decía que leía mal, que el resto se iba a burlar. En el nuevo taller, si bien no se animó a actuar, participó activamente armando la historia.

El broche de oro del taller de lectura, fue el acto de fin de año. Como ya todos habían participado del taller, nos arriesgamos a solicitar que se inscribieran los que querían participar del taller ya que la característica era que armaríamos algo de la parte artística para el acto de fin año. Se inscribieron 18 chicos (casi la mitad de la escuela) y fue una de las experiencias más lindas que he tenido en mi corta carrera como docente. Y voy a explicar el por qué: mis padres nacieron y crecieron en el campo, en un departamento de Mendoza llamado General Alvear. Allí vivieron hasta que a mi papá lo trasladaron a la ciudad de San Rafael (otro departamento de Mendoza); él trabaja en lo que en aquel entonces era *Encotel*. Tanto ellos como mi abuelo Francisco, se acordaban de las veladas de los santos y de las carreras de caballos. Mi papá siempre se acordaba alguna anécdota ocurrida en la velada de tal o cual santo. Sinceramente, nunca había entendido mucho en qué consistía, y para ser más sincera todavía, tampoco me había interesado en ahondar en el concepto de ese estilo de fiestas.

Nos juntamos todos en un aula para comenzar a armar el acto. Esta vez, ellos actuarían su propia historia. Así fue como, después de explicar que esta vez serían autores, se produjo una lluvia de ideas, torrentosa por momentos, hasta que alguien dijo: “Por qué no hacemos una velada de un santo”, y hubo aprobación unánime. Como yo nunca me había preocupado demasiado en averiguar qué era velar un santo, y teniendo en cuenta que este contexto era muy distinto al que mi abuelo y mis padres habían vivido, les pedí que me dijeran qué se hacía en

una velada. Comenzaron a decirme las acciones (rituales mejor dicho) que hace la familia que organiza la velada. Yo apuntaba en el pizarrón, y mientras lo hacía, no entendía. Entonces, ahí pregunté: “Pero ¿por qué se le hace una velada a un santo?” Una de las nenas me explicó: “Una velada se hace para agradecerle un pedido a un santo, o para hacerle uno, por ejemplo: que la parición (de cabritos) sea buena, o que llueva para que los animales no se mueran de hambre o sed” “Claro”, dijo Juan, “o para agradecerle que, por ejemplo, la parición fue buena, o que un familiar o amigo se sanó de alguna enfermedad”. Y esa fue una de las mejores clases que tuve en mi vida de estudiante.

Recién ahí entendí los relatos encendidos de mi abuelo cuando se acordaba de las veladas de los santos. Porque era más que hacer una fiesta, es un cúmulo de ilusiones, miedos, anhelos que están en juego, y a los que se les da forma juntándose con la gente que uno quiere, rezando, compartiendo en una cena o almuerzo el fruto del esfuerzo del campo y poniéndole música, su música. Así fue como la obra que armaron fue de una familia que organizaba una velada a San Cayetano, para agradecerle que el hijo hubiera podido terminar la secundaria. El conflicto lo presentaban unos tíos algo “alegres” del flamante egresado; esa fue la cuota de humor. El padre del chico intervenía en la discusión, apaciguaba los ánimos, y para seguir festejando, se bailaba una cueca (y en Mendoza como no hay cueca sin gato), también un gato y, en esa parte, los actores invitaban a bailar a los egresados y egresadas que estaban como público.

Los ensayos los hicimos en el salón comunitario del pueblo, le pedimos las llaves al Delegado Municipal y allá íbamos después de la hora de recreación. Nos habíamos propuesto no ensayar todas las tardes porque también era período de exámenes globales, pero para nuestra sorpresa, ellos nos propusieron ensayar en su hora de recreación, y todos los días un ratito, para que saliera bien. “Si no, esto no va tener ni un brillo, profe”, me dijo Juan. Luego, se iban a higienizar y estudiar. Nosotras, felices de los cambios, porque que el pedido lo hiciera alguien como Juan, era esperable, pero no alguien como Claudio o el Chiquito, quienes se prendían en todas, pero se potenciaban en el desequilibrio del grupo, con sus chistes y payasadas. Sin embargo, en esta oportunidad, ellos marcaban dónde había que ajustar los ensayos, y cuando terminaba la jornada de las clases, uno de ellos era siempre el que empezaba a buscar “los actores”, para dirigirnos hacia el salón, que estaba a una cuadra y media de la escuela, aproximadamente, en línea recta. También la Coky participó como invitada a la velada, y después bailando con uno de los compañeros que egresaban. Nosotras, tan entusiasmadas como ellos.

Los ensayos como el acto en sí fueron un éxito. Tanto, que en el 2007, como parte de mi trabajo entrevistando a los padres, se acordaban con muchísimo cariño de ese acto. Definitivamente, el taller de lectura fue la clave para que aprendieran de a poco a trabajar en grupo, aunque todavía falta; también para que disminuyeran los chistes a las chicas solo por ser mujeres; para conocerse más entre ellos, y a nosotras como docentes, para conocernos como equipo de trabajo, y para conocerlos más a cada uno de ellos. Nunca me imaginé que se iban a adaptar tan rápido a la modalidad, pensé que iba a haber más resistencia que la de la Coky, pero no fue así. En cuanto al resto de los docentes, muchos venían y me comentaban los cambios de actitud que habían notado en tal o cual alumno o alumna; otros, que centrarse tanto en lo proscénico no ayudaba; algunos, tomaban como algo exótico que los chicos utilizaran expresiones que contenían su dialecto. Y esas lecturas, por un lado eran aliento; por otro, me preocupaban. Porque, humildemente, pienso que como docente, uno tiene que saber ubicarse en el contexto que está, usar la realidad de ellos en un primer momento es más fácil para entablar vínculo y para hacerles llegar nueva información, para que ellos comprendan mejor, y para poder acompañarlos a dar pasos a procesos más complejos.

Muchos docentes dicen enmarcar su práctica desde el paradigma socio crítico, y sus evaluaciones son múltiple opción, o bien consideran que el hecho de que un alumno exprese que actuando perdió un poco la vergüenza para expresarse delante de sus compañeros o profesores, es un síntoma de indisciplina... sin palabras. Es difícil tratar de ser coherente entre la visión de mundo que se tiene, las ideas que uno expresa, y la práctica. No es imposible, ni tampoco inútiles los resultados que se logren, por pequeños que sean. El sistema educativo actual en nuestro país está fragmentado, más allá de la situación presupuestaria, en tratar de dar armas a los alumnos y alumnas para la complejidad del mundo actual, así sea que estén en el medio de la sierra, la montaña, el desierto o la ciudad. Sin embargo, hay docentes que no se replantean su propia práctica, no se preguntan qué escribieron en la planificación y/o proyecto. Algo como preguntarse: "¿Qué era lo que pretendía yo con este grupo?", y hacer puesta en común a fin de año con lo que uno mismo se planteó al inicio del ciclo, pero no como docente, sino como alumno, para que el próximo año se note, como profesional de la educación, lo que aprendió. Una amiga me dice que eso es energía extra que ningún docente está dispuesto a invertir en las actuales condiciones laborales de los educadores argentinos. Dolorosamente, admito que tiene razón. Que si algunos lo hacemos, probablemente sea porque no tenemos una familia a cargo, como en mi caso, o porque ya los hijos propios crecieron, y para amortiguar el síndrome del nido vacío, se deposita toda la energía en la escuela.

Ya no sigo en Bardas, pero estoy. En realidad sigo estando en los lugares que en mi corta carrera de docente he trabajado. Supongo que es porque no puedo entrar a un aula con la idea sólo de enseñar, sino de compartir. Sabiendo que soy ave de paso, que sólo estoy para mediar entre lo que los alumnos y alumnas necesitan y lo que el mundo demanda que sean. Sabiendo que, como docentes, la mejor manera de ayudar a nuestros alumnos es brindándoles herramientas no para que eternamente dependan de tener un educador al lado, sino para ser cada vez más autónomos, más libres, menos dependientes "de". Y para eso no basta tener un título en la mano y sólo ser, sino seguir capacitándose. Eso es lo que me ha permitido cruzarme en las calles de la ciudad de Mendoza con algunos de mis ex alumnos (que ya van a la facultad) y que me saluden y me regalen una sonrisa al preguntarme cómo estoy, que mis ex alumnos del terciario me envíen correos electrónicos contándome de sus nuevos proyectos, o que, a pesar de estar hoy a casi 800 km de Bardas, algunos de los chicos se pongan en contacto conmigo simplemente para estar. Es así que "uno sólo conserva lo que no amarra", como dice Jorge Drexler en su canción, emulando a Violeta Parra. Es así, como uno al compartir, aprende y se renueva para seguir creyendo.

Docente autora: Verónica Álvarez

Localidad: Bardas Blancas, Malargüe, San Rafael

Coordinadora CAIE: Silvia Isabel Ibáñez

IFD 9-003 "Mercedes T. de San Martín de Balcarce"

Profe... ¡Usted lo ha cambiado todo!

Silvia Guarise

En este relato se dan a conocer concepciones, creencias o conocimientos implícitos de alumnos de octavo año de una escuela rural con características marginales. La narración muestra la incidencia del contexto socio-cultural de los alumnos en la construcción de las creencias y conocimientos. Mezcla de anécdota con uno de mis primeros grandes aprendizajes fue eso que me pasó en los inicios de mi carrera como docente de Educación Física con Orientación en Salud. Transcurría el frío mes de junio en un lejano distrito de la ciudad de Gral. San Martín, Mendoza, llamado "Tres Porteñas". Por lo general, si en el mes de junio en la ciudad a las ocho de la mañana hacen cero grado, en el especial territorio rural de Tres Porteñas hacen cinco bajo cero aproximadamente. Como debía iniciar la clase de Educación Física, y pensando en esta situación de bajas temperaturas, ya había de antemano preparado una clase para estar dentro del aula. El tema para esta clase especial fue: "Aparato Locomotor". Como la escuela contaba con un esqueleto didáctico, trasladé este al aula; ya cuando salí del laboratorio transportando el esqueleto con un soporte de rueditas, mis alumnos -y los que no lo eran también- comenzaron a rodearme y no me dejaban avanzar hasta el curso preguntándome: "Profe: ¿es de verdad?", "¿de dónde lo sacaron?", "¿se puede tocar?", etc., etc. Llegamos al curso, y la clase no podía comenzar debido a que todos venían a tocar y mirar al esqueleto y decían "¡mirá, así es el Dario!", "¡uy, miren, así tiene los dientes el Lucas Gomez!"... Hasta que de repente dije: "¡basta! ¡silencio!". Y todo el curso quedó en silencio y les dije: "así somos todos y tenemos que aprender a conocernos".

Dando inicio a la clase, comienzo a través de la estrategia didáctica "lluvia de ideas": "¿Qué es el aparato locomotor?" Y comenzaron a decir diferentes conceptos acerca de esto. Hasta ahí iba todo "medianamente" bien. Comienzo a preguntar y señalar huesos principales de nuestro esqueleto y comenzaron las sorpresas! Inicié así porque particularmente pensaba que sería más fácil. Cuando yo señalaba la rodilla ellos decían: "esa es la 'chiquizuela'". "¿Cómo?", respondí. "¡Sí, profe! si mi papá tiene carnicería y nosotros comemos sopa de chiquizuela". Mi cara de asombro comenzó a gestarse. Continué señalando la mandíbula, y unos alumnos a voz de coro dicen: "¡la carretilla, profe!". Entonces pensé: "voy a colocar al esqueleto en su vista posterior para ver si cambia un poco esto". Coloco de espaldas el esqueleto y señalo una escápula y otra vez el coro dijo: "¡Profe! esa es 'la paleta'"; continúo por la columna vertebral y señalo el último huesito que la compone... "¡el huesito dulce, profe!"... y así sucesivamente... Tras el ir intentando construir juntos los términos técnicos que pertenecen a la anatomía humana y dando a conocer el nombre correcto de nuestros huesos, un alumno, seriamente, me dice: "¡Profe, usted ha cambiado todo! Mi mamá es kinesióloga y esos huesos que usted dice que se llaman así no es así!", recalcó totalmente convencido. Le pregunto al alumno de 15 años de edad: "¿tu mamá es kinesióloga?" "Sí... bah... es curandera y compositora de huesos y va todo Tres Porteñas a mi casa por los dolores de huesos y eso que usted dice jamás lo he escuchado decir!" "¡Es verdad!", dice otro alumno, "a mí la otra vez se me descompuso una 'coyuntura del dedo del pie' [en vez de decir articulación] y la madre del Jonatán me la arregló".

Cómo expresar lo que me costó introducir los nuevos términos durante "todo" el ciclo lectivo... Entonces, claro, no se trataba sólo de que ellos aprendieran, sino que tuve que aprehender aquello que era normal en esa zona rural: "sus propios términos". La capacidad de apro-

piarse del saber debió ser instalada tanto en ellos como en mí. Después de toda esta experiencia debí aprender cómo se llamaban para ellos nuestros huesos y en función de eso generar el genuino aprendizaje.

La finalidad de este relato sobre los conocimientos de los alumnos ha sido convertir en explícitos y visibles los marcos de referencia por medio de los cuales ellos perciben y procesan la información. Sin dudas hemos conocido que los alumnos, por su parte, poseen sus propias teorías implícitas, y estas teorías no son fruto de una socialización sistemática, sino que se construyen a partir de sus experiencias escolares, de los valores familiares, de su estrato socioeconómico, etc. Lo anteriormente desarrollado -y similares experiencias año tras año sobre la misma temática- abre en mi persona "la sorpresa" y a la vez "el desconcierto" ante tanto asombro por parte de alumnos que ya han transitado los caminos de la EGB 1 y 2, surgiendo en mi interior la pregunta: ¿es que nuestros jóvenes estudiantes recorren los caminos de la escuela por senderos un tanto inestables... en donde no se aprende a rehacer o a transformar aquello por lo que estamos allí? Y... ¿la educación de calidad? ¿para qué sociedad es?

Docente autora: Silvia Guarise

Localidad: General San Martín

Coordinadora CAIE: Ana María del Valle Gatto

INSFDyTN N° 9-001 General José de San Martín

Lo molesto, ¿tiene cambio?

Eduardo Mantovani

Hablar de mi momento actual, en la residencia pedagógica del IEF, implica, inevitablemente, remitirme a un proceso histórico que tuvo su origen allá, por 1979... sí, tal como lo digo... este presente está impregnado de todo mi recorrido docente (tal vez sea más pertinente decir: de toda mi construcción y deconstrucción docente), de todas esas experiencias de confrontación y encuentro entre el deber ser (expresado en el cómo se debe dar una clase) y mi ser actuante (expresado en la cotidianeidad del patio). Comencé dando clases en una escuela de zona rural, en Mayor Drummond, Luján de Cuyo. Esta escuela primaria contaba con una población muy reducida de pibes que, habitualmente, llegaban tarde a clase debido a que, la mayoría, realizaba tareas laborales, acompañando a sus padres en la cosecha de la uva. A fines de abril esto se estabilizaba y podríamos decir que, en ese momento, comenzaba el año lectivo... prácticamente.

Allí, por ser pocos los grados, disponía, además de las 14 horas para dar clases, de 2 horas para "Proyectos Especiales"... esto era: enseñaba a tocar la guitarra a un grupo de 6 alumnos que disponían de ese instrumento y llevaba adelante un taller de títeres con 12 pibes que habían elegido esa actividad... la vida transcurría limpia y pura... en un ambiente relacional agradable, expresivo, sin sobresaltos... rodeado de viñas y álamos que, en primavera, nevaban el patio con una simpática pelusa, en la que los chicos se zambullían y deslizaban, todo era como en un cuento... (perdón por el sarcasmo).

Cierto día, la directora de la escuela se jubiló, y ocupó su espacio jerárquico una nueva persona, a la que los títeres le parecían trozos de madera o pegotes de papel con ridículas formas, su oído para la música era válido sólo para escuchar la campana (y hacerla sonar), el horario era algo que debía ser respetado a cualquier costo y la nevada primaveral de los álamos era la causa, principal, de su alergia crónica. Coincidentemente, uno de los tantos presidentes de facto del país, embarcaba a nuestros jóvenes hacia el sur, hacia la "perdida perla austral". La directora en cuestión, orgullosa admiradora del poder verde oliva, acompañaba con sus decisiones institucionales aquella venturosa hazaña nacional. Fue en ese momento, en ese preciso momento, cuando mi visión de la realidad comenzó a orientarse a nuevos horizontes, diría, inexplorados... mas también considerados, por mí, como inexplorables, en aquel instante. Tenía 25 años. Nada volvió a ser lo que era. Mientras me desplazaba, en mi "4L amarillo" a la escuela esa mañana, vi en las calles a muchas personas coreando al nuevo prócer e insultando al odiado país enemigo, agitando sus banderitas blanquicelestes. Se me hacía muy difícil entender lo que estaba sucediendo. Al llegar a la escuela, la nueva directora puso en conocimiento del personal docente, con palabras sentidas (y gritadas): "¡las Malvinas son argentinas!!". A los pocos días, el Himno de las Malvinas (muy rápido, ¿no?) apareció en el escenario escolar. Todas las mañanas, con los ojos casi pegados y las voces quebradas por la "tempranez": "...las Malviinas... argentiinas... clama el viento y ruge el maaar...". ¿Cómo acomodar lo que estaba viviendo? La bronca reprimida, por la información que tenía de los secuestros y desapariciones de algunos seres cercanos, los campos de detención clandestinos de los que se comentaba cautelosamente, los miles de millones de endeudamiento pesando sobre el pueblo (justificados en diferentes inversiones beneficiosas para el pueblo, como el mundial de fútbol)... todo retumbaba en mi interior y, como contraste: "...iilas Malviinas... argentiinas...!!".

La relación con la directora se transformó en una ausencia de relación... dio por terminado todo tipo de talleres y, poco a poco, se sumergió a la escuela en una dependencia del cuartel militar en turno! 1985... terremoto en Mendoza!! Una semana antes se confirma una permuta, que había tramitado, a una escuela del Dpto. de Godoy Cruz, en zona urbano-marginal (claro está, el contexto urbano marginal ha cambiado bastante desde aquellos tiempos). Al llegar a la escuela advierto que las maestras, la mayoría a punto de jubilarse, daban clases con un silbato colgado al cuello!!! No se rían, sino es chiste ni exageración!! Cada una de ellas, por turno, a la hora de formar en la galería, hacía sonar su silbato para que los chicos se formaran (después del timbre congelador y la campana, que ya habían sonado) y pasaran en orden a sus aulas. No podía creerlo... busco "huir" del cuartel militar de la escuelita y "caigo" en medio de la armada!!

Tres maestras más habían sido trasladadas a la institución, y con ellas comenzamos a agruparnos para mantenernos vivos. Poco a poco fuimos descubriendo que había muchas cosas para hacer, pero que, cada uno por su lado, no tenía ninguna posibilidad de concretarlas. Comenzó, entonces, lo que llamamos una "conspiración para el cambio": CPC (tal vez el nombre estuviera impregnado de mucho de lo vivido durante un proceso militar como el que padecimos, pero, hace 22 años sonaba original y nos llamaba a la transformación... hoy muchos la utilizarían para que nada cambie). Ese fue mi segundo "despertar" (¿quieren llamarlo "darse cuenta"? ¡Vale!). Nos propusimos, en reuniones de personal, deslizar algunas ideas de cambio. ¿La estrategia? Uno de los 4 proponía la idea y el resto, distribuidos en diferentes lugares del conjunto, la reforzaba, le aportaba acciones (todo esto previamente acordado) y sostenía al compañero que había abierto el tema a debatir. Como las ideas no abundaban, en el grupo histórico, las propuestas comenzaron a tener un espacio... no piensen que fue sencillo... había que calcular qué cosas podían ser aceptadas y cuáles rechazadas de base. Dos maestras más se jubilaron... ¡Sangre nueva llegaba a la escuela!! Inmediatamente, íbamos a su encuentro y las poníamos al tanto del proyecto.

Una tarde, la directora me llama a su despacho (lugar en el que se despachaba con todo!!): "Profesor Eduardo, he notado que, con sus compañeras, han estado haciendo algunos cambios de los que no estoy enterada". (Esos cambios eran: durante los recreos jugábamos con los chicos saltando la soga y a la mancha, en vez de cuidar el patio). Y continuó... "recuerde que todo lo que se hace en esta escuela tengo que saberlo yo!!!". Y comenzó lo que daríamos en llamar la batalla, entre la directora y yo. Digo esto, porque con el correr de los años, algunas ex compañeras de trabajo, todavía recuerdan el término. Un día, llegué a trabajar y, la directora, había hecho enterrar los arcos de balón mano con cemento, en el patio del jardín de infantes (hoy nivel inicial) para que yo no hiciera ruido, en la clase, a la hora de la siesta (pues ella vivía en la casa de la escuela). Con uno de los padres, pico y barreta, sacamos uno de los arcos, lo separamos en dos y luego los atornillamos a la pared (todavía se los puede ver fijos en ese lugar). ¡Tercer momento de encuentro conmigo mismo!! Podía hacer frente al poder (capacidad de resistencia, lo denomina M. Foucault), sólo era cuestión de tener claro qué necesitaban, los pibes que estaba acompañando y las compañeras con las que compartíamos vivencias cotidianas... y defender esa necesidad. Ahora sí, más que antes, el grupo CPC sintió que podía. Inmediatamente, comenzamos a llevar propuestas a las reuniones de personal (si no había en el mes, alguna, presentábamos un pedido a Dirección). Se constituyó, de esta manera, el coro de padres, el ballet folclórico, la escuelita de voleibol para chicos y adultos, el taller de pintura, plástica y artesanías. Desaparecieron las formaciones para entrar o salir de las aulas, el timbre se cambió por el acuerdo, entre los docentes, de entrar y salir según el horario establecido, el

acto de bandera no requería de formación previa, maestro y alumnos se agrupaban en algún sector del patio y acompañaban ese acto.

Los cambios iban llegando, ¡también llegaba la jubilación de la directora!! Quien la reemplazó encontró una escuela diferente y no pudo más que fluir en esa estructura dinámica. Encontró a un grupo de personas que “sabían” lo que los pibes necesitaban y respondían a esa necesidad, con ideas y propuestas realizables. Nada más... ¡y nada menos! Mientras tanto, la década de los 90 avanzaba perversa, sigilosa, funesta, generando deterioros, endeudamiento y tirando a las escuelas espejitos de colores... 1995... ¡Ley Federal en acción!! Por aquel entonces, un grupo de docentes fuimos convocados a revisar el material preliminar de los documentos curriculares, experiencia muy interesante porque me puso en un lugar en el que, hacía tiempo, no estaba... volver a revisar el marco teórico que sustentaba mis prácticas.

Considero que, el estar sumergido en “el hacer”, como lo estuve durante todos aquellos años, me fue alejando de la reestructuración del marco teórico desde donde poder fundamentar mi actuar docente. Otro darse cuenta... el hacer sin el ser, me había colocado en una meseta árida... comprender lo que me estaba pasando, era una necesidad urgente... el reencuentro con bibliografía actualizada, el intercambio con profesores del IEF, el debate con compañeros de campo. Mi rol docente volvía a ponerse de pie (escribir sobre esta experiencia llevaría varias hojas, sólo diré que tuve la posibilidad de ampliar horizontes y de concretarlo en mis prácticas). Algunos estudiantes del IEF, acompañados por un entrañable profesor de residencia, iban a observar algunas de mis clases en la escuela primaria. Sentía que tenía que ser el modelo a seguir para esos futuros colegas (mucho agua ha pasado bajo el puente, desde aquel entonces). Mis clases eran preparadas, revisadas, vueltas a revisar, ajustadas... y, durante la noche anterior, mis ojos se paseaban por el techo del dormitorio esperando (angustiosamente) el momento en que los observadores abrazaran el patio con sus miradas críticas. Una vez más, como siempre, la situación pasaba y nada, grave, pasaba (al decir de Borges: la mitad de mi vida la pasé preocupado por cosas que nunca ocurrieron). Iba descubriendo que mis clases no eran más. Eso era lo que yo quería creer, lo que me habían vendido y lo que yo había comprado. Los actores, principales, de la clase, eran los pibes. Ellos eran “la clase”, yo sólo acompañaba a un grupo de seres humanos con necesidades, intereses, anhelos... ¡¡que ni siquiera conocía!!

Una vez más, el darse cuenta. A los 29 años comenzaba a descubrir el sentido del ser docente. Coincidentemente con ese instante, me avisaban que estaba abierta la inscripción para presentar la carpeta de antecedentes en el IEF, para suplencias en el espacio de “Residencia pedagógica”.... Aquí comienza el tema principal de este relato... (¡¡tengan paciencia!!) ¿Cómo puedo hacerles llegar el sentimiento de aquel momento? Después de muchos años de egresado y de trabajo en la escuela primaria tenía la posibilidad de dar clases en ¡¡el instituto!! Obviamente, sentía que no estaba preparado para esa tarea y, menos, para decirles a los alumnos del IEF ¡¡cómo se debe dar una clase!! Nuevamente aparecía en el escenario el fantasma del deber ser. Desde ese lugar se hacía muy difícil descubrir cuáles eran mis fortalezas para la tarea. Todas mis experiencias y vivencias estaban reducidas, sometidas, descalificadas por mi deber ser. Recuerdos de mis primeras experiencias como docente, se hicieron presentes... ¡¡en mis intestinos!! Volvía a mirar, antes de dormir, el techo de mi habitación, en el que ya reconocía formas y dibujos amistosos.

Hoy, cuando algunos de los estudiantes que acompañé en la tarea, comentan sus primeras expectativas de encuentro con los grupos, impregnadas de miedo y angustia, mi memoria indaga en aquellos lugares en donde, en algún momento, me encontré buscando respuestas a los muchos por qué y para qué que se agolpaban desde mi interior sin encontrar ninguna con-

testación y, desde allí, desde la empatía (y muchas veces desde el silencio), trato de comprender esa vivencia, para que se escuchen y puedan reflexionar sobre su sentir, su pensar, su decir y su actuar. No hay urgencias... considero que si están interesados y abocados a la tarea, las puertas del darse cuenta comenzarán a abrirse... entonces, ¡el cambio es inevitable!! El primer encuentro con el grupo que tenía que acompañar, no fue como lo imaginaba. Todos estaban muy atentos, a mi decir. Estaban tan preocupados por lo que se les venía, que mis palabras adquirían una dimensión insospechada... para mí. El taller inicial avanzaba, yo sentía que iba creciendo mi autoestima.

En ese primer año, fuimos pareja pedagógica con el profesor del IEF que llevaba a sus alumnos a observar mis clases en la escuela. Fue un año de mucho aprendizaje. En verdad, no podría afirmar que los estudiantes que tuve a mi cargo aprendieron algo o no. Estaba muy enfocado en mí mismo, ¡el ombligo era la parte de mi cuerpo más observada!!! Yo, yo y yo. Lo que creí haber superado en la escuela primaria, al descubrir que la clase no era mi clase y que las necesidades de quienes uno acompaña están por sobre todo lo demás, en ese momento no era ni siquiera un recuerdo. ¿Qué había pasado? ¿Eran reales los cambios que yo creía haber tenido? El estar en un nivel superior, ¿me había puesto en un lugar superior? ¿Había comprado, nuevamente, lo que la sociedad vende? ¿Estaba tan ocupado en mí que el resto de las personas eran sólo el escenario en donde yo actuaba mi mejor papel? Volví a ponerme en medio de la escena: yo tenía miedo, yo debía resolverlo sólo, yo podía, yo superaba mis temores, yo me encaramaba por sobre los demás (esto es: mis alumnos), ¡yo salía airoso de la prueba!!! ¡Cuánta felicidad!!! Pero... ¿y los demás? ¿Y los actores secundarios? ¿Y los extras? Ah, eso era sólo la compañía que necesitaba para ¡PODERER SER!!! Mucho me había costado estar allí... había descubierto, de repente, mis fortalezas para poder ocupar ese espacio... es más, ¡era la persona indicada para ese lugar! Pero, claro, tampoco era cuestión de poner en evidencia todo este sentir. Mantener un perfil bajo ayudaría a estabilizar, un poco, esto.

Como podrán observar, seguía centrado en mí. Ahora tenía que buscar un perfil determinado... otra vez el deber ser. Terminaba el 2000, la situación socio-económica destrozaba, día a día, lo poco que iba quedando en pie de la trama social. La pobreza y la miseria se hacían presentes, en voz alta (ya no había guardapolvo que pudiera ocultar la mugre, los harapos, las zapatillas destrozadas). Las computadoras y los libros, enviados a las escuelas con las monedas sobrantes de los préstamos pedidos-dados por el BM, no eran suficiente para sostener la caída de la educación (entre tantas otras cosas que cayeron). Las escuelas, a las que acompañaba a los residentes, evidenciaban el deterioro social. La diversidad social se homogenizaba en una única categoría: escuela de pobres. Y no eran sólo los alumnos de la escuela los que evidenciaban esos signos... los salarios docentes, también daban cuenta del interés del gobierno actuante puesto en la educación. ¿Cómo expresarlo? Escuelas pobres, con docentes pobres para alumnos pobres. La contrapartida... crecimiento de las escuelas privadas (entre otras cosas). Equidad, igualdad... ¡¡ja ja ja!! "...la vida te da sorpresas... sorpresas te da la vida...", contra todo parecer, me descubrí, nuevamente, ¡buscando!

Muchos años atrás, una directora militarizada había activado, en mí, una parte desconocida. Luego, un contexto institucional formateador me movilizaba a responder desde otro lugar. En el 2000, el contexto, era toda la sociedad. Mis compañeros de vida (quiero decir con esto: todos los seres humanos con los que compartimos pasado y presente, sean o no alumnos o docentes) padecíamos las decisiones de algunos pocos. Claro está, esto no es nuevo en el planeta... mas, ¡lo era para mí!!! Descubría que era necesario dar alguna respuesta al poder encargado de someter y enajenar. Pero ¿cómo, dónde? El IEF era un lugar posible. Los estudiantes

que acompañaba tenían la posibilidad de encontrarse, rápidamente, con esa realidad y, en la residencia, acompañados por la observación y aportes de sus pares, por la experiencia del/la profesor/a de la escuela y por mi tarea, podíamos buscar otra forma de acercarnos a la clase de educación física. La sociedad no era la misma de hacía 20 años atrás. Todo había cambiado (pensemos en esto todos los que damos clases en los IFD. La escuela de hoy, no es la escuela de hace 30 años atrás. Nuestros marcos teóricos y nuestras prácticas, ¿están ajustadas a este presente social?).

A partir de ese momento decidí (y me hago cargo de esta decisión, con todo lo que esto implica... elegir un lugar implica dejar de lado otros) realizar la residencia pedagógica en escuelas en situación de vulnerabilidad social (llamadas, también, urbano-marginales). En estas escuelas la educación física, tal como la conocíamos, no tiene lugar. El paradigma en el que se sustentaban sus prácticas, cae hecho pedazos. La obediencia a algo, las reglas impuestas, lo ejecucional por sobre lo decisonal, la planificación desde la certidumbre, los códigos para comunicarse determinados sólo por el/la profesor/a, el control absoluto del poder del docente... y cuánto más, son un recuerdo de lo que, otrora, fuera la clase de educación física (¿y en otros espacios curriculares?).

Desde entonces, y ahora hablando desde este presente, he tratado (no sé si lo logro) de estar muy atento a los cambios que se suceden en la sociedad, expresados en nuestras escuelas. Los indicadores no se hacen esperar. Lo que acontece en una escuela, con población en riesgo de vulnerabilidad, al poco tiempo empieza a aparecer en las demás escuelas. Muchos docentes creen (¡y es sólo creísmo!) que en sus escuelas eso no va a pasar y que, si pasara, podrían resolverlo como lo han hecho hasta ahora. Esos indicadores son avances de lo por venir. Como se expresa en el dicho español: ¡aquellos polvos trajeron estos lodos! Estar atentos a ellos es poder prever algunas, y sólo algunas, acciones o, al menos, comenzar a reflexionar antes de que acontezcan en su escuela. También es poder descubrir que se puede comenzar a trabajar (cuando digo "comenzar" es porque hasta el momento...) en equipo y en red. Las escuelas no son islotes autárquicos y autónomos. Esa visión también es resultante de los 90, vendida y comprada por nosotros, hasta ingenuamente.

Hoy, descubro que la tarea que desempeño está impregnada de incertidumbre, pero no lo digo desde una vivencia paralizante, todo lo contrario. La incertidumbre no es otra cosa que vivir la vida (y el rol docente, en este caso) atento a los cambios y dispuesto a cambiar-se. Quien entra al mar puede hacerlo resistiéndose a las olas, ellas lo golpearán, lo empujarán... padecerá la experiencia. Mas, también, puede entrar, atento a las olas... mirarlas, estudiarlas y, finalmente, zambullirse para que no lo golpeen o surfearlas... depende de sus posibilidades y de sus habilidades. El desafío parece estar en la forma en que nos relacionamos con el cambio, con lo complejo, con la incertidumbre.

Docente autor: Eduardo Mantovani
Localidad: Godoy Cruz
Coordinadora CAIE: Milvia Menendez
Instituto J. Coll

Matías me tiró de la manga y me preguntó: “Seño, ¿yo soy el resto?”

María Beatriz Carrizo

Hoy, en este día, 26 de marzo, convulsionado, enrarecido, dudoso... yo, Bety, una maestra jardinera con 30 años de docencia trabajando en un Jardín de Infantes Exclusivo desde hace 22 años, donde funcionan 5 salas de 5 y 5 salas de 4, estoy sentada frente a una hoja de papel en blanco...

Me convocaron para que escribiera relatos sobre anécdotas, temas, proyectos; en fin, experiencias pedagógicas que hayan enriquecido mi labor como maestra jardinera.

Después de todos estos años de trabajo como docente, llenos de momentos gratificantes, de resultados importantes, a veces exitosos y otras no tanto, me digo:

—¡Qué difícil es elegir sobre qué escribir!, sobre qué contar cuando se entremezclan experiencias, ideas, miedos, preguntas, dudas, fracasos y muchas ganas de hacer algo que sea enriquecedor.

Enriquecedor, ¿para quién? Y al tratar de responder esta pregunta, que para mí tiene una sola respuesta y es: “Enriquecer la Educación y el futuro del Nivel Inicial”, se me aclara qué contar.

Esta experiencia de sala no considero que sea algo novedoso, pero sí algo que las maestras jardineras debemos recuperar.

Allá por el año 2001 era maestra de Sala de 5 años. Como todos los años, cuando recibía a los niños al comenzar las clases, estaba nerviosa, ansiosa, a pesar de mi experiencia, y me preguntaba: ¿Cómo será el nuevo grupo de alumnos?

Recibí a los alumnos con muchas expectativas y con el correr de los días me fui dando cuenta de que iba a ser un año difícil, de mucho esfuerzo.

El grupo de niños, en general, era muy inquieto y con dificultades de integración. Había cuatro niños que no acataban consignas, tenían problemas al compartir juegos, materiales y actividades. No había grandes problemas de aprendizaje, pero sí de desorden en los momentos de actividades cotidianas y de trabajo grupal.

Uno de los niños, Matías, era el que presentaba más dificultades: no se adaptaba al Jardín, ni al grupo, hablaba muy poco, se movía constantemente, salía de la sala, no participaba en las actividades. Actuaba muy agresivamente con los compañeros y siempre estaba enojado. Nada llamaba su interés. Solo, a veces, realizaba construcciones y dibujos que eran muy creativos.

Entonces, este cuento que es mi cuento y pasó en el Jardín, yo te lo cuento:

Un día entré a la Sala y me encontré con los alumnos de siempre: los cariñosos, los tímidos, los revoltosos, los curiosos y también, con Matías, el “malo del Jardín”, como decían sus compañeros y su familia. Yo, también, contribuía a ese sobrenombre porque lo retaba y no lo dejaba salir a jugar.

Pero ese día, Matías, me hizo reaccionar! Al terminar la merienda, yo dije:

—Los que terminaron de limpiar y ordenar, pueden salir a jugar. El resto se queda.

Matías me tiró de la manga y preguntó: —Seño, ¿yo soy el resto? [Su mesa ya estaba ordenada y limpia].

Lo abracé (cosa que no se dejaba hacer, le molestaba el contacto) y le dije:

—No, Matías, vos podés salir a jugar—. Él me miró y sonrió.

Ese día me pregunté: —¿Qué estoy haciendo? o ¿Qué no estoy haciendo?

Era una época en que las maestras jardineras estábamos muy preocupadas por dar mucho de Escritura y de Matemática por todo lo de la Transformación Educativa y habíamos quitado tiempo a los momentos especiales y propios de este Nivel Inicial, tales como: expresión corporal, educación física, educación plástica, dramatización... En fin, lo relacionado con el cuerpo, la expresión, el movimiento y el arte.

Ese día me fui pensando a mi casa: ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo cambiar? Y me acordé de sus trabajos en construcciones, de sus dibujos, de su creatividad. Entonces, desde allí, elaboré un pequeño proyecto que se llamó: "JUGUEMOS A SER PINTORES"

Al otro día, llegué al Jardín y me encontré con los alumnos de siempre: los cariñosos, los tímidos, los revoltosos, los curiosos y con Matías... "el resto".

Y les dije: —Hoy les he traído una sorpresa y por muchos días vamos a jugar a ser "PINTORES". Pero no pintores de casas, sino de cuadros. Y saqué un montón de cuadros y pinturas que había llevado al Jardín.

Los ordenamos de tal manera que todos pudieran verlos, apreciarlos y adornaran la sala.

Los niños observaron, describieron, preguntaron y expresaron su gusto o disgusto por ellos. Eran flores, paisajes, rostros, personas. Obras de grandes pintores.

Entonces, pregunté: —¿Ustedes saben cómo los habrán hecho y con qué materiales habrán trabajado?

Los niños respondieron: —Pintando, con pintura, con pincel, con colores, con el dedo...

—¿Les gustaría que nosotros, acá en el Jardín, trabajemos como estos pintores y después les contemos y les mostremos a las otras Salas y a nuestras familias?

Al otro día, llegué al Jardín y me encontré con los alumnos de siempre... y con Matías, y le dije:

—Matías, ¿me ayudás junto con... [nombré dos compañeros] a sacar de las cajas y bolsas unos materiales?

Y así, fuimos jugando con nuestros sentidos y descubrimos:

Soportes: hojas de carpeta, afiches, cartulinas, corrugado, cartones de diferentes tamaños y formas.

Herramientas: pinceles, colores, fibras, palitos, cepillos, esponjas.

Materiales: témperas, acuarelas, harina, arena, azúcar.

En ese juego de exploración y de mezcla de colores y de materiales, se escucharon expresiones como:

—¡Es áspero! ¡Es suave! ¡Está arrugado!

—¡Me gustan los pinceles gruesos! ¡A mí, los palitos para pintar porque son finitos! ¡A mí los colores! ¡A mí las esponjas!

—¡Cuántos colores! ¡Se formó el color verde! ¡Aquí el naranja! ¡Cambió de color!

—¡Los colores con azúcar son lindos, brillantes, claros!

—¡Los con arena son raros, oscuros, tristes!

Al otro día, llegué al Jardín y me encontré con todos mis alumnos.

Y como ya habíamos manipulado y explorado los materiales, soportes y herramientas, los invité a recorrer el patio y observar la naturaleza: paisaje, árboles, insectos y el edificio del Jardín.

Al volver a la Sala, les propuse trabajar como pintores con todos los elementos que habíamos conocido. Debían pensar qué les gustaría dibujar; también podían pensar en su casa, en su familia, en sus mascotas, en sus compañeros.

Eligieron soportes, herramientas y materiales; trabajaron libremente y algunos hicieron varias producciones.

Al terminar le colocaban su nombre (firma del pintor). Al secarse, le colocaron el título. Algunos lo hacían solos, otros con mi ayuda.

Al otro día, llegué al Jardín y Matías y el resto de sus compañeros contaron a los demás qué habían hecho en sus cuadros, con qué y cómo los habían hecho. Realicé grabaciones a medida que iban contando. Luego se escucharon, lo cual sirvió para corregirse si se habían equivocado.

Expusieron los trabajos en el Jardín y luego, se los llevaron a su casa para adornar.

Matías sonreía y conversaba con sus compañeros. Había hecho muchos trabajos y muy creativos. De a poco, empezó a compartir otras tareas y a relacionarse con algunos compañeros. Los otros niños empezaron a jugar con él y a tenerlo en cuenta en distintas actividades. Matías, encontró su lugar... ¡Ya no era el resto...!

MAESTRAS:

Con esta experiencia, también, se trabajaron contenidos de Lengua y Matemática. Valoraron la expresión oral y escrita; organizaron el espacio físico y jugaron con el espacio gráfico en las producciones; se trabajaron cantidades y colores; se clasificaron y discriminaron formas, tamaños y texturas; explicaron sus producciones, las valoraron y apreciaron y respetaron el trabajo de los demás. Se mejoró la integración grupal y la autoestima.

¿Hubo desorden? Sí, mucho movimiento. Trabajaron parados, sentados, escuchando música, caminaron para elegir materiales, para mirar lo de los otros, criticaron, apreciaron, ordenaron, limpiaron... y desarrollaron muchas otras capacidades. Capacidades que hoy la educación busca desarrollar.

Se los aseguro, con este tipo de experiencias debemos trabajar en este mundo convulsionado, enrarecido, dudoso... ¿Por qué? Porque LA SONRISA DE UN NIÑO VALE LA PENA y significa YO SOY, YO PUEDO, YO APRENDO.

¡MUCHAS GRACIAS!

Docente autora: María Beatriz Carrizo

Localidad: Ciudad de Mendoza

Coordinadora CAIE: María Andrea Martínez

IFDyT N° 9-002 "Tomás Godoy Cruz"

Callar... esperar...

El valor pedagógico del silencio

Sara Leticia Molina

Callar... esperar... ¿Cuál es la vivencia pedagógica que guardo como hermoso recuerdo de mi tarea docente? Quizá si hiciera un esfuerzo para recordar podría recuperar algunas experiencias de años anteriores; sin embargo, me basta con traer algo que viví este año, durante el primer cuatrimestre. La significación que asigno a lo que voy a relatar estriba en el valor conferido al silencio, a la demora de la palabra, instrumento privilegiado en la tarea de enseñar, soporte pedagógico por excelencia, pero que paradójicamente a veces se convierte en instrumento de negación, de poder que somete, que obtura, que clausura posibilidades y potencialidades.

Cuando entré al aula el primer día de clase -se trataba del primer año del profesorado de geografía- me encontré con un grupo reducido, algo más de veinte alumnos. Una de las alumnas, con un embarazo avanzado y acompañada por su hijita de tres años más o menos. También había allí una parejita muy joven, acompañada de un cochecito con un bebé muy pequeño, bolsito compuesto de elementos básicos -biberón, pañales, etc. Adelante se ubicaba una joven, ya más madura, muy seria, acompañada de su hija de cuatro años. El resto del curso compuesto por adolescentes en su mayoría, salvo un hombre de unos cuarenta años, que a veces no podía disimular su cansancio; seguramente había trabajado hasta el momento de venir a clase, como ocurre con muchos de nuestros alumnos.

Al enfrentar esta situación, mi primera impresión fue de desaliento. ¿Qué iría a hacer yo allí? Pensé en abordar la cuestión como problema a resolver y hablarles al respecto; pero preferí callar. Comenzó la clase, y a medida que pasaban los días, comprobaba que lo que yo creía que iba a ser un gran obstáculo, en principio, al menos, no lo era. Las clases transcurrían en un clima agradable. Cuando la bebé llamaba la atención con un gemido, varias manos o gestos acudían con la mayor naturalidad, pero con la mayor discreción para no interrumpir la tarea: o la nena mayor se acercaba al cochecito, o la compañera de la mamá la tomaba en brazos mientras ella se retiraba por un momento a preparar el biberón. El momento más adverso para los nenes era el de la lectura y trabajo de análisis de textos, pues el silencio y la aparente quietud eran casi absolutos y los chicos se inquietaban. Entonces yo oficiaba de maestra jardinera por algunos minutos, invitando a las más grandecitas a acercarse al pizarrón, hacía algunos dibujos y luego les pasaba la tiza para que ellas continuaran. La más pequeña acercaba una silla para alcanzar el pizarrón.

En un momento pensé: esto forma parte de una nueva concepción de escuela, de convivencia áulica y de estudio; también de construcción de lazos sociales. La duda cabía aún: ¿qué pasaría a la hora de evaluar en un examen?, ¿serían estas escenas de trabajo un simulacro, o había proceso de pensamiento y trabajo genuino? Celebro responder hoy, que la mayoría de estos alumnos aprobó el examen parcial; que la pareja de jóvenes padres obtuvo una calificación alta, que la mamá de la niña de cuatro años -quien no quería estar en la guardería porque "no le [sic] gusta"- obtuvo un diez en el examen final, y que la mitad de ese curso ya aprobó la materia en los exámenes de julio.

¿Cuáles son mis conclusiones? De parte de los estudiantes, puedo asegurar que se trata de un grupo humano con una gran potencialidad, merecedor de todas las oportunidades. Ahora bien, si desde el principio no hubiéramos apostado a trabajar en ese clima de cordialidad, ello

no hubiera sido posible. Si yo, el primer día hubiera puesto reparos a la presencia de tres niños en el curso; si hubiera comenzado mi clase bajo el supuesto de que no funcionaría, quizá esto no se hubiera realizado. No soy tampoco amiga de “hacer como si” y dejar pasar, porque “pobrecitos, no tienen otra alternativa”. Yo los he tratado como se merecen, como alumnos capaces de afrontar dificultades y de cumplir con la tarea propia del estudiante: estudiar. Debo aclarar que me parece que este logro no siempre es posible, ni dar clase en esta situación es lo mejor. El resultado depende de la predisposición de los alumnos, de la solvencia del docente y de su compromiso con la educación; pero también depende en gran medida de su entrenamiento en ese difícil ejercicio de “aprender a colocarse en el lugar del otro”. Es necesario agregar que experiencias de este tipo se darían con mayor frecuencia si la labor docente se dignificara – salarios acordes, infraestructura adecuada, etc.- de modo que los docentes revalorizaran su profesión y sintieran el placer de propiciar experiencias de aprendizaje prometedoras de fecundidad.

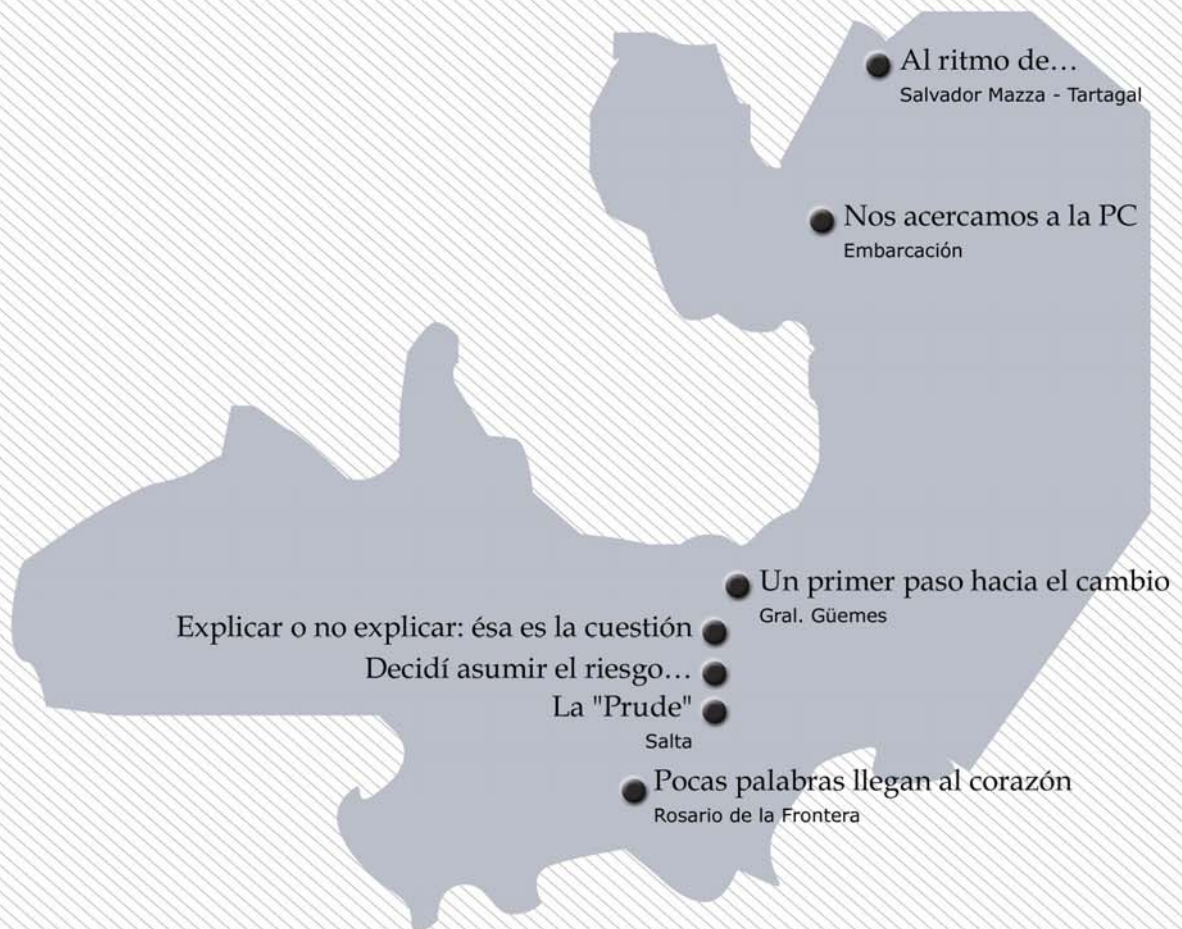
Docente autora: Sara Leticia Molina

Localidad: Tunuyán

Coordinadora CAIE: Rita María de los Ángeles Sierra

I.F.D 9-004 Normal General Toribio de Luzuriaga.

Provincia de Salta



Índice

Provincia de Salta

Pocas palabras llegan al corazón	201
Graciela Padilla	
Nos acercamos a la PC.....	204
Roxana Aguirre	
Un primer paso hacia el cambio	205
Víctor Andrés Apaza	
Al ritmo de... ..	209
Graciela del Valle Acosta	
Explicar o no explicar: ésa es la cuestión.....	212
Alfonsina N. Barraza	
Decidí asumir el riesgo... ..	216
Cintia Núñez	
La "Prude"	219
Marcelo Daniel Zambrano	

Pocas palabras llegan al corazón

Graciela Padilla

Inexplicable sensación cuando Susana me invitó a contar una experiencia; de inmediato mi pensamiento voló, como en un sueño, al monte, al Chaco salteño. En el recuerdo resuenan palabras que se apoderan de mi léxico, aparecen rostros curtidos por el sol, expectantes, objetos colgados, artesanías, fotos, cuadernos, hojas amarillas, siestas tranquilas y un lápiz con el cual dejo plasmada esta historia, que al pasar once años de haberla vivido, aún llena mis ojos de lágrimas por la emoción, al tener la posibilidad de abrir ese cofre tan valioso para dar a conocer una de las experiencias más apasionantes de mis primeros años en la docencia. Aún ronda en mi mente la imagen de una escuela rancho, el viento caliente cargado de tierra y caritas de niños que esperan la sonrisa de una maestra, los wichis. Estos pequeños, alumnos de primer ciclo de la escuela primaria, no hablaban castellano. ¡Qué problema! Cuando entré al aula los saludé, pero ninguno respondió, solo pronunciaban palabras que no podía traducir. “¿Qué hago en esta escuela?, ¿qué rol vengo a cumplir?”, fue lo primero que me pregunté en silencio. El Instituto de Profesorado de Educación Primaria, en el cual me formé, no me preparó para enfrentarme con aquella realidad. Me senté en una silla vieja de madera, los chicos alrededor observaban mi guardapolvo y sonreían, por supuesto esperaban una devolución. Y lo primero que hice fue lagrimear, no sé si hice bien, pero sentía mucha impotencia al no poder comunicarme con ellos. Recuerdo que uno de los alumnos wichis que acababa de conocer, se acercó, me dio su mano y me dijo Wilson. Supuse que decía su nombre.

Cuando Suaya, el director, acudió a mi aula, me presentó al grupo. Ciertamente, él hablaba la lengua wichi, así es que me preparó un “machete” con vocablos traducidos en castellano. ¡Solo me serviría para intercambiar palabras! Casi escucho las voces: “Se hace lo que se puede”, “muy poco aprenden”, “no sé si el bilingüe traduce bien”, son las frases que repetían mis colegas que llevaban años trabajando allí. “¿Qué hace aquí usted, tan joven?”, “los maestros se embrutecen acá”, decía la supervisora; “el Chaco te atrapa”, decía la gente del lugar. Mientras yo me cuestionaba: ¿Cuál sería el futuro de los niños condenados a la pobreza, a la exclusión y a la marginalidad? En esa época, en la ciudad se hablaba de constructivismo, de teorías de aprendizaje, de significatividad, de ideas previas. Entonces me interrogaba ¿cómo enseño en este contexto?, ¿qué cosas son significativas para ellos? Era sabido que necesitaba bastante tiempo para conocerlos. ¿Qué cosas eran relevantes para su cultura? ¿Había alguna coincidencia con la nuestra? He visto en la mirada de los criollos el desprecio, la indiferencia, el maltrato hacia aquellos que forman parte de nuestras raíces, de nuestra historia. Sin embargo, los wichis aman este suelo, esta patria; los vi izar la bandera con respeto. Con el tiempo aprendí un listado bastante exhaustivo de vocablos como “papelwo”, “natches” y muchos otros. Mis clases consistían en presentarles pictogramas -carteles con dibujos acompañados por palabras básicas como *papá*, *mamá*, *luna*, entre otras-, copiarlas en el pizarrón y ejercitar su lectura por repetición. Era difícil arrancarles la lengua materna. Me sentía como una intrusa, ¿por qué hacerlo? Pero esa era la misión encomendada: enseñarles la lengua castellana. ¿Por qué obligarlos? Trataba de ponerme en el lugar de ellos para poder comprenderlos, ¡que difícil! Esto carecía de significado, ya que ellos no interactuaban ni compartían casi nada con los criollos, los “otros”, los que no son aborígenes; sólo en la escuela se comunicaban con los docentes y muy poco. Las consignas de trabajo eran traducidas por el bilingüe, ¡cómo olvidarme de Julio!, si a

veces ni él entendía lo que yo pretendía enseñarles a los pequeños. Con el tiempo pude descubrir que más les interesaba dibujar, expresarse libremente, sobre su vida cotidiana en la misión -asentamiento donde reside la comunidad-, sobre sus "huetes" o casas y la pesca con redes de fibras de chaguar que sus padres confeccionaban con mucho esmero.

En las mañanas agobiantes por el calor, los niños se volvían revoltosos, ya que carecían de mobiliario y tenían que sentarse en el suelo. Cierta día, mientras susurraban, les llamé la atención golpeando el pizarrón con un borrador; entonces el líder, que tenía cualidades de cacique, pronunció una palabra que a mi entender sonaban bastantes agradables. Tomé una lapicera, las anoté en el papel, y averigüé con el director el significado de aquella expresión: quería decir "la queremos mucho, maestra". ¡Qué interesante conocer sus sentimientos! Rápidamente me apropié de aquel vocablo para expresarles que yo también los quería mucho.

Un día lluvioso de marzo sonó la "campana", un viejo pedazo de hierro oxidado colgado del tronco de un árbol; los alumnos wichis salieron de prisa del aula, se resbalaban en el barro del patio, trepaban en el árbol y de allí se lanzaban a la laguna. ¡Qué encanto verlos nadar, tan pequeños y ágiles! Pero qué problema al regresar al aula todos embarrados y mojados!; quedé atónita del asombro. Cada vez que me encontraba conflictuada, "el viejo director", conocedor del Chaco, del aborigen, trataba de calmarme explicándome que era parte de sus costumbres. Sus palabras me aliviaban, terminaba sonriendo y manifestándoles mis afectos. Recuerdo que para el día del niño, los maestros pedimos donaciones de juguetes y les hicimos una fiestita. Allí pude descubrir que ellos valoraban más el juego de la payana con piedritas, la tocadita, el correr alrededor de la escuela, mientras que las muñecas y autitos, luego de la curiosidad inicial, quedaban relegados en un rincón. El valor de la naturaleza es muy grande para ellos porque es la base de la supervivencia. Además de los alimentos, el monte les proporciona plantas como el chaguar, con el cual fabrican yiscas -bolsos tejidos-, redes, canastos. Con el palo santo elaboran diversidad de objetos, que intercambian sea por mercadería, bebidas o algunos pocos pesos.

La vida de los pequeños transcurría en la escuela, y en la siestas, seguían a sus madres para buscar pajas y yuyos para reparar sus casitas. ¡Qué curioso ver a las mujeres transportar grandes cargas en sus espaldas, mientras el hombre lo único que hacía era vigilarlas! En tanto los niños regresaban con sus yiscas cargadas de semillas para que sus padres fabriquen pulseras y collares muy vistosos, a la vez que saboreaban frutos silvestres que recogían en el camino. Ciertamente el wichi es muy libre, no se siente atado a la hora, cualquier momento del día es válido para saborear un rico pescado, sentado en el suelo alrededor del fuego. Esa misma libertad se observaba en el aula, ante cualquier ruido de vehículos la curiosidad los impulsaba a salir corriendo, sin importar el momento de la clase; sobre todo si se trataba del arribo del "Pilcomayo", ómnibus que recorría la zona. Después de un largo rato, regresaban tranquilos a contar qué personas llegaban al lugar. Eso sí, en las fechas patrias la escuela se vestía de fiesta ¡Que imagen más bella! Ver aquel ranchito ornamentado con los colores de nuestra bandera; escuchar poesías recitadas por aquellos niños, que también son argentinos, pero que viven en el olvido. En el día del maestro habían preparado con el bilingüe una hermosa sorpresa, un dibujo en el cual estaba mi nombre y el de cada uno de ellos -encabezando la lista Changuito Wilson, Florencia, Quinina, Braulio, Belgrano- y una pulsera fabricada con semillas.

El tiempo fue pasando, en el mes de octubre ya sentía angustia porque en unos meses las clases finalizarían. Cada mañana me emocionaba al cantar *Aurora* y ver flamear la bandera. Sabía que el próximo año estaría en otra escuela, en otro lugar; porque así es la vida del docente cuando recién se inicia en esta labor. Una mañana del cálido diciembre llegó el momento de la despedida, ¡qué emoción -cuando sonó por última vez la precaria campana- ver formados a

los pequeños! Mis ojos se llenaron de lágrimas y también los de mis colegas. Tenía que dejarlos, no era fácil por todo el cariño que sentía por ellos, hasta me atrevo a decir que el Chaco salteño me había atrapado. Hasta el último instante fue emocionante, porque los niños fueron hasta mi rancho y me ayudaron a cargar los bolsos al ómnibus. Recuerdo aún que todos me abrazaban y gritaban "Graciela, Graciela, te queremos" ¡y lo pronunciaban en castellano! Cuando arrancó el vehículo saqué la cabeza por la ventana. Todos corrían por detrás y con sus manitos en alto me decían adiós. Imagen que pude percibir y grabar en mi retina, hasta que una nube de polvo, producto de la velocidad, la cubrió.

Cuando llegué a la ciudad de Tartagal, tomé conciencia de la enorme distancia que me separaba de aquel lugar al que no volvería. Y así fue, porque al año siguiente, estuve en otro espacio del Chaco y con otra realidad. Hoy, después de haber transcurrido mucho tiempo, al revivir en mis recuerdos aquel pasado, pienso que lo ideal hubiese sido encarar la realidad a través de un proyecto desde la escuela, haciéndolo extensivo a toda la comunidad; un proyecto que tienda a la integración, a la aceptación y a la interacción basadas en el respeto y la revalorización de la cultura aborígen. De esta forma, creo, puede ser significativo lo que aquellos niños aprenden en la escuela.

Docente autora: Graciela Padilla

Localidad: Rosario de la Frontera

Coordinadora CAIE: Susana Isabel Cárdenas de Dorigatti

Instituto Superior de Formación Docente N° 6024 "República de Colombia"

Nos acercamos a la PC

Roxana Aguirre

Con respecto a este tema, podría citar varias experiencias de intercambio, pero hay una muy significativa:

Me desempeño en el espacio curricular Formación Ética y Ciudadana en nivel EGB 3 en un establecimiento educativo local, estaba enseñando los Derechos Humanos y el Pacto de San José de Costa Rica. Los alumnos estaban muy interesados en la clase. Por entonces era novedad el "chatear" y tener "contactos" de todo el mundo. Aproveché esto y solicité una tarea vía e-mail (previamente anoté el correo electrónico de cada uno de ellos, estaban expectantes): los chicos debían obtener opiniones de sus contactos en el "messenger", en un tiempo determinado, acerca del conocimiento o no sobre los Derechos Humanos, dos datos importantes eran el país de origen y edad del "contacto". Las opiniones debían ser procesadas en WORD con el formato de informe (tamaño de hoja, márgenes, emoticones, tipo y tamaño de letra, etc.), luego enviarlo a mi correo electrónico y guardarlo en un diskette con una clave que sólo el alumno conocía. Esto me dio muy buenos resultados, los alumnos demostraron gran entusiasmo en la tarea requerida y, lógicamente, saturaron mi correo ya que enviaron los informes en tiempo y forma.

En esos días, la profesora de Computación se veía muy desanimada porque los "chicos" no demostraban interés en trabajar en EXCEL, ni hablar de que se aprendieran las fórmulas y su aplicación; ya no sabía qué hacer. Le comento mi experiencia en Formación Ética y Ciudadana y los buenos resultados que obtuve con ese trabajo. Mientras charlábamos, estaban en el lugar otros profesores que casualmente escucharon mi explicación sobre la actividad implementada; se interesaron en la misma. Esto nos llevó a analizar, consensuar y coordinar actividades conjuntas ("de interés" para los educandos). Posteriormente, realizamos la programación de las tareas a solicitar (considerando: temas a tratar, formato de los mismos, etc.), introduciendo algunas variantes, por supuesto, para que no quede tan evidente la similitud en los trabajos a diseñar, y finalmente acordamos evaluar los resultados en dos semanas. Lo productivo de esta actividad, es que la gran mayoría de los docentes se dio cuenta de que los conocimientos que imparten no pierden su valor académico incorporando nuevas estrategias en sus clases, crearon correos electrónicos y aprendieron a usar Internet; y los alumnos descubrieron el abanico de posibilidades que puede brindar la red de redes en informática, potenciaron el uso de computadoras, ya que no todo es "matar el tiempo" con juego y "chat".

Dos semanas después, nos encontramos en el colegio, colmados de emoción porque nuestros correos electrónicos estaban saturados con los trabajos presentados en tiempo y forma. El resultado de las evaluaciones: positivas, productivas, enriquecedoras e innovadoras. No es una panacea, es una opción.

Docente autora: Roxana Aguirre
 Coordinadora CAIE: Haide Beatriz Haro
 Localidad: Embarcación
 ISFD 6015 de Embarcación

Un primer paso hacia el cambio

Víctor Andrés Apaza

Transformación. Cambio. Innovación. Son palabras que desde el inicio de mi formación como docente en Economía he analizado, cuestionado y hasta puesto a prueba en alguna intervención de la práctica de Residencia. Son términos que encierran cierta expectativa personal por concretar objetivos estrechamente relacionados con la tarea de enseñar y lograr que se aprenda en medio de conflictos de poder y de actuación con criterio ético. Creo que todo ello gira en torno a una preocupación actual del ámbito educativo: el lograr que los adolescentes aprendan el contenido propuesto a partir del interés que pudiera despertarles.

Desde un inicio, trabajar con recursos tecnológicos en mis prácticas, me generó diversas inquietudes en cuanto a la comprensión de lo que debiera ser una práctica innovadora. Así fue que, considerando el interés de parte de los chicos, decidí implementar un cambio significativo al EDI (Matemática aplicada), que compartimos con los estudiantes del 3ro. 3ra. de Polimodal turno mañana, del Colegio Secundario N° 5007, "Dr. Facundo de Zuviría". El tema de estudio de aquella jornada fue: "El grado de las funciones polinómicas, y la identificación de sus raíces en el plano cartesiano". Un tema que daría continuidad a la caracterización general de las funciones racionales; y que había decidido desarrollar con la implementación de recursos tecnológicos. Una vez determinados los contenidos, lo que demandaría mayor tiempo sería la obtención de recursos tecnológicos, o sea, tres pequeños *softwares*, que permitieran representar las funciones, y el reconocimiento de sus raíces en cada tramo, de manera sencilla. La idea era que los chicos descubriesen una propiedad relacionada con el grado de dichas funciones polinómicas. Esta tarea demandó que, en mis momentos libres, recurriera a los equipos del colegio y ensayara sobre las prestaciones de cada programa, hasta seleccionar el que me pareció el más conveniente. El siguiente aspecto que tuve que abordar fue la cantidad de equipo informático, lo que constituían recursos limitados, por lo que demandó planificar la asignación de grupos de alumnos por cada computadora del laboratorio, a fin de que todos pudieran tener la experiencia.

Llegó el día, y la expectativa por implementar aquellas ideas me generaba un poco de ansiedad. Una clase atípica, impensada quizás para los veintitrés estudiantes que estuvieron presentes. Indudablemente, se percibía cierta sorpresa en sus actitudes de silencio ante la noticia de que nos iríamos a trabajar en el gabinete de computación. Llegamos en medio de un murmullo generalizado. Media hora antes de mi clase, tuve que instalar los programas en cada computadora de modo tal que accedieran sin dificultades. Los chicos se distribuyeron en todo el espacio, ubicándose entre dos o tres por cada equipo de los doce en aquel momento disponibles, como siempre siguiendo sus afinidades. Incluso me percaté de que los tres muchachos más inquietos estaban muy atentos a los equipos encendidos, y con rapidez escogieron aquel que se encontraba más alejado del punto central de observación. Por un instante sentí que para ellos todo esto sería una atractiva oportunidad para perder el tiempo y jugar. Algo, sin embargo, me decía que no debía desanimarme, y continuar. Tal vez un principio primario de responsabilidad y resguardo de la autoridad como docente que, al final, creo que debía mantener como bandera en alto, contra viento y marea.

El laboratorio de informática es un amplio espacio cerrado, al que se ingresa por una pequeña puerta metálica reforzada con barrotes de hierro. En su interior los equipos se distribuyen en mobiliarios de caño y madera próximos a las paredes del recinto, de modo tal que uno

cuenta con un amplio espacio en el centro para desplazarse. Todo estaba saliendo bien. Los chicos se sentían intrigados por manejar el equipo, había expectativa por probar el *software* que les nombré. Los más impacientes ya trataban de ejecutarlo. Confiado en la productividad educativa de aquellas experiencias, estaba iniciando la presentación temática y conceptual, cuando se produjo de manera abrupta la primera interrupción. Al son de la clásica frase "Permiso profesor..." hizo su ingreso la preceptora Silvia, quien se ubicó a mi lado en medio del recinto. La saludé y enmudecí con sentida resignación, pues es costumbre en el establecimiento que el preceptor tenga el sagrado privilegio de cortar el hilo de la clase y hasta informar cuestiones puntuales a estudiantes en particular, en ese momento y no en otro. Un "permiso profesor..." con un peso demasiado institucionalizado, como para que un simple docente ingresante como yo pudiese cambiarlo. Había que aceptar aquellas reglas de juego, y la verdad, me estaba costando. Mientras ella hablaba, pensaba en lo poco o nada que le debía de importar mi intento sistemático por dotar de cambio a aquella clase. Pensaba en el sacrificio económico y el tiempo invertido en la planificación de una jornada diferente, que percibía empezaba a esfumarse lentamente.

Cuando se retiró y retomé la tarea, noté que más de uno esperó mis indicaciones para interactuar con el equipo. Una vez más pensé en los imprevistos, por lo que hice una primera modificación sobre la marcha, y focalicé el trabajo sobre las actividades básicas a desarrollar. El imprevisto, una vez más, no se hizo esperar, ante la llegada tarde de un estudiante, quien con una mirada un poco desconcertada, me saludó y preguntó qué había que hacer. Estaba por reprocharle su horario de llegada, pero algo me decía que los minutos me jugaban en contra, por lo que opté por indicarle brevemente de qué se trataba nuestra actividad de aquel día, y lo incorporé a un grupo de alumnos, quienes indiferentemente le hicieron un espacio entre sus asientos al frente del monitor. A pesar de todo ello, noté que las miradas de concentración estaban puestas sobre las computadoras. En medio del trabajo compartido podían percibirse los murmullos típicos de un intercambio interno de ideas y opiniones, unas confrontadas en un "...así no era", "déjame que lo hago yo..."; otras consensuadas en "sí, así es...", "¿viste que teníamos razón?..."; etc.

Percibí durante aquellos minutos que los chicos y chicas estaban realmente interesados, ocupados, atrapados y dispuestos a desafiar con sus acciones y respuestas a los interrogantes generados desde mi propuesta. Las preguntas esbozadas buscaban clarificar dudas específicamente técnicas, tales como la manera de ingresar al menú de configuración, el especificar el rango de representación para cada función, cómo deshacer una acción dada, etc. Además, pude entrever la marcada búsqueda de dependencia en sus acciones respecto de las decisiones pautadas por mí. Desde mi punto de vista, percibí la tendencia a deslindar la capacidad de decisión en la tarea con un "¿Está bien así, profe?", "¿Puedo hacer la representación de tal o cual color?", "¿Puedo cambiar el orden de realización de los ejercicios?". Ante estas actitudes, y sin pensarlo demasiado, les dije que no era necesario que me hiciesen estas preguntas, ya que tenían libertad para decidir la mejor manera de realizar la presentación de las tareas, dando cumplimiento a los planteamientos propuestos. Lo que para mí, sin dudas, era un intento por romper aquella dependencia, un poco en demasía, de las decisiones del docente, dejó ver curiosamente, los rostros de desconcierto de unos cuantos, quienes parecían trabajar de esta manera.

Fue así que la dinámica de trabajo fue mutando, entre un ir venir a cada grupo a evacuar todo tipo de consultas sobre el tema, tornándose por momentos ordenada, y por otros tensionada entre demandas de atención simultáneas, conforme avanzábamos en la clase. A

pesar de que los chicos y chicas del 3ro. 3ra. eran conocidos por los docentes y preceptores como un grupo “bastante inquieto en cuanto a su conducta”, conformaron un excelente equipo de trabajo, por su capacidad de organización, quizás, al conocerse muy bien entre ellos. Todos estos indicios me indicaban que la planificación de las estrategias y los recursos didácticos que pretendían constituirse en una intervención innovadora cobraban sentido. Que todo el proceso pre-activo podía generar resultados positivos. Tras la presentación y el desarrollo del tema entre preguntas y ejemplos, fuimos a los casos específicos para representarlos y, para asegurarme una participación general en el proceso, en la marcha dispuse que rotara cada miembro del grupo en el manejo del equipo por cada caso propuesto.

Suelo creer que si deseamos ganar el respeto y tener autoridad ante un grupo de estudiantes, es requisito indispensable demostrar, mínimamente, un sólido dominio de los conocimientos del espacio curricular específico, porque esto le da al docente la confianza y seguridad fundamental para animar al alumno a abrirse al diálogo en espera de una clarificación de sus dudas, conocer sus inquietudes, su contexto, su lenguaje en relación al espacio. Eso también es parte del proceso de innovación. Estábamos promediando la clase. No hubo inconvenientes mayores, sólo indicar qué tecla pulsar para lograr una operación en particular, cómo borrar una expresión algebraica mal tipeada, etc. Fue un apoyo significativo a la interpretación de los chicos, que visualizaran el gráfico de cada función en colores diferentes, incluso que pudieran identificar sus raíces, indicadas por el sistema, ya que agilizaron el trazado que suele hacerse en pizarra, y pudieron seguir el recorrido de la misma en todo el plano coordenado. En los últimos quince minutos restantes les fue posible conocer la representación de una función de cuarto y quinto grado. Al final abordamos la conclusión mientras varios de ellos miraban el reloj ansiosos por oír el timbre de recreo. ¿Cómo lograr que el revuelo general no ocurriera? En esos últimos minutos propuse tomar nota sobre esa particularidad descubierta en cada ejercicio realizado. Ese conocimiento resultaría útil en futuras clases. Sonó el timbre liberador y todos se agolparon ante la estrecha puerta para huir de la prisión del aprendizaje. La clase podrá haber sido muy buena pero hay actitudes que prevalecen, porque el trasfondo de este desinterés es mucho más profundo, más complejo, con fuertes raíces culturales y sociales, que un docente o, mejor dicho, toda una institución por sí sola difícilmente pueda cambiar.

Me preguntaba, mientras reacondicionaba el gabinete, si todo lo realizado habría sido útil para que aprendieran a reconocer el grado de las funciones polinómicas a partir del análisis de los gráficos cartesianos generados por el sistema informático. Pero ahora puedo decir que aquellas actividades en las computadoras me demostraron que era posible lograr un aprendizaje productivo en los estudiantes, más allá de las indudables limitaciones en cuanto a la disponibilidad de equipos. Me permitieron descubrir que la clave de la enseñanza y el aprendizaje está en el compromiso personal por indagar en las expectativas de los estudiantes, a fin de encauzar y utilizar sus motivaciones diarias, en la construcción de un conocimiento significativamente útil. La tarea de enseñar, desde luego, es un constante desafío para la búsqueda y aplicación de estrategias que despierten el interés del alumno por aquellos conocimientos que realmente son valiosos para su formación. Allí está el compromiso ético de transformar la tarea por un futuro en el que los estudiantes vuelvan a valorar el conocimiento como elemento decisivo en el destino de sus vidas laborales, como protagonistas en la sociedad.

Como docente, apuesto al interés que les despierta el querer trabajar a partir de un enfoque diferente, innovador, no sólo para el estudio de las funciones matemáticas, sino también para el estudio de cualquier otro espacio curricular. En este caso, yo apelé al empleo de la informática, sabiendo que en nuestro contexto ellos se familiarizan bastante bien con sus diversas

aplicaciones, por no mencionar el empleo de Internet. Sin desanimarme, sino más bien satisfecho por el trabajo compartido, aposté a nuestro próximo encuentro ya que, después de todo, el aprendizaje tiene sus tiempos, y sin dudas el haber realizado una práctica innovadora resulta un aporte muy importante para lograrlo.

Descubrí que la innovación es una actitud que está más allá de la capacidad de manejar un grupo-clase. Es una manera de abordar la práctica, con creatividad, con mucho sentido común, pero por sobre todo tratando de conocer los intereses, las motivaciones de los estudiantes a fin de orientarlos hacia las metas educativas propuestas. Por lo tanto, no significa necesariamente instrumentar costosos recursos para la enseñanza y el aprendizaje. Alguna vez transité mi educación técnica en el ámbito de la informática, lo que me sirvió para esta actividad. De allí rescaté esas ideas, en ese momento poco claras, acerca del cambio, y que durante mi formación como docente hasta mi ejercicio laboral como tal, se enriquecerían y significarían un replanteo constante sobre mi quehacer educativo.

Y citaré brevemente unas frases que al día de hoy aún suenan en mi cabeza, y que suelen ser tomadas en cuenta muy pocas veces en gran parte de nuestras vidas: Las acciones realizadas no las podemos modificar porque son parte de nuestro pasado, aunque podemos aprender de él. El presente es, sin embargo, un tiempo demasiado corto para generar cambios profundos. Sólo en el futuro está todo el tiempo necesario para prepararnos para el presente, porque en él están nuestras mayores posibilidades para generar transformaciones significativas. En la medida que aprendamos a anticiparnos estaremos aprendiendo a ser innovadores desde nuestro ámbito.

Docente autor: Víctor Andrés Apaza

Localidad: Gral. Güemes

Coordinadora CAIE: Elizabeth del Milagro Cuenca

Inst. de Ens. Sup. "Prof. Amadeo R. Sinolli"

Al ritmo de...

Graciela del Valle Acosta

Corría el año 1995, recién egresada del Profesorado en Historia, con todas las ansias y la necesidad por empezar a trabajar, presenté currículum vitae en cuanto colegio privado y escuela pública quisiera aceptarlo.

De casualidad, en una librería de la ciudad de Tartagal, me llamó la atención algo en la vidriera: un parte de prensa del Instituto de Nivel Superior "América Latina" de Salvador Mazza llamaba a concurso para cubrir horas de Historia.

Con todo el ímpetu y la ingenuidad de utopías heredadas, decido presentarme. Esa decisión cambiaría para siempre mi vida. Desde el principio todo fue desafío y situaciones a resolver; en ocasiones eran situaciones riesgosas, en otras graciosas, otras me recordaban las descripciones de Vargas Llosa, en sus memorias de Lituma¹ en los Andes.

Llegar a Salvador Mazza (localidad a 60 km de la ciudad de Tartagal) era toda una odisea. El único medio de transporte público, la empresa *Atahualpa*, brindaba... no sé si llamarlo servicio o decir que daba... mucha lástima.

Todos sus coches crujían todo el tiempo como a punto de romperse; el vibrar del colectivo en movimiento, en el mejor de los casos, abría las escasas ventanillas que se disponían, porque por lo general las ventanas carecían de vidrio. En el verano viajábamos con muchísima ventilación... el asunto era en invierno, siempre hacía más frío dentro del colectivo que fuera de él. Y qué recordar de los pisos del colectivo, se podría decir que teníamos vista panorámica... de las ruedas; el coche 506 (esta unidad cubría el horario de las 16:30 de lunes a sábado) siempre nos sorprendía con algún agujero nuevo.

Luego de un viaje 2 horas y 20 minutos, en el que paramos ante cuanto lugar, paraje y seña que realizara cualquier persona en la ruta, llegamos a Salvador Mazza, localidad fronteriza con San José de Pocitos.

Al presentarme ante el rector, me comunica que de todos los postulantes, soy la única en presentarme a la entrevista, los otros cuatro habían desistido.

Luego de una charla amena, concisa, con pautas de trabajo muy puntuales, me presenta al grupo.

El aula no era muy diferente a los coches del *Atahualpa*: las paredes descascaradas, la escasa luz de los tubos fluorescentes; ante la ausencia de vidrios en las ventanas, plásticos transparentes evitaban la circulación de aire... quizás la única diferencia con el colectivo. Los "baches del piso" tenían el nombre del incauto profesor que por descuido o por nerviosismo había tropezado en ellos.

Era un grupo de 35 personas: veintitrés eran bolivianos radicados en San José de Pocitos que habían cursado sus estudios primarios y secundarios en las escuelas de Salvador Mazza; quizás por esta situación habían contraído enlace con personas argentinas o sus hijos habían nacido en este lado de la frontera.

¹ Vargas Llosa, Mario: *Lituma en los Andes*. Novela publicada por Editorial Planeta, en el año 1993.

Doce eran argentinos con residencia en Salvador Mazza, pero trabajaban en San José de Pocitos; algunos de ellos estaban emparentados con personas de nacionalidad boliviana.

En ese primer encuentro, a ellos les llamó la atención que luego de estar un par de meses sin profesor, alguien se presentara. Su primera pregunta: "¿Profesora, usted vendrá hasta fin de año?"

A mí me llamaron la atención sus silencios... eran sepulcrales, todo el tiempo sentía que sus ojos escudriñaban... desde mi vestimenta, la forma de ingresar al aula, la manera de pararme frente a la pizarra, el hablarles mirándolos a los ojos, los recursos audiovisuales que ponía en práctica para intentar que se expresaran... quería escuchar, conocer el timbre de sus voces.

Eran calladísimos, todo el tiempo evitaban opinar, y sus escritos individuales eran excelentes! Tenían una gran riqueza y nivel de profundidad, pero no había forma de que emitieran opinión en voz alta, sólo querían trabajar en forma individual.

El horario de clases era vespertino; al llegar la noche y luego de varias horas con el aula en silencio y con esa luz tenue que nos alumbraba, era desesperante. En ocasiones los miraba trabajar tan en silencio que muchas veces me preguntaba si no eran figuras fantasmagóricas.

Las primeras semanas fueron muy angustiantes, el viaje de regreso a mi casa me servía para repasar cada palabra, cada acción, cada técnica puesta en práctica en el aula.

Ninguna teoría psicológica aplicada me permitió lograr la comunicación entre el grupo. En menos de un mes había puesto en práctica todas las estrategias de la Didáctica General iy de las específicas!... ¡Socorro! ¡No sabía qué hacer!

Una tarde, mientras mis hijos escuchaban música, el más travieso de ellos decide correr, saltar al ritmo de Los Jarkas. Lo veía disfrutar tanto de las melodías; había en sus expresiones, en su mirada, un cierto placer... Se me hizo la luz.

A la semana siguiente, me presenté en el aula con mi viejo radiograbador y varios cassettes con música andina: Fue maravilloso, algunos escuchaban emocionados recordando viejos amores, otros se movían al compás de los *huaynos*... Sin darnos cuenta nuestros brazos y manos se entrelazaron formando una ronda. Al terminar la música, nos sentamos por primera vez a dialogar. Era gratificante escuchar sus voces, algunos recordaron a sus padres, sus abuelos, sus lugares de origen, sus trabajos, sus vidas signadas por el dolor y la tragedia, sobresaliendo en sus relatos los recuerdos sobre la guerra con el Paraguay.

Desde ese momento, sus historias de vida eran el puntapié inicial para relacionar y armar una periodización histórica que nos permitiera ubicarnos y enlazar el presente con el pasado.

Luego del primer encuentro, uno de los alumnos me preguntó: "¿Profesora, usted regresa a Tartagal en la flota del *Atahualpa*?" Ante mi respuesta afirmativa, me dijo con firmeza: "En la parada no reciba paquete de persona alguna, sea esta joven, vieja, niña, hombre, mujer, conocido o desconocido". No sé si fue la forma en que me lo dijo o si fue su mirada, pero sus palabras resonaban en mi interior. En la parada una nena de unos 7 años me preguntó si no podía ayudarla a llevar un paquetito... amablemente dije que no. Al llegar al puesto de Gendarmería en Aguaray nos bajaron a todos, revisaron a los pasajeros, sus pertenencias, al colectivo y todos sus recovecos.

La niña corrió entre los arbustos a esconderse, la persona mayor que la acompañaba quedó detenida por tráfico ilegal de vaya a saber qué cosa.

Gracias a este alumno yo habría aprendido otras de las tantas lecciones que ellos me darían... Desde ese día aprendí a viajar sin comprometerme con nadie; en los 7 años en los que

me trasladé a Salvador Mazza, ninguno de los pasajeros habituales de ese horario me molestó o quiso comprometerme, pidiéndome que le pasase paquete alguno.

Cuando nos referimos a zonas de frontera, en la mayoría de las ocasiones no tenemos presente la magnitud y la complejidad de los distintos tipos de intercambios, sean estos políticos, económicos, sociales, religiosos, culturales, legales o ilegales. Existen en estas zonas ciertos códigos de convivencia que están escritos en las prácticas sociales y que se renuevan con la transmisión de persona a persona, los límites entre lo lícito y lo ilícito adquieren una dimensión imperceptible; para la mayoría de la población, forman parte de estrategias de supervivencia.

Así se inició una relación que duró 3 años. De los 35, sólo se recibieron 30, lamentablemente no pude asistir a su acto de colación; uno de mis hijos tuvo que ser internado. Estando en la clínica recibo un sobre, la tarjeta decía: "A la profe *chaguanquera*¹, a quien hartó² queremos"; en el fondo del sobre había una cadena de oro con un dije con la cara de Jesús, obsequio muy preciado que me acompaña a todos lados.

Hoy me emociona encontrarlos en capacitaciones, desfiles, actos o eventos institucionales... Ellos despertaron en mí la necesidad de buscar en la música, en el arte, en el teatro, en la literatura, conexiones con la Historia.

Sus historias de vida me permitieron articular la teoría con la práctica y redescubrir lecturas sobre historiografía, sobre metodologías áulicas. Ellos estaban ávidos por conocer y yo por aprender.

A 13 años de aquella decisión vienen a mi memoria, como flashes de un video clip, imágenes, recuerdos, aventuras y desventuras compartidas, que quizás sean temas para otras narraciones.

Docente autora: Graciela del Valle Acosta

Localidad: Salvador Mazza - Tartagal

Coordinadora CAIE: Andrea del Milagro Cuellar

Instituto de Formación Docente Nº 6029

¹ *Chaguanquero: Vocablo de uso despectivo con que se nombraba a la hoy desaparecida línea del Atahualpa, ya que aborígenes de distintas etnias se trasladaban en él.*

² *Expresión que es sinónimo de mucho.*

Explicar o no explicar: ésa es la cuestión

Alfonsina N. Barraza

La experiencia que voy a narrar, parte de la construcción de un trabajo práctico con mis alumnos del I.E.S. N° 6001.

Consigna: "Caracterizar el sistema político entre 1880 y 1916, según Alonso".

Respuesta: "la política criolla en 1880 y 1916, el sistema político, los gobiernos electorales que se eligen entre ellos y las herramientas. En la democracia restringida existe otra forma de participación en el sistema federal- no a la reelección y libertad de prensa" (*sic*)

Seguramente Mónica Alonso no previó esta interpretación de su trabajo sobre el surgimiento del Radicalismo. Sinceramente, yo tampoco.

Trabajo en el Instituto de Educación Superior N° 6001, la ex Escuela Normal en la ciudad de Salta. He trabajado durante 12 años en las distintas carreras que fueron pasando a medida que avanzaba la "transformación educativa". Ahora me encuentro enseñando Historia Argentina en el 3° año de la Carrera de Prof. en Ciencia Política.

Respuestas como éstas me han venido sorprendiendo desde hace varios años. Como docente, me he formulado una multitud de explicaciones (o de excusas) acerca de este tipo de respuestas, cada vez más frecuentes. Entre ellas, he atribuido las dificultades de expresión y la coherencia a una falta de comprensión lectora cuyo origen es la primaria, pasando por las condiciones socio-económicas hasta las aptitudes personales de cada alumno del profesorado.

Mirando hacia atrás, a mi práctica como docente del nivel terciario, me vi trabajando con las estrategias habituales en este nivel: clases teóricas que abordaban los conceptos estructurantes del tema, trabajo con líneas de tiempo para lograr la ubicación temporal, mención específica de autores que analizaban los distintos procesos históricos, clases prácticas con guías de lectura, etc.

Llegaba el momento del parcial o del final: ausentismo casi total. De los pocos estudiantes que asistían, unos cuantos aprobaban y otros tendían a dar respuestas como las que transcribo arriba.

Me dije: tengo que hacer algo o renuncio a la docencia. Evidentemente, algo estoy haciendo mal.

Consideré que la bibliografía con la que trabajamos era muy abundante y que, llegado el momento de la evaluación, los chicos no tendrían el tiempo suficiente para leerla, teniendo en cuenta el hecho de que buena parte de nuestros alumnos trabajan en distintos lugares y estudian de noche.

Se me ocurrió practicar una estrategia utilizada por el profesor Eric Langer en un curso de postgrado al que asistí. Cada alumno debía llevar para el encuentro siguiente una "reseña bibliográfica", que consistía en el resumen de una lectura realizada, asignada por el profesor a cada cursante, pero con una condición: la síntesis del capítulo completo debía presentarse en una sola hoja (en nuestro caso, en hoja A4, en Times 11, interlineado 1,5. Ni una línea más ni una menos).

A mí este trabajo me había parecido sumamente enriquecedor, por la sencilla razón de que todos los cursantes nos exprimíamos el cerebro tratando de que todo lo importante lograra caber en una sola hoja, que era corregida minuciosamente por nuestro profesor. Había, además, una cuestión fundamental: cada alumno tenía la responsabilidad de hacer un muy buen

resumen, ya que era el único de ese tema y debía exponerlo para los demás, dejándolo igualmente como material de consulta para el final.

Puse en práctica la estrategia de trabajo y debo reconocer que la experiencia fue buena, en cierto sentido. Los chicos se comprometieron con el cursado de la materia, se esmeraron en la preparación de sus reseñas de una hoja, algunos lograban exponerla en forma exitosa y muchos más llegaban con las lecturas hechas para el momento del parcial.

Fueron un par de buenos años.

Con el tiempo, hecha la ley, hecha la trampa.

Los chicos comenzaron a copiarse las reseñas entre ellos, se transmitían las carpetas de resúmenes año a año, hacían reseñas grupales, o en medio del apuro por presentarla a tiempo, transcribían sólo los primeros párrafos del capítulo hasta donde se terminaba la rigurosa hoja.

En consecuencia, llegaba el momento de los parciales y... ausentismo casi total. De los pocos estudiantes que asistían, unos cuantos aprobaban y otros tendían a dar respuestas como las que transcribo arriba.

Nuevamente me dije: tengo que hacer algo o renuncio a la docencia. Evidentemente, algo estoy haciendo mal.

Asistí a un encuentro de capacitación en Córdoba con la presencia estelar de dos importantes figuras de la enseñanza de las Ciencias Sociales: Pilar Benejam Agrimbau y Jean Herbrad.

De Pilar me llevé una maravillosa respuesta de alguien que tiene demasiados años en el sistema educativo. Ante las quejas de los docentes sobre las mil y un dificultades para enseñar en un país de Tercer Mundo como la Argentina, esta buena señora dijo: "Si los docentes vamos a tener que esperar que estén dadas todas las condiciones para poder enseñar, entonces no vamos a trabajar nunca. La esencia de nuestra tarea es justamente trabajar sin que estén dadas todas las condiciones, y a pesar de ello, lograr que nuestros chicos *aprendan*, o por lo menos, no dejar de intentarlo".

Esto me sirvió para tomar las cosas de otra manera. Los que trabajamos en terciarios sabemos muy bien que nuestros alumnos llegan a este nivel sin saber leer, sin saber expresarse, no tienen suficiente tiempo para estudiar, no tienen suficiente dinero para costearse sus estudios, y un interminable etcétera. Estas son las condiciones en las que trabajamos. A pesar de ello, en vez de quejarnos, tenemos que conseguir que nuestros chicos *aprendan*, o por lo menos, intentarlo.

De Jean Herbrad me llevé una experiencia maravillosa, que se convirtió en una bisagra para mi trabajosa tarea de enseñar. A los profesores de Ciencias Sociales nos dio un texto de Física, a los de Ciencias Naturales uno de Análisis Historiográfico, a los de Matemáticas uno de Gramática, y a los de Lengua uno de Química.

Todos los presentes éramos profesores universitarios, con carreras de por lo menos cuatro años.

Los textos para todos eran *japones*. No se entendía nada.

Nos dijo sonriendo: "Eso es lo que les pasa a las personas que *no son especialistas en el tema*. La lectura se entiende en la medida en que estamos lo *suficientemente alfabetizados para entenderla*."

Qué gran verdad.

Los chicos de ahora, tan vaciados de vocabulario, no están alfabetizados mínimamente como para comprender un texto complejo, sobre todo, los textos expositivos o argumentativos

típicos de las ciencias. En vez de admirarme porque nuestros estudiantes “no entienden lo que leen”, decidí poner en práctica la propuesta de Herbrard.

Él decía que antes los chicos iban a los textos buscando información, o sea, *leían para informarse*.

Nos hizo notar que actualmente no hay adulto que no se admire de la carencia de vocabulario de nuestros jóvenes. Los celulares y el Chat los han llevado a practicar asiduamente la famosa “economía del lenguaje”. No es desacertado decir entonces que no tienen el vocabulario suficiente para entender un determinado texto académico.

Por lo tanto, es tarea del docente informarlos primero, explicitando las palabras “difíciles”, para que cuando vayan a los textos, puedan entenderlos. Es decir, es necesario el proceso inverso: debemos *informarlos* para que ellos *lean*.

Era preciso entonces *explicar*. Dar *clases de lectura*.

Es cierto. Puede resultar una obviedad el decir que en una clase hay que explicar. Pero no lo es tanto el decir que es necesario hacerlo en un contexto de *lectura compartida*. Tomé como base la definición de Dubois, para quien la lectura “es una actividad intelectual que pone en relación al lector con un texto, escrito por un autor, generando un proceso de interpretación que transforma tanto al lector como al texto producto de esa interpretación”.

Si bien es incuestionable el hecho de que el texto leído se transforma como resultado de una interpretación, también es cierto que en el caso de las Ciencias los textos se leen para obtener una información precisa. Es decir, se lee para aprender. No es como en Literatura. No se puede hacer una libre interpretación de un texto científico, ya que la relación entre lector y texto requiere, en este caso, un trabajo de interpretación que reconozca que existe un significado comunicado por el autor al que el lector pretende aproximarse.

Es lo que los autores, como Vélez, reconocen como *lectura eferente*. Este tipo de lectura demanda el desarrollo de determinados comportamientos lectores. A mi juicio era necesario enseñar esos comportamientos.

Pues bien. Me senté con mis alumnos de 3er. año del profesorado a leer. Leímos Weber, Oszlack, Bobbio y a la famosa Alonso. Realizamos la operación de “traducción” al castellano de los términos usados por los autores para calificar el funcionamiento de la sociedad bajo una dominación burocrática- racional, legitimada por la creencia en la legalidad emanada de un poder impersonal y obedeciendo a sus respectivas ordenaciones.

Me dirán que el nivel terciario no es el ámbito apropiado para enseñar comportamientos lectores. Me dirán, como mi amigo y colega Martín: “Noooo, si no saben leer, no es mi problema”. “No me voy a poner como maestra a enseñar a leer”. “Yo no estoy para perder el tiempo”.

Mirándome por encima del hombro y con una sonrisa sarcástica me dice que estoy nivelando para abajo. Que estoy secundarizando el terciario. Que los estoy mal acostumbrando al “digerirles el conocimiento” según mis propios criterios. Que les simplifico demasiado las cosas, entonces nunca van a avanzar sobre lecturas más complejas de modo independiente.

Yo le digo que para mí no es perder el tiempo.

Que no van a aprender comportamientos lectores si no los enseño.

Que prefiero que entiendan pocos temas, pero bien, antes de que no rindan nunca o de que estudien de memoria, como hacen con su materia.

Dentro de poco llegará la hora de la verdad. Estamos llegando a fines de abril y se viene el primer práctico evaluador.

Confieso que tengo la mejor de las esperanzas. Espero no tener un ausentismo casi total. Espero que asistan muchos estudiantes que aprueben y pocos que me den respuestas como las que transcribo arriba.

Espero sinceramente no decirme de nuevo: tengo que hacer algo o renuncio a la docencia.

Los resultados de la evaluación me dirán si estoy haciendo las cosas mal.

Y si es así, aunque no estén dadas las condiciones ideales, voy a tratar de lograr que estos chicos aprendan, o por lo menos no voy a dejar de intentarlo.

Docente autora: Alfonsina N. Barraza

Localidad: Salta

Coordinadora CAIE: Gabriela Elizabeth Ibáñez

Instituto "Gral. M. Belgrano" N° 6001

Decidí asumir el riesgo...

Cintia Núñez

En el año 2005, la tutora de *Elegir la Docencia* del Profesorado Superior de Lenguas Vivas, la profesora Ana Tríboli, nos explicó a los becarios su proyecto: "La diversidad desde un espacio de trabajo compartido". Entre sus diferentes propuestas, la más interesante, para mí, fue la de dar clases de apoyo en la escuela secundaria Sargento Cabral de Villa Mitre, en la ciudad de Salta.

La profesora Marta, docente de inglés de aquella Institución, se contactó con la profesora Ana para hablar sobre las posibilidades que teníamos los becarios de ayudar a los estudiantes. Ella proponía que nosotros diéramos clases de inglés a los alumnos de 9º año del turno tarde, en contraturno, por la mañana, los días martes de 9 a 11, con el fin de mejorar el rendimiento escolar en esa área.

Según me habían comentado, la gente que vivía en esa zona era muy peligrosa. Yo me preocupé y temí que los alumnos fueran agresivos. A pesar de saber esto, como becaria decidí asumir el riesgo y compromiso de ir a enseñar a ese lugar.

El primer día, los becarios y nuestra tutora nos reunimos en la escuela para ser presentados ante la directora, quien nos autorizaría a dar clases allí. En ese momento me sentía incómoda, quizás porque todavía no conocía bien a mis compañeros y era muy tímida. Luego de tratar con la directora, nos dirigimos hacia el aula de la profesora Marta. Nos presentamos y les explicamos a los chicos por qué estábamos allí. Me costó mucho soltarme. Casi no hablé, sólo lo hice con los alumnos de adelante quienes tenían inquietudes sobre la carrera.

Aunque estaba un poco nerviosa, de a poco me fui sintiendo más cómoda. Ese día vi que lo que nos habían dicho del lugar aparentemente no era tan así, todo parecía tranquilo y los chicos no eran para nada violentos. Al contrario, me agradó haber compartido aquella mañana con ellos, ya que demostraron interés en nosotros y eso fue muy positivo para mí.

Recuerdo que cuando comencé con las clases temía que los chicos no me entendieran. También estaba ansiosa por saber cómo serían ellos con nosotros, cómo nos recibirían, y si podríamos manejar la clase sin que los chicos se aburrieran o no nos hicieran caso. Ese día nos dividimos en pequeños grupos para poder concentrarnos mejor en los problemas de cada alumno.

A mí me tocó trabajar con dos alumnas muy tímidas así que me costó que participaran. Para esa clase utilicé unas tarjetas que había hecho en mi casa con cartulina. Estas contenían pronombres y verbos para que las chicas formaran oraciones. También contaba con los dibujos y las actividades que nuestra tutora nos había facilitado. Primero averigüé lo que habían visto con su profesora, me mostraron sus carpetas, y les pregunté qué era lo que más les costaba entender para poder explicarles y hacer un repaso con las actividades.

Por un lado, una de las chicas entendía rápido y yo quería avanzar para poder cubrir las actividades previstas para la clase. Pero, por el otro, a su compañera le costaba más y se confundía mucho. Por eso pensé que sería mejor ir más lento y volver a explicar hasta que ambas comprendieran la lección. Cuando ellas no entendían me preocupaba por buscar la manera de que lo hicieran. Por momentos, ellas se veían cansadas, así que traté de ser más divertida para que la clase no se volviera tediosa. Esta era una decisión más de las que debía tomar a medida que se me presentaban las dificultades.

Al final de la hora, las chicas me contaron que no le entendían a su profesora porque avanzaba muy rápido. Yo les pedí que repasaran y me consultaran cualquier duda. Traté de darles confianza. Les expliqué que el propósito de las clases era ayudarlos a mejorar en inglés y que no debían sentir vergüenza con nosotros.

Después de las primeras clases algunos alumnos comenzaron a faltar, lamentablemente. La profesora Marta ya nos había advertido al respecto. También nos dijo que la villa era un lugar marginal, donde los alumnos carecían de recursos económicos. Además de las consecuencias que eso implica, víctimas de la violencia familiar y la discriminación, algunos, incluso, debían trabajar. Esto me hizo entender mejor por qué les costaba tanto estudiar y me dio pena por los que dejaban de venir.

A causa de las inasistencias de los chicos, no podía llevar un registro de sus rendimientos. Sin embargo, algunos alumnos nos hicieron saber que sus notas habían mejorado, y ya no tenían que recuperar. Eso fue un alivio para mí y una señal de que las clases no habían sido en vano, sino que cumplimos con nuestros objetivos.

Una de mis clases fue diferente. La profesora Tríboli nos pidió que reemplazáramos a una profesora de noveno año, que estaba de licencia. Nuestra tutora nos había propuesto hacer una clase divertida con juegos para animar a los chicos. La tarea consistía en hacer un repaso de los contenidos ya vistos para fijar lo aprendido en clases. Cuando entramos al aula nos presentamos y les explicamos a los chicos lo que haríamos durante la jornada.

Primero les pedimos que escribieran sus nombres en hojas y los pusieran en sus mesas para poder identificarlos fácilmente. Luego les pedimos que se dividieran en 3 grupos y les repartimos unas tarjetas con palabras sueltas para que formaran oraciones sobre rutinas. El primero en terminar sumaba puntos.

Algunos chicos se levantaban de sus asientos e interrumpían a sus compañeros, otros no trabajaban y charlaban mucho. Eso me molestó y pensé que debía decirles algo.

Me acerqué al grupo del lado de la ventana para ver cómo les estaba yendo con la actividad, les expliqué de nuevo lo que debían hacer porque tenían dudas. Mis compañeros se ocuparon de los otros grupos. Después de observar y pensar sobre el comportamiento de los alumnos, me pareció normal que los chicos fueran tan inquietos y charlatanes. Yo también pasé por esa etapa y comprendo que a esa edad nuestros ánimos y emociones no son tan fáciles de controlar.

No quise intervenir demasiado, a menos que se distrajeran mucho, para darles un poco de libertad y que no se sintieran demasiado observados. Traté de alentarlos para que pusieran más atención. Les pedí que hablaran de a uno a fin de que pudieran escuchar y ponerse de acuerdo. Ellos lo intentaron y pudieron avanzar un poco más rápido. Algunos alumnos eran muy callados, el hecho de que no participaran me preocupaba; pero todavía faltaba ver otras actividades, así que lo dejé pasar.

Para el siguiente juego cada grupo debía elegir un compañero. Teníamos preparadas unas cartas con dibujos que hacían referencia a algún oficio. El alumno debía representar con mímicas un oficio para que su grupo adivinara y lo dijera en inglés. Les ayudamos un poco a los más tímidos para que se animaran. Esta tarea fue fácil para los chicos. Todos nos reímos mucho. Además los chicos pudieron poner en práctica su creatividad e imaginación.

Desafortunadamente, no había tiempo para completar el último ejercicio. Como teníamos poco tiempo elegimos a los alumnos que habían participado menos y les mostramos unas cartas con números para que los dijieran en voz alta. Los chicos no se acordaban bien los núme-

ros en inglés. Esta parte fue difícil tanto para ellos como para mí. Yo quise ayudarlos a recordar pero al parecer algunos no habían estudiado. En ese caso no podíamos hacer mucho.

Antes de que tocara el timbre les repartimos golosinas y les aconsejamos que repasaran. Los chicos nos dijeron que les había gustado mucho la clase y querían que sigamos yendo. Eso me puso muy contenta. Me sentí satisfecha de que las cosas salieran mejor de lo que esperaba. El hecho de que los chicos mostraran interés en nosotros ayudó definitivamente a que esto fuera posible.

En general, los chicos se sintieron bien con nosotros. Nos aceptaron desde un principio y nos dejaron que les ayudáramos. A pesar de que algunos eran muy indisciplinados fui paciente con ellos. Traté de ser amigable, pero no permisiva, aunque no fue fácil.

A pesar de mis dudas y temores, yo también disfruté dando clases. Este proyecto me permitió conocer la escuela desde el punto de vista docente y aprender cómo se maneja una clase: saber poner límites, dar órdenes, actuar con anticipación, ser paciente, conocer al alumno, ser apacible, entre otras cualidades. Además, creo que esta práctica es una herramienta imprescindible para una mejor comprensión de la teoría.

Pienso que es importante, también, para cualquier futuro docente tener este tipo de experiencias para estar en contacto con el contexto real donde se trabaja, para estar advertidos de la realidad en la sociedad, en el aula, en la cotidianeidad propia de la escuela, y ser capaces de adecuar nuestras clases a las necesidades que se nos presenten más adelante.

Docente autora: Cintia Núñez

Localidad: Salta

Coordinadora CAIE: Marta Isabel Cardozo

Profesorado Superior de Lenguas Vivas Nº 6007

La "Prude"

Marcelo Daniel Zambrano

Martes, 20.00 horas. Llego a la práctica de la residencia. Expectativa total porque comienzo con el Polimodal en el Colegio C.E.N.S. N° 7095, que recibe a alumnos adolescentes, jóvenes y adultos. Es mi primera clase con ellos, si bien los conocí en el período de observaciones. Y la veo: sentada muy derecha y formal, las piernas juntas, altiva y concentrada. El mobiliario del curso es de Jardín de Infantes, sillas y mesas petizas, lo que resalta más su presencia. Sus materiales, textos, cuadernos... absolutamente acomodados encima de su banco y los infaltables anteojos. Es la Prude, Prudencia Tolaba, alumna del C.E.N.S., que asiste a clases con sus 63 pirulos. Mi primera reacción, como la de varias personas más, al verla, es: "¿Qué hace esta viejita aquí?". Ahora la tengo "del otro lado". Vamos a ver qué pasa.

Largo con mi clase. El tema es: salud, enfermedad, noxas y acciones de salud. Vamos a ver qué sabe. Indago, pregunto, propongo. La participación es media. Acudo a Prudencia que, como abuela, debe tener alguna experiencia en lo que es salud y enfermedad. Su respuesta, sus modales, sus gestos, su educación, me dejan muy asombrado, aparte de la mano que da. Explica cuál es su concepto de salud, por cierto muy completo, que se condice casi totalmente con los textos que yo había preparado. ¡Empieza a caerme muy bien! Corre el almanaque, corren los días, corren las clases. Prudencia es totalmente puntual, y como yo me veo obligado a serlo también, siempre estoy solo en el curso y al llegar nos vemos cara a cara. —¡Qué bueno, profesor, que usted siempre esté cuando llego! —me dice y me felicita. —Siempre tengo que esperar 20 minutos a que lleguen los profesores... ¡y uno viene con todas las expectativas!

Yo converso de cosas banales, la pregunta como ancla: —¿Su familia, qué tal?...— Pero inmediatamente se vuelca a lo disciplinar, me consulta, me muestra su preocupación...

Quinta clase: trabajo práctico de selección y extracción de información y respuestas de un texto de nivel universitario a partir de lo conocido y aprendido hasta ahora: nombre de la enfermedad, tipo de noxa que la produce junto con su nombre científico... ¿hay vector? ¿cómo se llama? Contagio, síntomas... Y... la hago corta: la Prude no trabaja en grupo ¡se apropió de las fotocopias y no las larga! Los chicos se quejan y menos mal que tengo otro juego. Pero el nivel de trabajo, la selección de información es exacta y las respuestas son las que pedí. Me quedo muy, muy asombrado. El texto era muy difícil y todos me consultaron, menos ella. Para mí, es un ejemplo de vida. Final con pregunta. ¿Por qué los profesores llegan veinte minutos tarde al aula?

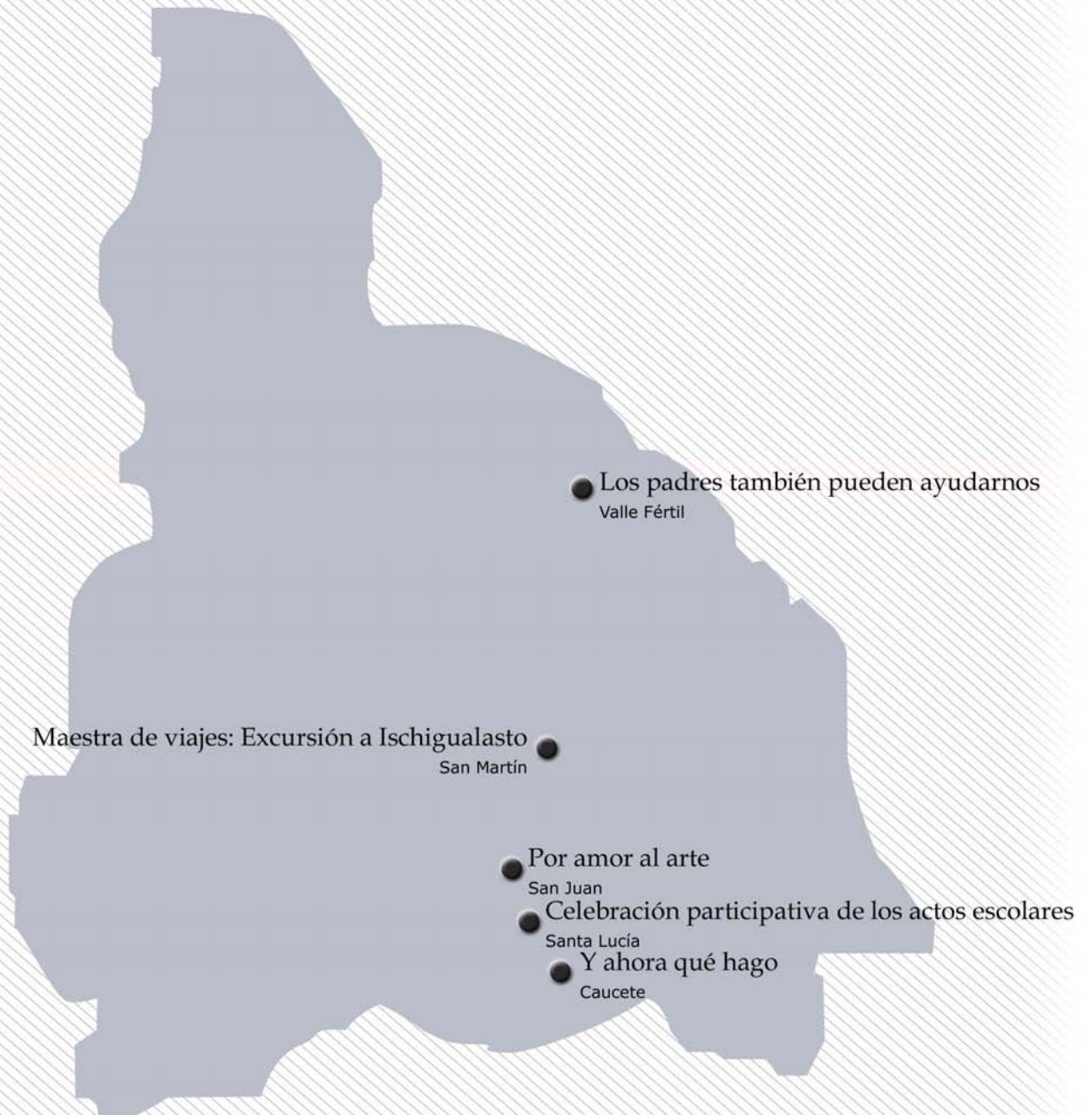
Docente autor: Marcelo Daniel Zambrano

Localidad: Salta

Coordinador CAIE: Miguel Ángel Belforte

Instituto Superior del Profesorado de Salta N° 6005

Provincia de San Juan



Índice

Provincia de San Juan

Y ahora qué hago.....	223
María Soledad Martinez	
Por amor al arte	226
Mariela Venegas	
Maestra de viajes: Excursión a Ischigualasto.....	227
María Inés Soria	
Celebración participativa de los actos escolares	229
Olga Aubone de Escudero	
Los padres también pueden ayudarnos.....	232
Clara Vega	

Y ahora qué hago

María Soledad Martínez

Cuarenta eran los kilómetros que me separaban de ese encuentro. Hacía tanto frío esa mañana de junio... Salí temprano con mi maletín lleno de libros que impregnaron el pequeño auto con el olor de las cosas recién compradas. Llevaba un par de afiches, marcadores, tizas de colores y la cabeza repleta de ideas. En mis espaldas: Piaget, Vigotski, Ausubel, Bruner y otros del estilo. Iba camino a estrenar mi título.

Seguí prolijamente el croquis cuyas indicaciones eran más que precisas y que venían además con aclaraciones orales: “vos agarrás la ruta y le das, le das, le das hasta llegar a un curvón que es el que marca casi la llegada a Caucete, vas a ver las luces... Bueno, en esa parte y a mano izquierda hay un chalet y una especie de jardincito en forma de triángulo con la gruta de una virgen. Ahí tomá a la izquierda nuevamente, como quien quiere ir al cerro. Seguí un buen trecho hasta que topes con una lomada, ahí volvé a tomar a la izquierda; el camino te lleva; al poco andar nos vas a encontrar”.

Así lo hice, tomé la ruta 20, llegué al jardín en forma de triángulo y allí estaba la gruta, mucho más pequeña de lo que esperaba, estaba la virgen y un mástil sin bandera (ese detalle no lo habían mencionado en mi hoja de ruta). Doblé a la izquierda. El camino era de tierra y sus condiciones no eran nada buenas, sobre todo para mi auto que distaba mucho de ser el apropiado (recuerdo pensar en la posibilidad de pinchar una cubierta... de más está decirles mis limitadas destrezas en el tema). Más allá del camino, el alrededor era en verdad digno de contemplar: viñedos, álamos desnudos, alambrados que cercaban tierra con nada visible, más viñedos; muchos. Alguna que otra casa que dejaba salir humo; un par de pájaros en el cableado eléctrico y en el suelo el salitre gobernando gran parte del terreno. Atravesé dos vías y llegué a la gran lomada. Me di cuenta entonces que ahí era la parte: “volvó a tomar a la izquierda”. Giré y seguí con un paisaje igual pero en otra dirección. No, igual no, al camino esta vez lo bordeaban incontables álamos, viejos, altísimos, algunos secos. Entretenida con eso estaba cuando vi que enfrente de mí estaba lo que buscaba: la escuela.

Rodeada de vides, en la base del cerro Pie de Palo entré en su mundo. Pasar el portón de rejas verdes me permitió saber que ya estaba adentro. Caminé lo suficiente hasta encontrar el curso: 7º año. Ahí estaba yo, frente a la puerta a punto de ser llamada por mi nombre con el antepuesto: “profesora”, pronunciado por los chicos que estaban del otro lado, de ahora en más y durante toda mi vida: mis primeros alumnos.

Abrí la puerta y ya mi sensación fue... extraña, creo que esa es una buena palabra. No tenía picaporte, estaba trabada a presión y un poco desvencijada. Dos pasos adentro y... algunos sentados, otros no, conversando la mayoría, con palabras y gestos de modo animado, claro, hasta que me vieron. Fue entonces cuando se sentaron y la seriedad se apoderó de sus rostros y al parecer también de su espíritu. Volví sobre mis pies, cerré la puerta y dispuesta a volcar mis conocimientos, teorías, paradigmas, etc., etc., etc., volteé mirándolos con una gran sonrisa. En ese instante mientras pronunciaba mi primer saludo, percibí realmente las cosas: el olor a humo nos envolvía; muchas de sus caritas curtidas por el frío; llevaban poco abrigo para la temperatura que había, muy poco diría yo; observé las manos cruzadas sobre un pequeño y ajetreado cuaderno con pocas hojas dispuesto sobre los bancos, los hombros caídos y los ojos con vacilaciones. Un aula con ventana al sur y más de un vidrio faltante. Las paredes pintadas al aceite en la parte inferior, no con buena presencia. Un par de afiches con dibujos e imágenes

y varias palabras alrededor. El pizarrón negro un poco deteriorado y los bancos y sillas no coincidían ni en diseño, ni en colores, ni en tiempo de uso. Mucho silencio.

Volví a saludarlos con más simpatía mientras mi mente procesaba lo que mis cinco sentidos le otorgaban como información a un tiempo excesivamente árido.

El mutismo se apropió del espacio. La celeridad de mis ilusiones tuvo un freno repentino. Ninguno de ellos contestó a mi saludo, ni la primera ni la segunda vez. Ni una palabra, tampoco un gesto o una señal que me hiciera saber que mi presencia era bienvenida. Pensé entonces que mi extremada simpatía los había abrumado y probé nuevamente de un modo más calmado y suave. Al ser la respuesta igual a las anteriores, solo la incertidumbre se hizo cargo de mi persona en forma de pregunta: y ahora ¿qué hago?

Era evidente que a veces los libros no enseñan cómo enfrentar “estas realidades”. Sentí que debía ser la autora a partir de entonces, y en verdad no fue tarea sencilla.

¿Por dónde empiezo “esto”? ¿Cómo sigo con “esto” que no se por dónde empieza? ¿Cómo termino “esto” que no sé por donde va a ir? Obvio, no hay recetas, pero ¿Qué hago? ¿Cómo llegar a ellos? ¿Cómo lograr acortar distancias? ¿Cómo hacer para que confíen en mí? ¿Cómo enseñarles? ¿CÓOOOOOOOO?

Lo primero que pensé fue: si *quiero* estar más cerca, *debo* estar más cerca para que me *sientan* más cerca. Entonces, con toda la naturalidad que me era posible, dejé mis saberes en el escritorio y caminé entre sus bancos contándoles algunas cosas de mi historia (recordé cómo me gustaba escucharlas en boca de mis profesores a esa edad). Casi no se movían, los más audaces giraban la cabeza pero sus ojos miraban el suelo. Pasé un buen tiempo con eso. Después corté de mi cuaderno varias hojas y las dispuse en cada uno de los bancos. Ellos seguían por poco con la misma actitud. Para mí: ¡¡¡terrible!!! Les pedí que pusieran sus nombres, sus comidas preferidas, el equipo de fútbol favorito, algún artista, qué materias les gustaban y cuáles no, qué hacían en los recreos, y cualquier cosa que quisieran contar en el papel. Advertí que yo también haría mi hoja y que podían tomarse todo el tiempo necesario para pensar y escribir. No tardó mucho la tarea. Retiré las hojas, prácticamente sin mirarlas directamente para no intimidarlos, las mezclé junto con la mía y expliqué: “como ustedes se conocen, voy a ir tomando las hojas y voy a leer en voz alta los detalles que escribieron sin mencionar el nombre de quién lo escribió; su misión va a ser adivinar quién se esconde detrás de esa descripción” (al leer esto, puede que parezca que ya estaba relajada, pero no; si eso es lo que sienten, se confunden...) Comencé la lectura y el grupo total pareció aflojarse. Se miraban, cómplices, y primero con voz suave decían algunos nombres alternativos, luego la voz fue tomando cuerpo y ya se animaban a discutir cuál de ellos era el descrito; algunas sonrisas empezaron a aparecer... ya estaba yo más contenta, aun no confiada. En eso estaba cuando la bendición a mi alma y el relajante muscular a mis cervicales vino de la mano del timbre: ¡¡ALELUYA!! ¿Estaba mal sentirme muy aliviada? ¡Qué sé yo! Ya lo analizaría, mate de por medio, con alguna amiga colega. Mis primeros cuarenta minutos a cargo de un grupo habían pasado como ráfaga, sí, como ráfaga para cualquiera de ustedes, tranquilos lectores, menos para mí; el maldito reloj me había jugado una mala pasada: fueron siglos. ¡Qué final imperfecto! ¡Y yo que había cronometrado hasta el tiempo de respuestas, silencios y expresiones en mi clase imaginaria!

Salieron respetuosos al recreo. Me senté, respiré, y tuve una extraña sensación de desasosiego que pocas veces volví a experimentar.

Después de pasar por la Dirección para complimentar algunas cuestiones administrativas y sin dar señales evidentes de lo acontecido (que para mi nivel de estructurada obsesión era grave) volví desandando el camino graficado en los primeros párrafos.

Sentía haber pagado el peaje a las aulas reales del nuevo milenio. Al menos a “mis aulas”.

Docente autora: María Soledad Martinez

Localidad: Caucete

Coordinadora CAIE: Marcela Agüero

Instituto Gral. Manuel Belgrano

Por amor al arte

Mariela Venegas

Este trabajo se gestó en el “laboratorio de ideas”, como lo llamamos nosotros, de la institución de formación docente “Dra. Carmen Peñaloza” de la provincia de San Juan. Dicho laboratorio, aunque suene redundante, se ubica precisamente en un laboratorio de Ciencias Naturales. Este es el lugar donde algunos docentes del profesorado de Biología, además de dar clase a los alumnos, compartimos momentos de trabajo, café e intercambio de ideas.

Fue justamente en un momento de café y charla, cuando una profesora del espacio curricular Enseñanza de la Biología de tercer año, Mabel, jefa de la carrera e incansable buscadora de proyectos en los cuales embarcarnos, me dijo: “Mariela, estuve hablando con los alumnos de tercer año y opinan que, antes de hacer la microexperiencia, deberían tener un acercamiento a la realidad que los docentes de Biología vivenciamos en las instituciones de educación secundaria. Ellos quieren saber con qué se van a encontrar en las escuelas cuando les toque trabajar. ¿Qué te parece si armás algo desde tu espacio Enseñanza–Aprendizaje de segundo año?”...

Luego de un cosquilleo en el estómago y un GRAN signo de pregunta en mi cabeza, respondí: “Bueno...”

Claro que podría haberme negado, y quizás estaría más tranquila, sin embargo el entusiasmo de Mabel al proponerme esta tarea, y mi deseo de afianzar en los alumnos el amor por la enseñanza de la Biología, me llevó a lanzarme literalmente “a la pileta”.

Fue de este modo que hace tres años surgió este proyecto denominado “Construyendo puentes entre la formación académica y el ejercicio profesional”, cuyo objetivo en general es enriquecer la experiencia formativa de los alumnos, futuros profesores de Biología; y en particular, acercarlos a la realidad del profesor/a de Biología en instituciones de nivel secundario, mediante la tutoría de docentes en servicio a la vez formadores en el Instituto.

Cabe destacar que, a pesar de la incertidumbre inicial, los momentos vividos resultaron no solo enriquecedores para los alumnos, sino también movilizadores. Ellos, principales protagonistas, han pasado por diversas situaciones y estadios: de entusiasmo y alegría, de temor y angustia, pero fundamentalmente de profunda reflexión acerca de su vocación, la carrera escogida y el trabajo futuro, además de una resignificación de lo estudiado hasta el momento en el instituto.

Bien, hasta aquí, mucho relato de emociones pero ahora ¡A trabajar!! ¿De qué se trata esto?

Docente autora: Mariela Venegas

Localidad: San Juan

Coordinadora CAIE: Rosana Arreceygor

INES “Carmen Peñaloza” San Juan

Maestra de viajes: Excursión a Ischigualasto

María Inés Soria

Desde hacen veinte años soy docente. Docente de vocación, de alma. Me encantan los niños y, más allá de enseñarles dentro del aula y de tratar de hacer entretenidas las clases y de que su aprendizaje sea constructivo, me gusta, especialmente, llevar a mis alumnos de excursión. A través de ellas aprenden, se recrean, y yo disfruto con ellos al mismo tiempo. Soy la maestra de los viajes. Así me reconocen.

El año pasado, allá por el mes de septiembre, nos fuimos de viaje a Ischigualasto. Fuimos con los alumnos del quinto grado; setenta hermosos niños, cada uno con sus particularidades.

Fue un viaje programado con los papás que duró dos días, ya que ellos pensaban que una salida con tantas horas de viaje no era conveniente realizarla en un solo día, así es que ellos mismos propusieron que se hiciera por un fin de semana. Los niños, más felices aún. Nos acompañó nuestra directora, la señora Eva. Siempre ha sido un gran gusto compartir salidas con ella. También iban su hija Romina y otras docentes: la señora Elena y Patricia.

El viaje fue un encanto con los niños. Estaban felices, ansiosos por llegar a destino. ¡Cuánto disfruté verlos! ¡Qué sensación más hermosa que corría por mi cuerpo! Soy feliz, si ellos lo son. Soy feliz si ellos se sienten bien. Soy feliz si ellos aprenden del contacto con la naturaleza y también de poder compartir momentos con ellos que quedarán grabados en sus vidas.

Hicimos varias paradas antes de llegar a destino, y en cada una de ellas, aparte de aflojar las piernas y entretenerse en simples cosas, aprendieron algo del lugar donde estaban. ¡Qué simpleza y cuánta grandeza en tantos pequeños momentos! ¡Con qué poco dejamos en nuestros niños recuerdos imborrables!

Recuerdo que una de las paradas fue en el río de las Tumanas, donde almorzamos. Es un lugar bello de paisaje inigualable con sierras verdes en diferentes tonalidades por las que el agua del río va surcando suave entre las piedras. Se respiraba oxígeno, tranquilidad. Fueron momentos de diversión y regocijo. Eva, nuestra querida directora, excelente compañera de viajes, con una valijita, buscaba un lugarcito donde comer; Romina, su hija, reía al verla caminar tambaleante por las piedras que se mezclaban con el agua del río. Recuerdo también a los mellizos Montoro, ofreciendo unos chorizos hechos en casa, con un rico pan casero. Y me detengo especialmente en ese momento cuando con tanta alegría, ellos compartían su almuerzo. Su mamá se los había puesto en un envase de helado. Esa imagen de esos niños tan inocentes y felices es difícil borrarla de mi mente.

Todo se compartía. Jugamos, pescamos, hicimos caminatas. Disfrutamos de unos paisajes hermosos, de sierras de un color verde oscuro con animales que se cruzaban a nuestro paso. Todo nos inspiraba una sensación de plenitud y ni nos acordábamos del ruido y la monotonía de la gran ciudad.

Llegamos por fin al departamento donde se ubica este Parque. Allí nos alojamos en un hotel del que en este momento no recuerdo el nombre. ¡Qué felicidad esos niños! Fue inolvidable. Ese día, el coordinador del viaje organizó diversos juegos. Se divirtieron mucho. A la noche, luego de cenar, los chicos participaron de algunos sketches musicales y dramatizaciones. Cada uno hizo lo que le gustaba, y a aquellos pequeños tímidos que no lo quisieron así, se los respe-

tó. Disfrutaron como buenos espectadores. También se leyeron cartas escritas por los papás que les fui dando a cada uno. ¡Gran sorpresa se llevaron! Hubo llantos (la seño también lloró).

Recuerdo que todos los niños recibieron con sorpresa y emoción las cartas enviadas por los papás. Pero esa noche los papás de los mellizos Montoro: Francisco y Enrique -gente muy humilde que no permitió que sus hijos se quedaran sin el viaje- habían sin embargo olvidado escribir sus cartitas.

Quien reparó en esto fue la seño Elena, ya que yo me encontraba repartiendo las cartas. En cuestión de minutos antes de que se terminaran de entregar, ella rápidamente escribió unas líneas. ¡Qué nervios! No se podían dar cuenta ellos de lo que sucedía. Ellos también recibieron lo suyo. La sonrisa dibujada en sus rostros de felicidad fue imborrable, al igual que la de todos los chicos.

Una experiencia maravillosa. Ese era el objetivo del viaje: recrearse y aprender. Porque como siempre les digo a mis alumnos: "No es aprendizaje el copiar y repetir; es aprendizaje construir". ¡Ah! ¡Me olvidaba! A la tarde las señas con los papás que nos acompañaron, mate de por medio, estuvimos de cantata. La seño Elena aportó su guitarra y su encanto. ¡Cómo nos reímos!

A la mañana siguiente visitamos el Parque de Ischigualasto. Los chicos ya sabían algo de su historia, pues lo habíamos comentado en varias clases antes de viajar. Escucharon atentamente de los guías toda la información que amablemente les brindaron. También compraron recuerdos a la salida de la visita. Luego, y ya de regreso, nos paramos en el camping de Usno a comer un riquísimo asado. Después, los chicos jugaron a la pelota y las niñas al volley. Estaban tan felices que no querían volver. Finalmente, partimos de regreso hacia nuestra ciudad capital.

Todo se filmó gracias a la generosidad de Eva (la llamo así cariñosamente, pues ya llevamos unos cuántos años trabajando juntas). Todos los papás adquirieron copias de los momentos vividos por sus hijos. Entonces, comprendieron que "Escuela", no es solamente un aula con bancos, pizarrón y niños sentados, que "Escuela" es también un lugar donde se brinda a nuestros niños un sinfín de oportunidades para que su desarrollo sea óptimo, tanto físico como intelectual y, sobre todo, emocional. Y menciono sobre todo este aspecto porque sin cariño no puedo enseñar. Eso lo llevo en el corazón, y de esa manera llego a ellos.

Quise en estas líneas compartir con el lector la última de tantas salidas que hice en mi carrera con los niños. Cada una ha sido muy importante para mí. Cada una tiene sus anécdotas, sus risas, sus llantos.

Lo importante de todo esto es el corazón de los niños. Llegar a ellos y dejarles una enseñanza de vida y que recuerden de grandes el aporte que les dio su escuela y su "seño": un aprendizaje para la vida. Dios me dio esta oportunidad única. Lo que de mi carrera docente llevo en el corazón son estas experiencias únicas vividas con mis alumnos; son difíciles de olvidar. Las llevo dentro mío. Mi corazón también está feliz.

Docente autora: María Inés Soria

Localidad: San Martín

Coordinadora CAIE: Lourdes Maldonado

ISFD San Martín

Celebración participativa de los actos escolares

Olga Aubone de Escudero

Es difícil pensar que en 1977 -cuando nadie tenía idea de que existiría la Ley Federal o Ley Nacional de Educación que propiciaría la relación de la escuela con la comunidad- en un pequeño pueblo ubicado a 250 km. de la ciudad de San Juan, los padres y el pueblo eran una parte fundamental en los actos escolares.

Valle Fértil es el nombre de este pintoresco departamento, de características geográficas especiales por estar rodeado de cerros. Su población, muy cerrada, se muestra habitualmente desconfiada de lo foráneo, de la influencia externa que pudiera llegar a invadir o modificar sus costumbres tan arraigadas; esto provoca que al foráneo, si bien con mucho respeto, se lo trate de manera distante.

No sucedía lo mismo con los docentes foráneos (espero que aún sea así), por quienes todos tenían un gran respeto y en los que depositaban su confianza, pues estaban convencidos de que la educación permitiría a sus hijos forjarse un futuro mejor, económica y socialmente. Muy en el fondo de sus corazones sabían que ese futuro estaría seguramente lejos del pueblo, porque allí no tenían muchas posibilidades de desarrollo, pero aunque los hijos debían abandonar el nido, estaban orgullosos de que así fuera. Lo más importante para esta comunidad era entender que la educación representaba el único puente que sus hijos tenían para lograr ese objetivo, lo cual los llevaba a respetar la escuela y a reconocerla como la única institución superadora por excelencia.

Aquel era mi primer año de docencia en un colegio secundario. Se trataba del entonces "Colegio Nacional de Valle Fértil" (que con la transferencia de los servicios educativos a la provincia, pasó a denominarse Colegio Superior Nº1 "Fuerza Aérea Argentina"). Era el único establecimiento educativo de esas características en el pueblo; contaba con un ciclo básico con orientación agrícola y un bachillerato común. Tenía sólo ocho divisiones entre los distintos cursos, con alumnos respetuosos, callados, en su mayoría estudiosos y un grupo de profesores que se trasladaba "desde la Ciudad"; todos muy jóvenes, comprometidos con la función y con una fuerte vocación docente.

Esto último quedaba demostrado día a día por el hecho de que los docentes debíamos cumplir con nuestro trabajo alejados de nuestras familias, viviendo en un pueblo muy postergado, donde la única radio que se escuchaba era una emisora chilena. No había televisión, ni cine, ni confiterías; sólo el bar donde socialmente sólo asistían los hombres. Por nuestra parte, las únicas reuniones o salidas posibles eran las mateadas o juntadas de los profesores los sábados por la noche para ir a "la pista bailable"; o bien, a una carrera cuadrera los domingos, a las procesiones que terminaban con quermeses y a los actos escolares.

Recuerdo que en una oportunidad en la que se realizaba una reunión de personal, el rector del colegio, que era profesor de Historia, consideró que era necesario que los alumnos y sus padres vivenciaran la historia argentina para comprenderla y quererla, sobre todo debido a la influencia de la radio chilena, único medio de comunicación.

Esta idea me pareció muy importante porque yo también era profesora de Historia y hasta esa fecha, mes de junio, había obtenido muy pocos resultados con los alumnos, a pesar de que como profesora "nuevita", había desplegado todas mis tácticas aprendidas en los claus-

tros universitarios (tan alejados de la realidad del aula), en una zona rural más preocupada por el hoy que por el ayer; por más honorable que fuera ese pasado.

En dicha ocasión, el rector me encomendó la tarea de preparar un guión histórico sobre pasajes de la vida del General San Martín para montar una gran obra de teatro a realizarse en el próximo 17 de Agosto en los patios del colegio.

Comencé, entonces, por invitar a mis colegas para que colaboraran con la realización del mismo: el profesor de Educación Física fue elegido para representar al General por su gran parecido físico; el de Dibujo, por su prominente barba (a pesar de las prohibiciones de la época sobre su uso) sería el General Güemes; mientras que el profesor de Matemáticas representaría al General Manuel Belgrano. Los demás profesores y alumnos de años superiores completarían el elenco de damas mendocinas y sanjuaninas que bordaban la Bandera, y las mujeres del pueblo serían las damas cortesanas que participaban en las tertulias porteñas.

El colegio entero se movilizó. ¡Ni imaginan lo que fueron los días previos a la puesta en escena de la obra! Todos los alumnos buscaban pequeños papeles para poder participar y además ofrecían un minuto de fama a padres y abuelos que sabían trenzar o templar armas, para que actuaran en el campamento del Plumerillo a las órdenes del General.

Para ambientar las escenas, la madre del intendente ofrecía sillones de época y una de las familias mas tradicionales del pueblo, candelabros de plata. ¡Y qué decir de los preciosos manteles tejidos al crochet o las mantas tejidas en telar, las polleras y otra indumentaria que aún se guardaba en algún arcón! Hasta el cura del pueblo, importante protagonista de aquella comunidad, ofrecía gentilmente su sotana para vestir a Fray Luis Beltrán. Yo no podía creer que un simple acto escolar pudiera movilizar y unir a todo un pueblo para cumplir el proyecto conjunto de profesores y alumnos.

Las clases de Historia en ese mes tuvieron un condimento particular, se vivían de manera especial: eran superactivas, movilizadoras, y en ellas se intercalaban frases de los guiones del acto con las explicaciones del docente; las clases se matizaban con ideas creativas traídas por los alumnos al proyecto del momento, o bien aportadas por otros docentes, o por los porteros; se hablaba acerca de la escenografía, de la música, etc.

El día del acto, las instalaciones escolares resultaron chicas para albergar a tanta gente! Las manifestaciones de sorpresa, alegría y emoción cada vez que aparecía una nueva escena era el mejor premio a tanto esfuerzo! Fue inimaginable el clamor cuando San Martín apareció en escena, vistiendo un traje espectacular confeccionado por la modista del pueblo e inspirado en la mejor foto del General.

¡El cierre de la obra fue aún más inimaginable! El General San Martín apareció en un brioso caballo blanco que ante el volumen de la música, los aplausos de la gente y la alegría expresada por el público, se paró en dos patas y el "General" (que en realidad montaba por primera vez a caballo) quedó del mismo color del alazán, ¡pero con el corazón desbocado!

Más allá de que esta escena final quedó de anécdota, puedo asegurar que por varios años los alumnos y el pueblo en general recordaban gran parte de la historia de la Independencia argentina con lujo de detalles. Y fue un recuerdo imborrable para el "General", a quien no le quedaron ganas de volver a montar un caballo blanco (ni de ningún otro color).

Después de haber trabajado durante tres años en aquella escuela y de haber participado en varios actos como el que he narrado, me trasladé a la capital de la provincia, y a pesar de trabajar en escuelas de distintas características no logré en ninguna de ellas reeditar esta experiencia.

Quizás porque justo coincidió con el hecho de que a partir de los años 80 se produjo una crisis importante en la educación: la desvalorización de la educación y de los docentes, y unido a esto, el establecimiento de otros valores muy diferentes: el individualismo, la autosatisfacción, la carrera por el éxito, la búsqueda de una salida laboral rápida. Y más aún, se sumó la falta de tiempo para dedicarse con todo a las tareas extraescolares. Esta situación se agravó luego con la implementación de la Ley Federal de Educación que provocó la redistribución, y en algunos casos la reducción, de las horas cátedras de los docentes, que debieron comenzar a desplazarse para trabajar en diferentes escuelas, tres o cuatro como mínimo; y esto llevó a la falta de tiempo y al escaso compromiso con la institución, lo cual dificulta el desarrollo de proyectos que impliquen la utilización de tiempos extra institucionales.

De todas maneras, aunque creo que los cambios en la educación son necesarios para adaptarse a las fluctuaciones de la sociedad, también pienso que hay que conservar lo que vale la pena conservar, como lo es la iniciativa, la imaginación, el desarrollo de la creatividad en los docentes para que puedan transmitirla a los alumnos. Porque más allá de todas las demandas que la sociedad le hace a las instituciones escolares, no debemos olvidar que su principal objetivo es educar.

Docente autora: Olga Aubone de Escudero

Localidad: Santa Lucía

Coordinadora CAIE: Donatila Angélica Soria Paez

Instituto Superior de Educación Física

Los padres también pueden ayudarnos

Clara Vega

Corría el año 2000 y decidí, luego de una capacitación que hacemos los maestros que aspiramos a cargos jerárquicos, elegir el cargo en el que actualmente me desempeño, Directora con grado a cargo de la escuela rural aislada Franklin Rawson, ubicada en la localidad serrana de Los Bretes, departamento Valle Fértil, provincia de San Juan.

Luego de conocer la zona y hacer un diagnóstico de la escuela en todos los ámbitos, detecté el “gran problema” que casi todos los maestros creo tenemos, tanto en la zona urbana como en la rural: “el bajo nivel lector de los alumnos”. Todos los chicos, desde los más grandes de la EGB 3, hasta los más pequeños del primer ciclo, tenían sus grandes dificultades para leer expresiva y comprensivamente y, por supuesto, las consecuencias de esta dificultad para el aprendizaje de todos los contenidos de las distintas áreas.

Con la maestra de grado y la maestra jardinera, proyectamos una serie de actividades a realizar entre todas y con todos los chicos de la escuela. Pasaron los días, los meses, pasó ese año y al finalizar el ciclo lectivo y evaluar nuestro proyecto, con un sabor a derrota, descubrimos que nuestros alumnos habían progresado muy poco. Durante ese año no habíamos pedido ayuda a las madres porque eran y... bueno, siguen siendo algunas analfabetas.

Al siguiente año, nos replanteamos la problemática. Yo pensé mucho, leí sugerencias de varios autores y entre tantas cosas leídas recordé a David Perkins quien dijo “¿Cómo se aprende a patinar? Definitivamente, no simplemente leyendo instrucciones y observando a otros, aunque esto puede ser de ayuda. Principalmente se aprende patinando”. Llevando esto a nuestra problemática me dije “a leer se aprende leyendo... y mucho”, pero leer sólo en la escuela indudablemente no era suficiente, por lo que les propuse a los docentes el desafío de involucrar sobre todo a las madres, sin tener en cuenta su nivel académico, ya que debemos apelar a todos los recursos, inclusive los padres, para lograr nuestros propósitos. Alejandra, la maestra de grado, no tenía mucho entusiasmo ya que pensó que las madres se resistirían a participar. Liliana, la maestra jardinera, se entusiasmó y alentó mi idea ya que ella había convocado a las madres en otras oportunidades y había tenido buenas respuestas por parte de ellas. Recuerdo también las bromas del portero, que nos decía: “señoritas, las madres no saben escribir ni cómo se llaman, cuando vean tantos libros y revistas saldrán corriendo”.

No permití que nada me desanimara, decidí tomar a mi cargo el 1º ciclo, comenzó el año escolar y nuestro proyecto de lectura también, más allá de las actividades rutinarias de lectura que hacíamos en el aula (teatro leído, de títeres, lectura de cuentos, chistes, etc.) hicimos talleres con “las madres”, ya que es sabido que en la zona rural, los padres por sus trabajos de campo se ausentan por lo general varios días de su hogar y quienes se encargan de los hijos son las madres.

Nunca olvido el primer taller. La invitación decía: Querida mamá la invitamos a una mateada el viernes a las 15 hs. Conversaremos sobre un tema muy importante referido a sus hijos. Los esperamos. No falte.

Al día siguiente todas estaban presentes, la mayoría tenía varios hijos, por lo que les dijimos que cada mamá con sus chicos debían ubicarse en una de las mesas dispuestas con el mate, masitas dulces y un montón de libros de cuentos, que habíamos conseguido prestados. En algunas miradas se notó desconcierto, en otras, asombro. Les dimos las consignas: Elegir un cuento, leerlo y comentarlo en familia, hacer un collage o dibujo que les sirva como apoyo gráfi-

co para renarrar a todos los presentes el cuento trabajado. Una de las madres me llamó y, con un poco de tristeza, me dijo: “yo no puedo leerles el cuento a mis hijos”, y casi a la vez, se sintió que otra madre dijo: “Nosotras no podemos hacer esto” . Les respondí que la idea no era que las madres leyeran, que lo que queríamos era que les ayudaran a los chicos para que se organizaran y trabajaran.

Cuando llegó la puesta en común, nos impactó ver cómo las mamás que no sabían leer, habían organizado a sus hijos para que hicieran las actividades. Al final, cuando sacamos conclusiones, ellas y nosotras nos emocionamos, ya que sintieron que sí podían ayudar a sus hijos y yo sentí que había encontrado el principio del camino, para que las madres también se involucraran en nuestro desafío: que los chicos leyeran y muy bien.

Transcurrió el ciclo lectivo entre talleres y diversas actividades a las que asistían las madres y poco a poco fui notando algunos logros, por ejemplo en un encuentro, los alumnos leían obritas de teatro y las mamás disfrazadas dramatizaban a los personajes. Para el día de las madres casi todos los alumnos les leyeron poesías a sus mamás. ¡Ese fue un día verdaderamente emotivo! No sólo para ellas, nosotras empezábamos a escuchar a nuestros alumnos a leer bien, mejor, espontáneamente, con gusto, entusiasmados.

Llegaron las vacaciones y les entregamos a los chicos y a sus familias junto con los obsequios de fin de año, una caja con diarios y revistas de ese año 2001.

Siempre recuerdo que Ana, alumna de 2º año, en ese entonces, la hija mayor de Graciela, una mamá analfabeta, al regreso del receso de verano me sorprendió gratamente, su lectura corriente y comprensiva había mejorado. Cuando les pregunté el primer día de clases sobre sus actividades en el hogar, en vacaciones, Ana me contó que todas las mañanas o las tardes le leía a su mamá noticias de los diarios y las revistas, que les habíamos regalado y que hasta habían tejido un bolsito, leyendo instrucciones de una de esas revistas. También consiguieron diarios nuevos “para informarnos, ve señorita”, me dijo.

Este año, Ana egresa de 9º año, ella le ayuda a todas sus hermanas con las tareas extraescolares, es la locutora preferida en los actos escolares. También ayuda a su mamá, quien me dijo hace poco que quiere prepararse para confirmarse (ellas son católicas) con la ayuda de sus hijas, que le leerán el material que debe aprender.

Como Directora y como maestra aprendí que de ninguna manera, sobre todo en la zona rural donde la tarea educativa es muy ardua por su multiplicidad, sólo el docente puede y debe ayudar. Hay que involucrar a todos los actores de la comunidad educativa en las problemáticas que surgen, ya que nadie es tan fuerte para poder hacerlo todo y nadie es tan débil para no poder ayudar un poquito. La cooperación hace posible lo imposible.

Docente autora: Clara Vega

Localidad: Valle Fértil

Coordinadora CAIE: Laura López

ISFD Fuerza Aérea Argentina

Provincia de Santiago del Estero

● Enigma ¿qué va a pasar?
La Banda

● La escuela debe continuar

● ¿Ser docente?

● Registro de una clase de Historia
Santiago del Estero

● El árbol que había crecido demasiado
Frias Choya

● ¿Lo mismo que pasaba en Shunko?
Ojo de Agua



Índice

Provincia de Santiago del Estero

El árbol que había crecido demasiado.....	237
Lidia Maldonado de Harón	
Enigma ¿qué va a pasar?	240
Ester Santillán	
¿Lo mismo que pasaba en <i>Shunko</i> ?	243
Víctor Perpiñá	
La escuela debe continuar	244
Marcela Elías	
¿Ser docente?	246
Evangelina Galli	
Registro de una clase de Historia.....	249
Sara Stancampiano	

El árbol que había crecido demasiado

Lidia Maldonado de Harón

El árbol del patio de la casa había crecido demasiado. Sus ramas necesitaban un corte porque impedían el crecimiento de las pequeñas plantas que a sus pies crecían. Una mañana, al salir de compras, observé a un muchacho realizar ese trabajo en la vereda de un domicilio particular. Me acerqué y le pregunté si podía podar mi árbol. Rápidamente convinimos el día y la hora.

El sábado llegó Marcelo -así llamaré a este personaje- quien comenzó con los preparativos de las herramientas y se puso manos a la obra. Mientras realizaba su tarea, y yo contemplaba cómo las ramas y las hojas caían por el suelo, me preguntó por mis hijos. Mientras le respondía, la curiosidad pudo más y mi actitud cambió ante el rumbo que había tomado la conversación. Abrí mi escucha, me quedé en silencio, y el joven comenzó a relatar la siguiente historia:

"De chico era lustrabotas, siempre andaba con mi cajón por el barrio; me daba tiempo para jugar a la pelota con los chicos de por acá, con Juan (su hijo), con Gabriel (su sobrino), con Pololo, Jorge, Nano, Ariel, Aníbal, Fabián, una barra grande. Al terminar la primaria mis padres decidieron que continuara estudiando en la Escuela Técnica. Allí concurrí dos años, cursé 1ero y 2do año. Junto a unos compañeros tomamos la decisión a partir de 3er. año de continuar estudiando en otra escuela. Siempre sentimos en esta nueva institución que "éramos los de la técnica", así nos nombraban, nos reconocían y nos trataban. A menudo, los profesores se dirigían a nosotros diciendo: '¡cuándo no, ustedes, los de la escuela técnica...!'. Siempre sentí que éramos 'menos'.

Durante ese año coseché cinco amonestaciones porque mis compañeros eran muy molestos, y como venía de otra escuela, rápidamente ligué la sanción. Una tarde teníamos clase de recuperación de matemática. Durante el recreo fui al baño, pero al regresar encontré los bancos y mesas del aula dados vuelta.

Por atrás llegó el profesor, entró al aula y rápidamente responsabilizó a un grupo de alumnos entre los que me encontraba. Traté de explicarle que no había estado en el aula durante el recreo, sin embargo, pese a mis explicaciones, no fui escuchado.

Una vez más iba a recibir una sanción. Me encontraba tan preocupado que mis compañeros me alentaron para que fuera a hablar nuevamente con el profesor. Tomé coraje y fui a buscarlo al curso donde dictaba clase. Pedí permiso y delante de la clase traté de explicar que yo no era el responsable de lo que había sucedido; le rogué que reconsiderara la sanción. Se enojó y se refirió a mi persona en los siguientes términos: '¿qué te crees? ¿que porque vienes de la escuela técnica te vas a venir a hacer el picaquito?'.

Opté por hacerle la siguiente propuesta: 'Profesor, póngame a mí las amonestaciones y las que le corresponden a mi compañero, caso contrario él cumplirá las 25 amonestaciones y quedaría fuera de la escuela'. A los gritos me pidió que no le faltara el respeto: 'Encima que vienes del barrio El Triángulo', dijo. Y que cómo osaba hacerle semejante propuesta y dirigirme de esa manera a su persona.

Al día siguiente (martes), la preceptora me comunicó que debía presentarme en la Dirección. Hacia ahí fui y recibí la comunicación de que el profesor había solicitado 25 amonesta-

ciones por agresión a su persona. En consecuencia, quedaba fuera de la escuela. Traté de explicar al Director los hechos, me escuchó en silencio.

En mi casa no sabían nada con respecto a la situación. Temía el enojo y la paliza que recibiría de mi madre. Lloraba en silencio porque sentía que se había cometido una injusticia. Al día siguiente citaron a mis padres. Estuve presente en la reunión, reiteré mis explicaciones y solicité que se confrontaran mis dichos con los de mis compañeros.

Ese mismo día me llamó el Director y me dijo que podía volver a la escuela el día lunes. Y si bien se había reparado la injusticia, yo lloraba a escondidas de mis padres por la bronca que tenía.

El día viernes, súbitamente, muere el Director de la escuela. El lunes vuelvo pero ahora me toca hablar con la Vicedirectora a cargo de la Dirección.

Luego de presentarme, traté de explicar lo que había sucedido y sólo recibí de esa mujer, gritos. Me dijo: 'Usted está expulsado de la escuela'.

Perdí el año, porque esto ocurrió en julio. Al año siguiente volví a la escuela técnica; terminé la secundaria, pero aún adeudo tres materias. He pensado en ver cómo puedo hacer para ingresar al profesorado; quiero seguir estudiando.

Usted se imaginará, tengo 29 años, estoy casado, con dos hijos. Vivo del trabajo de albañilería, y toda changa que se presente. Hace poco que recibo 150\$ del plan trabajar, gracias a Nano que al saber de mi situación me dio una mano para conseguir el beneficio. ¡Ojalá pudiera seguir estudiando!"

Apelé a la memoria de docentes que habían sido sus profesores, quienes confirmaron el relato de Marcelo. El protagonista de este relato no acusa, no odia, más bien cuenta su historia con tristeza, dolor, nostalgia; reconoce la actitud de alguien que lo escuchó, pero al que el destino quiso poner fuera de este mundo antes de que Marcelo hubiera sido reincorporado a la escuela. Tampoco hay que olvidar a las otras dos personas que decidieron ese año por él.

¿Cómo reparar el sufrimiento de los Marcelos que transitan por la vida y las instituciones educativas? ¿Cómo calmar los dolores del alma que producen estos hechos? ¿Por qué se legitima el discurso de dejar sin voz, sin palabra al alumno que pertenece "al resto", al que está "en el borde"? ¿Con qué derecho y desde qué criterio de autoridad se suspende el reparto del tesoro común, a partir de un supuesto, una profecía y un rótulo construido ("sos de", "pertenece a") para separar y obturar la posibilidad del lazo que une, que ata, que hace posible la alteridad? ¿Cómo devolver la confianza? ¿Cómo conjugar la escuela y el derecho a la educación declarado en la Constitución Nacional, con la injusticia y la exclusión? ¿Es posible resistir estas formas hostiles en la institución que educa? ¿Cómo borrar o suavizar la marca, la huella de la injusticia, en la interioridad del protagonista de esta historia?

Lo paradójico es que para los ojos del hombre común, estas cosas ocurren, acontecen, se aceptan, se naturalizan. Parecieran tener un componente de inevitabilidad, contra lo que nada se puede hacer, porque el curso de los acontecimientos simplemente continúa.

Finalmente, luego de escribir el último párrafo tomé la decisión de ayudar a Marcelo -y a todos los Marcelos- en la tarea de restitución de la confianza, porque son dignos, merecen tener un destino mejor, una vida más humana. Estoy convencida de que ellos lucharán para que sus hijos no repitan la historia. Marcelo tiene memoria, no olvida. Como quiere construir otro futuro,

continuará estudiando el año próximo. Por lo menos lo piensa en voz alta, el deseo está presente.

Docente autora: Lidia Maldonado de Harón

Localidad: Frias Choya

Coordinadora CAIE: Silvia Beatriz del Valle Sánchez

ENS "República del Ecuador"

Enigma ¿qué va a pasar?

Ester Santillán

En la escuela Normal Dr. José Benjamín Gorostiaga, que está ubicada en La Banda, provincia de Santiago del Estero, hice mi residencia. Y en el grupo de niños de segunda sección que debí observar, y en el cual debía enseñar, me encontré con una niña que no hablaba. Sentí tanta curiosidad que esto me llevó a involucrarme en la situación.

Todas las docentes, comenzando por la de la sala maternal, coincidieron en esta particularidad de la niña, y también otras residentes que habían transitado por este jardín que tenían la misma opinión al respecto. Se llegó a la conclusión de que esta niña nunca se había comunicado con nadie.

Un día de campo, otras docentes con mucha antigüedad en la escuela dijeron que habían tenido como alumna a la madre de esta niña, y que también ocurría lo mismo con ella.

Como este tema era de gran importancia para mí, entablé un diálogo con su madre que me comentó que la niña actuaba normalmente en su casa, aunque cada vez que se le preguntaba por qué no les dirigía la palabra, ella evadía esa situación, se ponía a jugar y no respondía.

Con el tiempo fui acercándome lentamente a la niña, aunque sin ningún éxito, pues no lograba arrancarle ni una sola palabra, pero yo insistía y paulatinamente fui acercándola a mí por medio de juegos donde participaban todos los alumnos; un día conseguí que me tomara de la mano.

Ya próxima la fecha en que debía ejecutar mi propuesta de trabajo, pero todavía durante la observación, mientras los niños estaban jugando en su hora de recreación yo me encontraba sola debajo de un árbol observándolos, y la niña también se encontraba aislada de los demás en el patio. Entonces, sorpresivamente, se acercó, me tomó de la mano y me preguntó: "¿Y la señorita Sarita?" (que era la maestra de la sección de maternal).

Le contesté señalando el lugar: "Mirá, está parada al lado del portón de entrada". La niña dirigió su mirada hacia allí, y luego se fue corriendo hasta la maestra y la abrazó. En ese momento me sentí satisfecha porque comprobé que había ganado la confianza de la chiquita, pero nuevamente me desilusioné al ver que solo lo había hecho una vez por necesidad. Sin embargo, había sido un avance que hablara en la escuela dado que solo ejercitaba la oralidad con sus familiares.

De regreso a la sala, le comenté a la maestra lo sucedido y me dijo que ella no le conocía la voz.

La niña no le dirige a nadie la palabra, aunque sus compañeras de mesa la hacen participar de sus juegos, le prestan los juguetes que traen de sus casas, la llevan al rincón del dormitorio donde visten a las muñecas, hablan por teléfono y tienden la cama o juegan con ella en el rincón de la cocina donde se turnan para ser la mamá. A pesar de todos estos acercamientos, la niña no cede, y sus compañeras se enojan porque al preguntarle algo, ella no contesta. Las otras niñas la acusan ante las maestras porque no quiere decir nada y opinan que así no se puede jugar. A todo esto, sus respuestas son sólo miradas profundas.

Ya en la ejecución de mis planes de clase, y en la hora designada para la tarea, pude percibir que sabía leer, porque al realizar las actividades las hacía tal cual se le pedía; en forma de deletreo iba marcando la consigna con su dedo.

Tuvimos dos encuentros de articulación con la escuela primaria: en el primero hicimos el reconocimiento y recorrimos las instalaciones; ella se mostró sumisa. En el segundo encuentro, los chicos compartieron un momento con los niños de primer año. La maestra contó un cuento que los niños de jardín tenían que volver a narrar. Para finalizar se les entregó un rompecabezas con la imagen del cuento que tenía once piezas para armar, y Guillermina, este es el nombre de esta nena, lo armó y me llevó a su lado para que viera si la figura estaba bien para pegarla. Para mí fue sorprendente su habilidad, ya que demoró solo cinco minutos en unir las piezas, mientras que los otros niños del aula nos pedían ayuda para ensamblarlo.

En mi proyecto sobre “El día de la Raza” sucedió lo mismo: la niña se destacó en diferentes áreas, como por ejemplo en Lengua. Yo hacía el relato sobre Colón y finalizaba con una dramatización. Para la representación pregunté quiénes querían hacer los personajes de los reyes, de los navegantes y de los aborígenes. La niña levantó la mano y yo le entregué la corona pensando que quería ser la reina, pero con su cabeza me dijo que no, y levantó la vincha y la pluma. Se las colocó y fue a pintarse la cara junto a sus compañeras. En Plástica hizo un hermoso collar y en Expresión Corporal hizo otro tanto en cuanto a participación.

Cuando en Música trabajé con instrumentos cotidianos para realizar los sonidos de una tormenta, los niños debían hacer el ruido del viento, los truenos y las gotas de lluvia en dos intensidades. Previa explicación de cómo hacerlo, los chicos debían manipular los objetos -caño corrugado, botellas de plástico, placas radiográficas y papel de celofán- y prestar atención al relato. Guilli, como así le decimos en la sala, se mantenía contenta con lo que hacía y en su cuaderno dibujó los objetos y al lado les puso su nombre. No trabajó con el mismo entusiasmo en la clase sobre “La Familia”, ya que había que cantar una canción; ella acompañó con palmas y movimientos pero en silencio. Durante el trayecto de las otras áreas estuvo muy atenta y realizó todas las consignas en su cuaderno.

Aprovechando este tiempo de enseñanza busqué diversas estrategias para atraerla más, como por ejemplo, le pedía que fuera mi secretaria para hacerla sentir útil a la hora de entregar los cuadernos. Ella leía el nombre de los niños en la portada y le entregaba el cuaderno en la mesa a quien pertenecía. También la hice pasar a escribir la fecha, cosa que realizó sin pedir ayuda.

Cuando llegaba de la casa, si alguien estaba sentado en su lugar habitual, se quedaba parada al lado como reclamándolo. Yo siempre estaba atenta a la posibilidad de que hubiera alguna reacción de su parte, pero nunca la hubo. Entonces le llevaba otra sillita y ella iba corriendo a las otras niñas hasta despejar su espacio.

Cuando iba a la primaria a sacar fotocopias la invitaba a ir, y un día en ese lugar como había mucho trabajo y debíamos esperar, la llevé al kiosco y compramos helados.

Nos sentamos, yo le conversaba de todo, y ella solo me miraba. En algún momento me tomó de la mano como diciéndome “no voy a hablar”, y se apoyó en mí como muestra de afecto. Ese fue el día en que más me aproximé a ella y después, siempre que presentía una mirada, Guillermina estaba detrás de mí esperando alguna manifestación de afecto: caramelos o los pequeños libritos de cuentos que le llevaba para leer y que luego le regalaba.

Pese a todos los esfuerzos realizados, hasta agotar mis recursos, no conseguí su total confianza y me sentí frustrada por ello, pero a la vez pienso que el factor tiempo fue el único condicionante que no me permitió estimularla más para obtener mi objetivo.

Ante esto me pregunto: ¿qué pasará en la escuela primaria? ¿la niña será como su mamá? ¿lograrán las maestras desarrollar su oralidad? Son interrogantes que me contestaré en otro momento tal vez dentro de algunos años, después, cuando la vuelva a ver.

Pero lo que sé hoy es que el énfasis que puse en este caso tuvo dos razones: por un lado quería sacar adelante a esta niña; por el otro, de algún modo la veía como un obstáculo que se presentaba en el camino de mi residencia. Con el transcurso del tiempo me di cuenta de mis propias fallas, ya que no era solo hablar el único medio de comunicarse, existían otros modos, en este caso escribir, y la niña lo hacía diariamente.

Por suerte no fue tarde cuando lo comprendí. El hecho de que no hablara ya no me afectaba, por lo que procedí a la inversa, acompañándola y guiándola con mis actos. Y la respuesta fue una aproximación de ella hacia mí que me sirvió, ya que a la hora de la construcción de un contenido había una relación de alumno-docente-conocimiento que de alguna manera se fue dando porque yo sabía que me entendía, ya que ella me lo demostraba.

Sin embargo, me doy cuenta de que por todos los medios busqué el modo de sacarla de ese enquistamiento en el que estaba, para que ella rompiera con ese silencio que sola se había impuesto.

Docente autora: Ester Santillán

Localidad: La Banda

Coordinador CAIE: Pablo Panosetti

ENS "Dr. Benjamín Gorostiaga"

¿Lo mismo que pasaba en *Shunko*?

Víctor Perpiñá

Uno de los textos que al llegar a estos pagos de Santiago me llamó la atención por sus descripciones entre bucólicas y regionalistas, fue *Shunko*, la novela de J. W. Ábalos, que hasta con cierto candor describe la vida de un changuito y la relación con su maestro. Proveniente en mi caso de la pampa gringa y chacarera, me resultaban totalmente desconocidas un montón de creencias y costumbres locales, asociadas a un folclorismo autóctono.

Uno de los aspectos sobre el que reflexiona dicha novela está en relación con el impacto que produce un objeto tecnológico desconocido en el sector rural pobre en el que habitaba "Shunko" y en el lugar, además, donde estaba ubicada dicha escuela. Lo describe de la siguiente manera: "El maestro había llevado una radio, la cual concitaba la atención por esa caja 'que hablaba'". El contraste y la ruptura entre dos sistemas diferenciados por el límite que marca la pobreza estructural estaba presente en relatos de estas características.

Bien, lo anterior me sirve de introducción para señalar o presentar una vivencia personal que pasaré a detallar: Mientras estaba cumpliendo una suplencia en la escuela N° 772 de Ojo de Agua, estaba tomando exámenes recuperatorios sobre un tema que abordaba los medios de comunicación, y como uno de los mismos era el cine, preguntando sobre el cine, me ocurrió lo siguiente:

Se presenta a rendir un jovencito de 13 o 14 años proveniente de una zona rural aledaña al pueblo. Y ante mi pregunta: ¿cómo es el cine?, y luego de pedirle una mínima (y fácil) reflexión sobre el mismo, dicho alumno me contestó con total sinceridad: "¡No le puedo contestar eso, profesor!, ¡si yo nunca estuve en un cine!"

Mi asombro momentáneo dio paso a ubicarme en el centro de la realidad en donde estaba parado. El cine había sido un elemento fundamental en mi vida y en el lugar de donde provenía. Allí, en Ojo de Agua, se daba otra vez esa fractura entre regiones, ese destiempo en los cambios, esas desigualdades sociales zonales. Lo mismo que pasaba en *Shunko*.

Docente autor: Víctor Perpiñá

Localidad: Ojo de Agua

Coordinadora CAIE: Martina Fernández De Teniente

ISFD N° 10 Ojo de Agua

La escuela debe continuar

Marcela Elías

Eran las 16 hs. y el calorcito santiagueño se colaba por las ventanas del 8° 7° de la Escuela Técnica Nº 1, que escuchaba atentamente las producciones escritas de sus compañeros. Encantada con la imaginación de mis alumnos, seguía cada historia, interrumpida de vez en cuando por los saludos de mis chicas del turno mañana que salían del playón de educación física. Al tener las puertas del aula abierta, resultaba imposible escapar a las bulliciosas risas y expresiones del manojito de adolescentes de 2° 1° que terminaban su clase de Educación Física en el sector contiguo al aula donde me encontraba. Todo era orden, pulcritud y organización. Se podría decir que cada engranaje de la fantástica máquina educadora funcionaba correctamente.

De pronto, un grito desgarrador quebró la tranquilidad de la siesta. Los saludos y alegres despedidas dieron lugar a un lastimoso: "¡Ema, profe! ¡Ema!" Sin saber qué ocurría, movilizada por el plañidero grito de Ayelén, salí del aula e instintivamente abracé a la jovencita, que entre lágrimas y sollozos me repetía: "¡Ema, profe! ¡Ema!" En ese gélido instante tomé conciencia de que algo muy malo pasaba. Los correteos del rector y la vice, con algunos administrativos, la incertidumbre pintada en el rostro de todos y el rumor de los alumnos in crescendo me llenó de un frío y desconocido temor. ¿Qué osaba romper el maravilloso funcionamiento de la máquina educadora? ¿Qué tuerca invisible había desatado tal confusión en el quehacer institucional? Órdenes y llantos, puertas que se cerraban; colegas que intentaban retener a sus alumnos en los cursos; chicos que gesticulaban y recorrían las galerías de un lado a otro.

En esa confusión divisé al Rector, gestor impecable que conoce y conduce la Máquina-Escuela como el mejor de los operarios. Hacia él me dirigí y al ver su rostro desencajado, su palidez nívea y su fortaleza derrumbada, comprendí que la situación era mayúscula.

Al descubrirme, el Rector, con una debilidad desconocida en él, me dijo: "¡Mataron a un alumno! ¡Ayúdeme por favor!" La hiriente verdad tomaba forma de la peor manera. A unos metros del Colegio yacía despedido de su moto, en pose fetal, Emmanuel Ferretto, alumno de 2° 1° Turno Mañana; quien minutos antes se había enfrentado a un gigantesco camión cargado de arena.

En el perfecto, eficiente y sincronizado quehacer institucional, todo era caos: los alumnos pujaban por salir, ver, presenciar, estar, y convocados por una voz invisible, encolumnados se dirigían a la puerta con la clara intención de abandonar la escuela y plantarse como ángeles custodios del compañero caído. "¡Qué nadie salga!" –gritaba el Rector. "¡Cierren el portón!" –continuaba con micrófono en mano.

Percibiendo la necesidad de explicar lo inexplicable, tomé el micrófono y me cobijé en mí. El clima de confusión, dolor y caos fue desdibujándose gracias a la calma espiritual. En respetuoso silencio, cada uno (docentes y alumnos) regresaron a su quehacer en el aula. Las secciones de la máquina institucional aparentemente retomaron su funcionamiento.

Más allá del portón, un grupo de vecinos, los bomberos, alumnos del turno mañana, policías y docentes rodeaban el cuerpo de "Ema", comentando doloridos lo sucedido. Puertas adentro, se buscaba sin encontrar el manual de procedimientos adecuados a la circunstancia. Lo que siguió, "el después", fue igual de confuso y caótico: chicos que no asistieron a clase durante semanas, padres que buscaban culpables, adolescentes que idealizaron al compañero ausente, profesores que ocultando nuestras lágrimas evadíamos el tema... y frente a eso, la férrea e in-

conmensurable máquina productora de conocimiento (mi Escuela Técnica Nº 1) que continuó funcionando sin saber aún a qué engranaje recurrir ante tan aberrante hecho.

Docente autora: Marcela Elías

Localidad: Santiago del Estero

Coordinador CAIE: Oscar Horacio Quiroga

ESP de Educación Artística Nº 1 "N. S. Gennero"

¿Ser docente?

Evangelina Galli

Todo empezó hace cuatro años atrás, cuando uno de los golpes más fuertes de mi historia hizo que tocara fondo, y que diera un giro muy grande en mi vida. El dolor hizo que buscara hacer algo. En mi alma galopaba la necesidad de cumplir una misión.

Solo recuerdo que retumbaba en mi memoria mi juramento rotundo y feroz de “nunca ser docente”. Sí, se lo perjuré a mi madre antes de morir. Es que siempre me enojaba cuando alguien le preguntaba por su profesión y ella orgullosa respondía que era “docente”. Eso me hacía pensar en sus actitudes eternas de brindarse siempre a los demás. Poco estaba en casa; poco era lo que ganaba y derramaba muchas lágrimas, aunque creo que en su profesión sí fue feliz.

Yo comencé sin darme cuenta en esa misión. De repente aparecí en un monstruoso y viejo edificio que guardaba entre sus paredes muchos misterios. Como a todo en mi vida, me adapté a esa fea incertidumbre de no saber exactamente qué hacía allí.

Un día una personita pequeña, con una sonrisa de cinta de seda y mirada aterciopelada, entró al aula, nos dio la bienvenida, se presentó y nos dijo que ella era tan nueva como nosotros; nos pidió que sacáramos una hoja, y contestáramos la siguiente pregunta: ¿por qué quieren ser docentes? Para mí, como por arte de magia, esa voz de flauta dulce se transformó en trueno de verano y su sonrisa de cinta de seda se convirtió en gesto amenazante, y ni qué hablar de su mirada... vi un abismo.

En realidad ella no era la que sufría una metamorfosis, era yo que me enfrentaba por primera vez a una pregunta que nunca había querido contestar. Siempre hubo una negación en mí, pero esa pregunta tenía que responderla. No recuerdo bien lo que puse, pero le hice frente, y así comencé mi carrera: dura, pesada, pero también rápida y fugaz.

Traté de hacer lo mejor que pude trabajando en dos lugares sin parar. Siempre llegaba exhausta al profesorado y ni qué hablar a casa. Curiosamente, ya me estaba pareciendo a mi madre.

Cuando llegué a dar los pasos finales después de cuatro años, muchos compañeros habían quedado en el camino. Recuerdo que éramos al principio alrededor de ochenta, y en este tramo final sólo quedamos seis; no sé si fue culpa del sistema que muchas veces conspira para que uno no avance. Dicen por ahí que la currícula no se había cambiado hacía muchos años, y una paradoja enorme se producía en mi mente: ¿por qué? si nos enseñaron siempre que los contenidos debían adaptarse a las nuevas realidades y necesidades. Las correlatividades en realidad no están actualmente acordes; en fin, muchas cosas cambiaría, pero ya es el último año, aunque dejamos nuestras voces y opiniones en un pedido escrito y espero que sean escuchadas alguna vez.

Pasé así por muchas teorías, contenidos y espacios y me faltaba la práctica que es el desafío máximo y la prueba final. Faltaba descubrir si realmente esto era para nosotros, y si estábamos realmente listos para salir a escena.

Entonces, una docente más pequeña que la anterior se asomó al curso, con una voz parecida a la primera, con una mirada sabia y tranquila. Por su forma de caminar se la notaba cansada, como si viniera de una larga jornada pero, increíblemente, tenía muchas ganas de comunicarse. Nos dijo que con ella viviríamos una experiencia única, que debíamos poner lo mejor de nosotros, y ser constantes. Nos dio apuntes con más contenidos para leer, y nos ade-

lancó que eran herramientas para comprender la razón por la cual habíamos estudiado tantos años, y que nos servirían a la hora de estar frente al aula. La recordaré siempre como a una madre que poco a poco va enseñando a su hijo a caminar. Esa fue mi sensación: primero nos sostenía con sus manos, y luego nos lanzaba para que diéramos los primeros pasos, aunque siempre a nuestro lado supervisando, para evitar caídas.

Mi primera experiencia como residente fue con alumnos de quince años del Polimodal, Era un primer año del turno tarde del colegio del centenario que tiene una modalidad humanista. Nos pusimos en contacto con la docente del curso (íbamos a ser dos las que empezaríamos en su aula) y ella nos dio los temas que debíamos desarrollar. Nos pidió encarecidamente que no olvidáramos la modalidad de la escuela y que como nuestro tema era "Virus y bacterias" hiciéramos énfasis en las enfermedades que éstos causaban.

La verdad es que sentí miedo de errar, de no cumplir mi misión; sentía mucha responsabilidad sobre mis hombros. Es que siempre fui conciente de que una palabra puede marcar o tatuar una vida, pero me encomendé a Dios y a la luz divina y me largué.

Fue una clase amena; los chicos eran muy atentos, y tal vez fue porque les llamó mucho la atención el material que llevábamos. Nos contaron que era la primera vez que veían un retro-proyector (información que corroboramos cuando en rectoría nos dijeron que era la tercera vez que lo solicitaban, aun cuando hacía cuatro años que lo habían comprado).

También tuvimos la oportunidad de ir al laboratorio y les mostramos en el microscopio un preparado de bacterias y sangre. Fue impresionante ver en sus rostros el asombro de ver en vivo y en directo lo que estaba en los libros. Eso me hizo sentir y pensar que la teoría jamás debe estar aislada de la práctica. También hicimos una competencia de conclusiones acerca de la problemática de estas enfermedades. Las estrategias metodológicas que usamos, creo que fueron las correctas. Y no olvidaré nunca a mi compañera de fórmula, con la que trabajamos conjuntamente, respetando diferencias, tiempos y destiempos.

No hizo falta tampoco pedir demasiado "silencio", esa palabra tan amiga, y hasta a veces enemiga, del docente. Es que creo que había interés por aprender.

Al finalizar la última clase cumplimos la misión y pensé que les habíamos hecho comprender y sentir por qué el chagas, la sífilis y el sida son enfermedades sociales graves de las que nadie está exento, que son enfermedades que producen dolor en el cuerpo y el alma, y que sólo la educación es el antídoto más efectivo para combatirlas. Ser docente implica mucha responsabilidad y un gran desafío. En el aula el enfoque que uno decide tomar tiene que ver con el grupo de alumnos con el que uno se enfrenta. No hay una fórmula, ni una normativa fija que nos dé los secretos de cómo lograr una clase exitosa, pero eso no quiere decir que un docente no tenga un objetivo claro.

Yo en este curso encontré mi perfil. Tal vez me lo permitió la modalidad. Utilicé los conceptos de la currícula como intermediarios para despertar conciencia y enseñarles que siempre debíamos cuestionarnos y, sobre todo, descubrir quiénes somos, para qué venimos a este mundo y por qué vivimos como vivimos.

Y así se fue volando el tiempo, y terminé mi residencia, y entonces pude descubrir cuál era esa misión que sentía que debía tener aquel primer día de clase. También entendí por qué le quería escapar a la pregunta del por qué ser docente.

Ser docente era más que una responsabilidad; era simplemente una vocación de servicio, y eso implicaba dar toda una vida a los demás a cambio del reconocimiento y el afecto que algún alumno da, después de mucho tiempo, con un simple saludo. El alumno está dando las

gracias por lo que se le brindó alguna vez, y nos hace tomar conciencia recién ahí del fruto de nuestro trabajo y de lo que puede perdurar en el tiempo en alguna memoria.

Como no quiero morir y ser olvidada así nomás, aunque sé que a la muerte nadie escapa, sé ahora que puedo perdurar en el recuerdo de algún alumno. No me importa que recuerden mi nombre, sólo me importa que recuerden haber aprendido a vivir en armonía con la naturaleza y a vivir con otros.

Ahora entiendo las ausencias de mi madre y lo mucho que se brindaba a los demás; creo que yo busqué lo mismo que ella. Comprendí finalmente qué hacía en ese viejo edificio y por qué había elegido estudiar biología, palabra que me remonta a la palabra "vida", y es la única capaz de establecer de nuevo en mí la biofilia que perdí cuando me avasalló el dolor, responsable de mi decisión de ser docente.

Docente autora: Evangelina Galli

Localidad: Santiago del Estero

Coordinadora CAIE: Dina Gutierrez

ISFD Nº 1

Registro de una clase de Historia

Sara Stancampiano

Me levanto a las 7 de la mañana. Toda la noche duermo intranquila pensando que el despertador no sonará a la hora indicada. Y no es sólo este día, es todos los días. Pienso que me dormiré, que llegaré tarde a la escuela, que tendré algún tipo de sanción, que los alumnos me esperarán en vano. Todo marcha bien. Salgo temprano, toca el timbre, los alumnos saludan a la bandera, está todo bien.

Demoro todo lo que puedo. No quiero llegar al curso. No tengo ganas de dar clase. Pero debo hacerlo, es mi deber para con ellos que me esperan, aunque mucho no les interesa Historia. Llego a la puerta del curso, los alumnos me saludan afectuosamente. Aunque yo los vea desganados apáticos. No tengo ganas de dar clases.

El tema de hoy es La Revolución Francesa, La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Pregunto: "¿Leyeron el texto que dejé en la fotocopidora?" "¿Respondieron las consignas?" Pocos contestan afirmativamente. La mayoría bajaba la mirada; no contestaban nada. Me pongo de mal humor: "¡lean las consignas y los que hayan tenido tiempo de responderlas lean también las respuestas!" Comienzan a leer.

Una alumna, Rita, me pregunta: "¿Profesora, quiere que lea la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano?" "Bueno", le dije, y enojada agregué: "ya que sos la única que trabaja en esta clase". Rita lee: "El Derecho a la libertad de expresión, de asociación, de comercio, la igualdad ante la ley, el derecho a la propiedad privada..."

Una alumna que se sienta al final de la fila de bancos sale del mutismo que la había acompañado toda la mañana y dice: "Profe ¿Qué es la libertad?" "¿Y la igualdad?" "¿Son dos cosas diferentes?" "¿Es lo mismo?" "¿Se complementan?"

La pregunta que realiza esta alumna que normalmente no participa me quita el mal humor y las pocas ganas que tenía de dar clase. Y comienza la verdadera clase.

Comienza la clase ideal con un hermoso debate entre los alumnos. "Prefiero la libertad a la igualdad", decía alguno. "¿Estás loco vos? ¿de qué sirve la libertad si hay tanta diferencia entre ricos y pobres?"

Me sentí feliz. Sin querer, sin darme cuenta. Sin haberlo planificado. Sin proyecto, sin plan de clase, sin "disparadores", sin estrategias didácticas, la clase fue un éxito. Tal vez es necesario pensar que los alumnos no son seres apáticos como muchas veces se generaliza. Piensan, razonan, preguntan, se interesan, aunque a veces los docentes no podemos llegar a ellos. Ellos saben cuándo tenemos ganas de trabajar y cuándo no. Y devuelven de la misma manera que el profesor da.

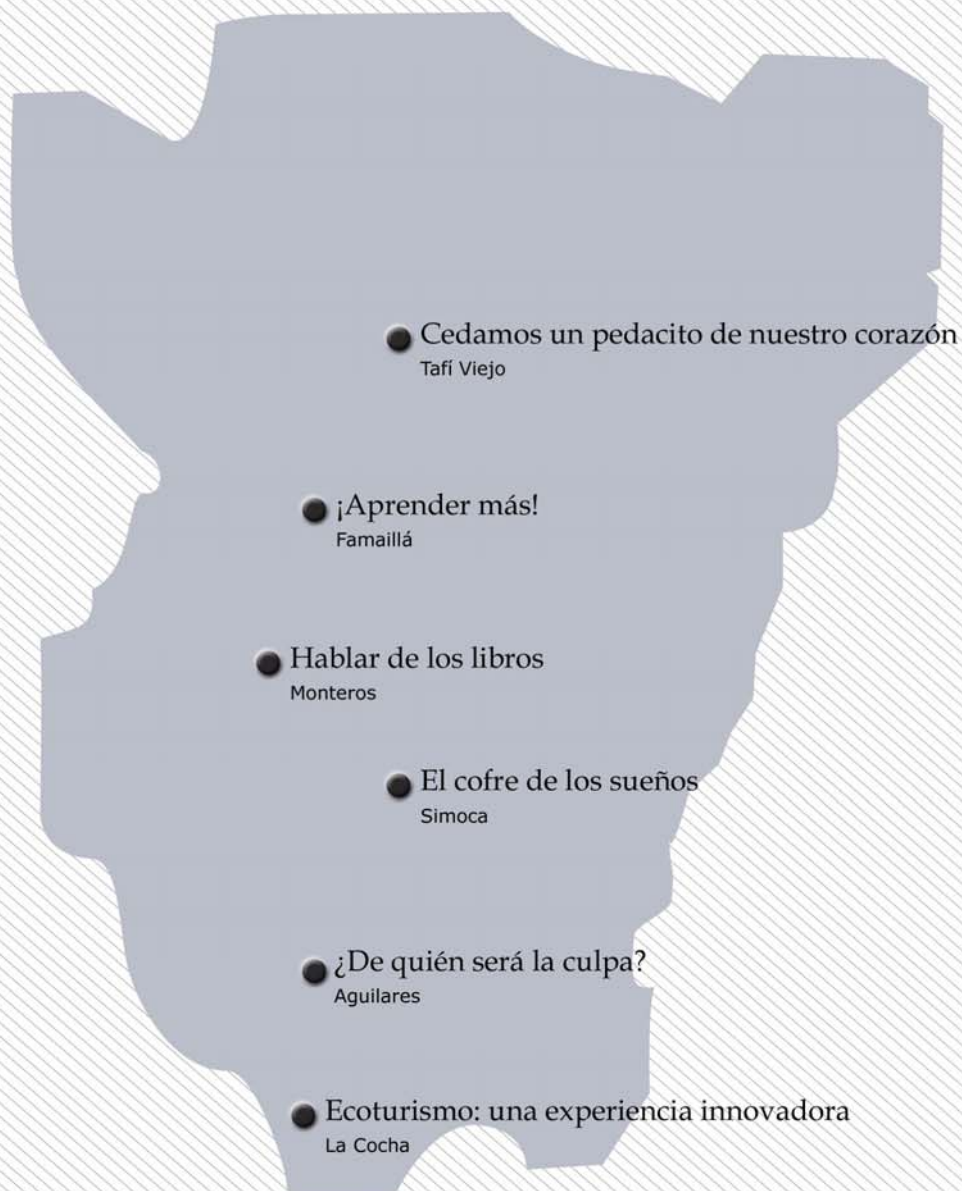
Docente autora: Sara Stancampiano

Localidad: Santiago del Estero

Coordinadora CAIE: Silvia Nahum

Escuela Normal "Manuel Belgrano"

Provincia de Tucumán



Índice

Provincia de Tucumán

¿De quién será la culpa?	253
Blanca Barrionuevo	
Ecoturismo: una experiencia innovadora	255
Emma Valeria Gonzalez	
¡Aprender más!	257
Nelba Elena Contreras	
Hablar de los libros	259
Graciela Aldonate	
El cofre de los sueños.....	261
Carolina del Valle Solórzano	
Cedamos un pedacito de nuestro corazón	264
Claudia Rodríguez	

¿De quién será la culpa?

Blanca Barrionuevo

Una noche en un Instituto Formador de Docentes participé en una mesa de examen de 1º año que me dejó bastante inquieta o perpleja, o no sé cuál sea el término que mejor exprese aquel sentir. Fue un examen final de rutina pero que, al no estar presente la profesora titular del Espacio Curricular, dio pie a una serie de confusiones, engaños y desencuentros entre el Tribunal y algunos alumnos. Aún recuerdo el rostro de un joven estudiante de cabellos castaños y ojos claros; se destacaba como el más ofendido, el que más se atrevió a “denunciar” un atropello a sus derechos de alumno. Fue en un mes de diciembre pero no pude olvidarlo, tanto que me decidí a producir un relato ficticio para leerles a ellos mismos cuando empezaran el segundo año de la Carrera y decirles –mentirles, si se me permite esto por mi condición docente- que era una carta escrita por un alumno de un curso más avanzado.

En el mes de marzo, luego del inicio de clases, me presenté como la Profesora de Didáctica y Currículum; después del encuadre propio de un primer encuentro les comenté que quería compartirles lo que escribió para ellos un alumno del Profesorado. Se sorprendieron bastante cuando inicié la lectura; se quedaron en silencio, expectantes seguían el relato que decía así:

“Empecé esto porque necesitaba encontrar algún lugar; un espacio donde pudiera sentir que sigo en carrera y que las limitaciones de tiempo, dinero, trabajo o familia no llegaron a paralizarme. ¡Retroceder nunca; rendirse jamás!, dicen por ahí. No quiero detenerme demasiado en relatar por qué estoy aquí ni tampoco problematizarme sobre si quedó frustrada mi vocación para una carrera universitaria. Prefiero contarte algo de lo que viví siendo alumno del profesorado. Cursé estos primeros años sin demasiados problemas. No es como en la Secundaria o el Polimodal que yo hice, pero tampoco es tan traumático ni complicado como para no poder alcanzar el ritmo. Hasta diría que a veces es más ‘tranqui’, porque los profesores no te andan siguiendo por las carpetas o para ver si estudiaste ‘la lección’ del día. Habitualmente te hacen reunir en grupo, te dan trabajos prácticos, fotocopias para leer... pero si a vos te aburre la lectura, alguno del grupo se encarga de hacer los resúmenes y entonces resulta ‘piola’ porque te los pasa y es menos para estudiar: leés, memorizás y después repetís en los exámenes de las teóricas. Nada inmanejable si vas adquiriendo un poco de ‘cancha para zafar’. Pero a veces te suceden cosas ingratas. A mí me pasó. Hace poco, en los exámenes, sentí que nos aplastaban como a cucarachas. Me moría de odio y se los dije a las profesoras. Te cuento. Yo fui a rendir y conmigo, varios compañeros. Nos habíamos pasado los apuntes que hizo el más ‘traga’ y, digamos, todos sabíamos lo mismo. Pero nos hicieron de goma. Yo calculo que no tenían ganas de aprobarnos o que querían ‘jodernos’ la vida, nomás. De doce que éramos, sólo tres aprobaron pero todos sabíamos lo mismo de las copias que nos dio la profesora. Yo te juro que lo ‘peleé’ al examen. Le dije todo lo que yo había leído; estuve cuatro días preparando la materia. Me empezaron a preguntar sobre qué significaba tal o cual palabra que yo decía y yo le puse un ejemplo; para mí estaba bueno pero no me lo aceptaron y me insistían con que les defina qué significaba. –¡Conceptualice señor, por favor! –decía una de las profesoras, la más ‘hincha’. Yo pienso que si les doy el ejemplo es mejor, porque quiere decir que comprendí. Además yo iba agregando lo que me acordaba porque el apunte era largo y complicado, daba muchas vueltas con un palabrerío que ni entendía yo. Me preguntaban: –¿Qué más dice el autor?–, y hasta querían que me acuerde quiénes eran los autores. ¡Qué me importa eso a mí! Si era de las fotocopias

que nos dio la vieja en clase. Juro que ni toqué otro libro para sacar algo, así que no podían decir que lo que yo hablaba no estaba bien. Aparte me dijeron que mi exposición era muy sintética y desordenada, que no había un planteo de fondo. Yo les dije todo lo que me acordaba de lo que leí y charlamos antes con los chicos, cuando estábamos esperando para rendir. La verdad es que me 'bajonearon' y me dio bronca, mucha bronca, porque yo vengo al Instituto pero no es lo único que hago; no estoy sólo para esto pero parece que algunos profes ni te consideran si viajás o trabajás, si es que te enfermás o tenés algún problema; ellos no tienen idea si tenés o no tenés un centavo en el bolsillo; no les importa si es tu última oportunidad antes de recurrir... querrán que uno les esté rogando para que te aprueben, no sé... Además algunos te enseñan re poco, faltan, te dan altos de fotocopias que te las banqués solo... Te dicen que no seas mediocre pero ¿qué te tienen que marcar tanto si vos solo te la vas a arreglar cuando seas docente? Y ahí será distinto, ahí ya vas a saber qué hacer y qué enseñar"

Al principio los alumnos se lo creyeron aunque uno me miró y dijo: —¿Quién lo escribió, profe?, porque nosotros no somos capaces de escribir así, y tanto...—dijo mientras movía la cabeza a los lados. Yo les contesté sonriendo: —Bueno, bueno, me descubrieron; en realidad es un relato ficticio; lo inventé yo pero tratando de ponerme en la piel de uno de sus compañeros en el examen de Teorías Psicológicas en diciembre pasado; justo ahora no está presente.

De a poco fueron participando otros estudiantes más en el análisis del contenido de la carta. Y como era de esperar empezaron a tirar culpas como dardos enardecidos hacia todos los flancos porque, en definitiva, ¿quién era el culpable por esa falta de interés en profundizar, por esa superficialidad y ligereza con la que tantas veces se hacen los trayectos de la formación docente?, ¿quién?, ¿quiénes?, o mejor... ¿quiénes son "los otros" que tienen esas culpas que se nos presentaban huérfanas en este improvisado escenario? El debate se apagó, la clase terminó y desde entonces en cada uno de ellos y sobre todo en mí, quedó encendido el tizón, esa bracita que me sigue quemando por dentro: ¿hay un quién se haga cargo de esa tibieza?, ¿hay un quién que se encargó de bajar los decibeles de la pasión en la tarea de "producir una buena docencia" en las aulas?... Y ¿saben?, creo que aunque no es un crimen unipersonal y yo lo cuestiono con dureza, también siento que estoy en él implicada...

Docente autora: Blanca Barrionuevo

Localidad: Aguilares

Coordinador CAIE: Mario Rubén Mercado

Instituto Superior de Formación Docente Aguilares

Ecoturismo: una experiencia innovadora

Emma Valeria Gonzalez

Me llamo Valeria, soy docente en la Escuela Justo José de Urquiza de La Cocha, provincia de Tucumán. Mi escuela se encuentra a 126 km de la ciudad capital. Se accede a ella por la ruta nacional número 38, la llamada "ruta de la muerte", como otras tantas que hay a lo largo del país. Bueno, pero eso no viene al caso. Lo que quiero contarles es otra cosa. Aunque ya está anunciada a partir del título que antecede a la narración.

Lo mío arranca a partir de una propuesta de la directora de la escuela, quien había asistido a una capacitación sobre Ecoturismo y se mostraba muy interesada en que su experiencia en el tema se volcara en un proyecto institucional. Nos planteamos la situación de inicio: Ecoturismo como prueba piloto, dado que veíamos la necesidad de proponer temas diferentes a los que se venían trabajando, y esta era la oportunidad para hacerlo, con chicos de 3° y 4° grado. Teníamos muy claro el problema inicial: "el escaso conocimiento de los chicos en relación con el contexto histórico y geográfico al que pertenecen, me hacía pensar que tenía que partir de una situación de aprendizaje diferente que les proporcione a los chicos la contextualización correcta y completa del entorno, no sólo entre cuatro paredes sino fuera del aula. La aceptación de los docentes que me acompañaron fue inmediata, por lo que nos propusimos darle forma al proyecto que terminó llamándose "MI ENTORNO". Como pertenecemos a la región geográfica de las sierras pampeanas, subregión del Aconquija, nuestro paisaje es serrano, con una fuerza natural inmensa y por cierto poco explotada, decidimos recorrerla, apropiándonos del contexto rural y urbano que contiene a la ciudad de La Cocha.

El trabajo con los alumnos se realizó mediante la conformación de subgrupos, cada uno con su tarea perfectamente delimitada. Técnica que les agradó porque les resultaba diferente a lo que cotidianamente hacían. Que además permitió la colaboración mutua, y el intercambio continuo de ideas, para transitar la ruta según nuestra idea original. Esto se pudo observar de manera particular, en una de las actividades propuestas, en la que cada grupo debía producir el "calco de mapas en papel manteca" sobre los cuales debían ubicarse geográficamente en relación con el contexto zonal, nacional y americano. La idea era que los chicos pudiesen sentir la pertenencia a un mundo, que por su edad, les resultaba por cierto demasiado amplio. Primero pensamos que era útil que los chicos recorrieran la ciudad. Esto permitió que se ubicaran en tiempo y espacio, marcando las principales calles de la ciudad en los mapas que habían calcado. En el recorrido se utilizaron algunos pasos del método científico, el registro de datos, que fueron analizados y volcados en los mapas que estaban produciendo.

Ya ubicados, me gustaría contarles lo que hicimos luego. Como nos habíamos dividido en grupos, así como a uno le tocó dibujar mapas, a otro le tocó averiguar la historia de la infraestructura de La Cocha, y para ello recurrimos a fotografías y diarios de distintas épocas para que documenten cómo era la ciudad 50 años atrás. Esto cautivó a los chicos porque muy pocos tenían conocimiento de que había sulkis para el traslado de las personas, que las calles eran de tierra, que la ciudad se inundó varias veces haciendo honor a su nombre (Cocha: laguna). Desde esa documentación fueron comparando notas, infiriendo acciones y "repreguntando" datos que les permitieran dar forma al lugar y a la historia del lugar. Mucha curiosidad despertó en los chicos la historia "del castillo" ya derruido, pero que aún preside una de las lomas más bellas de la ciudad.

Lógicamente, lo que se planteó al inicio en el diseño del proyecto, se fue reformulando, como por ejemplo, hacer algunas actividades en común y otras por separado con el docente Pedre, mi pareja pedagógica. Una de las actividades que compartimos, fue la caminata a la Capilla de los Jesuitas de la localidad de San Ignacio, a cinco Km de la escuela. Para ese día, nos habíamos organizado previamente para conseguir que los alumnos y docentes de la escuela Joaquín V. González fueran nuestros anfitriones y guías, dado que la misma se encuentra a escasos metros de este asentamiento histórico. El motivo de este paseo también tenía como eje central la construcción del contexto histórico-geográfico. Además, no podíamos soslayar este monumento, por ser la expresión más importante de las actividades jesuíticas de la región.

Cuando llegamos nos recibieron con alimentos, bebidas y golosinas. El maestro anfitrión había preparado “una guía turística” que nos resultó bastante útil al hacer el recorrido del lugar. Mientras hacíamos el recorrido, señalamos objetos, lugares, espacios y distancias. Esto porque no podía perder de vista que el proyecto suponía la construcción del contexto, usando los referentes necesarios para hacerlo. Para mí también fue una aventura porque ellos fueron mis propios guías en muchas cosas, sobre todo en el conocimiento que tienen de las plantas autóctonas.

Me olvidaba comentarles que, previo al recorrido, mientras los chicos tomaban el mate cocido en la escuela, el cocinero respondió alguna de las preguntas que los niños le hacían. Este señor es un lugareño que conoce y vivencia el entorno desde “los relatos orales” que fue recibiendo desde distintas fuentes a lo largo de su vida. El dato específico en ese instante se nos desapareció, porque nuestro relator se dejó llevar por lo que predomina en los lugareños, que es la adoración y culto al Santo. Sentí que nos habíamos escindido de la meta propuesta; pero no quise ni pude retroceder, porque miraba el rostro de mis niños envueltos en la curiosidad de la escucha de este relato. Qué decir cuando escuchaban sobre el atentado que hace un tiempo había sufrido esa imagen, y yo misma me descubrí callada y atenta porque disfrutaba del interés de los chicos.

El regreso después del almuerzo, también fue intensamente enriquecedor, porque mientras caminábamos fuimos ordenando la información que recibimos, que era abundante y desordenada, hasta llegar a nuestra escuela, donde nos llevó varias clases confeccionar el registro de lo vivido, acordando con el maestro paralelo las futuras actividades de nuestro proyecto para continuar en la implementación. No fue fácil salir de la escuela, dado que contar con los permisos pertinentes es una complicación. Volver con el espíritu pleno y con tantas ideas para ir dando nuevas definiciones al diseño original, fue más que suficiente para dejar en un “segundo plano” y olvidar las trabas burocráticas. Volver sobre esta experiencia para documentarla no ha sido para mí una tarea fácil, porque necesito señalar que los docentes no estamos preparados ni convencidos de hacerlo, porque el acto de escribir es en sí mismo mostrarse ante el otro, y exponerse, pero ¡me gustó!

Docente autora: Emma Valeria González

Localidad: La Cocha

Coordinadora CAIE: Lidia Susana Romero de Gomez

Inst. Ens. Superior “La Cocha”

¡Aprender más!

Nelba Elena Contreras

Dedicado a mis alumnos de la escuela Cacique Canamico a quienes llevo en mi corazón.

Me levanté temprano como todos los días para ir a la escuela.

Como era costumbre, pasamos por la panadería a comprar nuestro pan de salvado para el desayuno para tratar de esconder uno que otro rollito que nos molestaba; después de esto emprendimos el viaje a la escuela Cacique Canamico de la localidad de Las Palmitas, departamento Leales, provincia de Tucumán, a tan sólo 80 Km de la ciudad de Famaillá, ciudad que me vio crecer.

Ese día la “dire” llegó muy exaltada, se acercó a mí con una sonrisa que no era habitual en ella.

“Nelba, vos sos la indicada, cuando me lo dijeron pensé inmediatamente en vos”, me dijo, “vos serás la Coordinadora del proyecto”. A todo esto yo no entendía nada, sólo la escuchaba.

“La Supervisora me dio la noticia ayer, la escuela salió beneficiada con un proyecto que viene de la Nación, ¡APRENDER MÁS! Para el fortalecimiento de los aprendizajes, es un proyecto destinado a alumnos con dificultades de aprendizaje y vos sos la docente ideal para ejecutarlo, el trabajo consistirá en recuperar a esos niños que por distintas causas no pueden adquirir los conocimientos. Los chicos serán quienes contarán con una atención personalizada, la escuela recibirá mucho material ique mucha falta nos hace!” Exclamó: “¿Entendés lo que eso significa?”, me preguntó y sin dejarme articular palabra volvía a repetir lo maravilloso que sería trabajar con el proyecto.

El ruido de la campana me sacudió fuertemente, tomé mis cosas y salí aturdida al patio. Durante toda la mañana trabajé con mis alumnos en el grado. En el momento de la recreación se acercó nuevamente a mí y sin dejarla hablar le pregunté en qué consistía el proyecto.

Cristina, la directora, era una persona muy especial, con mucha fuerza, empuje y todo lo que caracteriza a una mujer luchadora; por suerte el correr de las horas y mis preguntas calmaron su ansiedad y ya estaba más tranquila. Fue entonces que me explicó todo.

Era tentador puesto que pagarían (no inmediatamente, por supuesto) \$ 400 al coordinador, que era lo que me ofrecía a mí; y \$ 260 a los docentes de apoyo. Tentador porque en esa época no abundaba el efectivo en la provincia, nos llenaban de bonos y además era la época del uno a uno.

Quedé en contestarle al día siguiente.

Cuando llegué acepté la propuesta. Me puse inmediatamente a trabajar con ella leyendo el material, y a emprender la búsqueda de los docentes de apoyo.

Fue difícil dado que debido a la distancia no encontrábamos postulantes que desearan ir, hasta que por fin llegó una chica joven, recién recibida de profesora para la enseñanza primaria y, como si fuera poco, era estudiante de la carrera de Psicología. Se enteró de que buscábamos a alguien para la implementación del proyecto y se ofreció.

Con Norma Rodríguez (era tía de Fernando, la criatura más angelical de Las Palmitas), tuvimos una entrevista en la cual acordamos lineamientos para la tarea.

No podía irme mejor, ya que Norma estaba preparando su tesis para rendir y esto le serviría como experiencia.

La directora monitoreaba nuestro trabajo permanentemente, Norma desarrolló sus actividades siguiendo los postulados de Vigotsky, desde la perspectiva socio-histórica, le fascinaba tomar las actividades ayudando a los niños a desarrollar el andamiaje.

Todo era casi perfecto, pero el tiempo transcurría y no conseguíamos al docente para el segundo ciclo, ya que Norma se ocupaba del primero.

Hasta que un día, conversando con el remisero que nos llevaba a la escuela, se ofreció como docente de apoyo. Las condiciones se daban: era estudiante del profesorado en EGB1 y 2 en el IESFA Famaillá, además conocía a todos los niños porque mientras nos esperaba a nosotros recorría el lugar; de esta manera conocía a cada alumno y a su familia.

Grande fue la sorpresa de Cristina cuando se lo dije, pero no realizó objeciones. Al igual que con Norma, empezamos a trabajar con Martín.

Fueron cuatro largos meses realizando talleres de poesías, tareas de matemáticas, resolución de problemas, etc., en los cuales se trabajó permanentemente la autoestima; ya que por ser "los que no saben" (como decían ellos) estaban en el proyecto.

Primero fue difícil hacerlos participar, hablar, se quedaban callados, por lo que tuvimos que redoblar los esfuerzos "atrayéndolos", conquistando su confianza, enseñándoles que no eran distintos a los demás, que sí sabían, que sólo había que esforzarse un poquito más.

Diseñamos tareas en grupos fomentando la cooperación y la interdependencia de ellos, con actividades de intercambio de opiniones, verdadero o falso, el bingo, distintas experiencias a través del juego, llegando así al contenido a desarrollar.

Cierro mis ojos y me parece verlos trabajar en las siestas casi santiagueñas (con mucho calor) pero con entusiasmo, a Juan Antonio, Elvita, Rodrigo, Sebastián, María, Ezequiel, Matías Rojas, Lorena Chávez, y otros más pequeños aun.

Todavía me queda el sabor amargo de Guillermo que no pudo demostrar sus logros porque su mamá no lo dejó ir al acto de fin de año por ser testigo de Jehová, aunque se escapó en su veloz caballo para avisarme el motivo. Recuerdo, como si fuera ayer, su dulce rostro afligido. "No te preocupes", le dije, mientras limpiaba las cristalinas lágrimas que corrían por sus mejillas. Menos mal que Luisito pudo realizar los dos papeles, el de él y el de Guille.

Todos estaban impecables, hermosos, con las sonrisas bien amplias, y nosotras orgullosas de haber finalizado el año con grandes logros, como por ejemplo que Juan Antonio aprendiera a leer y ese día condujera el acto.

¡Qué emoción! Haber contribuido a mejorar la vida de esos angelitos.

Hoy, después de ocho años, veo a algunos en San Miguel de Tucumán, trabajando, otros estudiando como es el caso de Maria Eugenia, la hija de la cocinera de la escuela que estudia profesorado de historia, o Juan Antonio que aún continúa sus estudios secundarios en la escuela del Mojón. Y me reconforta saber que fui como la estrella que los guió por el camino del saber y quien les enseñó por sobre todo que el saber trasciende fronteras, que nada es imposible si se lo proponen.

Docente autora: Nelba Elena Contreras

Localidad: Famaillá

Coordinadora CAIE: Silvia Graciela San Martín

I.E.S. Famaillá

Hablar de los libros

Graciela Aldonate

Incentivar la lectura en los chicos, formar lectores autónomos, era el gran desafío que, con un grupo de colegas, nos habíamos propuesto como objetivo central cuando iniciamos la implementación de la EGB3 en la Escuela Normal Superior “Julio Argentino Roca” de la ciudad de Monteros, provincia de Tucumán.

Comenzamos la experiencia en séptimo, y en mi caso particular, tenía la gran ventaja de enseñar Lengua y Literatura a un mismo grupo en los tres cursos de la EGB3. A partir de una fuerte mediación entre los textos y los alumnos en el séptimo año, me propuse ir “soltándoles la mano” poco a poco para que fueran iniciando un camino propio de lectura. Así llegaron a noveno año con un bagaje importante de libros leídos, en una interacción permanente con la biblioteca de la escuela y con dos bibliotecas populares de la ciudad, que ampliaban las posibilidades de lectura de muchos chicos de escasos recursos, para quienes adquirir libros para formar su biblioteca personal resultaba bastante difícil.

¿Cómo hacer entonces para encarar un proyecto de lectura que posibilitara la búsqueda de caminos personales? ¿Cómo hacer para no imponer un canon único y cerrado? ¿Cómo hacer para lograr un seguimiento del proceso sin que implique un control de lectura tradicional que obture el proyecto personal y los intereses de cada uno?

Al comienzo del año, y frente a la propuesta de elegir un libro para leer, surgieron intereses dispares. Algunos eligieron libros de los catálogos de títulos posibles que habíamos armado en cada biblioteca, otros adquirieron un libro recomendado en listados de sugerencias, pero no pocos se presentaron con libros que tenían en sus casas y me decían: “profe, este lo leyó mi hermana y me dijo que es bueno”, o bien, “esta novela la leyó mi mamá, se la prestó una vecina”. Muchos de esos libros eran *best seller* que circulan en las familias, algunos desconocidos para mí o tal vez de escaso o nulo valor literario. Entonces me planteaba: si desapruébo su elección, ¿buscarán otro? Y también, en un intento por vencer los prejuicios, pensaba: ¿acaso en nuestra trayectoria de lectores no figuran libros de los más variados, colecciones íntegras de “novelas del corazón” que en nuestra adolescencia devoramos con fruición? Si tratamos de que encuentren un proyecto personal de lectura, ¿debemos interferir en la búsqueda permanente que ello significa?

Vencidos algunos prejuicios acerca de qué había que leer, surgió un segundo problema: ¿cómo monitorear el proceso de lectura de libros diferentes en un curso de más de treinta alumnos? Comenzamos con una ronda colectiva donde dos o tres por clase hacían comentarios de sus lecturas, pero cuando ya íbamos por el cuarto comentario, se empezaba a poner demasiado monótono. Como estaban entusiasmados leyendo, querían contar lo que habían leído. Cada clase me decían: “profe, ¿cuándo vamos a seguir hablando de los libros?”.

De ese modo, surgió un espacio que se fue organizando paulatinamente, para “hablar de los libros”. Mientras la clase realizaba actividades grupales, se armaban pequeños grupos de cinco o seis para hablar acerca de los libros. Yo me incorporaba como una lectora más, ponía temas sobre la mesa, moderaba la charla, los ponía en situación de pensar a partir de los sucesos que narraban, sugería comparaciones, contrastes, opiniones, críticas, inferencias, retornos al texto para buscar cosas, para reflexionar, para sacar conclusiones, en suma, para seguir interrogando al texto.

Comenzamos a poner plazos para terminar un libro y comenzar otro. Algunos se entusiasmaron por leer alguno, movilizados por las narraciones de sus compañeros. Así aproveché estas ocasiones para traer nuevos libros, mostrárselos, leerles las contratapas o algunos pasajes a fin de ir elaborando nuevos catálogos que actuaran como orientadores de lectura, tanto de literatura juvenil como de cuentos o novelas de escritores regionales, nacionales o de la literatura universal, que les iba recomendando a medida que observaba sus gustos personales.

Si bien habíamos establecido un piso de lectura de seis libros para todo el año, muchos chicos superaron ampliamente este piso y fueron acelerando el tiempo de lectura a medida que adquirían mayores competencias.

En realidad, debo decir que para esta tarea de coordinación de los grupos, recibí la colaboración de los alumnos residentes que cursan el Profesorado de Lengua en el Nivel Terciario de la escuela y que estaban realizando sus prácticas en este noveno. Esto me permitía que, mientras ellos coordinaban las tareas de pequeños grupos que realizaba toda la clase, yo pudiera trabajar con los grupos de lectura o viceversa.

Este proceso de lectura autónoma se iba alternando con la lectura colectiva en otras clases, de cuentos del libro *Doce cuentos peregrinos* de Gabriel García Márquez, en los que les ayudaba a reconocer algunas estrategias narrativas del autor que luego ellos descubrían en sus propias lecturas, ya que muchos, impulsados por el trabajo con estos cuentos, comenzaron a leer algunas novelas de este autor que figuraban en los catálogos antes mencionados. Recuerdo que una vez, en una charla sobre sus lecturas, una alumna me dijo: "...pasa igual que en el cuento de la Sra. Forbes [El verano feliz de la Sra. Forbes, *Doce cuentos peregrinos*, G. G. Márquez] así como el autor va mostrando de a poco el lugar de los hechos hasta que lo devela totalmente como si fuera el ojo de la cámara, también en *El Coronel no tiene quien le escriba* el narrador va contando poco a poco y va dando pistas para que nos enteremos que el gallo era de su hijo, quién era Agustín y cómo había muerto... al principio no se entiende, pero poco a poco me di cuenta que hacía igual que en el otro..."

Creo que esto es sumamente importante, allí opera la transferencia y, estoy segura de que, como en este caso, son muchas las situaciones de inferencia, de similitud o de contraste que los chicos van descubriendo cuando realizan su lectura solitaria y personal, aunque nosotros no podamos controlar ni evaluar.

El proyecto de lectura del año se fue enriqueciendo con otras tantas actividades paralelas, adultos que vinieron a leer o acercar sus lecturas, escritores que nos visitaron para contar su experiencia de escritura y sus biografías de lectores, bibliotecarios que recomendaron libros a los chicos, antologías de poemas o de letras de canciones que se elaboraron y hasta la realización de una monografía sobre un libro y temática a elección.

Al finalizar el año escolar, realizamos una encuesta a los alumnos de noveno año para ver cuáles eran sus valoraciones en relación con algunos aspectos de la experiencia vivida. Si bien la mayor parte de los chicos destacaba distintos aspectos como positivos y hubo una variada gama de respuestas, recuerdo una en particular, la de un alumno muy conflictuado y no con demasiada dedicación, con la que quiero concluir este relato: "no sé si me gustó mucho, sólo sé que antes nunca leía nada y ahora no puedo irme a la cama sin llevar algo para leer".

Docente autora: Graciela Beatriz Aldonate
Localidad: Monteros
Coordinadora CAIE: Teresa Isabel Herrera
I.E.S. Monteros

El cofre de los sueños

Carolina del Valle Solórzano

Mi nombre tal vez no importe tanto como esta experiencia que deseo compartir con ustedes. Lejos de la vanidad y muy cerca de la humildad nació este proyecto: "El cofre de los Sueños" que ya desplegó sus alas para volar solo. Todo comenzó cuando entré a esta escuela, "la Josefa Díaz", ubicada en pleno centro, calle 25 de Mayo 276, querida por todos los simoqueños aunque la más olvidada en estas últimas décadas, ya que perdió la EGB3, no tiene biblioteca, ni sala de computación porque, dicen, no hay espacio. El único lugar disponible es un salón amplio que no podemos utilizar porque está invadido por sede de supervisión, cabecera y gabinete psicopedagógico. Siempre que deseamos aprovecharlo para sala de música, charlas, o simplemente pasar un video, no podemos, porque tenemos que pedir permiso. A mí me da mucha bronca y pena, al igual que a todos, porque en otros tiempos, cuando Simoca no tenía Centro Cultural, todas las actividades como teatro, presentaciones de eventos, etc., se hacían en él.

Me trasladé al turno tarde en el año 2004 y me encontré con amigas y compañeras. De a poco fui comprendiendo todo, el desgaste, la desilusión, los bajos salarios, la poca iniciativa de las autoridades de turno a las que sólo les interesaba cumplir con la burocracia (llenar papeles, hacer carpeta didáctica "bien detallada", cumplir con las disposiciones y decretos, etc.), para superiores que nunca estaban ni están presentes, pues desconocen las verdaderas necesidades de las escuelas. Ni hablar de cursos, cursetes y jornadas sin sentido que sólo justifican un puesto. Que la Ley Federal de Educación, que la calidad e igualdad pedagógicas, que trípticos y ofertas educativas, cuando la escuela pública tiene que competir con los colegios privados subvencionados por el Estado, que ofrecen sala de informática, bibliotecas, EGB3, polimodal, inglés, excursiones ostentosas, programas en los medios de comunicación, etc. ¡Ah! Y el uniforme, símbolo de status social. Porque la educación pública es para pobres. De esta manera, la Josefa Díaz iba decayendo cada día más, perdía alumnos, edificio, nivel, etc. En el 2005 hubo una reunión con el nuevo "equipo" directivo, la directora, oriunda de Monteros, al igual que la vicedirectora, nos hicieron analizar estas cuestiones para llegar a la conclusión de que las únicas culpables de la problemática eran ¿quiénes? Los docentes, por supuesto, que no se ocupan de las tareas que les corresponden, etc., y debíamos elaborar un plan para retener a nuestros alumnos, por supuesto que todas nos miramos a la cara y no sabíamos si reír o llorar, pero lo cierto era que estábamos decayendo y que algo debíamos hacer nosotras, que sí nos sentíamos pertenecientes a nuestra comunidad educativa.

Con mi paralela de 1º, Virginia Paz, nos reunimos para planificar nuestro plan de acción. Se nos ocurrió hacer una reunión de padres para explicarles de qué manera íbamos a trabajar juntas y escuchar las propuestas y expectativas de los mismos. Así nació la idea de respetar los rinconcitos del jardín para hacer como una especie de articulación. Ambientamos cada una sus aulas con rinconcitos: el rincón de los juegos, el de la lectura y el rincón del tiempo. Después del aprestamiento que fue muy bien recibido por los alumnos, ya que con juegos, canciones, títeres, logramos superar esa etapa difícil del primero. Pero debíamos continuar con nuestro currículo, así que decidimos quedarnos con el rincón de la lectura que más tarde se convertiría en el proyecto áulico de taller literario, que funcionaría los días viernes en las dos últimas horas. A Virginia se le ocurrió traer su baúl viejo, donde pusimos todos los muñequitos y juguetes, algunas revistas viejas y un librito de cuentos. Los padres estaban entusiasmados con la idea y llenaron el baúl con libritos de cuentos y más juguetes. Los invitamos a leerles cuen-

tos, a narrar experiencias, relatos y anécdotas y a jugar con sus hijos aquellas olvidadas travesuras de su infancia. Una niña dijo: "¡qué hermoso es el cofre de mis sueños!" Y así nuestro taller se pasó a llamar "El Cofre de los Sueños".

La vicedirectora estaba muy contenta con el proyecto y decidió institucionalizarlo para el turno tarde. Así es como más o menos desde el mes de agosto todos los grados estaban leyendo cuentos, historias, realizando pequeñas producciones todos los viernes en la última hora. Nuestro cofre salió de las cuatro paredes para participar en actos escolares, en jornadas de lecturas que hicimos invitando a otras escuelas como la Esc. Nº 230 y la Esc. Especial Dardo Molina. Realizamos ese año una exposición de todos los trabajos de nuestros pequeños que se sentían orgullosos de sus producciones colmadas de errores; también invitamos a escritores y al grupo literario Savia, de Simoca.

Terminó el año y vino el 2006. Me informaron que continuaría con mis pequeños. Fue una alegría enorme para mí, ya que también tenía la posibilidad de ver resultados más concretos con respecto al taller literario. Cuando nos reunimos para reelaborar el P.E.I. (Proyecto Educativo Institucional) y el P.C.I. (Proyecto Curricular Institucional), una propuesta de la vicedirectora convirtió a nuestro Cofre de los Sueños en un proyecto institucional para toda la escuela, turno tarde y mañana. La aceptación fue tomada como imposición por nuestras compañeras de la mañana, aunque sin decir palabra decidieron acatar las directivas. Las rivalidades, en realidad existen en todas las instituciones, es así, pero con este proyecto nacieron celos, miserias humanas que no vale la pena recordar con detalles. Pero pese a todo, El Cofre de los Sueños ya estaba en marcha nuevamente, para crecer mucho más. Con las chicas del turno tarde decidimos hacer conocer nuestra experiencia para así poder demostrar a toda la comunidad de Simoca que nuestra escuela estaba viva, trabajando como siempre, y también invitamos a los chicos de la escuela Nº 230 para participar con sus producciones, ya que teníamos conocimiento de que las maestras estaban trabajando en algo parecido en el área de lengua, con un proyecto nacional: el P.I.I.E.

Por supuesto que el cofre nos unió más a la tarde porque teníamos algo que se estaba gestando y que intuíamos iba a ser importante para nuestro establecimiento. La propuesta era publicar una revista, o una cartilla donde iban a estar plasmadas las producciones de nuestros pequeños. Pero no teníamos el dinero para publicar, así que se nos ocurrió hacer una fiesta para festejar el Día del Maestro, ya que nadie la realizaba. Fue un éxito. Recaudamos lo suficiente para publicar ¡un libro! Ahora debíamos ponernos a trabajar, recopilar los trabajos de todos los chicos de la escuela y pasarlos en la computadora. Entre Zulma Ozan, Salomé Lescano, Virginia y yo logramos compaginar el libro. Ahora teníamos que buscar una imprenta. Virginia y yo viajábamos a Monteros a la mañana casi todos los días buscando precios y nos entrevistamos con el Señor Arnau que tiene la imprenta más antigua. El libro ya estaba listo a fines de noviembre. La tapa la realizó un niño que salió premiado en el concurso "Una tapa para el libro". En él están impresos los sueños, las picardías, fantasías, anécdotas, un poema de nuestro maestro de religión Julio del Carril, que se nos fue en septiembre, y producciones de los chicos de nuestra escuela invitada. La presentación del libro se hizo para fin de año y tuvo sus dificultades y tropiezos porque la directora y supervisora de ese entonces no le dieron la importancia que el proyecto requería. Pero eso ya pasó y sólo se recuerda lo lindo. Virginia y yo nos disfrazamos junto a nuestros alumnos para hacer una obrita. Invitamos a las autoridades, a las escuelas de la zona y a pesar de que estaba lloviendo todo salió espectacular. Los chicos leyeron sus producciones, realmente fue un día inolvidable.

En el año 2007, cambiaron las autoridades y tenemos una directora simoqueña, Sara Delicia Juárez, y una vicedirectora de Bella Vista, Haydee Díaz de Romero, que nos dieron esas ganas de continuar con nuestro ya instalado tradicional y querido “Cofre de los Sueños”. Volver a renovarlo y buscar una temática para nuestro futuro libro era nuestra misión. Revalorizar lo nuestro era la propuesta que nació de todas: trabajar la identidad para tomar conciencia de que los simoqueños debemos querernos más y valorar lo que tenemos, que es muy rico y que no lo aprovechamos por falta de conciencia.

Empezamos a trabajar con la edición y, con nuestro conocimiento básico de computación, logramos editar un CD con los nuevos trabajitos. Como siempre las que se mueven son pocas, debíamos recopilar producciones de toda la escuela. El año 2007 fue para la escuela un año muy productivo no sólo para el Cofre de los Sueños sino también en el aspecto edilicio, ya que los nuevos directivos lograron gestionar y concretar proyectos que desde hace muchísimo tiempo no se cristalizaban como el de techar el patio del Jardín, ambientar y remodelar la cocina, terminar el escenario, colocar baldosas para el frente de la escuela, construir una hermosa grutita del Divino Niño que fue inaugurada por el padre de la parroquia, cercar el jardín del frente para que las florcitas crezcan. Realmente se transformó nuestra escuela. Y esos buenos vientos también nos trajeron un hada madrina, la Prof. Mercedes Espinosa, que conoció nuestro Cofrecito y nos propuso participar en la Feria del Libro que se realizó en el mes de septiembre, después de nuestra ya tradicional Fiesta del Día del Maestro, que también tuvo sus dificultades con dimes y diretes pero, a pesar de todo, todo salió muy bien, recaudamos el dinero para publicar nuestro segundo cofre y comprar un CPU, ya que también queremos tener nuestra salita de computación. Ya tenemos tres compus, una viejita que pudo rescatar nuestra técnica en computación Zulma Ozan, otra donada por nuestra vice y la tercera armada con el CPU nuevo que logramos comprar con aquel dinero. Pero el segundo libro no pudo salir porque gastamos para el traslado de nuestros alumnos, como así también para asistir a las escuelas que después nos invitaron, sorprendidas del esfuerzo del trabajo a pulmón mientras muchas escuelas poseen programas nacionales que reciben dinero. No se explican por qué lo hacemos, creo que a esta altura las explicaciones ya no tienen importancia. Lo importante fue también la publicación que salió en la Gaceta y que decía: “Chicos de Simoca escribieron y publicaron sus propios cuentos”.

Algunas veces, también, desilusionadas con algunas circunstancias como las que nos prometió la antigua ministra de educación de reeditar el libro y hacer uno nuevo, como las promesas de políticos que nunca llegan y que todavía esperamos se concreten.

Pero el Cofre se presentó para la fiesta de fin de año y lo hizo a lo grande, con pantalla gigante y brindis.

Año 2008: Nuestro nuevo Cofre está por salir nuevamente de su escondite, pero esta vez vamos a invitar a todas las escuelas para que se sumen a él. La dire dice que va a ser un macro proyecto, espero que así sea... Hasta la próxima, después les cuento cómo sigue esta historia.

Docente autora: Carolina del Valle Solórzano

Localidad: Simoca

Coordinadora CAIE: María Mercedes Espinosa Arce

Escuela Normal Superior Manuel Belgrano

Cedamos un pedacito de nuestro corazón

Claudia Rodríguez

Siendo maestra de primer grado, en un colegio de Buenos Aires, la vida puso en el camino un dulce desafío. Este desafío se llamaba Nicolás.

Nicolás era un chico inquieto, conversador, impetuoso, súper cariñoso. Pero su situación era diferente a la de todos, ya que veía lo que se ve por el agujerito de un ojalillo, y además con un solo ojito; el otro ya no estaba, lo había perdido. Su mamá había sido víctima de la rubéola durante el embarazo, y estas habían sido las consecuencias. Cuando lo vi, me conmovió...

Él concurría a una escuela para niños no videntes, pero tenía un poquito de visión y no había que desperdiciarla, sino aprovecharla lo más posible, me contaba su maestra integradora; tampoco le enseñaban sistema braille, ya que se acostumbraría y perdería la poca visión que poseía.

Por lo tanto, Nico debía aprender a leer y escribir. ¡Vaya desafío! Además de integrarse, aceptar y ser aceptado.

Así fue que Nicolás se convirtió en uno más de mi primer grado. Al principio, todos preguntaban qué le pasaba; luego todos colaboraban con él, lo ayudaban, lo querían, lo protegían.

Fue muy difícil contenerlo en el aula. Al ver con tanta dificultad, Nico buscaba alguna manera de llamar la atención, golpeaba, hacía sonidos, requería ayuda constante, obviamente a él le costaba el doble. Nico casi no veía, pero necesitaba que lo vean.

Al principio escribía en hojas grandes, con letra inmensa y “desprolija” según su mami, pero yo ya estaba feliz; qué importan las normas, pensaba, si tengo un chico aceptado, querido, que en su situación empezaba a comunicarse por medio de la escritura. Con el tiempo fue cambiando, usaba cuaderno, podía sumar y restar, haciendo la operación, ubicándola en la hoja. Su esfuerzo era enorme. Hay que acomodar una cuenta en un espacio reducido viendo lo que Nico veía y copiando del pizarrón. Lo que más le costó fue leer y escribir, pero lo logró.

Nico fue mi alumno también en segundo grado. A medida que las dificultades de aprendizaje aumentaban, también aumentaban las dificultades de Nico para aprender.

No obstante, logró llegar a 6º grado. Y ¡oh sorpresa! Quien en ese momento sería la maestra del grado, se negó a ser maestra de Nico, alegando que no estaba preparada para tener a un chico en esas condiciones. Lamentablemente tuvo que irse de la escuela.

No se entienda esto como una acusación. A veces el temor, o el cansancio, o los problemas personales nos llevan a tomar decisiones como estas. Si me dolió en el alma...

Quiero resaltar lo reconfortante que es ver los progresos de un chico que tiene necesidades de aprendizaje diferentes, que aunque no puede ver bien, sí puede sentir; que la aceptación y el afecto que le podemos brindar, me atrevo a decir, valen más que todo lo que logremos enseñarle, y aunque no aprenda todo lo que queremos porque hay “algo” que se lo impide, lo poco que le podamos dar es un mundo para él. Ver la carita de felicidad de Nico cuando lograba algo, fue impagable.

Reconozco que no fue fácil, y seguramente cometí errores, yo tampoco estaba preparada para tener a Nico como alumno de primer grado, y Nico ¿estaba preparado para no ver cuando nació? ¿Su mamá estaba preparada? ¿acaso hay alguien que nos prepare para soportar las dificultades que la vida nos pone en el camino? Yo creo que no, que es una tarea nuestra, aprender mientras caminamos, y que si bien la preparación académica es sumamente importan-

te, el amor tiene un valor insuperable. Creo que hay situaciones en las que el amor puede más que el conocimiento.

Tenemos que aprender a vivir con las diferencias, tenemos que aprender a ponernos en el lugar de los otros. Tal vez podamos ser los ojos de los que no ven o las piernas de quien no camina.

Aceptar a los otros no es otra cosa que cederles un lugarcito en nuestro corazón.

SI
CAMINANDO POR LA VIDA
ENCUENTRAS A ALGUIEN
ALGUIEN A QUIEN DARLE
UN LUGARCITO EN TU CORAZON
ALGUIEN A QUIEN CON SUS DIFERENCIAS
AMAR
ALGUIEN A QUIEN ACOMPAÑAR
HACIENDOLE MÁS LIVIANA
LA CARGA QUE LE TOCA LLEVAR
LA INTEGRACION HAS DE ALCANZAR

Docente autora: Claudia Rodríguez

Localidad: Tafí Viejo

Coordinadora CAIE: Luis Eusebio Macías

IES Tafí Viejo

Es una alegría comprobar que muchos docentes de Argentina se sumaron al convite de contar, escribir y publicar historias pedagógicas junto con otros docentes. Desde principios de 2007 transitamos con variada intensidad nuestra propuesta de formación e indagación de la mano de algo más de cien coordinadores de los CAIEs y sus colectivos de docentes que siguen leyendo, escuchando y comentando los relatos pedagógicos que documentaron narrativamente. Hoy la Red de CAIEs cuenta con más de 750 relatos que muestran parte del saber pedagógico que se construye, recrea y circula por este tiempo en las instituciones educativas de muchos rincones del país: prácticas docentes, reflexiones, discusiones y sentimientos sobre el pensar y el hacer escuela en términos pedagógicos y entre colegas.

Esperamos que los modos de lectura sean tan ricos como comprobamos que fueron los espacios de producción colectiva. Cada historia encierra un tesoro de esfuerzos, hallazgos de pareceres y preguntas pedagógicas con y sin respuestas.

"En este contexto tan peculiar, lejano de las grandes urbes, posmoderno en más de un aspecto y premoderno en casi todos, encuentro cotidianamente nuevas respuestas, no siempre gratas; ninguna que me haga fácil la vida cotidiana. Algunos de estos descubrimientos, se supone, son los que compartiré con ustedes en esta narrativa."

"Nadie lo había preparado para lo que tendría que aprender y enseñar: a evacuar la escuela por la guerra de Malvinas, a empapelar ventanas, a acopiar agua y alimentos, a escuchar por radio las claves de alarma."

"Pero ese día, Matías me hizo reaccionar! Al terminar la merienda, yo dije:

- Los que terminaron de limpiar y ordenar, pueden salir a jugar. El resto se queda.

Matías me tiró de la manga y preguntó:- ¿Seño, ¿yo soy el resto?"

"Volví a recuperar mi vocación, la dedicación y la pasión que había perdido. Asumí un compromiso y me sirvió para darme cuenta de que alrededor mío había adultos que me necesitaban, que no sabían leer ni escribir y que estaban allí pagando algún error que habían cometido. Tuve la alegría de presenciar la libertad de tres chicos. Cada tarde preparaba mis clases e iba con mi mejor sonrisa..."